

Roberto Arlt

AGUAFUERTES COMPLETAS

Y OTROS ESCRITOS

COMPILADOR
Marcos Mele



18 de mayo de 1928 — 13 de agosto de 1928

TOMO I

Arlt, Roberto

Roberto Arlt : Aguafuertes completas y otros escritos / Roberto Arlt;

Compilación de Marcos Mele. - 1a ed - Remedios de Escalada:

De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2024.

185 p.; 22,5 x 15,5 cm. - (Roberto Arlt Aguafuertes y otros escritos / 1)

ISBN 978-987-8926-65-0

1. Literatura Argentina. 2. Obras Literarias. I. Mele, Marcos, comp. II. Título.
CDD 860.9982



SECRETARÍA
DE INVESTIGACIÓN
Y POSGRADO

Rector:

Mtro. Daniel Bozzani

Comité Editorial

Dr. Aritz Recalde

Dr. Francisco Pesthana

Mg. Marcos Mele

Mg Mariana Ugarte

Lic. María Elena Boschi

Compilador y corrector

Marcos M. Mele

Diseñador editorial

Hernán G. Orue

Coordinación de digitalización

Hernán G. Orue

Equipo de digitalización

Vanesa C. Mlot e Ivana M. Cardo

Labor hemerográfica

Javier Areco

ISBN 978-987-8926-65-0

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción sin autorización

Ilustración de la tapa: Roberto Arlt por Luis Bello



EDUNLA
COOPERATIVA

© Ediciones de la UNLa / 2024

29 de septiembre 3901

1826 Remedios de Escalada - Lanús

Provincia de Buenos Aires / República Argentina

Tel.: 6322-9200 int.: 5727

edunla@unla.edu.ar / www.unla.edu.ar

Instagram: @librosdelsurunla



Roberto Arlt

AGUAFUERTES COMPLETAS
Y OTROS ESCRITOS

TOMO I



Mi vanidad –todos la tenemos, aunque sea un adarme– está satisfecha. Lo está porque siento la inefable sensación de haber acrecentado el número de amigos; porque es un íntimo regocijo el saber que hay gente a la cual uno no conoce, que comenta lo que uno escribe; porque en algunas casas hay señores indulgentes que, después de cenar, toman este diario, lo abren en la página cuarta y dicen: “voy a ver qué nos dice hoy este mocito Arlt”.

Roberto Arlt.

PRESENTACIÓN

*...o como el viejo Cecco que
parado en la isla de Capri
erguía su voz hacia el oeste
y gritaba «valor valor»
a sus hijos presos textiles
en la ciudad de Norteamé-
rica...*

Juan Gelman.

Cuando decidí, allá por los años dos mil y tantos, componer tres fragmentos para orquesta, empecé a releer lo que suponía eran las *Obras Completas* de Roberto Arlt de la Editorial Omeba.

Tristeza del sábado inglés, *Amor en el Parque Rivadavia* y el *Elogio agri dulce del capuccino*, fueron los grabados costumbristas de una música sinfónica aporteñada. Tres *Aguafuertes* de las cien que encontraban espacio en aquella edición de 1981, que muy lejos estarían de las mil quinientas que hoy aquí presentamos, entre toda su obra periodística en el diario *El Mundo* y sus complementos en otros medios gráficos.

A lo largo de varios volúmenes, la Universidad Nacional de Lanús ofrece una recopilación exhaustiva de la genialidad de uno de los escritores más influyentes de la literatura argentina.

Para salirnos de las viejas grietas, de las trasnochadas antinomias que no eran tanto así, convivían por aquellos años una filigrana poética de tintas burguesas, de plumaje real y erudito, y la vanguardia bohemía que exaltaba las temáticas sociales y obreras. Los enormes poetas y escritores de aquellos bares y tertulias, todos ellos, se confundían y pasaban y se cruzaban de una mesa a la otra, y atravesaban la ciudad como quien quisiera abreviar de la tierra mojada y de los adoquines cansinos.

De una inmensidad de cuchillos y malevos clandestinos y refinados, el verbo y el adjetivo sonoro y las mitológicas existencias de mundos fantásticos y verosímiles a la vez bebían todos. Historias de gauchos de Areco, personajes de Marechal, amantes dulces que rezaban ateos o creyentes por la crucifixión de una Patria que devolvía un espejo para nada mágico e insoportablemente monótono y pobre para la mayoría.

El ojo que todo lo mira, el ojo de la torre que es el panóptico de Foucault, hace su ronda en las casas bajas, en los patios, en los parques, en los consultorios y en el mostrador envejecido de un Café del centro. El hombre es un semidiós y la mujer, la semidiosa que tiene una única debilidad mortal y que siempre, tarde o temprano, sucumbe.

Revivo a los lectores de aquellas décadas y a los lectores que vendrán. Disciplinados y revolucionarios que encuentran en las acuarelas, a veces vividas y a veces empalidecidas por la bruma de un barrio lluvioso o de un tranvía que pasa chirriando nada más, la llave y la puerta que empuja la supervivencia a una dimensión virtuosa. Nada más a simple vista, a menos que se curioseee por las ventanillas empañadas por el frío de afuera para desenmascarar historias anónimas que perfilarán la verdadera condición humana.

Casi nacieron juntos con Malraux, pero Roberto se fue antes que André, aunque ambos pudieron predecir y esfumar el clima de la guerra, la pintura de bombardeos humanos, aquí, o en los vuelos bajos y suicidas que sobrevolaban los suburbios parisinos. Eran aves o teros o esqueletos de acero que amenazaban el mundo viejo que a su vez nos ofrendaba inmigrantes indispensables, curtidos de tanta Europa mezquina que devoraba a sus hijos como Saturnos inescrupulosos. O en la Shanghai del también 1928, la Shanghai de la muerte y las gangrenas sórdidas. Un capuccino y un vuelo rasante electrizan la condición humana al punto de desnudarla, a punto de la locura y la verdad, del beso húmedo y la crueldad, del genocida o del jefe roído y todopoderoso de una mugrienta oficina contable.

Amantes marechaleanos y ficciones conviven así en un microcosmos urbano, donde el adjetivo y el adverbio son los galanes de un enredo de conventillos lúcidos, ahí, a la vuelta de la primera esquina bastante antes de llegar a la plaza. La calesita ya giraba con las crines inmóviles de los caballos de madera.

El barrio era la Universidad, los rieles y los charcos, sus aulas. Y desde lejos, el pregón solitario y anarquista. El murmullo de las ferias era el eco imaginado de una canción de vías desafinadas, de trenes a vapor blanco o a veces muy gris.

Hay una argentinidad antigua, como le gustaba decir a don Atahualpa, y hay una porteñidad de puertos verdaderos, de bolsas y grúas, del encanto orillero de Carlos de la Púa, de Yunque, de Barletta, muchos nacidos en La Plata. Todo este universo docto y primitivo, chabacano, pendenciero y costumbrista, nos devela el secreto de un lector recostado en el asiento de atrás del tranvía que iría seguramente de Flores a Caballito, con su miriñaque elegante como una galera pedestre. Acodado allí en su mundo, podía desplegar un tabloide amable, compinche, y encontrar entre los linotipos calientes y sucios o perfumados de tinta, la esperada y diaria semblanza matutina que aparecieran en aquellos días lejanos del año 1928.

Arlt tejía en ese momento una identidad colectiva, una transformación que era comunión con ese lector apoyado en la ventanilla, en una concertación unívoca que representaba lo profundamente humano.

¿Qué podría nacer en el alma de aquel lector anónimo que al mismo tiempo era actor cómplice de ese submundo de bambalinas milagrosas? ¿Qué alianza cotidiana lo llevaría a descubrirse como un protagonista único en el encanto de las masas populares? Las *Aguafuertes* son el alegato de una mirada que se introduce en la modernidad de un tiempo de personajes habituales, en una ciudad que se descubre en cada página con delicadeza rigurosa.

Entre otros amigos que algún lector del tabloide habrá podido leer de reojo, sin dudas habrá sido ese pintor de personajes de la noche, los delincuentes, las prostitutas adornados con filetes espiralados de un lunfardo que se consolidaba y que completaba ese costado menos familiar pero que cantaba a los barrios de esa Buenos Aires burbujeante que sufriría una estocada furiosa precisamente dos años antes. También en ese 1928 se publicó *La Crencha engrasada*.

Cómo hubiésemos querido muchos de nosotros, soñar con una cronosfera y llegar de la mano de Alicia a aquella Buenos Aires de las Maravillas, a ese año de autos enormes en las tradicionales calles de la ciudad, donde tantas veces habría bajado Carlitos para cantar en cualquier sitio atiborrado de vítores nocturnos. Creador de tantas palabras como frutas de la gran metrópoli, pero que sabía de memoria los versos de Darío, al decir de Raúl González Tuñón.

Esta invocación no es más que poner en contexto, la enorme paleta de peripecias de colores, de ocre y de azules, de princesitas plebeyas y mandras, que para los ojos de nuestro lector completaba la escena poética en un escenario que pronto bajaría sus telones para empezar a caminar por el camino de los conflictos sociales, los golpes militares y guerras que lloraba el mundo.

Roberto Arlt, con su estilo único y su mirada crítica de la gente que encontraba a su lado y subrayando las costumbres sabias de su época, nos introduce en un mundo lleno de matices, contradicciones y reflexiones profundas. Sus crónicas son el testimonio invaluable de su agudeza intelectual, su compromiso con la verdad y su pasión por la escritura.

La Universidad Nacional de Lanús está comprometida en preservar y difundir el legado de Roberto Arlt, invitándolos a sumergirse en la riqueza de su pensamiento y en la maestría de su pluma.

Que esta colección sea un tributo merecido y una contribución a la inmortalidad de su obra, que inspire a nuevas generaciones de lectores a descubrir y apreciar la grandeza de uno de los pilares de la literatura de todos los tiempos.

Daniel Bozzani.

PRÓLOGO

Librería mistonga perdida en una calle cualquiera del centro porteño. Capaz por Esmeralda o Suipacha, llegando a Retiro. Primera vez que la veía y también única vez que la vi. Apareció y desapareció como muchas otras, que todavía hoy recrean este ciclo un tanto trágico. Infinidad de veces fui alertado sobre la quiebra de una librería querida, “oportunidad imperdible” para los hombres sin alma, a la que siempre le escapé para no participar del saqueo de los restos de ese naufragio. Ir al remate de una librería es como desarmar una casa donde alguna vez se fue o al menos se intentó ser feliz.

Todo indica que la librería en cuestión sufrió este destino. Pero acá no se trata de contar la fugaz historia de esa librería sino de hablar de “mi descubrimiento”. En ese entonces, me acuerdo, buscaba infructuosamente la primera edición de *La historia falsificada* de Ernesto Palacio. Y ese fue el motivo que me hizo entrar a meter mano en los estantes fatigados y cambalachescos de la librería.

Stephen King, Félix Luna, una enciclopedia sobre la vida de los peces, García Márquez, los cuentos de fútbol del Negro Fontanarrosa, Herman Hesse, el Lazarillo de Tormes con anotaciones añejas de un somnoliento estudiante secundario. Uno al lado del otro. Encontrar allí el libro de Ernesto Palacio hubiese sido un milagro, de existir éstos. En esas condiciones se produjo la primera revelación de “mi descubrimiento”.

Tomé entre mis manos un libro en cuya tapa se podía leer lo siguiente:

“Roberto Arlt. AGUAFUERTES PORTEÑAS. Impresiones. Selección de sus mejores AGUAFUERTES entre las mil quinientas notas que el autor publicó en el diario EL MUNDO. Editorial VICTORIA. Buenos Aires. 50 cts. en la Capital”.

También en la tapa, arriba a la izquierda, se veía el retrato de Roberto, al que le faltaba un cacho de cabeza, por el mal o buen trato—depende siempre la perspectiva— que le dieron los anteriores dueños del libro. Permítaseme la digresión. Un libro que permanece impoluto, mero objeto para decorar el estante de una biblioteca pituca, no puede decirse que haya sido bien tratado. Para este caso, prefiero imaginar que el pedazo de sabiola de Roberto se perdió en el piso de un tranvía o de un trole; se escurrió entre los dedos de un laburante que leía las *Aguafuertes porteñas*, mientras volvía a su casa después de yugarla todo el día.

Abri el librito cachuzo en la página 76, justo donde empieza “Ventanas iluminadas”, y encontré doblado un recorte de diario. ¡Qué lindo es

encontrar cosas adentro de los libros usados! Boletos de subte capicúa, tarjetas de comunión o alguna carta de una noviecita de los años mozos. Tesoros que descansan al interior de otros tesoros.

Para mi sorpresa, el recorte era una nota de Roberto Arlt en un diario amarronado por el paso del tiempo. Comencé a leerlo.

“LA MUERTE DE JESÚS. A veces se le veía por Samaria, otras por Nazaret, acompañado de un grupo de hombres rústicos que adoraban silenciosamente al joven que hablando su idioma, se diferenciaba sin embargo de ellos, porque era absolutamente puro y lo comprendía todo, incluso los pensamientos no dichos.

Si de alguien se apartaba con repugnancia era de los hipócritas, a quienes llamaba sepulcros blanqueados.

Ladrones, endemoniados, adúlteras y prostitutas, la gusanera humana, triste y vagabunda encontraba en ÉL, perdón inmediato”.

No necesité leer más. Volví a doblar el recorte, cerré el libro, y pagué los 120 pesos que el librero me pidió a cambio. Me subí a un bondi. Y es ahí donde se produjo la etapa final de “mi descubrimiento”. Remarco que el descubrimiento es mío porque fue estrictamente para mí, ya que cualquier estudioso de la obra de Arlt conoce esto que “descubrí”.

La muerte de Jesús no estaba en el índice de las *Aguafuertes porteñas*. ¡Pero lógico, si en la propia tapa rasposa lo dice bien clarito! Mil quinientas notas publicó Roberto Arlt en el diario *El Mundo*, para poder parar la olla en aquellos tiempos de una Argentina en derrota no tan distinta a ésta que vivimos. Tan sólo una ínfima parte de esas notas fue reeditada en los variados volúmenes de aguafuertes que existen.

Aquel lejano día, gracias a esa librería olvidada e inolvidable, nació la idea de, alguna vez, publicar todas sus aguafuertes y, como quien no quiere la cosa, el resto de sus colaboraciones periodísticas. Hacia allí vamos, con la convicción plena de que no nos faltará “prepotencia de trabajo” para llevar adelante una obra tan necesaria para la cultura nacional.

No lo entretengo más, amigo lector. Estamos de fiesta y usted lo sabe. Roberto anda pateando de nuevo por las calles de Buenos Aires.

Marcos Mele.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Por primera vez en casi cien años se editarán las *Aguafuertes completas* de Roberto Arlt. Las mismas serán publicadas en sucesivas entregas que, no sólo abarcarán las denominadas *Aguafuertes*, sino que se recuperará la totalidad de la obra periodística de Arlt de la que se tiene conocimiento hasta el momento.

Este primer volumen, comprende las notas publicadas por Arlt en el diario *El Mundo*, entre el 18 de mayo y el 13 de agosto de 1928. Todas ellas, aparecieron sin la firma del autor. A partir del 5 de agosto la columna fue denominada *Agua fuertes porteñas*; y desde el 6 de agosto, *Aguafuertes porteñas*. El segundo volumen se iniciará con *El "affaire" de la Casa de Gobierno*, del 14 de agosto de 1928, aparecido con la firma R.A.

En una primera instancia, en esta colección se recogerán las notas de Arlt en *El Mundo* entre 1928 y 1942, el año de su muerte. En tomos posteriores, se reproducirán sus colaboraciones en otros medios periodísticos como *Don Goyo*, *Crítica*, *El Hogar*, entre otros.

Para esta edición, resultaron de gran utilidad los relevamientos hemerográficos de Daniel C. Scroggins en *Las Aguafuertes Porteñas de Roberto Arlt*; y, en especial, el de la investigadora Sylvia Saitta, que acompaña su extraordinaria biografía de Arlt titulada *El escritor en el bosque de ladrillos*. No obstante, se corregirán algunas omisiones y errores presentes en ambos catálogos.

Un valor adicional de esta edición es la incorporación de las ilustraciones y/o fotografías que acompañaron a la gran mayoría de las notas de Arlt en *El Mundo*. Tienen especial significación las ilustraciones de Luis Bello, que le otorgan a las *Aguafuertes* una riqueza artística mayor.

Asimismo, se ha respetado estrictamente la escritura de Arlt, incorporándose leves correcciones de ortografía, acentuación y puntuación que no alteran en modo alguno el sentido asignado por el autor. Cada una de las notas que comprende esta colección reproduce las originales aparecidas en los diarios de época, por lo que no fueron utilizados los textos de las diversas ediciones de *Aguafuertes* publicadas hasta el día de la fecha.

AGRADECIMIENTOS

Al Maestro Daniel Bozzani, Rector de la UNLa, quien alentó desde un primer momento la edición de esta obra. Gracias Maestro por decirme aquella vez: “¡No me abandonés las *Aguafuertes* de Arlt!”.

A la Dra. Ana Jaramillo, fundadora de la UNLa, por defender a ultranza nuestra cultura.

A mis compañeros de la Secretaría de Investigación y Posgrado, en especial a Hernán Orue, Vanesa Mlot e Ivana Cardo, que trabajaron incansablemente en esta edición.

A Javier Areco, Director de Biblioteca y Servicios de Información de la UNLa, quien desarrolló una imprescindible labor hemerográfica en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. A todo el personal de esta última institución, también va nuestro agradecimiento.

Al librero Juan Marcelo Grillo, sin cuya generosidad este trabajo hubiese demorado mucho tiempo más en ver la luz. Él y su padre Juan, a quien no tuve el honor de conocer pero nos une el gusto por la literatura, son “hombres necesarios”, tal como pinta Roberto Arlt a José Prata en su aguafuerte *Elogio de mi viejo librero*.

EL MUNDO

DIARIO ILUSTRADO DE LA MAÑANA

Viernes 18 de mayo de 1928 — Lunes 13 de agosto de 1928

AGUAFUERTES COMPLETAS Y OTROS ESCRITOS



Sr. Roberto Arlt

TOMO I

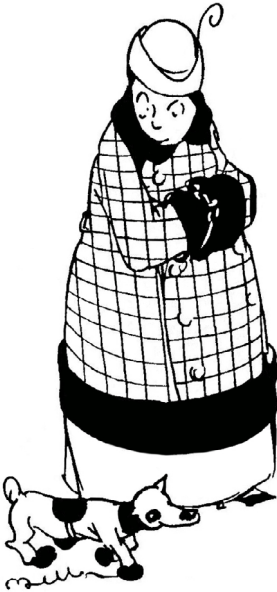
EL MUNDO — Viernes 18 de mayo de 1928

LAS SEÑORAS ANCIANAS SE ASUSTAN DE LOS PERROS QUE PROCURAN CASA Y COMIDA

Para el hombre prudente y piadoso las calles de la ciudad son un manantial de saludable ironía.

Sobre todo en lo que se refiere a los perros.

No nos referimos a esos perros grandes como asnos salvajes, cuyos dueños son albañiles, y que pululan por Villa Luro o Mataderos, siendo el terror de los electricistas que andan en bicicleta, ni tampoco aludimos al cuzquito pulguiento de la calle Talcahuano, que ladra desafortunadamente al mozo de la carnicería.



No, nos referimos al perro alegremente atorrante, que vagabundea por las limpias calles de Flores, Palermo o Caballito, perro grandote y mocito tozudo* con orejas de elefante, cara de caballo, ojos de hombre bueno, las patas ligeramente arqueadas y que parece caminar calzado con guantes de box.

Este perro cuando aún le queda un trozo de cola, la mueve con encantador optimismo en torno de los transeúntes a los que les llena el pantalón de pelos blancos. Busca patrón, mejor dicho, un ama o una casa abundante en huesos carnudos y almas piadosas de su orfandad perruna.

Ver al perro buscar casa y comida es un espectáculo inefable. Ejemplo: temerosa del siglo y sus ómnibus, transita una vieja que vuelve de misa.

Esconde la anciana las manos en un deplorable manguito de piel de gato, y friolenta y desconfiada cruza las bocacalles. Piensa en el infierno, en la camisa lavada que le cobró de más la lavandera y en los malos hombres que les arrebatan sus carteras a las señoras.

El perro jovial distingue a la vieja, cavila un instante, y de pronto resuelto ensaya un trote rápido que le descoyunta las ancas, y con sus orejas de elefante que le abanicán el hocico de caballo, emprende el trabajo de conquista.

La anciana se vuelve y mira temerosa al perro jovial que ahora se detiene; entonces avanza ella y nuevamente el can se desliza modesto y timorato... detiéndose la vieja y el perro simula ventear otra dirección... Y esta patética escena de la anciana atribulada por espantosos presentimientos de si el can no estará hidrófobo y las cavilaciones del perro que a momentos le husmea las sayas, se prolonga indefinidamente.

Quiere espantarlo la beata y no se atreve, mira solícita a los transeúntes y nadie se da por enterado, pero can y señora se soslayan y luego siguen camino.

El perro jovial se detiene en las esquinas, hace la anciana un voto a la Virgen si la libra de ese mastín endemoniado, y el perro mocito después de

cerciorarse ampliamente de que por allí no merodea la perrera, reanuda su trote intranquilizador.

Busca patrona; la vieja piensa si no será su manguito de piel de gato el que atrae al can, y se promete regalárselo a la carbonera... Pero de pronto, ¡oh milagro!, su pensamiento piadoso le ha dado provecho.

Ahora el perro jovial, sacudiendo su troncho de cola y sus orejas de elefante, se menea festivo en torno del revue-

lo de las polleras de una joven señora que vuelve del mercado, portando una canasta nutricia y pesada.

Versátil, bohemio, el jovial perro atorrate cambia de rumbo, sin dignarse mirar a la anciana que lo persigue enfurruñada de contenta.

Y ahora opina que regalarle el manguito de piel de gato a la carbonera sería un derroche y lo canjea en pensamiento con una enagua que ya para nada sirve.



* Esta palabra se encuentra parcialmente ilegible en el documento original de archivo.

Por contexto y con utilización de inteligencia artificial, se deduce que la misma puede ser "tozudo".

EL MUNDO — Sábado 19 de mayo de 1928

RADIOTELEFONÍA PESTOSA

El hombre depositó su paraguas en el calorífero, colgó su sombrero de la llave de una boca de incendio, y gravemente nos dijo:

—Señores, no crean por lo intempestivo de mi actitud que estoy loco, aunque me voy a volver, no lo duden, me voy a volver loco el día menos pensado.

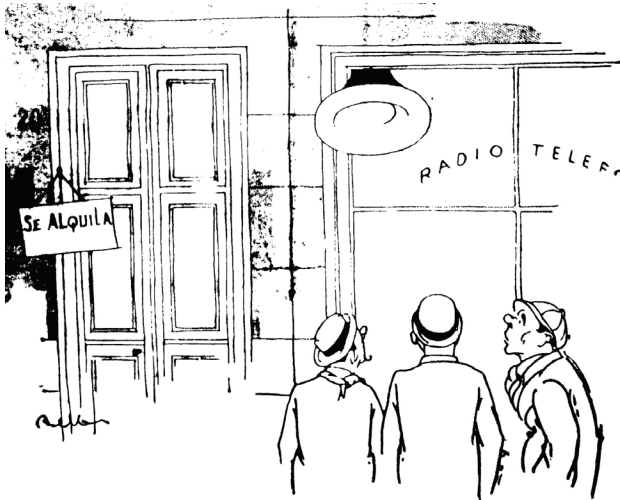
Después de anticipar estos siniestros presentimientos con cierta alegría fúnebre, el hombre desenfundando la roja nariz de entre los pliegues de su bufanda verde, agregó:

Dios, aunque sí lo está, pero con una hipoteca que estremecería al más desalmado usurero. No puedo alquilar mi casa.

—La frecuentan los fantasmas.

—No, los que la frecuentan son todos los diablos de la radiotelefonía y bajo la forma de terribles altoparlantes. Allí no se puede comer, dormir, trabajar ni morir debido al espantoso ruido que todo el día conciertan tres aparatos de radio, de tres casos de esa peste. Riase usted de la bubónica.

—Cuenta...



—Soy una de las innumerables víctimas de la radiotelefonía, un mártir del huracán de altoparlantes que apestan todos los barrios de la ciudad. Y ahora les explicaré: ante todo soy propietario. Tengo una casa habitación en la calle Rivadavia, en Flores, a tres cuadras de la basilica. Pago impuestos hasta por las moscas que se come mi perro, porque mi casa está tasada en 60.000 pesos.

—Le envidiamos la suerte si no está hipotecada.

—No lo está, ni lo estará gracias a

—Soy un honrado comerciante. Cuando me retiré de la fiambrería, compré la casa. Fue en un remate judicial.

—Una pichincha.

—Eso mismo. Poco tiempo después se instaló una casa y puso un aparato chiquito que congregaba allí a todos los galopines del barrio. Pero pasaba. Inmediatamente otro se instaló frente a mi casa y Dios me entienda. Al mes quebró un quinielero que vivía junto a mi propiedad y en menos de lo que canta un gallo...

—¿Otra radio?

—Un cañón, señor mío, algo como un trabuco descomunal que cuando suena hace caer el revoque con las vibraciones. He tenido que revocar de nuevo la casa, pero con portland. Los inquilinos que tenía, excelentes personas, se mudaron inmediatamente. Puse aviso en los diarios, pero excuso decirle, en cuanto el candidato oía el tronar de ese cañón junto al umbral de mi casa, desaparecía sin querer ni entrar. Después de pensar un mes di con esta magnífica idea. Puse un aviso con esta advertencia: "La casa se puede visitar de 7 a 9 horas".

—¿Cuando no sonaba la radio?

—Eso mismo, y alquiló la casa una señora inglesa cuyo esposo padecía de neurastenia. A los cinco días el inglés estranguló el gato de una frutera y cuando lo visitó el oficial de policía corrió hasta un altillo ahorcándose. Tuve que pagarle el entierro a la viuda so pena de tener que gastar mi fortuna en un pleito. Es preferible siempre un mal arreglo a un pleito bien ganado. Principio comercial, señor.

—Continúe.

—Luego vino un pelafustán que no ofrecía ninguna garantía. Resultó un tramposo, pero un tramposo tan lleno de pretensiones, que a fin de mes se mandó a mudar so pretexto de que allí no podía dormir. Me resigné a ocupar yo mi casa. Y aquí viene lo bueno. La música ha desequilibrado a mi familia. Mi hijo, que estudiaba de ingeniero mecánico por correspondencia, quiere ser guitarrero; ha dejado los cuadernos y ha entrado de lleno en la vagancia. Mi esposa, que no es de natural apacible, exasperada por la música que hace temblar la casa, casi comete un homicidio en la persona de la cocinera, y todo

por si se había tirado o no un manojito de lechuga; mi otra hija, que no puede salir al balcón porque frente a la casa se estaciona una cáfila de atorrantes y de desocupados, se ha vuelto histérica y quiere que nos mudemos porque espera encontrar un novio, y salvo que éste la mire con rayos X a través de las ventanas, no hay caso.

—Usted es el Job de la radiotelefonía.

—Todo esto es tortas y pan pintado. Tantos desastres me han hecho perder el apetito, tengo el páncreas enjuto, los intestinos anudados, el cerebro en estado gaseoso. Cuando duermo me amenazan innumerables altoparlantes. Cuando concierto el sueño de la siesta, de pronto me despiertan los alaridos del jazz band. Si salgo a la puerta de calle tengo que soportar la mirada de un montón de holgazanes. Los mendigos y los diarieros se sientan en el umbral de mi casa para escuchar la música. A la sombra de una acacia se ha instalado un choricero y una vendedora de refrescos. Recibí la carta de un ciego pidiéndome permiso para ocupar la pared del balcón con un armario de cigarrillos. Una sirvienta que en nuestro último viaje a España trajimos de Mondoñedo, se nos ha huido sin previo aviso. ¿Qué es lo que puedo hacer, señores?

Después de arduas cavilaciones, de consultar en los archivos y de registrar carpetas, volvemos con el rostro iluminado de una angelical sonrisa. Le decimos al hombre:

—Vea, señor, ni Salomón ni los siete sabios de Grecia resuelven su problema con la claridad que lo hemos hecho nosotros. Asímbrese: alquilele la casa a un sordo.



EL MUNDO — Lunes 21 de mayo de 1928

ANATOMÍA, FISIOLOGÍA E HIGIENE DEL GRACIOSO

Infaltable preámbulo

¿El pueblo de Buenos Aires, es alegre? ¿Manifiesta ese ingenuo regocijo peculiar a las ciudades alemanas y francesas? Creemos que no. Sin embargo, pocos pueblos hay que, como el nuestro, tengan un tan desarrollado sentido del humorismo.

Anatomía del perfecto gracioso

El gracioso no falta ni en los casamientos, ni en los velorios, ni en los teatros, ni en las conferencias, ni en los funerales cívicos. Es un hombre casi siempre bajo, con algún "tic" nervioso en la cara o en el espíritu.



Nuestro humorismo no es superficial sino mordiente: se encarna en todos los detalles que rompen la armonía común, un tanto monótona. En Buenos Aires nadie pierde la línea, porque siente clavados en él mil ojos socarrones que lo contemplan; la alegría, el amor, el entusiasmo, nos incitan a cometer cien pequeñas tonterías, pero nos contienen, ante el temor de ese calmante peligroso que el pueblo llama "cachada".

Interviene el gracioso

No obstante, con esa timidez de gestos que le caracteriza, nuestros hombres no se atreven a iniciar por sí mismos la jarana: es necesario que alguien encienda la mecha de esa bomba que está a punto de estallar en cualquier sitio público.

Ese alguien es el gracioso.

Se le conoce y se le espera en las fiestas de bodas, porque nadie como él sabe administrar el chiste que hace ruborizar a la desposada o el truco infalible para que los novios desaparezcan sin ser vistos.

En los velorios insinúa la frase indispensable que desarruga las frentes artificialmente sombrías; entonces, objeto ya de todas las miradas, el gracioso practica uno de los 480 juegos de sociedad que conoce perfectamente.

También en las grandes multitudes aparece el gracioso: interrumpe al orador en el momento álgido de su perorata; suspira ruidosamente en el cine, cuando los protagonistas del "film" llegan al idilio; responde a la actriz, en una interrogación del drama, con una respuesta que no figura en el libreto.

Fisiología del gracioso

El gracioso posee un conocimiento intuitivo de la psicología humana.

Ya en funciones, acecha el desarrollo de los acontecimientos, la trama de los discursos, la presión de la atmósfera, a fin de sorprender el punto débil y asesatar el golpe. En homenaje a su pericia debemos reconocer que casi nunca marra.

Y tras de ese primer paso la batahola se desencadena; y entonces el gracioso, súbitamente serio, goza del espectáculo que él mismo se creó y se retira luego

con modestia, muchas veces fingida.

Higiene del gracioso

Es necesario cuidar al gracioso, como se vela por las instituciones necesarias. Arranque de las alegrías colectivas y desencadenador de tormentas joviales, el gracioso debe ser estimulado, por lo menos hasta que una menor timidez y una mayor comprensión entre las masas heterogéneas que forman nuestro pueblo nos autorice a desarrollar con libertad y gracia la amplitud de nuestros gestos.



EL MUNDO — Viernes 25 de mayo de 1928

EN TODO CAFÉ DE BARRIO HAY UN HOMBRE QUE MIRA CON TRISTEZA JUGAR AL BILLAR

Parece que sigue los extraños senderos del destino en el rodar de las bolas

En todo café de barrio hay en las horas de la tarde un hombre que mira con tristeza a sus prójimos que juegan al billar.

Ya sea en el café turco de la calle Cuenca, o en un limpio bar de Palermo, o en la cervecería israelita de Corrientes. No importa el lugar ni el traje. Nuestro personaje es de todas las castas.

Lo veréis sentado junto a una mesa. Hace mucho rato que ha tomado su café, porque el platillo de la taza está cubierto de ceniza. La luz amarilla desparrama una claridad extraña sobre el tapete verde del billar, pero nuestro hombre con el rostro agrisado por un pensamiento mira el ir y venir de las bolas.

Suele estarse largos cuartos de hora con la mejilla apoyada en la palma de una mano y las piernas cruzadas, contemplando a los jugadores.

Estos hacen resonar el taco en el piso con harto peligro de los mosaicos, lanzan exclamaciones que corean los mirones, derrochan elegancia y técnica en las posturas, combinan carambolas más intrincadas que la misma geometría..., y nada..., el hombre que mira jugar al billar con su cara agrisada por un pensamiento humoso, permanece impasible.

Podría creerse que está tan abstraído que no percibe el rodar de las bolas a pesar de mirarlas, pero nada de eso, nuestro personaje las mira, sus pupilas inmóviles las siguen hasta las troneras, las acompañan en su deslizamiento a lo largo de las barandas, las acompañan en la inevitable carambola después de trazar ángulos casi inverosímiles; ni un detalle del juego le pasa inadvertido, pero compréndese que a pesar de esa observación estática el asunto en sí no le interesa, el diestro no le sedu-

ce, las acertadas no le emocionan, esa batalla de geometrías no arranca a su espíritu de esa expectativa escondida, casi triste que agrisa su semblante con un pensamiento humoso.

Se le encuentra en todos los cafés a este espectador. Hasta en las cantinas que tienen un billar cojo donde duerme el lavacopas y con más altibajos que un plano de estado mayor.

Si entramos a un bar judío de la calle Triunvirato y Canning lo veremos fantasmagórico entre las neblinas de humo.

En la confitería de Palermo, si buscamos lo distinguiremos también, a la sombra de una vidriera encortinada.

Lo que varía en el espectador es el traje. La actitud es siempre igual.

En la cantina de Villa Soldati llevará gorra y pañuelo, en el fumadero de la calle Cuenca hongo y botines amarillos, en Canning y Loyola galera, barba y un fardo de frazadas. En Belgrano zapatos de charol y cuello duro, pero en todas partes es el idéntico contemplativo, con distinto pelaje y alma semejante.

¿Qué le pasa a ese misterioso ente del billar? ¡Quién lo sabe!

Pero se está allí melancólico, casi enfurruñado, con la frente apoyada en los dedos, la mirada triste, el pitillo semipagado entre los labios, la pierna cruzada, indiferente a la rodillera que se le formará en el pantalón.

Mira el ir y venir de las bolas.

Arrastrando sus zapatazos horadados por juanetes, pasa el mozo que tiene una fobia instintiva a los melancólicos que se atornillan a las mesas; el patrón del bar, que gasta bigotes grandes como los manubrios de una bicicleta, observa de reojo a su parroquiano, el lavaescudi-

llas que es el informador de las costumbres de los mozos cerca del patrón se encoge de hombros, y el gato bufa enardecido sobre un hombro de la patrona que pesa ciento veinte kilos; pero el hombre que mira jugar al billar no quiere enterarse de todo eso y las manecillas del reloj avanzan.

Adelantan para todos, menos para él, que sigue a las esferas de marfil en su rodar por el paño verde.

Cambian los jugadores, el taco pasa de las manos de un desocupado a las de un escolar que no fue a clase, las bolas ruedan y nuestro hombre cada vez más ensimismado no se fija que tiene las solapas del saco llenas de ceniza.

¿Qué le pasa a este individuo? ¿Es acaso desdichado en su casa? ¿Le van mal los negocios? ¿Ha perdido un amor? ¿Lo echaron del empleo? ¿Tiene deudas? ¿La esposa se le ha descariñado? ¡Quién lo sabe!

Pero algo le pasa y ese algo se nos figura que es la muerte de toda esperanza.

¡Sí!, el hombre que mira jugar al billar de esa manera, es el "homo" que ha

perdido toda esperanza, ya deje como propina todo el vuelto al mozo o gaste gorra y alpargatas. No importa.

Eso no significa que nuestro hombre sea permanentemente desgraciado. Al contrario. Puede ser feliz, menos en aquel instante, en que las bolas de marfil conciertan encrucijadas, caminos y alejamientos.

Porque esa tristeza humosa que lo clava en la mesa proviene de esto:

Sabe que no podrá ilusionarse nunca más acerca de los bienes terrestres. Sabe que aunque se quiera engañar acerca del valor de las cosas no lo podrá hacer. Sabe que bajo toda apariencia descubrirá la terrible verdad, y entonces, entristecido, sigue el inútil ir y venir de las bolas remedando con sus variadas combinaciones el doloroso juego de la vida. Y si es inteligente nuestro hombre ha de decirse a veces, cuando lo sorprende el calambre en un brazo, en el brazo que apoyó en la mesa:

—¿Y Dios no jugará con nosotros como esos escolares con las bolas de billar?



EL MUNDO — Lunes 28 de mayo de 1928

LAS BARATIJAS INÚTILES Y EL ALMA DEL HOMBRE HONRADO

El hombre que compra baratijas inútiles, es en nuestra ciudad la parte integrante de esos coros de papanatas que abren la boca como ballenatos, frente a un tripode donde un hombre con una serpiente boa por corbata, vende fabulosos quitamanchas, callicidas, esencias para fabricar toneles de perfumes, y aparatos que a un mismo tiempo sirven para pulir las uñas, descorchar botellas, hacer la práctica de la soldadura autógena y levanta bultos.

Curiosa es la vida del hombre de la serpiente boa al cogote.

Por lo general no tiene domicilio conocido, e ignórase el lugar donde merienda. Esta gente debe a la hora de las funciones trascendentales transportarse al País de la Cucaña y de la Baratija para adquirir sus artículos de tramoya.



Luego, a las tres de la tarde, reaparecen por las calles, fresca la voz, airoso el porte, instalan su mostrador portátil en una vereda y en cuanto han entreaabierto la mesa tijera y desplegado como bandera su pañuelo, un coro de badula-

ques, entre los que se deslizan algunos honrados rateros, hacen círculo en torno del Hombre de las Bagatelas.

“Miel et lac sub lingua tua”.

Así puede calificarse la inagotable, suave y meliflua charlatanería de estos bergantes que comienzan sus ciceronianos períodos, con estas frases de circunstancias:

—Caballeros, el malogrado profesor (¿por qué siempre será malogrado el profesor de estos charlatanes?), el malogrado profesor von Burroski...

Los zampatortas hacen círculo.

Primero son los vagos oficiales, los vagos con cartilla de vagancia visada por las autoridades municipales y policiales, los hombres que reparten su vida entre el banco de la agencia de colocaciones y el banco de plaza, después son los hombres con barba de tres días y botines desportillados, más tarde los pilletes lustrabotas con una teoría de cepillo y betún petrificado en la caja, luego el caminante calisténico, el aburrido de profesión, el curioso inocente, la menestrala en vacaciones, el portero desertor de su garita, los malos hombres que roban cucharitas en los cafés, los corredores de minas de diamante en el Brasil o en el Cabo, los fabricantes de revoluciones, los aspirantes a monederos falsos.

El círculo aumenta, se enriquece, engorda. Las mandíbulas se entreaabren en creciente admiración, los rateros hacen discretas incursiones en los bolsillos huérfanos para no perder la mano, y al montón continúan acoplándose sujetos que tienen un secreto trascendental, ingenuos que tienen planos del movimiento continuo y un “nuevo tipo de aeroplano”, desesperados que como la burra de Balaam no saben si ahorcarse o tirarse desde la torre del pasaje

Güemes, y el Hombre de las Bagatelas hace flamear su pañuelo, se traga una espada, silba serpentinas de colores, vuelca una copa e hipnotiza a un gato, mientras que los botarates abren ojos como vesubios y con los dedos hacen girar una monedita de veinte centavos, la única quizá que tienen en el bolsillo.

Pero a veces en este tumulto se desliza cauteloso, en busca de "pichinchas", el Hombre Honrado.

El Hombre Honrado pertenece a esa categoría de sujetos que en el verano para no comprar un ventilador eléctrico, instala en las habitaciones de su casa todo un sistema de poleas que acciona el motor de un automóvil archivado en el garage. El Hombre Honrado de que nos ocupamos, si está empleado lleva a su oficina una máquina de hacer café para no comprarlo al mozo de la lechería que abastece a todos los oficinistas. Nuestro Hombre Honrado tiene un sobretodo de triple uso, pues por un costado sirve de impermeable, por el otro de gabán peludo para transitar por la Siberia y, entreabriéndolo, de bolsa de viaje para dormir en el campo en caso de exploración. Tal es nuestro simpático y jovial Hombre Honrado.

Es el hombre de principios, el hombre que jamás llega tarde a la oficina, que nunca recibirá una reprimenda del jefe, es el hombre que en los años fastos los directorios de las empresas felicitan de-

lante de todo el personal. En definitiva, es el hombre que se fue a bañar a Mar del Plata, se ahogó y salvó la ropa.

Este primates apretando con las manos su cartera se acerca al grupo, se infiltra a codazos entre los mirones y observa.

El Hombre de las Bagatelas pregona:

—Un cortavidrios, caballero. Se le rompe a usted un cristal en su casa, pues con nuestro cortavidrios alemán usted puede convertir el cristal roto en un espejo que le servirá para afeitarse. Veinte centavos y un juguete de regalo para el nene. Admirable artículo de la industria alemana.

El Hombre Honrado hace bailar la monedita de veinte centavos en el bolsillo de su triple gabán. El de la serpiente boa al cogote vocifera.

—Tiene aplicaciones distintas este nuevo invento de la industria alemana. Si ustedes no quieren utilizarlo en el arte del vidrio pueden cortar metales. Abre lata de sardinas y repuja el acero.

Este último argumento lo convence al Hombre Honrado. Con prestancia de hidalgo aparta su monedita y la entrega al de las bagatelas que continúa vociferando:

—Para cortar vidrios, porcelanas, latas de sardinas, caballeros. Veinte centavos y un ratón automático de regalo para el nene, caballeros. A ver los padres de familia.



EL MUNDO — Martes 29 de mayo de 1928

EL FILÓSOFO DE LAS DIEZ DE LA MAÑANA ES EL TERROR DE LAS FAMILIAS BIEN CONSTITUIDAS

Como los lagartos se solea en los tranquilos cafés de parroquia y su única aspiración es la vagancia, dulce a los hombres de buena voluntad

En toda familia bien constituida hay un primates filosófico que es el terror de la misma, un holgazán bien intencionado, tranquilo e impasible que a las diez de la mañana, después de encender un cigarrillo, va al café del barrio donde hace meditaciones solitarias a base de café negro que con displicencia le sirve un mozo galaico.



El alma de este buscavidas tolerante se llena en la soledad del café abandonado de una pereza sabrosa, y entonces el primates se reitera en la voluntad de que la vida es bella cuando transcurre sin trabajar.

Edificado por estos conceptos el hombre “mala cabeza” saborea su achicoria con lenta delectación, chupa profundamente su cigarrillo y dirige joviales miradas al mozo que corta rebanadas de “pan de sándwich” con sesuda parsimonia.

El mozo no se da por aludido. A medida que corta el pan le hace cargos de psicología social a Primo de Rivera y vigila las moscas que hacen enjambre en torno de la máquina de café express.

En pantuflas levanta la guardia el dueño del bar, bigotes de mameluco al cosmético y cráneo a la manteca, tan calvete está ya el aprovechado.

También el patrón ante la hermosa

mañana siente soliviantarse la vagancia que duerme en cada bien nacido y para distraerse pasea la mirada en las etiquetas rojas y verdes de los frascos precintados y de las botellas con paisaje vasco. Cuando se cansa de contemplar al gaitero recrea la vista en su diploma que lo certifica socio del Casal Catalá y luego con respeto entreabre el periódico para enterarse de las novedades de ultramar.

Esto ocurre en todos los barrios de Buenos Aires a las diez de la mañana.

Masculla buena rabia el mozo mal dormido y tras del mostrador de caoba el lavaplatos se espabila depilándose las cejas.

Una paz de provincia santifica el café de barrio, el café que puede estar en la calle Warnes o en la avenida San Martín. Por preferencias sentimentales nuestro café se encuentra en Flores.

El filósofo de las diez de la mañana piensa ahora que la vida sería deliciosa si se pudiera transcurrir en un monasterio siempre soleado, donde le dejaran a uno papar moscas con entera libertad. Y hasta que su ideal se realice recrea los ojos en ambas aceras.

Pasan criadas que vienen de la feria y del mercado, y los perros se asoman a los zaguanes venteando, con las orejas encapuchadas, las novedades perrosas que se trae la mañana.

Un gato se escurre por la abertura de una persiana entreabierto y una negra de riguroso blanco sacude su cofia bariendo concienzudamente la vereda. El terror de las familias bien constituidas se siente hermanado al gato, a la negra y al perro.

Lo regocija la alegría de los canes con ojos brillantes y la prudente cautela del minino que se lambistea los mostachos.

Pasan mocitas que vienen de misa en la basilica, tapadillo con vueltas de piel y el breviario entre las manos enguantadas, y el filósofo de las diez de la mañana piensa cuán delicioso sería un amor con una de esas mocitas piadosas, pero recordando que la paz es sólo dispensada a los hombres de buena voluntad se limita a mirar esos ojos que lo soslayan, brillan un instante y desaparecen.

El socio del Casal Catalá desbarra con un corredor de casas de la quiebra de un confitero de la otra cuadra y el café se llena de palabras sentenciosas y jurídicas; el bergante que corta "pan de sándwich", ahora chamusca en su imaginación a todos los burgueses y el lavaplatos hurga en los estantes bajo la inquisitiva y muy abierta mirada del patrón.

El filósofo doméstico se siente ahora menos dispuesto a trabajar. No daría su tranquilidad ni por un condado y la paz de la mañana celeste afianza este magnánimo propósito. Piensa que lo más dulce sería envejecer en una mañana eterna en un café como aquel, entre el

mozo que soslaya taciturno los fiambres y el patrón cuyo cráneo a la manteca reluce como si aún sudara suero.

Pasa un hombre cargando un bulto grande como una casa, el rayo de sol broncea el aserrín y la atmósfera se entibia en un aclaramiento dorado.

Nuestro hombre enciende un pitillo recordando a nuestros señores Jesús y el Buda.

Se dice que ellos no debieron ser muy desemejantes a él.

Piensa que ellos también amaron las conversaciones a las orillas de los caminos con los buscavidas ancestrales, y que no desdeñaron ni a las panaderas de Israel ni a los frutereros del Ganges. Como él, ellos se regocijarían en lo creado y no tenían mucha afición al trabajo y sí a la holganza filosófica y fácil.

Y nuestro terror de familia bien constituida se lamenta con suficiente buen humor de que el escepticismo y la irreligión hayan despojado la tierra de sus más hermosos lugares de vagancia: las ermitas en las faldas de las montañas y los conventos soleados en las tierras donde las mandarinas son grandes como naranjas.



EL MUNDO — Miércoles 30 de mayo de 1928

EL OFICIO DE CONTRABANDISTA QUE AYER REQUERÍA CORAJE SE HACE HOY A BASE DE CAPITAL

Empresas poderosas han reemplazado el trabuco de antaño por el dólar de oño

Al león del contrabando, ayer le han cortado una uña.

El secuestro de 200.000 pesos en seda efectuado en el canal llamado el Hambriento, viene a asombrar a la gente por la importancia que ha adquirido en estos últimos tiempos el oficio de contrabandista y la magnitud económica de las empresas que financian a estos aventureros del fisco.



El contrabandista de antaño

Malos tiempos estos, — dicen los románticos — y tienen razón.

El capitalismo ha echado a perder los oficios más sentimentales, a los perdularios más simpáticos.

¿Quién no recuerda la muerte de Mandrin, enrodado en el antiguo París, por contrabandista?

El cinematógrafo de la época de Lydia Borelli nos dio una visión magnífica de estos truhanes que cargaban escopeta con boca de campana y se tocaban con un aludo sombrero bajo cuyas alas se encrespaban las chuletas vellosas, y que cruzaban los montes y desembarcaban en las cavernas atlánticas espoliando su pellejo de modo interesante y poético.

Antaño, el oficio de contrabandista era un oficio noble, se dedicaban a él los segundones de Gascuña y los segundones de Galicia y los vascos de Altabizcar. Cuando se pescaba a alguno de estos distinguidos facinerosos, se le ahorcaba o, previamente en una rueda, se le descoyuntaban los miembros para que perdiera la costumbre de defraudar al fisco.

Lo saludable de estos tormentos era que los que por él habían pasado perdían por lo general las ganas de reincidir. Muchos, para sentar protesta y no transigir con principios ajenos, se morían.

El contrabando de hoy

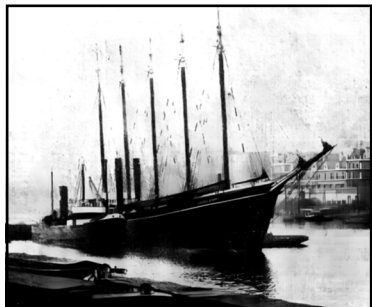
El contrabando de hoy es una actividad tan seria, tan industrial e importante como la de dedicarse a vulcanizar cubiertas o importar fieras.

El trabuco ha sido reemplazado por el dólar, la caverna del jefe de contrabandistas por un escritorio en un séptimo piso de cualquier rascacielos, el coraje por la astucia, el peligro por la sisa o la coima, de tal modo que el contrabando no es la actividad criminal de un solo sujeto sino un comercio casi ilícito, con accionistas, empleados, cómplices en los barcos y empresas navieras, jefes de contabilidad y jefes de pilotaje.

Rinde ganancias fabulosas, cada desembarco de sedas, productos farmacéuticos, drogas, perfumes, pieles, artículos de lujo, deja tales dividendos a sus empresarios que la pérdida de una lancha cargada de mercadería, raras veces afecta los intereses de estos potentes industriales, que pasan al renglón de ganancias y pérdidas una insignificancia como la secuestrada ayer.

Cómo se efectuaba el contrabando

Los poetas cantan el verano, y se explica; pero los contrabandistas engordan con el invierno, cuyas densas neblinas le enternecen, cargando las lanchas de que disponen hasta casi hacerlas zozobrar.



El procedimiento es simple y, de tan simple, complicado hasta el extremo.

Muchas veces los barcos que traen mercadería, como seda, desembarcan su cargamento en Montevideo donde las tarifas aduaneras son tres o cuatro veces inferiores a las que rigen en nuestro puerto.

Buena gente de mar, y averías a hacer, se encarga de cargarla en sus lanchones, equipados con espléndidos motores y emprenden su viaje de azar.

Por lo general, suben el río Uruguay y en la costa, en un lugar siempre con-

venido, desembarcan su tesoro que inmediatamente es conducido a depósitos instalados para depositar oficialmente otras mercaderías.

Otras veces las embarcaciones destinadas a tales trabajos esperan el barco antes de que éste sea visitado por el oficial de la prefectura, y la descarga se efectúa rápidamente en la noche. Los negocios son los negocios.

Los intermediarios

El intermediario entre el contrabandista y el público es frecuentemente el "bobre durgo", especialista en este género de trapacerías, y otros que no son turcos ni pobres. Esto explicará que en las vidrieras de ciertas tiendas se encuentre la misma seda a la mitad de precio de la que se ofrece en otros comercios de igual actividad.

Hay corredores de mercadería a contrabando. Hay negocios instalados en el centro cuyas actividades en apariencia son nulas. Y, sin embargo, colocan mes por mes millares de pesos en contrabando. Y con el dinero de esta antigua y romántica profesión se han elevado en las arterias de nuestra ciudad edificios tan seguros y altos, que en ellos, con toda comodidad, se podrían tener encerrados a los que se dedican a esta lucrativa profesión.



EL MUNDO — Jueves 31 de mayo de 1928

¿PARA FABRICAR BOMBAS ES NECESARIO SER ESPECIALISTA O AFICIONADO?

Un problema de palpitante actualidad

Los recientes acontecimientos de carácter terrorista vienen a plantear un curioso problema en la mentalidad de mucha gente de índole ingenua, que al margen de los sucesos tremebundos, pasa luego días cavilando cómo éstos han podido ocurrir.

Entre estos graves problemas que sacuden el espíritu de la colectividad porteña, puede mencionarse el de la fabricación de bombas.



Los fabricantes de bombas no pagan impuestos

No estará demás decir que las bombas no son fabricadas por sujetos que paguen impuestos por este género de actividad.

Tampoco se pueden adquirir en las casas de pirotecnia ni ferreterías que incluyen este ramo, ya sean buenas o malas.

Tampoco se importan, salvo clandestinamente, y ello con los cuidados y precauciones que son de imaginar.

Otro de los puntos que es necesario dejar bien sentado es que no hay academias ni cursos por correspondencia que enseñen la preparación y confección de estos artefactos infernales.

El aprendiz dinamitero

Antes de continuar con las bombas en sí, como instrumento de recreación científica y base para llegar a convertirse en perpetuo veraneante en Ushuaia,

dedicaremos algunas palabras al aprendizaje de dinamitero:

El aprendiz de dinamitero, dejando aparte sus teorías sociales, se dedica a la ciencia del explosivo desde su tierna infancia.

A los diez años de edad hará experimentos con un matagatos en los tanques de los vecinos, para comprobar si una chapa de hojalata agujereada deja escapar el agua que contiene como envase.

El descubrimiento de que este fenómeno ocurre llena el alma del mocito inventor de emociones semejantes a las que debió experimentar Colón al desembarcar en América.

Donde se continúa con el aprendizaje de dinamitero

A los quince años el aprendiz de dinamitero, llámese Silvestre Paradox o Santi Handi, fabrica pólvora y explosivos a base de ácido pícrico que compra con las economías que hace de las monedas que le regalan. Estudia la química inorgánica como si de sus conocimientos dependiera la salvación del mundo. Es un romántico del petardo, un místico de la dinamita, un iluminado del trinitrotolueno y las gelinitas.

Sueña con asentar el planeta sobre un torpedo gigantesco, con hacer volar la Tierra, con volatilizar las ciudades con tanques de nitroglicerina.

Estas quimeras piadosas le regocijan extraordinariamente; le parece que la profesión de petardista es un estado superior y, como es lógico, sale aplazado en los exámenes, tiene líos en su casa y él todo lo resuelve con una carga de clorato de potasio en una cápsula de ácido pícrico.

El dinamitero maduro

El dinamitero en grado de madurez es un sujeto frecuentemente digno de estar hospedado en los dominios del doctor Cabred.



Vive melancólico, asediado por los fantasmas de la “sociología” Sopena a cincuenta centavos el volumen de ciencia materialista.

El mundo, para el terrorista en completo estado de sazón, es una especie de cancha de bochas, si no de bombas.

Lo concibe todo a través del explosivo; los problemas más abstrusos, las situaciones más complicadas él las arregla con una máquina infernal. Es inútil tratar de convencerlo de lo contrario. Hay algunos de estos ejemplares que hasta le encuentran estética y arte a la explosión, emoción artística a

la gente que vuela por la atmósfera. Como dijimos: huéspedes dignos del doctor Cabred.

Fabricación de la bomba

Y un buen día, para arreglar la sociedad y corregir sus defectos, y proporcionarle trabajo ímprobo a los periodistas, médicos, polizontes y farmacéuticos, estos sujetos raros se encuentran, se reconocen, simpatizan, y el resultado de estas conversaciones tan poco edificantes es la construcción de una bomba. La cual es más fácil de fabricar de lo que se cree. El sargento de Úbeda decía que un cañón es el aire rodeado de un tubo. De una bomba podría decirse que es la pólvora embotellada.

Un reloj y una pila completan el aparato infernal: la pila, para hacer estallar una chispa eléctrica en un tubito de polvorilla colocado en el interior del recipiente que contiene el explosivo, y el reloj, para efectuar con una de sus manecillas el contacto, que provoca la chispa. Así es como pueden graduar estos poseídos, el tiempo que ha de demorar en estallar la máquina infernal, permitiéndoles ponerse en salvo.



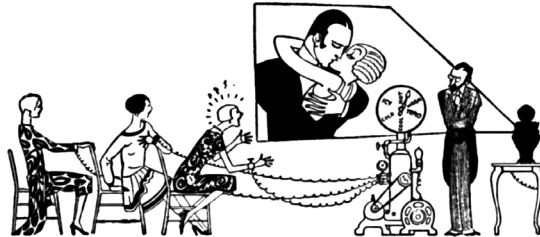
EL MUNDO — Domingo 3 de junio de 1928

EL DR. MARSTON DEMUESTRA QUE LAS MOROCHAS SON MÁS SENCILLAS A LAS EMOCIONES QUE LAS RUBIAS

El amor, que constituía una ciencia a base de hipótesis más o menos curiosas, será en breve reducido al carácter de un conocimiento exacto, mediante los experimentos del doctor Marston, profesor de psicología de la Universidad de Colombia.

hacer pasar ante sus "girls" una cinta, en la que se exhibían los diversos episodios amorosos de una pareja que, al final, alcanzaba a realizar su ideal.

Terminado el film, se procedió a retirar el diagrama que correspondía a cada una de las espectadoras, y poco



Estas doncellas, no son víctimas de ninguna electrocución, sino que asisten a la medición de su "capacidad de amor"

Y para sentar las bases de tan imposible ciencia, aparentemente, el doctor Marston ha recurrido a un experimento sencillo e infalible: medir la emoción que un espectáculo amoroso suscita en los que lo contemplan.

Esta simple medición, como un prisma, descompone los elementos más imprecisos de la personalidad humana, dejando en las manos del observador las cifras matemáticas e irrefutables de la **posibilidad amorosa de cada temperamento.**

El doctor Marston, para correr el velo que cubría el misterio, ingenió el siguiente dispositivo:

Reunió algunas alumnas de su Universidad en la sala del gabinete de psicología, aplicando a cada una de ellas un pulsómetro eléctrico que le permitía registrar las más insignificantes variaciones de civilización sanguínea. Demás está decir que toda alteración quedaba registrada en el tambor de papel carbónico del aparato.

Luego, en la obscuridad, procedió a

después, entre el asombro de sus alumnas, el profesor Marston declaraba que las morochas tenían una sensibilidad inmediata para emocionarse en presencia de un espectáculo de amor.

No había trampa. La curva de las pulsaciones y ritmos del corazón en el carbónico del pulsómetro revelaba un grado de emocionabilidad más retardada en las rubias.

Las rubias quieren ser mimadas

Como es lógico, la exactitud de estos experimentos suscitan discusiones apasionadas y las rubias protestaron en nombre de su feminidad, pero el



Las grescas conyugales dependerán de la relación matemática emocional que guarden los temperamentos de varones y mujeres

doctor Marston se mantuvo impasible, diciendo que la única apelación posible la desterraba el inexorable carbónico del pulsómetro. Porque las revelaciones del gráfico son elocuentes. Nuestro investigador afirma que las rubias son “lentas” para dejarse invadir por esa inquietud de corazón que caracteriza el advenimiento del amor. Agrega que las oscilaciones del pulsómetro revelan que las de cabello dorado se resisten inconscientemente a la turbación como si quisieran que una insistencia largamente prolongada venciera la misteriosa oposición de su naturaleza. Vale decir, que el hombre que se enamora de una rubia tendrá que poner en juego todas las seducciones del amor y de la sensibilidad para vencer esa resistencia invisible.



La equivalencia de caracteres, originará deleitosas escenas a los novios

Las cartillas de “equivalentes amorosos”

Lo poco satisfactorio de este interesante asunto, es que el doctor Marston no haya experimentado con los rubios y los morochos. Si dichos ensayos llegan a prolongarse, no sería extraño que en breve se instalaran en todas las ciudades laboratorios que entregarían a los interesados de ambos sexos una “cédula de emocionabilidad”.

Dicha cédula podría rezar así, más o menos:

“Fulano de Tal. Capacidad amorosa, Z2. Podrá corresponder con un temperamento femenino oscilante entre X5 y Z^{3/4}”.



La geometría del amor, suscitará entre domésticos y patronas, declaraciones como la presente

Esto, que parecerá una exageración irónica, no tendría nada de particular que plasmara en realidad en un futuro no muy lejano.

Varones y mujeres, antes de entablar seriamente relaciones, examinarían sus cartillas de “equivalentes amorosos”, y entonces no será extraño escuchar diálogos de esta naturaleza:

—Lo lamento mucho, caballero, pero su Z^{3/4} de emoción es inferior, en tres grados, a mi X3. Nuestra felicidad es absolutamente imposible.

La palabra ideal tendrá un valor efectivo

Tales son los vuelos de la ciencia y tan singulares los conocimientos en las zonas de más misterio, que llegará un momento en que la palabra “ideal”, despojada de todo sentido por su frecuentísimo uso, tendrá un valor efectivo, y cuando una pareja resuelva terminar relaciones, las familias se explicarán con estos clarísimos términos:

—No sintonizaban. Tenían una distinta capacidad condensadora de amor. A él le faltaba la longitud de onda “ideal”.



EL MUNDO — Lunes 4 de junio de 1928

MOTIVO POR EL QUE LOS MARIDOS ABANDONAN TRANSITORIAMENTE EL HOGAR

Este problema que interesa de modo evidéntísimo a todas las dueñas de casa ha sido por lo general encarado de modo humorístico por todos los caricaturistas que se olvidaron de ofrecer un remedio agradable.

¡La gresca conyugal! ¿Qué hogar no conoce esas tempestades que el Diabolo Cojuelo, que está escondido en la cocina de la casa de los jóvenes matrimonios, provoca con las menudencias que aparentemente no tienen importancia, y que sin embargo son fundamentales para la vida cotidiana?

La comida descuidada

Uno de los defectos que, al repetirse, los maridos no perdonan en sus esposas es la desatención en los trabajos culinarios.



El juego malabar con los platos, cuando es en serio, espanta al marido

Por lo general, el esposo, las primeras veces que advierte este descuido, lo calla, atribuyéndoselo a una serie de causas que sabe perfectamente no son reales pero que tienden a disculpar a la mujer. Así, achacará el mal estado de la cena a los condimentos, al carbón y a los cambios de clima. Se engañará voluntariamente para evitar la querrela que no ignora comienza con palabras de un cuarto de sentido y termina luego con el portazo que despierta al vecino del sexto piso, que se ha dormido.

Pero cuando esta indiferencia se prolonga, con harto fastidio de su estómago, un mediodía o una noche (las querellas se producen a la noche por lo general), la pelea que estaba fermentando en las cacerolas sube al entendimiento del hombre, y un reproche sucede a otro, las palabras suben de tono y expresión, la comida se enfría en los platos, y de pronto el marido como si lo hubiera picado una víbora respinga en su silla, se dirige al hall con cara de desesperado, atropella una maceta, se enfunda el sombrero de un puñetazo y sale a la calle dispuesto a no volver más.

Agua para afeitarse y despertadores

La esposa diligente no debe jamás olvidar estos dos graves motivos que suscitan la riña.

El agua caliente para afeitarse y la importancia de poner el reloj despertador en hora. El hombre que se va a afeitarse por sus propias manos está siempre en un estado evidente de malhumor. Ese es un trabajo desagradable que irrita al esposo sin que él mismo sepa porqué. De modo que si el agua, en vez de estar lo suficientemente caliente como para ablandar la barba, está fría, es más que seguro que un diluvio de recriminaciones se descargará en breve, contra la que olvidó ese detalle.

Otro tópico al que una buena dueña de casa ha de conceder especial importancia es el manejo exacto del mecanismo del despertador del reloj.

Una lógica irrefutable demuestra que el hombre que tiene que apelar al auxilio del despertador es porque no confía en sus fuerzas para despertarse a la hora. Y despertarse al llamado de un timbre es cosa desagradable, y más desagradable aún si ese llamado está atrasado en una hora, por ejemplo. El hombre ha

perdido el sueño, la cita de la cual dependía el éxito de un negocio y quizá otras cosas más.

La inutilidad de los reproches

Hay señoras que se caracterizan por reprochar actitudes que no tienen remedio. Eso es un defecto serio a pesar de su esterilidad.

Así aguardan despiertas al marido que llega a las tres de la madrugada, para reprocharles con un diluvio de



Bostezando, la esposa del infeliz trasnochador prepara sus sapos y culebras

lágrimas, suspiros y ponderaciones, el sencillo hecho de haberse retardado, sin pensar que ello no les devuelve las horas perdidas y que con tal actitud le

estropean al esposo una perspectiva de faltazo para otra noche.

Otras hay que le arman un belén a su "cara mitad" por haber gastado unos pesos del sueldo, algunas que hacen de sus celos virtud de su amor, como si el amor debiera ir acompañado de cualidades desagradables para persuadir de su existencia.

Todos estos detalles a pesar de su insignificancia son importantísimos, ya que la vida de la gente no se compone de acontecimientos sino de menudencias, y la menudencia agresiva es como aquel grano de mostaza de que hablan las Escrituras, se convierte en árbol frondoso y de mala sombra.

De ahí que toda esposa prudente que quiera conservar la calma de su casa deba tener siempre en cuenta estos detalles:

Comida aceptable, agua caliente siempre pronta, el reloj despertador a la hora y una sonrisa comprensiva para los defectos del cónyuge. La ironía que tiene una bella sonrisa es siempre más eficaz que el enfurruñamiento que afea el semblante.



La fuga de los trifones se justifica a veces por las grescas que no quieren tolerar en su hogar



EL MUNDO — Lunes 11 de junio de 1928

LOS PARAÍDOS DE OPIO PROSPERAN EN BUENOS AIRES

El descubrimiento recientemente efectuado por la sección Seguridad Personal, de dos fumadores de opio, uno situado en un departamento de la calle Carlos Pellegrini y otro en una miserable vivienda de la calle Irala, viene a evidenciar que los paraísos artificiales, los auténticos y chinescos infiernos del placer, prosperan nuevamente en esta ciudad.

En el interior de ellos fueron detenidos varios sujetos de nacionalidad china, hombres extraños y completamente amodorrados por la droga que humeaba en las pipas de bambú abandonadas en la cabecera de la cama.

La delicia del “humo negro”

Digamos de paso que en nuestra ciudad, la frecuentación del “humo negro” es poco habitual, debido a que los tóxicos, como la cocaína, han venido a reemplazarla con más ventajas prácticas derivadas de la comodidad del uso.

Escasos han sido hasta la fecha los allanamientos efectuados por la policía en los fumadores. Su existencia siempre pareció, más bien, una quimera que una realidad. Y ello se explica porque el vicio es genuinamente oriental, chino por antonomasia. Los devotos de la droga se reclutan frecuentemente entre los descendientes de la revoltosa república celeste y los individuos de tripulaciones que han frecuentado los puertos amarillos.

Una vez adquirido el vicio, el hombre lo llevará enraigado en sus entrañas a través de todos los climas. Y no se trata de sueños como se ha creído generalmente, de donde deriva la seducción de la droga, sino de un estado de sensación particular, que hace que el más desdichado “culí” se sienta un dios, después que se ha adormecido sobre un lecho de tablas teniendo como almohada un tosco leño.

El estado de superconciencia

Las admirables páginas de Baudelaire en torno del Haschic, y de De Quincey en torno del opio, son universalmente conocidas, para que tratemos de revelarlas en su total grandeza descriptiva. Ellos fueron los primeros que en el mundo europeo despertaron la atención hacia el paraíso que devoraba la voluntad de Oriente, reduciendo a sus hombres en un breve plazo, en espectros que sólo podía animar el veneno.

Y en efecto, el poder de este es tal, que destruye la voluntad más fuerte en resistencias.

Esta influencia del opio se debe al estado de superconciencia que provoca en el fumador. El mundo real desaparece de su vida para ser reemplazado por una delicia de no ser, en un espacio que a instantes se puebla de imágenes que ninguna mano pudo pintar, y que en ese estado de potencialidad sensitiva, adquiere una expresión única.

Cómo se fuma el veneno

El procedimiento de fumar opio consiste en todo un arte que es de difícil aprendizaje, por los sutiles detalles que lo complementan.

El opio se vende, comercialmente, en tarros de cien a doscientos gramos, después que ha sido recocado. Con esta masa gelatinosa se preparan unas bolitas. Ellas son las que utiliza el fumador.

Este se acuesta en una cama, que varía de acuerdo al lujo del fumadero, desde el más lujoso diván hasta el plano inclinado de madera que tiene por toda almohada un trozo de leño.

El sirviente o el patrón del fumadero, facilitan a su cliente los elementos necesarios para embriagarse, o sea: la pipa de bambú de unos sesenta centímetros

de largo, una lamparilla a alcohol y la aguja de acero que sirve para manipular la droga.

El fumador procede entonces de este modo:

Calienta ante todo el depósito de la pipa, luego, con la aguja coloca la pasta en la minúscula cavidad de aquella, y luego de calentar al rojo el punzón de acero lo introduce en la masa de opio que humea lentamente.

Este humo acre y negro que aspira ávidamente es el que provoca la embriaguez clásica. A las cinco o seis aspiraciones, el fumador queda en estado inconsciente.

La luna de miel del veneno

¿Cuánto tiempo dura la luna de miel del veneno? Este es un misterio, pues depende de la naturaleza y resistencia del fumador. Algunos soportan durante mucho tiempo los efectos del tóxico sin sentir alteradas sus facultades y este período, más o menos largo, ha sido llamado por Guimball “la luna de miel del veneno”. Durante esa etapa el fumador vivirá en todos los paraísos que la imaginación humana no puede expresar en palabras, el más miserable cargador de muelle,

el más desdichado de los hombres en el sueño del opio sentirá los deleites de un Dios, pero transcurrido el efecto, nuestro hombre saldrá a la calle pensando en proporcionarse más dinero para fumar... y ahora no vivirá sino para el opio, siempre para el opio que lo destruirá lentamente.

El final

El final es el manicomio.

Cuando la droga ya no surte más efectos en esos organismos destruidos para toda función, el fumador termina por enloquecerse bajo las terribles alucinaciones acompañadas por neuralgias que no calman ya ni las dosis más exageradas de opio.

Es el final. Ulcerados, con la mirada perdida, desaparecido todo raciocinio, las víctimas del veneno terminan en el hospital o en un manicomio, agonizando entre las convulsiones que les acerca todos los terrores de la locura.

De allí que se imponga una fiscalización más enérgica en la venta de drogas y una vigilancia más estrecha en los barrios poblados de chinos, que terminan por contaminar su vicio a los blancos, mucho más débiles que el amarillo para soportar las intoxicaciones del opio.



EL MUNDO — Martes 12 de junio de 1928

FUE TRASLADADO AL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES EL PEZ LUNA

Hoy ha sido trasladado al Museo de Ciencias Naturales, el pez Luna o Mola, que fue encontrado en el interior de la red que frente al cabo de San Antonio, tendió el buque pesquero "Undina" a las órdenes del capitán Carlos Hansen.

Gente en Puente Almirante Brown

El "Undina" amarró esta madrugada a pocos metros del puente Almirante Brown en la Boca del Riachuelo.

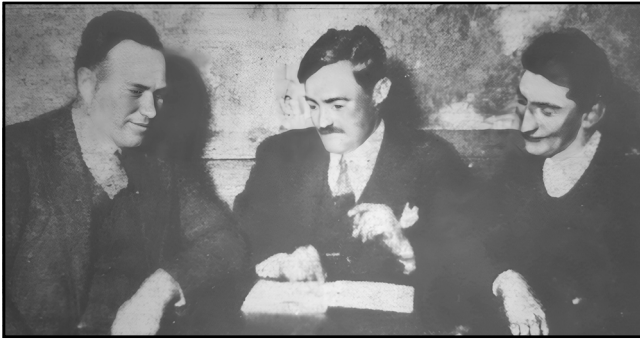
A poco de saberse que el barco venía cargado con un monstruo marino que aún no había sido clasificado, los curiosos comenzaron a hacer círculo en el murallón del dique, a la espera de poder ver qué clase de animal era el que el "Undina" traía. Poco después éste fue arriado de la bodega mediante un guinche y entonces se ofreció a la expectativa del público un monstruo redondo, de color gris, de un diámetro aproximado a dos metros.

Se creyó que era una ballena

Dadas las dimensiones del animal marino, durante las primeras horas del día de hoy, numerosas fueron las personas que creyeron se trataba de un ballenato y esta versión fue la que circuló.

A su vez, otros prácticos en pesca, al observar el monstruo dijeron que no se trataba de una ballena, sino de un pez llamado "mirasol", hasta que la llegada de un técnico sacó de dudas a todos los circunstantes, manifestando que el "mirasol" no era tal, sino un pez llamado Luna o Mola, debido a su forma circular.

A su vez, el director del Museo de Ciencias Naturales, al enterarse del hallazgo y de sus dimensiones que son extraordinarias, dispuso la compra del mismo para el establecimiento, por lo que esta tarde en un camión, fue el pez trasladado al instituto de referencia.



El capitán Carlos Hansen, comentando al margen de un libro de ciencias naturales el hallazgo del pez Luna

Hasta que la dirección del Museo resolviera si aceptaría o no la compra del extraño pez, éste fue depositado en la borda del "Undina", donde se reunían de continuo los curiosos, atraídos por la noticia sensacional.

Con el capitán Carlos Hansen

Dado lo singular del hallazgo, nos entrevistamos esta tarde con el capitán Carlos Hansen, a cuyo mando está el buque pesquero "Undina".

El capitán Hansen es un hombre joven que hace varios años está a cargo de distintos barcos de la compañía de referencia.

—¿Cómo se efectuó la pesca del monstruo?— le preguntamos.

—Se debe a la casualidad. Habíamos llegado el viernes a la mañana frente al cabo San Antonio, cuando dispuse que se arrojaran las redes nuevamente.

—¿Son grandes las redes?

—Cien pies de largo más o menos, por treinta de ancho. Una hora hacía más o menos que así estábamos, cuando noté por la parte de proa unos tirones violentos en las sogas que sostenían la red.

La pesca del Mola

En compañía de gente de nuestra tripulación nos quedamos observando los misteriosos tirones que cada vez se hacían más violentos, y pronto llegamos a la conclusión que éstos no debían provenir de ningún banco de peces, sino de algún animal grande, ya que se repetían siempre en la misma dirección, y como cabezazos.

Dispuse inmediatamente que las redes fueran izadas, y naturalmente, imagínese nuestro asombro al comprobar que por las mallas ya rotas, asomaba el hocico del pez Luna cabeceando frenéticamente para salir. Tal había sido la violencia de los golpes, que no sólo se había lastimado las aletas, sino que rompió tres mallas. En cuanto lo depositamos en la cubierta comenzó a agitarse estruendosamente, irritándose a

tal extremo que se le saltaron los ojos. Imagínense cuál sería la resistencia de este animal, que sólo a las dos horas murió asfixiado.

Las dimensiones del pez Luna

—¿Pertenece a nuestras aguas?— le preguntamos.

—No, se le encuentra, pero muy raramente en el Atlántico Sur.

Lentamente nos acercamos al pez Luna. Tiene éste una longitud de dos metros aproximadamente, por un metro y cincuenta de altura y setenta centímetros de grosor. Estas proporciones le dan toda la apariencia de pez eléctrico o torpedo, diferenciándose de éste en que en vez de tener una aleta posterior tiene cuatro, dos junto al final del cuerpo, y otras dos sobre los ojos, lo que le da un aspecto singular. Únese a esto una boca extremadamente pequeña, que no alcanzará a diez centímetros de extremo a extremo, y se tendrá la visión de este pescado raro, cuya traslación en las aguas se efectúa siempre siguiendo a un pequeño pez azul que es su guía.

El museo cuenta con una pieza más

Nuestro museo que contaba con dos o tres pequeños ejemplares del pez Luna, enriquece ahora su colección con éste, de desmesurado tamaño, y que según las manifestaciones del ingeniero Doello Jurado, director del mismo, servirá para estudiar más ampliamente los atributos de esta raza rara de bestias marinas.



EL MUNDO — Jueves 14 de junio de 1928

EL HOMBRE DEL QUIOSCO ES UN FENÓMENO DEL MERCANTILISMO PORTEÑO

El hombre del quiosco es un fenómeno del mercantilismo ciudadano, que ha llevado sus necesidades de locación al elocuente espacio de una garita.

El quiosco

Avenida de Mayo, Leandro N. Alem, Plaza Once, Triunvirato, Avenida San Martín, Plaza de Flores, en todas las arterias importantes de la capital, enhiestos, en hierro los antiguos y en portland los modernos, se levantan los quioscos, donde el modernismo ha suprimido los abarquillados aleros chinos que podían distraer a los caminantes y desocupados joviales.

El quiosco, en realidad, ha quedado hoy reducido a una escueta garita de cemento armado que en invierno es una heladera y en verano el conato de un horno.

Las ventanas, que se abren al Norte y al Este, sirven para refrigerarlo más acabadamente al desdichado que en invierno se congela estoicamente en el calabozo callejero.

El hombre del quiosco

El hombre del quiosco pasa habitualmente dieciséis horas en él. A veces dieciocho. ¿Qué desengaño profundo, qué necesidad terrible lo ha llevado a aceptar ese calabozo provisorio o ese sepulcro transitorio? Dios lo sabe.

Resistir dieciocho horas en un cajón perpendicular semejante encierro, presupone condiciones heroicas que en su mayor parte la gente no concibe.

En efecto, el hombre del quiosco vive en él reducido casi a la inmovilidad, tocando con los codos los estantes cargados de libretos dudosos, volteando a la menor imprudencia las columnas de paquetes de cigarrillos, en fin, vive allí dentro, no como si fuera un hombre, sino un aprendiz de fakir.

Trabajo para un oriental

Dijimos que el hombre del quiosco vivía allí adentro como si fuera un aprendiz de fakir.

Y esto que parecerá una frase, no lo es, si se tiene en cuenta que el quiosco es un edificio de origen oriental y destinado para que ejerzan su comercio sujetos propensos a la ociosidad, al ensueño y a tener las barbas de diez pulgadas de largo.

Así se concibe el oficio de “quiosquero”.

El oriental, que es dado “al dulce far niente”, descubrió el quiosco como nosotros inventamos el automóvil y el aeroplano.

En él fuma su pipa de opio o sorbe su haxix, repasa los versículos del Corán o del Ramayana y contempla la humanidad con ojos somnolientos y convicción fatalista.

El quiosco y el occidental

Pero un día el hombre blanco, descubrió que la vereda era un lugar cómodo y populoso para traficar, vio en un libro de cuentos el fantástico diseño de un quiosco y, limpiándolo de belleza, lo convirtió en una garita de hierro, plantándolo en la orilla de una acera.

Luego buscaron a un individuo lo suficientemente desilusionado de la vida y el primer hombre que aceptó el puesto fue un paralítico de las extremidades inferiores, para quien era mucho más satisfactorio estar ganándose la vida desde un lugar público que estar encerrado en su casa soportando las malas maneras de los parientes.

Pero la necesidad...

Luego intervino la necesidad y ya no fueron los paralíticos los que aspiraron al puesto de “quiosquero”, sino que también mediaron individuos muy ágiles de

piernas y brazos que para ganarse un plato de lentejas se resignaron al encierro en vida que sólo se aplica a los que disienten fundamentalmente con la ley.

Y lentamente se fue creando la casta de los “quiosqueros” como se ha formado la de los sepultureros y empresarios de pompas fúnebres, oficios ambos que hay que adquirirlos desde la tierna edad para ejercerlos con eficacia y donaire.

El “quiosquero” de hoy

El “quiosquero” de hoy es un hombre típico, delgado y frecuentemente, escéptico y pensador, generalmente libre pensador. Se ha edificado una sólida cultura a base de artículos científicos y sociales que traen las revistas de todos colores.

Mirando la vida desde un ventanillo ha comprendido la verdad fundamental, y que es la de no apurarse por nada del mundo.

Este sistema le da un espléndido resultado.

Como la experiencia le ha demostrado que efectuando movimientos descompasados, todos los trebejos de su calabozo se vienen abajo, es inútil acercarse apurado pidiéndole un paquete de cigarrillos urgentemente, porque, si no, perdéis el ómnibus o el tranvía.

Él, impasible, parsimonioso, rechupando la colilla de un innoble cigarro, se vuelve con lentitud y os despacha como quien hace un favor. Sabe que su cliente es el azar y su fortuna la nada. Sabe que su quiosco, garita o calabozo, es una anticipación del sepulcro, y por eso procede como si estuviera muerto, pero muerto provisoriamente. Ello explica la espantosa serenidad de estos hombres que en invierno y verano se encuentran en la garita de su quiosco mirando impasiblemente la calle desde las 7 de la mañana hasta las 11 de la noche.



EL MUNDO — Viernes 15 de junio de 1928

CREMONESSI, ANARQUISTA SENTIMENTAL Y ENAMORADO

Telegramas procedentes de la provincia de Córdoba, donde aún se encuentra el anarquista Cremonessi, sindicado por la policía de nuestra capital como uno de los posibles autores del atentado terrorista en el Consulado de Italia, nos revelan a través de las declaraciones del detenido un tipo de “hombre de ideas” poco frecuente entre esa categoría de militantes.

¿Es culpable o no?

Tal es la pregunta que se hacen todos los lectores de la crónica roja de estos días.

Cremonessi el sentimental

Sabemos cómo nuestra policía fabrica y prontuaría sistemáticamente a determinados hombres. Con Cremonessi nos parece que ha ocurrido lo mismo. Señalado por el terrible dedo del prontuario, para la policía será toda la vida un ser peligroso. Si en la actualidad Cremonessi llega a demostrar su inocencia y dentro de un año se comete un atentado de esta misma naturaleza, Cremonessi será detenido nuevamente, indagado otra vez, y así, hasta que el sistema policial, de incuestionable de-



Su presentación, que fue espontánea, viene a dar un cariz extraño a los rumbos de las investigaciones.

¿Es culpable o no?

Ante todo, cabe considerar lo siguiente:

El autor de un delito de la magnitud del que ha sido acusado Cremonessi, no se presenta a la policía. Esta conclusión es lógica... salvo que el culpable tenga una audacia única. Pero tales casos se ofrecen tan raramente que, cuando ocurren, hacen historia en los anales policiales.

ficiencia, cambie por otro más lógico, más moderno y más científico.

En tanto, Cremonessi, se presenta como un sentimental.

Sus revelaciones son de una ingenuidad y un humorismo, si cabe esta expresión en asuntos tan graves, que encantan.

Desde hace seis meses — dijo — me preocupa un grave problema: el de poder casarme con la mujer a quien amo. En cuanto a mi anarquismo, proviene de la lectura de los libros de Anatole France.

Si a eso lo llama anarquismo

Si el señor Cremonessi no desempeña una comedia de las más extraordinarias que ha podido ver nuestra generación, si no desempeña esa comedia, decimos, el señor Cremonessi es el “anarquista” más antianarquista que puede pedir la policía.

¿Por qué?

Porque el anarquismo que el inolvidable Anatole France ha podido enseñarle a este joven es de lo más elegante, refinado y escéptico. Tan es así, que pensamos que si los empleados de investigaciones hubieran leído “La Isla de los Pingüinos” y “El Figón de la Reina Patoja” no se apresurarían en ir a buscar a Cremonessi. Pero lo lamentable, es que los empleados de investigaciones no leen “El crimen de un Académico” ni “Sobre la Piedra Inmaculada”. Ni aun leen “Thais” ni “Pedrín”. Y por eso, quizá, es que se sienten tan cómodos y felices en el injustamente vilipendiado empleo de investigaciones.

¿Qué anarquismo puede haberle enseñado Anatole France a Cremonessi, como no sea el dogma de la indiferencia y el de la compasión que sonríe?

No, el solo hecho de manifestarse lector apasionado de Anatole France, lo pone a cubierto de las sospechas de ser dinamitero.

Tan es así, que estamos harto convencidos que, si el jefe de Orden Social se toma el trabajo de leerse “La azucena roja”, y “Los dioses tienen sed”,

dispone la inmediata libertad de Cremonessi..., sin interrogarlo siquiera.

Deseo casarme

Un anarquista que quiere casarse es, para el auténtico y moderno concepto de los anarquistas de acción, no un ácrata, sino un casi enemigo del anarquismo.

El dogma anarquista excluye de sus cánones el matrimonio. No lo sanciona siquiera. Y Cremonessi habla de su noviazgo y del asunto del Consulado de Italia siempre relacionándolos con su novia, lo cual, entre paréntesis, es delicioso. Un hombre que se encuentra enfrentado a duros momentos de interrogatorio, de pérdida de libertad y de quizá, otros múltiples trastornos, y los relaciona todos ellos con los obstáculos que aportan a su noviazgo, no puede ser el autor de un delito de esa magnitud. Salvo que desempeñe una comedia..., ¡y qué comedia!

Pero hasta que ello se demuestre, es dificultoso admitirlo. Tan dificultoso que, si en realidad Cremonessi fuera el culpable, estaríamos en presencia de uno de los delincuentes más astutos que ha sido dado conocer. Pero ello es la excepción, y se produce tan raras veces que, a pesar del aparente optimismo de la policía de la capital, creemos que ésta hará otra vez una “plancha” mayúscula.

Y tal decepción les ocurrirá a los empleados de investigaciones por no leer a Anatole France.



EL MUNDO — Sábado 16 de junio de 1928

BUENOS AIRES ASISTIRÁ EN BREVE A UN PROCESO QUE SERÁ CÉLEBRE

En breve las columnas de los diarios porteños se colmarán de la profusión de detalles, de un proceso destinado a ser célebre.

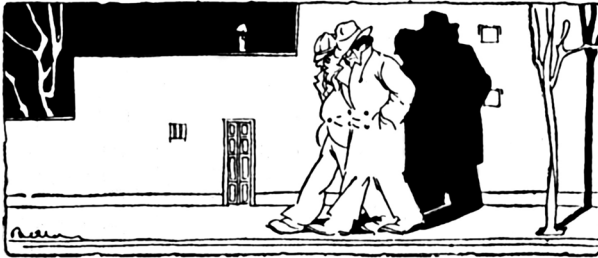
Nos referimos a la causa que se susanciará, en cuanto sea detenido Antonio Romano, acusado de haber muerto a martillazos, con ensañamiento, el miércoles último, a Santos Presta, especie de pensionista suyo, y verdugo de su hogar.

Este drama terrible ocurrido en Nueva Pompeya, y del que nos ocupáramos ayer en nuestra crónica de policía, está destinado a tener una resonancia extraordinaria por los antecedentes que lo provocaron.

tirano. Llega así el déspota a abofetear a la esposa de Episcopo en su presencia. Y Episcopo tolera. Pero un día el dominador quiere castigar al hijo de Episcopo y entonces ocurre el crimen. Análogo es el argumento de "Los muertos" de Florencio Sánchez. Análogo el final. Igual es la tragedia ocurrida en Nueva Pompeya, en la casa del albañil Antonio Romano.

Cambian tan solo los nombres. El Vencel de D'Annunzio se convierte en el Santos Presta, y Episcopo, el asesino, en Antonio Romano el fugitivo.

Se explican ahora nuestros lectores por qué anticipamos un proceso intere-



Como es de dominio público, Antonio Romano, a consecuencia de haber sido agredida su esposa por Santos Presta en su casa, dio muerte a éste, pero con la ayuda de un hermano político y después de haber premeditado ambos el delito. Como se ve, la tesis de este crimen es complicada, y las agravantes recaen sobre los fugitivos a pesar de las razones que les asisten.

Un caso de novela judicial*

Gabriel D'Annunzio, ha escrito una novela que se titula "Episcopo y Compañía". Es un caso espantosamente sencillo. Episcopo, casado es víctima en su hogar del dominio de Vencel, que era su amigo y se convierte ahora en su

santísimo y por qué motivo el juez que intervenga en esta causa se encontrará, quizá, frente a uno de los más graves problemas de conciencia que se le hayan presentado en su carrera.

Santos Presta, el dominador

Nos encontramos en presencia de un caso singularmente monstruoso.

Helo aquí en síntesis:

Santos Presta fue recibido como pensionista hace más de un año en la casa de Romano. Poco tiempo después perdió el trabajo por su poca inclinación a él, más continuó viviendo en la casa de los Romano, a quienes dominaba por completo. Los Romano trataron de expulsarlo, pero Santos Presta, a

golpes, terminó por suprimir toda resistencia, aterrorizándolos con continuas amenazas. Luego requirió de amores a una hija de éstos, una criatura a la que también hacía objeto de sus violencias.

Y en su presencia temblaban todos en la casa.

No podían echarlo. Y anteayer abofeteó a la esposa de Romano, sindicándola como culpable de que su hija se negara a corresponderlo.

El monstruo

No caben los eufemismos. Santos Presta es un caso monstruoso. Dostoyewsky lo hubiera incluido en su serie de tipos clínicos. Asistimos, en el desenvolvimiento de este trágico crimen, a una exposición de psicología, la más turbia que pueda pedirse.

Este hombre que no trabaja, que castiga a los que lo mantienen, que se introduce por la fuerza en la casa de ellos, que trata de pervertir a una menor, que golpea a la madre, que amedrenta al padre que en su presencia no se atreve a hablar, ¿pueden acumularse, acaso, más ignominias en el estrecho círculo de un hogar?

Esa gente vivió siempre atemorizada, a la espera de la noche, mirando día tras día a un padre débil e incapaz de hacerse respetar, y donde se presentaba ceñudo, inexorable, Santos Presta, el temible, ante cuya mirada palidecía la madre, temblaba la hija, bajaba los ojos el padre, y no se atrevían a cuchichear los menores.

Es casi inconcebible la situación de este hogar arrojado al fondo de la vida y al margen de la normalidad. Y no se encuentra explicación de por qué el crimen no ocurrió antes.

El crimen

El miércoles por la tarde, Santos Presta golpeó a la mujer de Romano

amenazando con su revólver a la hija por negarse a acompañarle.

Romano se enteró de este hecho encontrándose en compañía de Sanfelippo, su hermano político. Y de pronto, al mirarse a los ojos, esos dos hombres comprendieron que "aquello" no podía continuar. Revisaron la vida de su casa de un año a esta parte y llegaron a la fatal conclusión que había que matarlo al monstruo, que forzosamente tenían que asesinarlo, destruirlo, ya que él por sí mismo se había convertido en el más peligroso enemigo de sus vidas.

Pero tanto le temían, que a la noche, durante la cena, cuando se encontraron todos en redor de la mesa, nadie habló de lo sucedido. Comieron como de costumbre, las miradas clavadas en el plato, mientras que el otro enfurruñado, sombrío, mascaba de mal modo el pan que le ganaban. Luego Santos Presta, salió y volvió tarde ya. Y en el momento en que iba a entrar a su pieza, los dos hombres cayeron sobre él, derribándolo a martillazos. Luego se fueron. Y aún se los busca.

"Episcopo y Compañía"

Dijimos que era el caso de "Episcopo y Compañía". ¿Quién se atreverá a condenar a Episcopo, al tímido asesino? ¿Qué juez se atreverá a condenar a los fugitivos? ¿A Romano, el albañil, y a su cuñado Sanfelippo, enloquecidos de terror y de odio?

Aguafuerte taciturno de nuestro arrabal, el crimen del miércoles escapa a esta palabra. No puede casi ser comprendido por ella. "Caso" enorme y doloroso, ostensible relieve de la terrible miseria humana, rebalsa el estrecho criterio de justicia para entrar en el terreno de las cosas que están más allá del bien y del mal... es decir, de lo humano.

* Esta palabra se encuentra parcialmente ilegible en el documento original de archivo. Por contexto, se deduce que la misma podría ser "judicial".

EL MUNDO — Domingo 17 de junio de 1928

EL HOMBRE QUE CENA EN EL RESTAURANTE ES UN CASO TÍPICO DE MISANTROPIA

Nos referimos, naturalmente, al hombre que cena, no al que almuerza en el restaurante. Almorzar en un restaurante es un lujo que sólo se permiten los que tienen dinero o viven en el muy lejano oeste de Buenos Aires; pero el que cena en un restaurante es el hombre triste, sin hogar, sin alegrías, que saborea con visaje melancólico el fondo de vino que le ha quedado en el vaso.

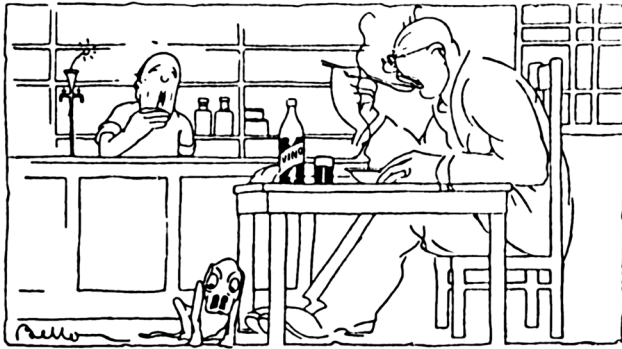
Restaurantes y restaurantes

Cierto es que hay restaurantes y restaurantes. Nosotros, y eso lo adivinará el lector, nos referimos al típico restaurante de la calle 25 de Mayo, al de Victoria al 500, a los de la calle Corrientes al 1.700.

zando una calle que parece de Nuremberg; en fin, la alegría barata y triste, la alegría que es amarga en el paladar del solitario, como la fementida cerveza que despacha el patrón y como la aviesa mirada del mozo galaico que bosteza a más no poder.

El restaurante de noche

Si estos antros donde se despacha chucrut apócrifo y salchicha de Viena confeccionada en Mataderos; si estos lúgubres antros son funerarios durante el día, de noche se convierten en la antesala del suicidio, en el parador de la melancolía suburbana. El patrón, mostachos a lo traidor de cinematógrafo y el gesto soturno, medita en el



Son estas casas de comidas adornadas de un lujo barato; tipo vitraux económicos, letrero que reza "estilo Munich", y en los muros interiores del hostel cornamentas de ciervo, que no son ni cornamentas ni tampoco de ciervo, sino productos de la sutil industria nacional. Para impresionar más al cliente, las mesas están separadas por tabiques de madera; en los muros hay pintadas escenas vienasas, borrachos con medias de turistas, que aprietan contra el pecho una botella y van cru-

mostrador. En otro extremo del salón, cabeceando insensiblemente, hace la guardia un sujeto alto y flaco, aprendiz de poste telegráfico y pálido como un cirio, y los hambres se petrifican lentamente detrás de los alambrados, las ensaladas de rabanitos, que ya llevan una semana aguardando comedor, lividecen en una sopera con acuarelas; el gato-licre, despellejado y violáceo, está adquiriendo el carácter de una momia en su vitrina, y hasta el gato, un gato auténtico, un gato vivo, un gato que es

gato y no liebre, se enfurruña solitariamente, aguardando el puntapié de algún parroquiano malhumorado, que da fin a la terrible soledad del restaurante. Sólo el perrito, única alegría de la dueña, duerme en un pozo de aserrín.

Llega el hombre

Y de pronto llega el hombre. El hombre que come.

Mozo y patrón se despabilan instantáneamente; de pronto el patrón recuerda que ese cliente no le salvará los gastos del día, el mozo adivina que recibirá una exangüe propina, y el lugar de tribulación estomacal recae en sus primitivas tinieblas. La luz se evapora, las lámparas iluminan débilmente, el parroquiano se sienta tristemente a su mesa y pide la lista, esa lista que siempre es igual, y que, a pesar de ello, se pide porque sí, con una especie de rabia de explorador que comprende que, a pesar de sus esfuerzos y sacrificios, no va a encontrar nada.

El hombre lee la lista. Resignado, al cabo de la mesa, aguarda al mozo espectral.

El hombre que come lee la lista. Es siempre igual: primero, el fiambre; luego, la sopa de verduras y el caldo a la Reina; después, el pescado ancestral, el potaje con las papas malditas y el bife con ensalada. Y más abajo las extras, que no son tales extras, sino los lugares comunes de la cocina, los ripios del "gourmet", la mala poesía del "Manual del perfecto cocinero". Y, resignado, el hombre que come pide sopa de verdura.

El Hombre que Come

Cara monástica y masticación resignada revela el hombre al cenar. Come con lentitud de quien nada espera de la vida, leyendo a veces la columna de

un diario, apoyando la cabeza en una mano, mientras espera el otro plato, con la mirada apagada, las guías de los bigotes grises caídas sobre el vértice de los labios, mordiendo un escarbadiante a guisa de entretenimiento. A veces, en otra mesa se sienta un hombre de igual condición; entonces ambos se observan, comprenden que son dos desdichados sin desdicha concreta y, después de esta mirada de simpatía, nuevamente se engolfan en el estudio silencioso de la lista, como Emerson y Carlyle en el silencio de su legendaria reunión.

El Hombre que Come y el perrito

De pronto, el perrito que dormitaba se despereza, entreabre las fauces, mira al Hombre que Come y, sonriendo, meneando la cola, los ojos brillantes, el perrito va a plantarse frente a la mesa del solitario.

Envidioso, atisba desde un rincón, el gato.

El misántropo, que comía, vuelve la cara al can, lo examina con simpatía, y el perrito, enternecido, continúa barriendo el suelo con meneos de cola.

El solitario le tira un pedacito de carne, y la amistad entre los dos seres queda establecida de perpetua manera, con este pacto alimenticio.

Pensativo ahora, el Hombre que Come Solo acaricia con la punta de los dedos la cabeza del can. Se ve que a aquél le importan un ardite los preceptos del Departamento de Higiene y las faunas microbianas que pululan por el cráneo del pichicho. Y lo acaricia con necesidad de ternura, con una triste lentitud de hombre que no conoce otro amor. Y el perrito, húmedos los ojos de emoción, no se mueve. Los dos solitarios se comprenden.



EL MUNDO — Miércoles 20 de junio de 1928

UN REGOCIJANTE CASO DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA

Nosotros lo estimamos al señor Wright. Más aún, lo comprendemos. Más aún, lo compadecemos. El Destino, ese Destino que los antiguos representaban temerosamente oculto entre las tinieblas, el Destino, decimos, como a esos héroes de tragedia lo ha conducido al señor Wright (muy señor nuestro) al Departamento de Policía. Cierto es que suelen ocurrirles a las personas cosas peores, pero en estas circunstancias suponemos que es lo peor que al señor Wright (de nuestro respeto) le ha sucedido.

¿Por qué? Pues, porque el señor Wright es una persona decente.

La desconcertante policía

Lo que ocurre en el Departamento de Policía es sencillamente desconcertante. Y sólo las cosas sencillas son perfectas.

De un tiempo a esta parte, del modo más perfecto, vienen descubriéndose en la casa de la calle Moreno disloques que parecen de sainete, robos que le ponen la piel de gallina a los honestísimos mo-

radores del cuadro tercero, ventas de documentos que sólo requieren un aviso en los periódicos para ser más descaradas, defraudaciones que asombrarían a un especialista en quiebras fraudulentas, en fin, la mar en coche, el golpe de "furca" en pleno centro.

Y todo ello elevado a su más extremo grado de sencillez. ¿Puede pedirse algo más perfecto, más estético, más decorativo?

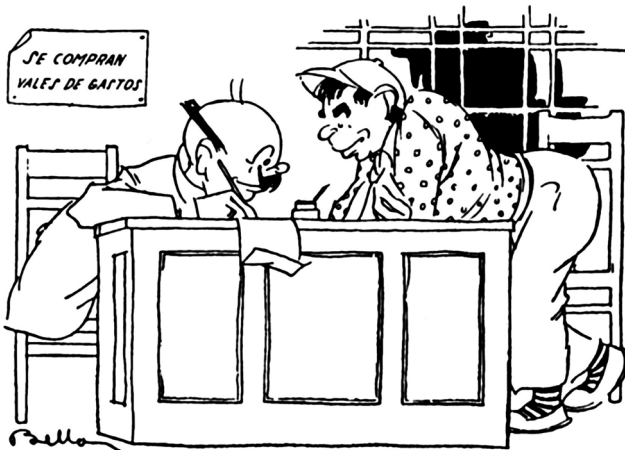
De este modo el fraude, la desvergüenza, el pillaje han sido convertidos en una expresión del arte policial moderno.

Cierto es que hay aún empleados modelos, funcionarios que no transigen con el bandoleraje uniformado, cierto es...

El plato de lentejas

Esauí, personaje bíblico, según las Escrituras, vendió su derecho a la progenitura por un plato de lentejas. Es uno de los primeros "acomodos" históricos que se recuerdan.

Otro Esauí, un comisario con treinta años de antigüedad, acaba de vender su progenitura, o sea, el derecho de anti-



Esperáte; todo es cuestión de una coma, así tu almuerzo de pan y salame, resulta \$ 7,50.

güedad por otro plato de lentejas.

¿Cómo descubrió el comisario el prodigioso medio de parecerse al inefable Esaú?

Con esta gracia inimitable en todos los grandes personajes, el comisario según acusaciones de sus subordinados, se dedicaba a falsificar vales, mejor dicho, a adulterarlos.

¿Qué inspiración celeste lo impulsó al comisario de referencia a dedicarse a este “arte liberal”, según llamaba a la de la estafa el padre del nunca bien ponderado Buscón? Lo ignoramos. Respetuosos de la Providencia y sus designios, nos inclinamos humildemente ante ella.

Los famosos vales de gastos

Anteriormente hablamos de un plato de lentejas. Y así es; por insignificancia tal, perdió su progenitura el amigo Esaú y el derecho a la jubilación el comisario en cuestión.

¿En qué consistían tales vales adulterados? Pues, en plato de lentejas. Pongamos un ejemplo que hará nítida esta comparación.

Un empleado de investigaciones gastaba en una comisión un peso y veinticinco centavos. El señor acusado, tachaba la coma corriéndola un poco más atrás, y en vez de un peso y veinticinco centavos de gastos quedaban doce pesos con cinco centavos.

Siempre que en un asunto intervienen números y pesos ocurren estas equivocaciones. Cierto es que las equivocaciones favorecen a los que se venden por un plato de lentejas, pero la matemática del

fraude, como todas las matemáticas, es de una precisión absoluta.

Hace falta una mano de hierro

Ironías aparte: el espectáculo que ofrece nuestra policía es de lo más vergonzoso que puede pedirse. Su desorganización ha llegado al máximo; la magnitud que cada escándalo revela, pone de manifiesto una vez más, lo profundamente corrompido que se encuentra este organismo, donde pequeños y grandes buscan su beneficio del modo más descarado que concebirse puede.

Ve pasada, dijimos que se haría necesario crear una nueva policía para vigilar a la vieja; ello podía resultar chiste; ahora es pequeña la verdad, tan enormes son los descalabros que se descubren.

No es uno, no son dos, son muchos ya, los “affaires” aclarados; y los empleados policiales que actúan en las oficinas dicen, estrujándose las manos con satisfacción:

—¡Y los que se van a descubrir todavía!

Está visto; allá hace falta una mano de hierro, una intervención definitiva y severísima, que ponga término a esta serie de anormalidades, limpiando la atmósfera de una policía que deja de serlo para convertirse en una pesadilla pública. Pues de prolongarse esta situación, los pensionistas del cuadro tercero terminarán por instalar una sucursal frente al palacio de la calle Moreno en cuyo frontispicio se podrá leer: “Segundo Departamento de Policía”.



EL MUNDO — Jueves 21 de junio de 1928

CADA LADRÓN PORTEÑO GANA TRIMESTRALMENTE 1487 PESOS CON 25 CENTAVOS

Los cálculos confeccionados por la Dirección de Estadística y Biblioteca de la Policía de la Capital, respecto a los delitos cometidos en el primer trimestre del año 1928, arrojan las consoladoras cifras de 1.692 robos, que suman 2.250.217 pesos.

De estos atentados contra la propiedad fueron acusados 1.961 ladrones, de los que se detuvo a 448.

Es decir, que están en plena y absoluta libertad 1.513 ladrones.

Las ventajas de la estadística

No nos queda duda alguna. La labor más divertida y seria, la más noble e inútil, es la de la estadística, vale decir, la de los números. Mediante esta ciencia sabemos si utilizamos adecuadamente los términos medios, que cada día del año ocurrían "tantos" robos; sabemos que de estos robos "tanto" será secuestrado, sabemos que de determinada cantidad de fraudes, un determinado "tanto" por ciento será detenido y procesado, mientras que el resto continuará desarrollando sus actividades con la buena voluntad que caracteriza al ilustre gremio de los señores ladrones.



Conquistando prosélitos

Y no podemos menos de reconocer que los beneficios de la estadística son enormes, ya que nos permiten saber de qué y en cuánto seremos robados. Lo que no nos explicamos es para qué sirve la policía, cuál es su objeto y su fin en esta ciudad. Este misterio sí que no lo explica la estadística. Es que el Departamento de Estadística ha procedido con malicia, y su malicia es no darnos la cifra de empleados de policía dedicados a la caza de ladrones. Porque si la estadística hubiera dado a nuestra curiosidad el número de empleados, comprobáramos que cada cien empleados detienen trimestralmente un cuarto de ladrón, o la séptima parte del cuerpo de un ladrón, que es lo más probable.

Mil cuatrocientos ochenta y siete pesos veinticinco centavos por cada ladrón

Decíamos anteriormente que el conocimiento de las matemáticas llena de satisfacción al hombre honrado, y en estas circunstancias al que no lo es también. Mediante los datos suministrados por la estadística de policía, sabemos ahora que cada ladrón roba trimestralmente 1.487 pesos con 25 centavos. Los números no fallan y las estadísticas tampoco. Los únicos que fallan son los Cerini y Spósito. Pero, paciencia, y volvamos a nuestras matemáticas, las matemáticas que, según Pitágoras y Platón, purificaban el alma si se sabía dejarse arrastrar por el éxtasis que sugieren sus verdades absolutas. Nosotros arrastrados por ese éxtasis, efectuamos otra operación, y es la de dividir 1.487,25 pesos por un trimestre, y vemos con espanto matemático que cada ladrón gana mensualmente 496 pesos con 8 centavos.

Un sueldo principesco

Pitágoras y Platón creían que las matemáticas inclinaban al hombre al bien y la vida honesta.

Nosotros, humildes periodistas y anónimos calculadores, nos permitimos opinar en disidencia con tan ilustres filósofos. Creemos que las matemáticas, que estas matemáticas, demuestran al hombre que vive en Buenos Aires que la profesión más lucrativa es la de ladrón, y que el sueldo que éstos ganan mensualmente es sencillamente exorbitante.

Por estos cálculos incontestables, faltan unas miserables monedas de curso legal para completar una mesada de 500 pesos. Y, ¿quiénes ganan estos haberes en los días que cruzamos? Merced a la indiferencia pesquiseril, únicamente los señores ladrones. Porque los que trabajan... bueno, eso es harina de otro costal.

El 75 por 100 en libertad

Perfectamente. La benemérita oficina de Estadística nos informa, con una franqueza numérica aplastante, que de 1.961 ladrones fueron detenidos tan sólo 448 "trabajadores", lo que demuestra que se encuentra en libertad

el 75 por 100 restante.

La cifra no es mala; la plaza, hablando comercialmente, no ofrece mayores dificultades a este gremio de despabilados. Si se calculan los accidentes de trabajo, se comprobará que menos riesgo tiene un caballero dedicándose a robar que efectuando cualquier otro oficio. Esto, sin contar que el que se dedica a tan lucrativa profesión no tiene mayores gastos, como no sea el de un matagatos para espantar a polizontes y robados y una bolsa de arpillera (sirven las que se emplean para embolsar yerba), para transportar lo adquirido.

Buen oficio

No queda duda alguna. Hoy por hoy, el mejor oficio, el más lucrativo, el más honroso y bien tratado por los patrones, es el arte de ladrón. Sus emolumentos, según lo demuestran las estadísticas, son pingües; sus riesgos, escasos; sus accidentes de trabajo ocurren muy raramente...; así que las matemáticas, que según el amigo Pitágoras, debían mejorar la condición humana, en esta circunstancia parecen decirles a los individuos: ¡Id a robar, que la policía no es mala! Lo demuestran las estadísticas.



EL MUNDO — Viernes 22 de junio de 1928

EL TERROR DE LOS INQUILINOS ES EL HOMBRE DE LA PORTERÍA

Buenos Aires es una ciudad rica en sujetos a los que se podría catalogar en un diccionario de individuos de "profesiones raras".

Los ofrece todos, desde el falsificador de moneda en desgracia y que busca un socio capitalista, hasta la viuda donosa que por intermedio de los periódicos, desea entablar relaciones comerciales "con alguna persona honesta que quiera explotar en comandita una lechería de mucho porvenir".

En esta gama de sujetos nómadas y sedentarios, figura, entre los últimos, el "hombre de la portería", el profesional de la garita, el cancerbero de la casa de departamentos, el guardián del inquilinato.

Aristocracias porteriles

El hombre es un primate que por excelencia necesita establecer categorías. Unas veces, estas categorías son visibles, otras son invisibles; pero, en el gremio de los profesionales de la garita, el portero es el que más riqueza ofrece en desigualdad de tipos. Así, el portero del palacio de la calle Arenales o Juncal no se puede comparar con el portero de la casa de departamentos de la calle Sáenz Peña o Río de Janeiro. Ni tampoco el portero del inquilinato de la calle Suárez o Brasil, se comparará con su otro semejante el portero de la parroquia de Belgrano o el de la casa de escritorios de la calle Lavalle o 25 de Mayo.

Cada barrio de los nombrados ofrece un espécimen, como el Polo y el Ecuador presentan distintos tipos de criptógamas. Tienen estos ejemplares puntos de contacto, pero se diferencian esencialmente.

Así el portero de la casa de escritorios de la calle 25 de Mayo, venderá a

pesar de su alta posición, cigarrillos a los inquilinos de "su" casa, operación que no es incompatible con la dignidad de su cargo. En cambio el rubicundo y galoneado portero de la calle Juncal, se dejará morir de hambre antes de "rebajarse" a tal extremo.

Es cuestión de principios, y los principios son los que guían la vida de las razas, de las subrazas, y de las pro- torrazas.

El portero desde el punto de vista de la humanidad

Los zoólogos y los atorrantes (los extremos se tocan), unos y otros, han observado que los perros de las granjas les tienen un odio instintivo al vagabundo, y por lo general, a todos los pobres diablos que se decoran con andrajos. ¿Por qué este odio? Misterio. Lo mismo les ocurre a los porteros con los sujetos mal vestidos que se acercan a su garita. Reaccionan agresivamente. ¿Por qué? Eso es lo que constituye las paradojas del espíritu humano según Silvestre Paradox filósofo doméstico y agridulce.

El portero reacciona mal frente al hombre miserable. Toda la amabilidad de que hace gala con los que descienden de un automóvil frente a la casa, se le convierte en veneno y grosería cuando el que le dirige la palabra tiene los botines con costurones y los puños de la camisa rozados.

El portero que vive agriado

Ante todo hay un detalle curioso, y es que el portero de la casa de departamentos, cuando está casado, vive generalmente agriado por los malos humores de su cónyuge. ¿Por qué? ¿Se aburre su digna consorte de estar todo el día



—Sí ha salido no está; pero debe estar si no ha salido.

haciendo la guardia en la garita en compañía de su marido? ¿Le tiene envidia la señora a las otras señoras que disfrutan para sí un departamento a la calle? ¿Le molesta tener siempre junto a sí a un buen señor cuyo exclusivo trabajo consiste en curiosar la vida que hacen sus prójimos?

El caso es que la “señora del portero” lo tiraniza a éste, y éste a su vez descarga toda su fobia matrimonial en los vendedores ambulantes que se atreven a cruzar el sagrado dintel de ese claustro laico.

El portero y los vendedores ambulantes

El portero le tiene una tirria especial al vendedor ambulante. Lo persigue como un teólogo perseguiría a un inventor de herejías. Esgrimidor del “reglamento”, el portero se satisface todo el día en exhibírselo a los desdichados que tienen que merchar en el interior del claustro.

Investiga el semblante de los que entran con la obstinación de un pesquisa. Él es el que conoce los secretos de sus vecinos. Él es el que, cuando un inquilino le manda a decir al acreedor, que espera en la puerta, que “no está en casa”, él es quien se acerca al cobrador y le explica con sonrisa aviesa:

—Hombre... ¿no está?... ¡Qué raro!... porque yo no lo he visto salir...

La alegría del portero

Una alegría alimenta el alma del portero, y es ésta: cuando el inquilino suplicante le pide algunos días de plazo para cancelar el recibo del alquiler.

Entonces el espíritu de nuestro primate se estremece, su rostro que sólo sonreía a la presencia de la propina adquiere una rigidez monástica, sus ojos desprenden un fulgor siniestro y correcto (con la terrible corrección de los fuertes), le dice respetuosamente que ello no es posible, que el “reglamento” no autoriza semejante y espantosa infracción, que él no puede en forma alguna tolerar que lo “defrauden” al dueño, y a medida que el inquilino pone un semblante más humilde, él, el portero, le habla de la moral, de la economía, de las buenas costumbres, le dice que se acuesta demasiado tarde, le reprocha el medio litro de vino que toma en la comida, analiza las cuentas y las deudas que su esposa tiene con la modista, y, cada vez más altisonante, se agiganta como el genio de las buenas costumbres, como el símbolo de la moral. Y luego se retira pronosticando entre dientes “que eso no volverá a ocurrir”.

El portero y la propina

En cambio, qué dulzura pascual, qué evangélicos modos, qué sonrisas melifluas esboza este criado cuando a fin de mes le daís la propina de cinco pesos

por haber llevado el cajón de la basura hasta la puerta de calle. Si le dais diez, se estremece, si vuestra benevolencia llega a veinte pesos, entonces, ¡horror!, ese hombre se pone pálido, os ofrece sus servicios incondicionales, se interesa

por la salud de vuestro perro, y el que protestaba por un gatito, os dice que a pesar del “reglamento” os autoriza por simpatía personal a tener un león en el departamento.

Y así es la vida.



EL MUNDO — Sábado 23 de junio de 1928

EL SEÑOR WRIGHT Y EL DIABLO COJUELO

¿Quién es el que no conoce las aventuras del señor Cleofás y el Diablo Cojuelo?

Resulta, y de ello hace muchos años, que una noche en que el señor Cleofás huía de la persecución de la justicia, se metió en el chiribitil de un astrólogo con cascabeles de brujo, el cual astrólogo tenía encerrado en una redoma un espantable diablito cojo y sabio. El señor Cleofás que era de suyo bastante travieso, puso en libertad al mencionado diablito, el cual en agradecimiento le manifestó llamarse el Diablo Cojuelo y se le ofreció para revelar los misterios de la ciudad de Madrid. Don Cleofás, estudiante maleante, aceptó el trato, y entonces el cojuelo remontándolo a la torre más alta de la villa descubrió los techos de las casas de Madrid, como quien levanta la tapa de un pastel.

El pastel del Departamento de Policía

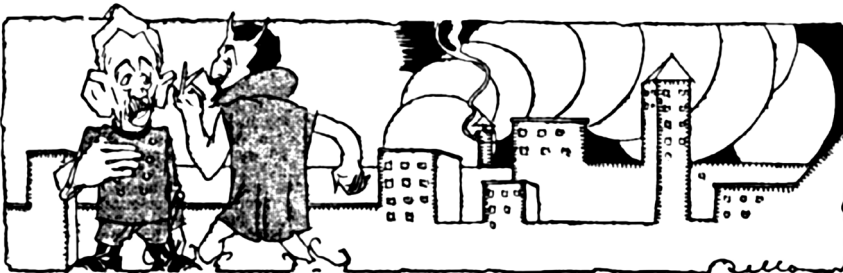
No sabemos por qué se nos ocurre que el señor Wright ha entablado amistad con algún Diablo Cojuelo, que, como el de don Cleofás, ha levantado la tapa que cubría el formidable pastel del Departamento, dejándole ver así los ratones que se alimentaban secreta y abundantemente del presupuesto policial y de los negocietes particulares.

Porque desde que nuestro muy dilecto señor Wright ha entrado en la Caverna

del Humorismo, ocurren allí cosas des-pampanantes. Revientan los tumores que es un asombro. Noticias alarmantes estremecen a cada momento la tierna conciencia de los alguaciles, queremos decir, de los pesquisantes. Agente de investigación hay, que hace meses estaba gordito como un lechón adobado y ha enflaquecido hasta quedar en la piel y los huesos. Comisarios que con su presencia y mostachos amedrentadores espantaban hasta a las piedras, son hoy más melifluos y suaves que un guante de seda. Jefes que hasta ayer tenían la fácil alegría de un viajante de comercio, han perdido la jovialidad para convertirse en siniestros personajes que rondan con facha patibularia por los zaguanes del departamento, meditando quizá qué tremebundos líos.

Todo tiempo pasado fue mejor

Todo tiempo pasado fue mejor, dicen los ancianos, y ello es cierto, si pensamos en el tiempo en que fue casi un jefe de policía el señor Santiago. ¡Qué hermosa época aquella! El día que el señor Santiago esclareció el asunto Ray, manifestó que el prodigio era debido a la intervención de Nuestra Señora de Luján, de la que él, personalmente, llevaba una medallita al cuello. Urruchúa que también intervino en el asunto, y



El señor Wright debe haberse entendido con el Diablo Cojuelo...

que era subcomisario y jefe de Robos y Hurtos, llevaba colgada del cuello otra medallita. Y sólo así, milagrosamente, se explica el descubrimiento prodigioso que hizo que los temibilísimos Antía cayeran en poder de tal policía.

Mediante la intervención celeste Santiago y Urruchúa “el encargado de Robos y Hurtos”, aclararon numerosos asuntos. Y Santiago podía decir entonces como en otra época dijo el pícaro Guzmán de Alfarache: “Dios por mi mucha inocencia hizo que quedara esclarecido el misterio”.

La cueva de Tartufo

Cierto es que muchas veces los inculpados de ser ladrones y asesinos negaron hasta el cansancio su culpabilidad, diciendo que la policía los había obligado a firmar declaraciones falsas, lo cual nadie podía creer, porque no era posible que caballeros que llevaban colgada del cuello la medallita de la Virgen de Luján hicieran tales desaguizados, y “metieran la mula”, como se dice en el argot policial.

Natural, malas lenguas, dijeron que la que hoy es la Caverna del Humorismo, era la cueva de Tartufo, y se llegó a acusar al seráfico Urruchúa y al inefable Santiago de tejes y manejes poco edificantes.

Como es natural, la maledicencia se estrelló en el pedestal de estos ilumina-

dos que descubrían los crímenes más misteriosos con una lucidez espantable y hasta se llegó a pensar que sin la intervención de Santiago en la investigación de un delito toda diligencia sería estéril.

El señor Wright y el Diablo Cojuelo

Tenemos entendido los periodistas, y lo hemos dicho muchas veces, que el señor Wright es un anciano cascarrabias, y que para colmo no lleva ninguna medallita colgada al cuello. Y si es cierto que el personal a sus órdenes no descubre mayores crímenes, en cambio en “la propia casa” se descubren líos que han convertido al Departamento de Policía en la Caverna del Humorismo.

¿Quién lo ayuda al señor Wrigth en tamañas investigaciones? La Virgen de Luján había sido acaparada por el señor Santiago y el jefe de Robos y Hurtos, señor Urruchúa.

El señor Wrigth, no nos queda duda alguna, debe de haberse “entendido” con el Diablo Cojuelo. ¿Podría explicarse si no de otro modo que destape con tanta sagacidad ese pastel gigantesco que es el Departamento de Policía? No; no puede explicarse.

La suerte es que ni el señor Santiago ni el señor Urruchúa podrán ser acusados de negligencia durante el desempeño de sus cargos, y es lógico: eran tan inocentes ambos...



EL MUNDO — Domingo 24 de junio de 1928

LA MENDICIDAD EN LA AVENIDA DE MAYO

La Avenida de Mayo, desde las diecisiete horas y media, es decir desde el momento en que se pone el sol, hasta las veinte y media, ofrece en estos últimos tiempos todo el aspecto de un escaparate de la pobreza.

Los mendigos y las mendigas parecen brotar como hongos de entre las losas.

El fatal espectáculo

Es siempre el mismo y fatal espectáculo de "cliché".

Una parturienta envuelta en una pañoleta pringosa, con una criaturita en los brazos y una chiquilina pegada a las faldas que, en cuanto distingue a un posible cliente, va corriendo para pedir una limosna.

pobre, y muy pobre, sin estar forzosamente y siempre con un párvulo de un mes entre los brazos?

La fauna de los vagos y las calles

En cambio, ¡qué discretos, qué silenciosos, qué dignos, los vagos que engordan y prosperan en las calles Talcahuano, Libertad y Cerrito!

Envueltos en triples gabanes de arpillera, espulgándose con una paciencia digna de la de su antepasado el vago Job, estos poltroneros descomunales se instalan en los zócalos de los comercios que han hecho una quiebra fraudulenta, y allí, impasibles, como los ídolos del Bramaputra, se rascan sin importárseles un ardite de la gente y



—No importa. Yo le doy el vuelto.
—No tengo más que diez pesos.

La pobre de solemnidad no pide. Vigila con los ojos muy abiertos a su párvulo que, como un trompo, baila entre los transeúntes, alargando el brazo a uno y otro, no dando abasto, de tanto tránsito como hay.

En cada cuadra hay una de estas mujeres.

Fatalmente, con la regularidad de un fenómeno astronómico exhiben una recién nacida en los brazos, un bultito inmóvil. Ni de casualidad se encuentra a una pobre que no tenga un hijo de un mes. ¿Por qué esto? ¿Por qué esa fecundidad? ¿O es que acaso no se puede ser

sin importunar a nadie. Y no molestan, sino que, por el contrario, decoran la ciudad, la engalanan con un elocuente ejemplo de libertad infinita y todo el que pasa y mira a estos truhanes, involuntariamente se regocija, les encuentra una bestialidad jovial que no es de mal tono.

Y sobre todo no piden. Más estoicos que fakires y más mugrientos que Santa Isabel de Hungría, que se bebía el agua con que los leprosos lavaban sus llagas, estos personajes grandotes son la afirmación del libre albedrío, y como tales tienen derecho de ser.

Los pobres de Avenida de Mayo

Pero entre estos solemnes parásitos y las llorosas mujeres de la Avenida de Mayo con su párvulo de novela semanal, hay una diferencia como del día a la noche. Y es que estas últimas evidencian un ignominioso comercio organizado, para saquear los bolsillos del público.

Ante todo, es más que absurdo que todas sean madres de un chico que tiene un mes de edad, y de una criatura que tiene seis años. Y ejercen estas mocosititas (y futuras clientas de reformatorio) su oficio, con una habilidad que no es producto de la pobreza sino de la más desvergonzada industria.

No hay más que observar el tono con que hacen su pedido.

Viene un transeúnte, la criatura, sin perder tiempo, va corriendo hacia él, y sin esperar a que éste le dé una moneda, se dirige corriendo a otro, para no perder tiempo. Cierto es que las mujeres son más sensibles que los hombres y pasan sin dar nada; pero en cambio, los individuos melancólicos y que tienen la teoría de que no hay que dar limosna, esos individuos abren pensativamente su bolsa y dan unas monedas. Con los ojos muy abiertos, vigila la madre y ni de casualidad da las gracias.

Profesión que hay que extirpar

¿Quién no recuerda las confesiones del Lazarillo de Tormes y las memorias del Picaro Guzmán de Alfarache, donde ambos granujas evocan cientos y cientos de detalles de tal vida holgada y productiva?

Allí, en esos decálogos del perfecto vago, se enumeran y explican todas las artimañas, para despojar a la gente de su dinero, mediante la pobreza fingida y la enfermedad apócrifa.

Dice el Lazarillo, refiriéndose al ciego

más taimado que haya pisado sobre la tierra: “Cientas y tantas oraciones se sabía de coro, y decía las tales con tono reposado y grave, y sin hacer visaje como los otros pobres”.

Y el Picaro Guzmán:

“Y aquel pobre ganaba mucho dinero diciendo, en vez de Jesús, *Jesú*”, y más adelante cuenta con lujo de detalles cómo los reglamentos de la orden de los parásitos establecían el modo de pedir limosna, prohibiéndoles el uso de toda arma ofensiva y defensiva, “como no ser un cuchillo de cinco palmos y un garrote”. Y narra además cómo se alquilaban los niños a las mujeres de la vecindad para salir a la calle a explotar la pseudo miseria.

Y esta lacra no ha variado a través de los tiempos.

Debe investigarse qué pobres son

La regularidad, la hora elegida, el recién nacido y la mocosa hace tiempo nacida, todos ellos son síntomas de que estamos en presencia no de la pobreza auténtica y terrible, que debe conmover a todas las almas, sino en presencia de un comercio cínico y denigrante que debe arrancarse de cuajo de nuestra ciudad. Instituciones de beneficencia hay para hacerse cargo de esas criaturas que se malean con tal sistema de vida. No es posible que, con la indiferencia, se permita que esta plaga se desparrame por la urbe a hacer su negocio con perfecta impunidad. Deben investigarse las causas, por qué mujeres fuertes, sanas en apariencia, y con criaturas en igual estado, se dedican a la holganza, en vez de ganarse la vida, como centenares y centenares de señoras que, en nuestra ciudad, trabajan honradamente y mantienen a sus hijos a veces con un jornal escasisimo.



EL MUNDO — Lunes 25 de junio de 1928

LA INFLUENCIA DEL BIGOTE EN LA LUCHA POR LA VIDA

Hoy le toca el turno a los que engalanan su semblante con sendos mostachos, a los que vulgarmente y con menoscabo de tal arte decorativa, se les llama bigotudos.

Y nos referimos a los que se embellecen con bigotes buidos y grandes como cuernos de buey, no a aquellos cuyos bigotitos parecen cepillos de limpiarse los dientes.

Los primeros parecen descendientes del Cid, de Carlo Magno o de Rolando; los segundos, ¡oh, terrible influencia del cinematógrafo y de Yanquilandia!, no nos interesan con su vilipendioso borrón de vello trasunto de don Juanes de barbería.

Elogio de los bigotes

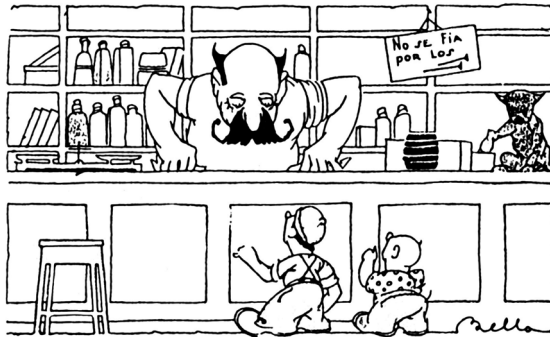
Los que usan mostachos como manubrios de bicicleta son por lo general hombrazos de dos metros de estatura, dueños de lecherías en prosperidad y panaderos que especulan con las cédu-

Estos y los corredores de comercio que salen al interior, y los impresores catalanes, y los turcos cuyas tiendas no tienen necesidad de un incendio "accidental", son los que regocijan nuestros ojos con sus bigotazos furibundos, encrespados, bigotazos que ellos acarician lenta y castamente mientras esperan apoyados en su mostrador la llegada del cliente.

Influencia del bigote en el amor

¿Quién no ha visto un sargento de bomberos paseándose por la plaza Victoria en compañía de una robusta cocinera? Todos deben haberlo visto, pero nadie se explica este éxito de los sargentos de bomberos. Ello se debe a la falta de observación. Nosotros hemos encontrado la clave del misterio:

Los sargentos de bomberos gastan mostachos de veinte centímetros de longitud total. ¿Qué corazón de cocinera puede resistirse a tamaños bigotes?



—Neno, decile a to mama, que desde ayere non se fia mase.

las hipotecarias, y cuyos robustos brazos alzan una bolsa de un quintal, con tanta sencillez como nuestros dedos la lapicera. Y benditos sean por su sana corpulencia, y por sus mostachos fecundos de apariencias terroríficas.

¿Qué menestrala, por púdica y recatada que sea, no sufre el encanto de semejante decoración?

Lo mismo ocurre con los dueños de lecherías:

Aquellos cuya covacha se arruina

lentamente se rasuran todas las mañanas como si al hacerlo, quisieran afeitarse las esperanzas inútiles que germinan en sus dolientes corazones de vendedores de café con leche.

En cambio, ¡qué gloriosos, abundantes y erguidos son los bigotes de los dueños de lecherías en prosperidad! El hombre que todos los días bautiza su leche, se levanta detrás del mostrador triunfante como un gallo. Las criadas le sonríen, ruborosas de encontrarlo tan seductor, y no hay mucama que no le rinda pleitesía.

Influencia del bigote en el comercio

Todos los comerciantes cuyo “haber”, es muchas veces superior a su “debe”, dejan florecer en su prudente persona los bigotes que inspiran confianza, los mostachos que robustecen el crédito comercial. Nadie le va a exigir a un bigotudo la cancelación inmediata de un pagaré. Los bigotes parecen siempre a los cobradores un testimonio de buena fe.

Lo mismo ocurre con los viajantes que se engalanan con el complemento dicho. Su sola presencia parece certificar la bondad de la operación que proponen. El hecho de que con las yemas de los dedos se atusen las guías del bigote, mientras conversan del negocio, es más eficaz que muchas palabras superfluas. Y los comerciantes del interior conocen tan bien este fenómeno, que en cuanto ven entrar en sus salones a un viajante bigotudo inmediatamente lo atienden con deferencia, convencidos por el bigote de la “nobleza” del artículo.

Y no en vano ciertas empresas de nuestra ciudad exigen que sus cobradores sean hombres ricos en mostachos.

La psicología del bigotudo

Se explica. En el bigote hay algo de grotesco, que sólo puede justificarlo la hombría. Así, un hombre grandote que

gasta mostachos, hace pensar que sus puñetazos deben causar más desastres que un “srhapnel”, mientras que el mismo individuo sin el adorno de marrras parece un alma de Dios.

Lo mismo ocurre con los sujetos pequeños, pero bigotudos.

Dan la impresión de ser personas que no aguantan pulgas, individuos que se amostazan con facilidad, cascarrabias peligrosos con los cuales es preferible no andar a las coces.

De todas estas deducciones se desprende la siguiente conclusión:

El hombre que usa bigotes erguidos, con o sin cosmético, es un sujeto de pelo en pecho, de buenas costumbres, optimista, germanófilo y monarquista generalmente, poco amigo de discordias, y honrado a carta cabal, si no es un pillo. Pero los pillos acompañan casi fatalmente el bigote con una barba puntiaguda, y si son pillos socarrones, de una barba en forma de collar, como la de ciertos grandes monos. Esta clase de barbudos es de las más peligrosas que se conoce.

El lenguaje del bigote

Con estas indicaciones, claro está que puede confeccionarse una especie de guía del bigotudo, como hay una del lenguaje de las flores, del pañuelo, etc. Así puede decirse:

Bigotes erguidos, sin cosmético: hombre bueno y liberal.

Bigotes erguidos, con cosmético: temperamento prudente, enemigo de prestar plata.

Bigotes lisos, a lo largo, como un palo: alma ingenua y silvestre.

Bigotes caídos, como los del contraalmirante Hermelo: temperamento feroz y celoso como el de un turco.

Bigotes caídos lánguidamente: hombre melancólico, inventor sin éxito y desdichado en su casa.



EL MUNDO — Martes 26 de junio de 1928

JUNTO AL PALACIO DE JUSTICIA PROSPERA EL TESTIGO FALSO

¿Qué artimaña no tendrá su representante en nuestra ciudad? ¿Qué astucia y qué pillería no ha dado origen a un gremio, a una colectividad, a un ejército? Todas.

Entre los hombres que prosperan a costa de oficios inocentes y penados “por las generales de la Ley”, está el zarrapastroso gremio de los testigos falsos, que en ciertas épocas prosperan a la sombra de los Palacios de Justicia, del mundo, como los hongos a la sombra de los grandes muros.

Catadura del testigo falso

Las exigencias de la ley, que han hecho que todo acto público o de orden jurídico sea presenciado por sus dos correspondientes testigos “que dan fe” de lo que ocurre, originó el testigo falso.



El prototipo del “ave negra”

El cual es antiguo, y debe pertenecer a la edad de las Doce Tablas, cuando los hombres se envolvían en sábanas, y salían en sandalias a la calle.

De esa fecha hasta entonces, mucha agua ha corrido bajo los puentes, pero el alma del hombre es invariable, y la catadura del testigo falso es lo que únicamente ha cambiado. El cual testigo falso, viste generalmente para inspirar respeto y confianza, un traje que fue

negro, y que en la actualidad, por el viento y el sol, y las manchas de café, ha adquirido un hermoso color verdoso.

Complementa la catadura del testigo falso, un cuello palomita, cuello que siempre está en un estado de dudosa blancura, así como las uñas del mencionado personaje, que le tiene un horror jurídico al agua jabonosa.

Los zapatos de este hombre se resienten generalmente de deformación y grandiosidad, así como su galera (la galera es de imprescindible necesidad), que perora a la legua el origen “cambalacheraico” de tal prenda.

Como corbata usa nuestro truhán, un plastrón negro o verde mar, y se engalana con una boquilla de ámbar falso, y un catálogo de zapatos encuadernado que siempre lleva bajo el brazo.

Origen del testigo falso

El testigo falso es la consecuencia de disposiciones que prohibieron el ejercicio de la procuración a personas que no hubieran cursado y aprobado por completo el Colegio Nacional. Esta disposición dejó a numerosos padres de familia y “amateurs” de la avenegrería en plena indigencia, ya que los procuradores diplomados colmaban más que nunca la medida de las necesidades del momento.

¿Qué iban a hacer estos pobres hombres? Les faltaba agilidad y fuerzas para dedicarse al asalto, u otra profesión similar a la ejercida hasta entonces, y entonces, formaron la temibilísima y espectacular sociedad de los testigos falsos, de los rompe-quebras, de los espantos de los acreedores, en fin, inauguraron la época del fraude y la mentira, con una pujanza digna de Hércules.

El testigo falso y sus lugares

Un lugar común dice, que cuando una persona necesita hacerse un traje, recurrirá a un sastre y no a un panadero. Lo mismo ocurre cuando uno necesita un testigo falso. Lo encontrará en las proximidades del Palacio de Justicia, lo cual es una ironía, ya que desmiente el popular axioma.

El testigo falso, palidece, engorda, enflaquece, y combina negocios magistrales en los oscuros y humosos cafés de la calle Lavalle y Libertad, de Paraná y Corrientes, en fin, en todos los parajes de “bebestibles” que existen por los alrededores del monstruoso edificio estilo Partenón o algo parecido.

Se le encuentra en los círculos que hacen en redor de estrechas mesas, procuradores en auge, abogados en desgracia, clientes que tienen una millonada de ilusiones a cobrar, pleiteadores, divorcistas, en fin, en el paraje donde la imaginación humana, lenta e infatigablemente, combina sus negocios turbios y legales.

En silencio y con sonrisa irónica, escucha el testigo falso. Él también conoce jurisprudencia, y ha visto de cerca al Procurador de la Nación, y hasta lleva la galera que le regaló un camarista... y sabe.

Pero modesto, arrinconado, se resigna a su humilde profesión de catador de café que pagan otros.

El testigo de quiebras

Naturalmente, entre el testigo pobreton a quien se “arregla” con cinco pesos y el testigo de los negocios truculentos, el testigo que figura con acciones, recibos, etc., etc., media una distancia como del sol a la tierra.

El primero es el limosnero casi forzado, el hombre cuya miseria pavorosa trasciende en todos los detalles de su vestuario. El segundo, en cambio, carga brillantes en los dedos, hace peso en las “juntas de acreedores”, aterroriza a los síndicos, infunde pensamientos homicidas a los acreedores auténticos y ocasiona los desbarajustes más divertidos que se conocen en jurisprudencia.

Todo esto, naturalmente, tiene su precio y si alguien está siempre seguro de poder cobrar es el testigo de ocasión, ya que sus palabras ante la justicia darán al que lo utiliza, oportunidad de ganar o de perder menos.

A veces, este opulento testigo falso se vuelve contra la parte encargada de defender con su testimonio apócrifo, y entonces ocurren esos líos que llenan más papel que el mismo diccionario enciclopédico.

De la importancia de las pruebas falsas

Decía el inefable Anatole France, que las únicas pruebas fehacientes, que las únicas pruebas que convencen, emocionan y dan una idea de lo alta y exacta que es la justicia, son las pruebas falsas, a base de testigos falsos, porque estas pruebas no dejaban lugar a dudas, eran luminosas, precisas, incontrovertibles, de tal manera que llevaban el convencimiento al ánimo del juez más escrupuloso y cascarrabias.

Naturalmente, Anatole France se burlaba, pero lo curioso es que esta burla suya es el exponente irónico de una realidad que medra y prospera a la sombra de nuestro Palacio de Justicia, y de la que Balzac pintó en su inolvidable galería de Prosperidad y Ruina de César Bitoreau.



EL MUNDO — Miércoles 27 de junio de 1928

LOS PELUQUEROS PORTEÑOS EFECTUARÁN UN CONCURSO ORIGINAL

El Centro de Peluqueros de Buenos Aires, ha resuelto realizar un concurso original que se llevará a cabo en los salones de su Academia, Victoria 1063, el 1° de julio del corriente año, es decir dentro de algunos días. Dicho concurso trata de elevar a la categoría de arte sumo, el difícil y engorroso trabajo de afeitarse la barba y peinarse el cabello, por lo que se disputarán los concursantes (y con el objeto de estimularles) dos medallas de oro auténtico, aparte de los diplomas con que estos podrán engalanar sus casas o comercios.

Lo que va de ayer a hoy

Demás está decir que el progreso ha invadido de tal forma nuestra ciudad, que la clásica barbería de nuestra infancia, donde un aprendiz nos hacía "escaleras" en el cabello, ha pasado a la historia, o se ha convertido en el "Salón

que una locomotora y más elípticas que un teodolito.

Los aparatos eléctricos abundan en ella como en una sala de roentgenología. El vulgar estante imitación caoba ha sido reemplazado por la vitrina de armazón de acero "al laqué", los pedestres rollos de algodón que servían para obtener las alevosas cuchilladas del rapabarbas, fueron confiados a tambores de níquel más herméticos que "sraph-nells", y la estufa que antes apestaba de querosene al "salón" ha sido sustituida por un autoclave, cierta caldera níquelada, puros grifos, manómetros, llaves, etc., etc.

Los rapabarbas de antes

Pero eran más simpáticos los rapabarbas de antes.

¡Cuántos nacieron para la contem-



de Peluquería", en el que los destartalados sillones donde nos rapaba un viejo asmático y catarroso han sido reemplazados por unos sillones astronómicos, mullidos pullman, con más palancas

plación de las bellas cosas inútiles!, mirando, mientras el rapabarbas afeitaba a alguien, esos cromos sentimentales donde aparecían Otelo y Desdémona, en actitudes tragicómicas, porque ya

era el negro de rodillas ante la mocita rubia, con un señor vejete contemplándolos por la abertura de una cortina roja, o ya era el singular episodio de Genoveva de Brabante, con el mocito de meses entre los brazos y una cierva lechera que lo amamantaba.

Los rapabarbas de entonces eran sentimentales. Los más opulentos recreaban los oídos de “su distinguida clientela” con los sonos de un fonógrafo, o canturreaban ellos mismos el aria de Aida, y del Trovatore, mientras se humedecían la palma de la mano a salivazos para asentar la navaja. Aborrecían el progreso, y a sus clientes de confianza les narraban pormenores de la muerte del “difunto de la media cuadra” al cual habían afeitado con la misma navaja con la que pocos minutos después os cortarían la mejilla. Estos detalles y las escrúfulas posteriores amenizaban la vida de entonces.

El peluquero de hoy

Modas, aparatos, costumbres, todo ha cambiado de tal manera que si a un peluquero de hoy le manifestáis que es un rapabarbas se os enojará, puesto que “es un profesional” y se considera como tal, y desdichado del que le falte el respeto llamándole rapabarbas o “afeita muertos”. Cierto es que hoy afeitarán a los moribundos como antes, pero para ello se deja este “renglón” a los aprendices, para que se hagan prácticos, y porque además a un individuo que se muere poco efecto puede causarle tajo más o menos, y poca importancia le dará a las “escaleras” que le han hecho en el cabello.

El peluquero de hoy es todo un personaje. Ha ascendido en categoría y casi

se considera igual a los masajistas. De éstos tiene la prestancia, el empaque, el énfasis, la suficiencia. En ciertas peluquerías usan guantes de goma como los cirujanos. En otros salones gastan gorritos como los de los médicos. No caminan sino que se deslizan. Son estetas, adivinan qué corte “le sentará bien a la señorita” como modistos del cabello, y si un semblante condice con una tintura para el cabello.

Perfumados, cautelosos, prudentes, son los adivinos del hombre, y al aficionado a caballos no le hablarán de meteorología. Manejan la navaja como un asesino delicado que se dispone a degollaros, y sin embargo no hacen sino que raeros la pelusa. Han elevado el rapabarbas a la categoría de arte. Son artistas y reciben la propina en una bandeja con moñitos, como los sacerdotes del Bhuda.

El concurso del 1° de julio

De ahí que el concurso del 1° julio sea altamente edificante y original. Sabemos de buena fuente que este gremio con objeto de hacer apreciar más altamente las artes barberiles exhibirá en una vitrina los aparatos que antiguamente usaban nuestros antepasados para mondarse el semblante. Y el concurso será agradable, ya que en él se disputarán “records” en afeitarse más rápidamente, en dar menos tajos, en aderezar barbudos, en adecentar cabelludos, en preparar melenas femeninas que serán toda una maravilla, en fin en demostrar a qué grado de altura, belleza, rapidez, emocionabilidad, y eficiencia ha llegado el muy dificultoso y poco remunerado arte del rapabarbas.



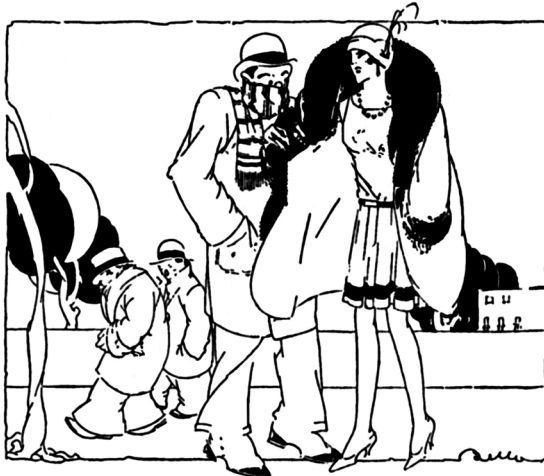
EL MUNDO — Jueves 28 de junio de 1928

LA MUJER PORTEÑA PARECE INSENSIBLE AL FRÍO

Son innumerables los tratados que individuos de pelo blanco y negro han escrito para demostrar la "inferioridad física y mental de la mujer". Dichos sabios han desbarrado a gusto, sin que nadie se diera por ofendido, porque las únicas posibles ofendidas eran las mujeres. Más aún, para efectuar sus demostraciones han recurrido a estadísticas asombrosas y a ejemplos pavorosos.

ramus, sobretodos, bufandas, chalecos de lana y guantes, en abundancia tal, que un habitante de Groenlandia que desembarcara estos días en Buenos Aires, diría que no somos hombres de carne y hueso, sino seres mercuriales, que para no congelarse necesitan recurrir a todas las mencionadas prendas de vestir.

Por la mañana los tranvías ofrecen



¿Resistiría algún hombre, con igual cantidad de ropa, la temperatura que soporta una mujer?

Nosotros, admiradores del bello sexo y enemigos natos y declarados de todo aquello que se relacione con números y fisiología de gabinete, emprenderemos hoy la defensa de la mujer, y de la mujer porteña en especial, partiendo del punto de vista más natural que pueda ofrecerse a nuestros ojos y sentidos: el frío descomunal que se ha descargado sobre la ciudad.

El frío y el sexo masculino

El término exacto es este: hace un frío endiablado. Los escaparates de la ciudad están decorados de gabanes, pe-

un espectáculo curioso. Se ven individuos arrellenados en sus butacas y más enroscados que gatos friolentos. No hay ciudadano prudente y honesto que no gaste camiseta de vicuña, chaleco tipo Nobile, guantes estilo Amundsen, sobretodo magnífico por lo solapado (no confundir con solapado), y cubriendo todo este cargamento que parece contrabando, un perramus, por si acaso llueve. Esto sin contar las polainas y las furibundas miradas que los infrascriptos derraman alrededor protestando contra las inclemencias del frío.

Y tales son los efectos de éste, que

hasta los mayores de los tranvías se han humanizado, pues no protestan con tanto encono como antes, cuando un modesto pasajero se permite ir rechupando la colilla de un cigarrillo en la plataforma del coche motor, infracción que sea dicho de paso antes motivara la muerte violenta del infortunado fumador.

Del arte femenino de no abrigarse

Parodiando el proverbio árabe diremos que si a una mujer se la obligara a cubrirse con las pieles de todas las hermosas bestias que pueblan la tierra, esa mujer encontraría aún la forma de lucir su belleza.

Y el contraste que ofrecen con los hombres es poco edificante para éstos, o para ellas si nos miran.

Mientras nosotros andamos como blindados en acolchados de lana, ellas se exhiben de cuerpo gentil, insensibles al frío, descotadas como conviene a toda mujer que respeta la hermosura que Dios le ha dado, cierto es que cubiertas con un tapado de piel, pero tan inofensivo el tapado dicho, que por largo que sea exhibe siempre las rodillas de la que lo gasta, el escote, y el talle, de modo tal, que la suma de las partes refrigeradas (utilizando el lenguaje de un físico) es superior a la de las partes defendidas por el susodicho tapado.

Y en vez de usar gruesas y burdas medias de lana, usan siempre las de seda, y en vez de alargarse el vestido, lo dejan en su primitivo largo de esta-

ción de verano, y en vez de cubrirse la garganta, la lucen con más gracia, con más insensibilidad.

¿Dónde está esa inferioridad?

Y ahora cabe preguntarse:

¿Dónde está esa inferioridad de que hablan los señores de gabinete?

¿Resistiría algún hombre la temperatura reinante, con la misma cantidad de ropa que gasta la mujer más abrigada? ¿Podría ir a su empleo con las pantorrillas descubiertas hasta las rodillas, la parte del pecho escotada hasta los omóplatos? Creemos que no, más aún, que el que tal experimento hiciera sería víctima de una bronconeumonía fulmineo-galopante, a pesar de toda su "superioridad física e intelectual" sobre la mujer.

Y ahora ocurre lo ingenuamente delicioso.

En el tranvía, en las esquinas, en todo lugar donde un joven se reúne con una amiga para conversar de cosas trascendentales, las primeras palabras mimosas que dice la mujer son estas:

—¿Si supieras...? ¡Tengo las manos y los pies helados! — y al que las escucha (no el redactor) le dan ganas de replicarle:

—Pero hija ¿por qué no te abrigás más?

Mas ello es inútil. Si las cubrieran con todas las pieles de la tierra encontrarían el modo de aparecer escotadas y con las rodillas apenas cubiertas.



EL MUNDO — Viernes 29 de junio de 1928

**\$3.650.000 MALGASTA ANUALMENTE EN PROPINAS
LA POBLACIÓN PORTEÑA**

Se puede considerar como un mínimun de lo más reducido, el de una población de 100.000 habitantes masculinos, que diariamente malgasta o regala 10 centavos de propina, lo cual hace anualmente la respetable suma de 3.650.000 pesos.

Oficios que absorben propina

En nuestra ciudad, el público tolerante, dócil, pacienzudo, remunera, mejor dicho, está materialmente obligado a dar propina a todos los miembros de estas voraces corporaciones: mozos de café, lustrabotas, porteros, mucamas y mucamas, enfermeros de ambos sexos, mensajeros, rapabarbas, serenos, recolectores de basura y chauffeurs.

Naturalmente, en estos renglones no

cantidad mínima de 3.650.000 pesos, cantidad que ni remotamente está cerca de la auténtica que en numerosas monedas de a 5 y 20 centavos desperdiga diariamente la población masculina porteña. Esto sin calcular las "coimas".

Y ¡guay! del que se rebele contra la propina y por principios se niegue rotundamente a darla en el café, peluquería, o salón de lustrado que frecuente. Desdichado del que no escurre discretamente cinco pesos en las manos de un enfermero. Infeliz del que se oponga a favorecer al portero de la casa de departamentos que ocupa, con cinco o diez pesos mensuales de propina. Peor tratado que si lo maldijeran los dioses, es aquel que frecuenta un hotel y se olvida de gratificar al portero, a la mucama,



se cuentan los comisarios, ni empleados superiores de reparticiones que no mueven un dedo si no se les "unta" la mano, por ejemplo: oficiales de justicia de los juzgados, covachuelistas de los Tribunales, agentes de tráfico, inspectores municipales, gremios todos que son castos y puros.

De la propina

Todos los oficios mencionados absorben anualmente como dijimos, la

al chico del ascensor, al peón de limpieza, al telefonista, al mozo del comedor, al mozo que no es del comedor y al otro mozo que es un discípulo del diablo.

Propinas principales

Usted es un honrado ciudadano, un bondadoso ciudadano. Se aficiona a un café. ¿Por qué se aficiona a determinado café? Es un misterio. Pero usted se aficiona. Se encuentra en él como en su casa, mejor dicho, mucho mejor que

en su casa. Pero usted además de buen ciudadano, es un hombre de principios (no confundir con tacaño) y no quiere dar propina. ¿Qué le ocurrirá a usted? Pues, nada y mucho.

Los mozos comienzan a mirarlo con rabia. Usted siente a la tercera vez de irse sin dejar propina, cómo el suelo del salón se estremece bajo el golpe que con las sillas da el mozo contra el piso. A la cuarta vez le trae el café frío. A la quinta vez el camarero le arroja la taza de tal forma que el brebaje le salpica el cuello, y usted recto ciudadano de principios, para no ir a Ushuaia por tiempo indeterminado o culpado de asesinato con alevosía y premeditación, abandona el café de su afecto para ir a otro donde le ocurrirá lo mismo si no da propina.

De la propina al peluquero

Cuando un hombre deja por segunda vez de dar propina en una peluquería, si se afeita le ocurre esto:

La navaja no parece navaja sino serrucho. El oficial, para indicar movimientos opuestos de cabeza, lo hace con empujones contra el cráneo del aludido, os enjabona hasta los ojos, lanza indirectas con maquiavélica prudencia, os mira los botines con una obstinación irritante, hace guiños a sus compañeros de exterminio, tose significativamente, y de pronto, la tortura del fuerte comienza entre las manos del débil, sintiéndose éste agotado entre las manos suaves de aquel hombre que os cortaría la carótida de no haber presidio.

En cambio si os cortáis el pelo, os estropea del modo más lamentable, en vez de “emparejaros” el cabello con la máquina, lo hace con el peine, y a los diez minutos de estar sometido a ese tratamiento caballar, os parece que las puntas del peine os van a taladrar el cerebelo, mientras que el otro inexorable le da al peine con una contumacia de verdugo. Y salís de allí trasquilado,

la nuca hecha un camino carretero de tantos surcos como ha trazado el peine en un conato de rastra.

Del lustrabotas

El lustrabotas es más discreto e inocentemente franco. Si no le dais propina, antes que terminéis de salir del local os llama y si tiene cara de perro, mostrando los colmillos os pedirá explicaciones, se acordará de vuestros antecesores en términos poco cordiales o corteses, evocará la sombra de los manes y en un léxico, no d'annunziano por cierto, os anticipará calamidades que horrorizarían a Edipo rey.

En cambio el portero es más solapado.

Dejará abierta la puerta del ascensor; os desparramará la basura frente a la puerta; lo tendréis toda la vida manoteando ante las narices con su funesto reglamento que Dios confunda; hasta que vos, agotado, arrojáis humildemente la propina, que él recoge con prestancia de divinidad ofendida.

Somos esclavos de la propina

Desde el mozo de gran hotel que vende los tapones de las botellas de champagne a la fábrica, que se los compra para que imponga la marca, hasta el más modesto recolector de basura que no cargará con un perro muerto si no se le da propina, los habitantes de esta ciudad somos víctima de ella. Empleos de mozo de comedor hay que se pagan mil pesos de “llave”; hoteles prosperan en esta ciudad, en los que los mozos, en vez de cobrar un sueldo por su trabajo, pagan ciento cincuenta pesos mensuales para que les permitan servir, tal es la cantidad de dinero que sacan en propinas.

Y nadie se rebela contra esta plaga con la que es necesario terminar, ese monstruo de la propina que devora anualmente 3 millones 650 mil pesos, cantidad que es el ahorro que, sobre los sueldos que debían pagar, hacen los patrones de ciertos comercios del país.

EL MUNDO — Sábado 30 de junio de 1928

¿CUÁNDO SE LEVANTARÁ UNA ESTATUA A LA MUCHACHA PORTEÑA QUE SE GANA LA VIDA?

Sí, a la muchacha porteña, a la mocita que viste pollera a la rodilla, zapato retacón, y que bajo el sombrerito rojo o verde luce una mirada maliciosa y una carita pálida de tanto trabajar, para ganarse la vida y a pesar de su poco sueldo ir bien vestidita... porque todas lo van.

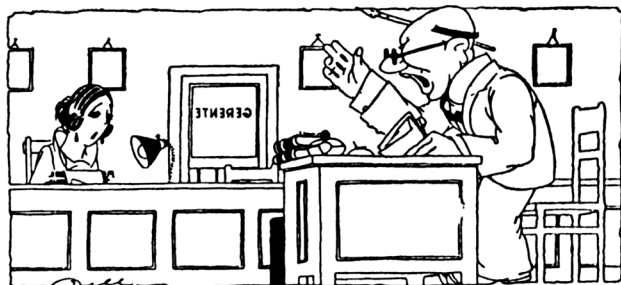
Nosotros no creemos en las estatuas

Nosotros periodistas escépticos y hambrones no creemos en las estatuas. No creemos en los héroes patilludos que dirigen una terrible mirada de generalito analfabeto a la posteridad, que bajo la forma de un lustrador de botas y un vago consuetudinario ocupan la plazoleta en la que están ubicados.

Las estatuas nos resultan anacrónicas, nos parecen un desperdicio de bronce y la única utilidad que les reconocemos es servir de guarida a los gatos de las plazas. Así, sin faltarle el respeto al señor general Lavalle, dire-

al atardecer, en busca de alimentos y musarañas. Conste que somos los primeros en mencionar dicho fenómeno estatuario. Conste que al hablar de los gatos no queremos lanzar ni una pálida indirecta respecto a los señores que están representados en monumento.

Decimos esto, nosotros timoratos periodistas, temerosos de que las conciencias malévolas y los temperamentos sutiles encuentren una analogía en la mención de los gatos que va tan seguida de los personajes de la estatua. Esto sin contar de que en modo alguno somos responsables de que los gatos se hayan aficionado a las estatuas. Y si se duda de lo que afirmamos bajo nuestra respetabilísima palabra de honor, que el que dude vaya a las diez de la noche a una plazoleta donde se luce una estatua y comprobará amplia y rotundamente la veracidad de nuestras afirmaciones. Vale.



mos de paso que su estatua es la caverna de innumerables gatos placeres que al anochecer abandonan su refugio para dedicarse a corretear por el césped frente al austero edificio del Palacio de Justicia.

Nosotros, apartándonos del tema, diremos de paso que los dichos gatos se han reproducido de modo alarmante, y que no hay plaza donde no se deslicen

De la muchacha que se gana la vida

Nos es simpática, dolorosamente simpática la muchacha que se gana la vida, la muchacha que desde los catorce años ingresa al taller, para aprender el duro arte de adquirir el pan con el sudor de su frente.

Todas las mañanas de siete a ocho horas, de once a doce horas, de las diez y ocho a veinte horas se la puede en-

contrar en la estación del subterráneo, en la parada del tranvía, en la estación ferroviaria esperando.

Ya cargada con un bulto que da espanto y estira su brazo como un laminador, ya se cubra con un sombrero jovial, y un tapado que deja ver el vestido negro de vendedora de tienda, todas son víctimas del engranaje cotidiano que las absorbe ocho y diez horas, para lanzarlas al anochecer pálidas, ojeras, sobre la ciudad de los hombres que las miran pasar con gula.

Y en nuestra urbe son muchas las mujeres que trabajan.

En apariencia las hace distintas el vestido, en substancia son tan semejantes, que la pantalonera que va cargada de espantosos paquetes no es menos interesante que la dactilógrafa que tiene endurecida la yema de los dedos de tanto trabajar en la "Underwood".

Las amables sacrificadas

Y todas estas muchachas son amables, cordiales, dispuestas. Han atrapado la vida al vuelo y le sonríen con escepticismo de ancianas de mejillas color de rosa... falso.

Visten bien por la terrible necesidad instintiva y femenina, que antes admiraría la mesa sin pan que el pie sin un zapato de moda.

Y trabajan. Trabajan en serio. Muchas mantienen un hogar con sus sueldos absurdos. Otras después de salir del taller continúan en su casa preparando trabajos "para afuera". El domingo a la mañana también trabajan. El domingo por la tarde se preparan la ropa para toda la semana, se cosen vestidos, y al anochecer salen a pasear "por la retreta". Y el lunes vuelven a comenzar la eterna semana.

Y sonríen y miran amablemente siempre, salvo si no son muy feas, pero entonces se hacen más tristes, más re-

signadas, se las ve caminar a través de los días y los trabajos con un gesto de cansancio admitido para "in eternum" adentro del alma. Y trabajan...

Ya cosiendo, cosiendo ocho horas, ya vendiendo en el mostrador, bajo la vigilancia de jefas antiguas y biliosas, o de jefes inexorables y rígidos como maniqués... trabajan... trabajan siempre...

La única y específica distracción que se permiten es "un novio", un novio que a veces se casa y otras las "planta"...

Una estatua que pondere este esfuerzo

Hace falta una estatua que pondere este esfuerzo cotidiano, esta triste belleza de una generación de muchachitas que ya en la máquina de escribir, en la de coser o en el mostrador, y en la fábrica, se ganan la vida.

Hace falta una estatua. Una estatua que las represente luchando con los climas, con los tranvías repletos de hombres, una estatua cuyos frisos sean los mapas del trabajo que día tras día mueve las ruedas del comercio porteño.

¿Por qué sólo los generales, los políticos y los poetastros de hace cincuenta años han de decorar con su gesto de mala manera las plazas? ¿Por qué en el Rosedal o en la Avenida Alvear, erguida, flexible, solitaria y linda como ella sola, no se ha de levantar la estatua de la muchacha de pollera a la rodilla, nariz picaresca y mejillas pálidas, de la muchacha que a veces da un mal paso por un estudiante, de la muchacha que lee las novelas de Carolina Invernizio y se suicida con cianuro de harta que está de la vida?

No; es necesario que un escultor, un artista se lance un día de estos a la empresa. Y que la hermosa estatua esté emplazada en la Rosaleda, cerca de las rosas que éstas muchachas quieren tanto, porque han perdido las que cuando mocitas tenían en las mejillas...



EL MUNDO — Domingo 1 de julio de 1928

¿QUIERE GANAR DINERO? INSTALE UNA ACADEMIA PARA ANARQUISTAS

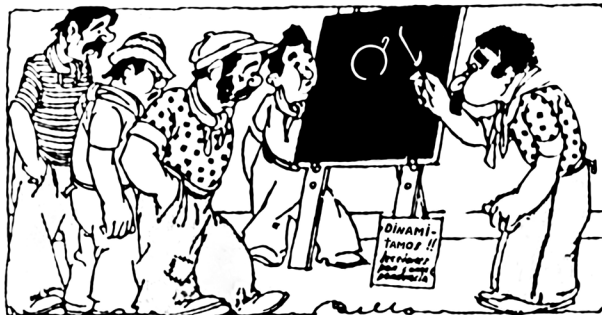
Hace quince días eran las bombas de Lomas del Mirador, antes fueron las de la farmacia Mastronardi, después, ¡ah, no! al mismo tiempo casi, la del Consulado de Italia, más tarde, si no nos equivocamos, la de la casa del teniente coronel Afeltra, después... ya son tantas... anteayer una bomba en el centro de Panaderos y ayer a la madrugada la que estalló en la panadería de la esquina de la calle Méjico y Avenida La Plata.

Nuestra policía y los "bombardistas"

¿Quién no se emociona ante la impasibilidad de nuestra policía? ¿En qué ciudad del mundo terráqueo se ha visto un estoicismo igual, una firmeza semejante, una compostura parangonable con la de ésta?

"Guarda e passa"... Sólo en los mártires, en las víctimas de los barbudos sarracenos y de los pilletes romanos, se asistió a ejemplos tan levantados en propósitos.

Ahora, nuestra policía se siente inclinada al martirio, a la beatificación. Si un anarquista les pusiera una bomba en el Departamento no la verían. Si el Jefe de Orden Social, observara que un dinamitero se dirige a él con un artefacto infernal, le prestaría su caja de fósforos para que aquél pudiera encender la mecha. ¿Puede exigirse de personas que gozan la fama de analfabetas mayor tolerancia, más amplia renunciación? No. A este paso nuestra policía podrá ser incluida brevemente en un nuevo martirologio.



¡Oh, heroica y diligente policía nuestra!... Como Mucio Svelo es capaz de quemarse la mano en un brasero sin retirarla, sin revelar el dolor en un gesto. ¿Se concibe algo más edificante? Los anarquistas empujados en tirar bombas o en colocarlas que es casi lo mismo, y ella digna, serena, recordando las palabras del Dante: "Guarda e passa"... sin hacer un gesto que menoscabe la belleza de su impasibilidad.

¿No es hermoso esto? ¿No es digno de un canto, de una oda, de un poema?...

Lo que nos decía un señor de la Liga Patriótica

Esta mañana conversando con un afiliado de la Liga Patriótica, éste nos decía:

—Yo soy un respetable caballero y nadie lo pone en duda.

—Tampoco nosotros.

—Pues bien, yo no puedo oponerme a que los anarquistas tiren bombas... claro que no, pero lo que me revienta es que no me dejan dormir con sus

petardos. La Avenida La Plata se está poniendo insoportable de un tiempo a esta parte. Yo trabajo todo el día, y para colmo no me dejan dormir por la noche. Por más miembro de la Liga Patriótica que yo sea tengo derecho al sueño, ¿no le parece? ¿O qué es lo que se ha creído esa gente? Que uno es como Charles Nicolás que puede bailar todo el día sin dormir. No señor.

—De acuerdo con usted, caballero.

—Díganme, no podrían ustedes insinuarle a esa gente que inventen otro sistema destructivo, pero silencioso... Lo cortés no quita lo valiente, ¿no le parece?

Sí, señor; es necesario otro sistema

Nosotros nos retiramos, de acuerdo por completo con este señor de la Liga. Tiene razón. Es necesario que los señores anarquistas inventen otro sistema destructivo, pues está visto que el de las bombas es un fracaso. De cada diez, una da resultado.

¿No podrían esa gente usar los rayos ultravioletas, los gases asfixiantes o cualquier otra "cosa" silenciosa, elegante y más científica?

¿Para qué son anarquistas, entonces?

Un señor que se propone arreglar el mundo con sus teorías está moralmente obligado a conocer a fondo la ciencia en la que basa su sistema.

Y lo grave es que esta gente nos defrauda de continuo. Revelan que ni su oficio conocen. Eso está muy mal señores anarquistas. Merecen que los pongan presos por ineptos. O que la Policía de la Capital les obligue a rendir un examen de competencia antes de poder ejercer el oficio de terroristas.

Sí, esa sería la medida más adecuada que podría tomar nuestra policía. Instalar un laboratorio en su sección Orden

Social. Todo caballero que quisiera seguir la profesión de dinamitero estaría obligado a rendir un examen de competencia. A los examinados distinguidos se les podría becar para que se perfeccionaran "en el extranjero".

¿Quiere ganar dinero? Ponga Academia de Explosivos

No tenga miedo. Nuestra policía no se opondrá. Decídase. Una idea vale dinero. Instale una Academia de Corte y Confección de Explosivos. Porque usted sabrá que los explosivos se cortan. Primero se confeccionan, luego se prensan y más tarde se recortan. Ya ve usted... Con poco capital puede instalar una regia academia. Y después mucha propaganda. Le sobrarán alumnos. Es un gran negocio. Convéznase.

Con estas palabras podría darse comienzo a un manual que se titulará: "Guía del perfecto dinamitero".

Nosotros, ironía aparte, creemos que sería un gran negocio. Naturalmente, el que se decidiera a emprenderlo debería instalarse en pleno centro de la capital, y hasta dar clases por correspondencia. Los alumnos sobrarían y hasta con un poco de buena voluntad puede admitirse que no le faltaría al iniciador de este lucrativo negocio la ayuda de los poderes oficiales.

Se le enseñarían a los alumnos el arte de fabricar explosivos, elementos de química, electricidad aplicada, gases venenosos, estética de bombas, espoletas civiles y de guerra, de manera que el aspirante una vez egresado tuviera los conocimientos suficientes para hacer volar por los aires esta ciudad de paradoja... esta ciudad donde la policía "mira y pasa", sin dignarse a hacer un gesto, para no perder la elegancia.



EL MUNDO — Lunes 2 de julio de 1928

CIERTAS MUJERES HAN PUESTO EN PRÁCTICA UN NUEVO Y SUTIL MÉTODO DE ESTAFA

La comisaria de la sección 18° trata de esclarecer un caso de extorsión del cual sería víctima José Puente Durán, el cual compró un negocio de lechería a una viuda llamada Dolores Llamas, la cual al comprobar que aquél después de entregar el dinero, se quería retirar, con ayuda de un compinche le hizo firmar varios documentos en los que constaba la devolución del dinero entregado por el incauto. Los comprometidos en este asunto están detenidos.

Viudas que piden socios

Quien haya leído las Aventuras de mister Pickvich, habrá comprendido cuán peligrosas son las viudas. Una viuda, la señora Bardell es la que le hace un juicio por quebrantamiento de promesa de matrimonio al caballero, otra viuda es la que hace desdichado al padre de Samuel Veller, criado de Pickvich, de manera que el viejo Veller termina por decirle a su púrvulo:

nuestra ciudad, las viudas han comenzado a ejercer sus terribilísimas artes. ¿Cuáles son estas artes? Helas aquí.

Usted es una persona ahorrativa, sencilla, sin vicios. Quiere trabajar, pero sin arriesgar mucho su capital, y como es sencillo de entendimiento, lee las columnas de avisos comerciales en los diarios de la mañana.

De pronto, y este aviso es el más frecuente, se detiene para gustarlo:

“Señora viuda, dueña de una lechería en prosperidad, desearía encontrar socio, hombre honesto y con poco capital.”

El hombre ingenuo

Usted es un hombre ingenuo que no ha leído los líos que tuvo mister Pickvich a causa de las viudas, y claro, después de leer el aviso, se queda un rato sumergido en cavilaciones deleitosas. Lo primero que se dice es esto:

—Una mujer no tiene la experiencia de un hombre en negocios. Puedo yo



—Hijo, cuando te quieras casar con una viuda, compra una sogá y ahórcate, y créeme, morirás contento.

Este saludable terror a las viudas se justifica. De ahí que nosotros antes de entrar en materia hayamos querido citar una de las opiniones más expertas en materia de viudas. Pues bien, en

quedarme con la parte del león y, si más no viene — en el caso de ser soltero — podemos casarnos... en fin... Usted cavila y el negocio le parece sabroso porque se trata de efectuarlo con una señora viuda.

Y se dirige a la lechería de marras con el corazón palpitante de curiosidad.

Como un clavel en la maceta

Decía no ha mucho un estafado de origen itálico:

—La encontré como un clavel en la maceta. ¿Quién iba a pensar? Ahí está lo malo, ¿“quién iba a pensar”?

La mayoría de estas damas que atienden el mostrador de una lechería de fraude, están sencillamente engalanadas, limpias, con apariencia de matronas intransigentes, y sobre todo púdicas y recatadas. En cuanto se enteran de que el visitante es el “sonso” le dicen:

—Pobre, pero honesta, caballero. Yo deseo hacer sociedad, es cierto, pero antes quiero enterarme de quién es usted. ¿No tiene certificado de buena conducta? ¿No tiene cédula de identidad? ¿No tiene la libreta de clasificaciones de cuando iba a la escuela?

El zonzo ante tal cantidad de moralidad se desilusiona, y se entusiasma. Exhibe todo lo que esta nueva Lucrecia (no la Borgia, sino la romana) le exige, y entonces a su vez ésta le explica el negocio.

Ella es sola, huérfana en la vida. Es una pobre huérfana, hablando metafóricamente. La lechería rinde, es cierto, pero debería ser atendida por un hombre activo, por un hombre capaz de estrangularlo al primer pelafustán que se quiere mandar a mudar sin pagar el café con leche, porque a ella, huérfana de afectos, suelen hacerle estas barbasadas.

Interviene el escribano, del que nos libre Dios

Se conviene el negocio, y como los negocios son los negocios, se le da intervención a un lúgubre escribano, agente del diablo en la Tierra, socio honorario de Satanás, peligrosísimo y melifluo personaje de sonrisa bonachona, que mientras escribe los “sellos” recuerda con beatífica sonrisa las virtudes del

difunto, y hasta cita anécdotas de la tierna infancia del maldito. La viuda sonríe, y todos sonríen y el lúgubre y famélico escribano redacta cláusulas que ni Dios entiende. Luego cobra su comisión, la comisión de impuestos internos, la otra estampilla, unos derechos que sólo él conoce, más derechos para la Municipalidad, la comisión de la viuda y la del registro. En fin, la mar en coche. El zonzo languidece viendo el saqueo que sufren sus faltriqueras.

Un negocio que no es negocio sino ladronera

Y de pronto cuando el asunto no tiene remedio posible ni imposible, como no sea perderlo todo, nuestro hombre descubre que la viuda no es dueña de nada, que en la fementida lechería se deben hasta las servilletas de seda, y que de continuar en el interior de ésta en calidad de socio, lo meterán preso por quiebra fraudulenta.

¿Qué hace nuestro hombre? Lo que es lógico, entrar en tratos con la viuda para anular el contrato. Mediante la pérdida de la mitad del capital que el ingenuo puso, la viuda acepta dicha rescisión de contrato. Nueva visita al escribano que siempre sonríe melifluamente, nuevo pago de estampillas, comisiones, impuestos, etc., y el hombre que entregó mil pesos para efectuar un negocio, cuando ya lo ha rescindido se encuentra con cien pesos en el bolsillo. Y puede darse por muy servido.

Estos negocios tramposos y fraudulentos se llevan todos los días a cabo en nuestra ciudad. Hay escribanos que se dedican a ello, mujeres, comerciantes fallidos, estafadores, en fin, todo un gremio obscuro y terrible que mediante el aviso matutino de referencia saquea a gente ingenua que ignora estos pozos que hay en plena ciudad.

Y el caso que está esclareciendo la comisaría 18°, es uno de ellos.

EL MUNDO — Martes 3 de julio de 1928

EN ROSARIO LAS RATAS SE HAN AFICIONADO A LAS ENCOMIENDAS

Los comerciantes están que se dan al diablo. Han descubierto la más curiosa de las aficiones en las ratas que pueblan esa aduana, y ésta consiste en que las doñas ratas dedican exclusivamente su atención a las encomiendas depositadas en la susodicha aduana.

Sabíamos nosotros, y eso puede saberlo cualquiera, que las ratas son unos roedores inteligentes, es decir, que tienen el sentido de la conveniencia y que no comerán vidrio molido pudiendo alimentarse con queso.

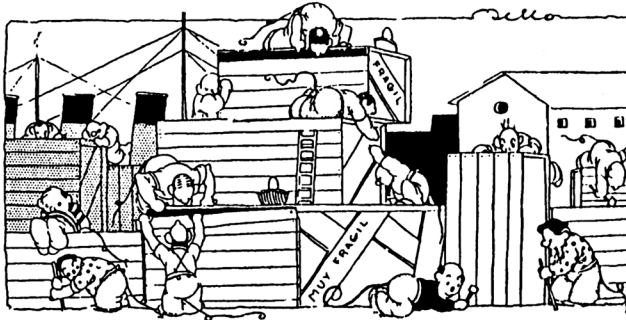
Las ratas de la aduana rosarina

¿Pero qué ocurre? Las ratas no quieren saber nada con el queso ¿Por qué no quieren saber nada? Vaya Vd. a saberlo. En cambio, se deleitan con las encomiendas. ¿Hay queso en el interior de las tales encomiendas? ¿Hay alimentos

sorprendidos. Hombres ingenuos, y sin un caudal de conocimientos científicos que les sirva para explicarse semejante anomalía, cavilan largamente junto a los paquetes vacíos interiormente, es decir, junto a las envolturas que por todo rastro dejan las dichas ratas. Y no pueden ni aciertan a explicarse nada. Ellos no tienen la culpa, ¿no es cierto? Ellos no son exterminadores de ratas, ni cuidadores de paquetes. ¿Qué culpa tienen entonces?

Una historia que viene como anillo al dedo

Es una historia vieja; pero vino viejo, libros viejos, y amigos viejos, es lo que puede apetecer el hombre que sepa lo que es el placer y el vivir. Por eso nosotros respetuosos admiradores de ciertas antiguallas evocamos esta historia:



tan sabrosos en el interior de éstas que de pronto el criterio ratonil ha sido modificado tan repentinamente? No. Nada de eso. En el interior de las encomiendas se encuentran objetos valiosos, mercaderías que valen dinero, en fin, artículos todos que tentarían el apetito de un ladrón, pero no el de una rata vulgar. Sin embargo, a las ratas de la aduana les ha dado “por ahí”. A su vez los empleados de la aduana se manifiestan

Cuenta el Lazarillo de Tormes, que después que se hubo separado de su patrón, el taimadísimo ciego que ya más de una vez hemos citado, (que entonces era un mocito despabilado) que entró a servir a un cura, el cual hacía virtud de su tacañería, siendo tan avariento, que el terrible ciego le parecía ahora al Lazarillo más generoso que un bajá de siete colas.

Tanta era el hambre que pasaba

nuestro desdichado Lazarillo que según él dice: “vine a finar en puros huesos”.

Y como el susodicho cura guardaba todas sus provisiones de boca en un arcón, al Lazarillo le era imposible hurtarle ni una miga de pan, hasta que un día pasó un “angélico calderero”, el cual, mediante un regalo del muchacho, dióle a éste una llave vieja con la que podía abrir el arcón. Y ese día, el Lazarillo, no atreviéndose a morder el pan, se limitó a darle “unos apretados besos”.

Donde aparece la rata

Comenzó el Lazarillo a hurtarle pan al cura, y al ver éste que la ración cotidiana mermaba, dió en sospechar que alguien visitaba su arca, por lo que el Lazarillo, abriendo unos agujeros en la madera vieja, terminó por decirle:

—Deben ser las ratas, porque aquí hay unos agujeros.

Satisfecho el tacaño de haber descubierto quien así atentaba contra su hacienda, pidió a unos vecinos una ratonera prestada y algunos trocitos de queso, pero ahora el Lazarillo no sólo se comía el queso, sino también el pan, y el cura, desesperado, cerraba día tras día los agujeros, que a su vez el mocito abría con un cuchillo, “de modo que aquello parecía la tela de Penélope, que lo que uno hacía por el día el otro lo deshacía por la noche”.

Por fin, cuando el buen cura descubrió quién era la temible rata que tales estragos hacía en su pan, despidió al Lazarillo, “santiguándose al cerrar la puerta”.

Lo cual no es extraño.

Nosotros no queremos decir...

Nosotros no queremos decir que en la Aduana de Rosario haya un Lazarillo mayor de edad, ni menor tampoco. Sería ello mucha malicia, y la malicia es pecado mortal, y nosotros nos cuidaremos muy bien de incurrir en semejante desacierto.

Pero sonreímos pensando en las ratas.

Y sonreímos por esto:

Si razonablemente se admite que una rata abre una encomienda, no hay lógica que se oponga a que la rata devore o se lleve (que es lo mismo que si lo devorara) lo que hay en el interior de la encomienda. ¿No es así? ¿Puede alguien oponerse a que una rata, cuya sagacidad llega al extremo de abrir una encomienda, puede alguien oponerse, insistentemente, en que la mencionada rata haga desaparecer lo que allí había? No, nadie puede oponerse. Entonces, nuestra tesis triunfa. Son las ratas. Mejor dicho, pueden ser las ratas. Más claramente expresado. Tienen que ser las ratas. Rotundamente aclarado. Son las ratas.

Lo malo, es decir, lo que puedo ser sospechoso es que algún mal pensado (y no faltan) se diga:

—¿Y por qué las ratas eligen siempre las encomiendas?

“No analices, muchacho, no analices”

Es terrible esa tendencia de la gente a razonar y a analizar los hechos más simples. Esa manía debía ser desterrada. ¿No es más cómodo, menos complicado, más hermoso, admitir los hechos en su clara presentación? Las ratas se comen las encomiendas — dicen los empleados de la Aduana. Luego son las ratas. Si fueran gatos los que se comen las encomiendas, los empleados dirían:

—Son los gatos los que se devoran las encomiendas.

¿No es sencillo esto como la luz del día? Cierto es que la luz se descompone, pero... en fin... qué más da que sean ratas o gatos...

En tanto nosotros, filósofos baratos, creemos que no se debe analizar. Que analicen los que leyeron la vida y milagros de ese picaro que se llamó el Lazarillo de Tormes... Y que los comerciantes de Rosario, por suscripción, compren un buen, un grande, un gordote gato. Y les irá mejor con sus farditos tentadores.

EL MUNDO — Miércoles 4 de julio de 1928

UN CUIDADOR DE LOCOS SE AHORCÓ EN EL HOSPICIO DE LAS MERCEDES

Un episodio digno de la imaginación de Andreieff o Dostoievski, ocurrió ayer por la mañana en el Hospicio de las Mercedes, que como se sabe, está destinado exclusivamente al albergue de locos y dementes.

Un cuidador de éstos, llamado Daniel Porcero, de 25 años de edad, fue encontrado por un loco, ahorcado en un poste del lavadero. Las características de su posición indicaban que Porcero se había suicidado. Era soltero.

El hombre y los locos

Hay algo fundamentalmente trágico en la locura. Y es que atrae. Este fenómeno se ha observado ya. Los más interesantes médicos de locos gozan la fama de ser un poco desequilibrados. La locura se contagia. Como el plomo de los tipógrafos o el mercurio, o los arsenicales, termina por infiltrarse hasta el tuétano, lentamente, insensiblemente.

El hombre descubre al final de un



La nota policial y la otra nota

Tal es sintéticamente la nota policial.

Pero el hecho en sí, ¡qué interesante, qué rico en suscitador de suposiciones! Edgar Poe hubiera escrito un cuento admirable. El funerario Andreieff, en cambio, confeccionaría una novela taciturna, describiendo la vida interior de un hombre que, rodeado de espectros, acaba por comprender que la existencia le será imposible sobre la tierra y termina yéndose; Dostoievski, en cambio, hubiera hilado un capítulo para alguna de sus novelas dantescas; por ejemplo, lo hubiera incluido en "Los endemoniados", lo convertiría en amigo del príncipe Stravoguín o en asociado del ingeniero Kiriloff, todos locos suicidas.

tiempo que tiene el alma remozada de ideas extrañas. Lo ilógico y lo absurdo se le hace tan familiar, que su mundo no será este de los hombres aparentemente normales, sino aquel otro, el de los locos, de los locos que viven en un plano ondulado, donde las ideas se deforman como en esos espejos convexos que los charlatanes ponen a las puertas de sus tiendas.

Y la locura que antes le causaba terror, le será agradable, percibirá que ésta tiene un sabor que es lindo paladear repetidamente, y de pronto el pensar de que es loco o está próximo a serlo, le deleitará secretamente, y todos los nervios del alma se le despiertan ávidos de una fiesta solitaria. Y es cuando aparece la demencia.

El caso del celador

Y si ahora nos imaginamos la vida de un celador o cuidador de locos, veremos que ésta se nos presenta sombría o regocijante. En este caso es lo primero.

El suicida vivía continuamente entre dementes. Hombres que habían degollado riéndose a gritos; otros que consumidos por la tisis pasaban las noches incorporados en la cama, escuchando el paso de los fantasmas que sus redondos ojos veían deslizarse entre las tinieblas, locos que se acercarían a él rechinando los dientes y mostrándole las huellas de los espectros en los muros que habían rayado con sus propias uñas.

Y él como celador, es decir, como jefe de enfermeros cuidadores de locos, escucharía las confidencias de todos ellos, sonriendo a las fantasías de uno, mostrándose artificialmente preocupado con los terrores de otro, y a medida que los días pasaban, Daniel Porcero asistía al sombrío espectáculo de ver cómo se grababan en su conciencia, todas las visiones de esa gente que durante las horas de sol paseaban riéndose por los canteros y mostrándole los dientes a las sombras.

Cómo lo hubiera descrito un escritor ruso

Un escritor ruso quizá lo hubiera descrito así a Daniel Porcero:

—Durante un tiempo, nuestro héroe sintió que el sentido de las cosas le era substituido en el entendimiento por una especie de vacío doloroso. No podía pensar. Entonces se estiraba en la camilla de algún demente que se paseaba afuera, e insensible a las moscas que le cubrían el semblante, escuchaba el imaginario renovarse de todas las voces que él conocía ya demasiado. Ya era el de la sala 3 que le explicaba cómo un tornillo gigante todas las noches trataba de horadarle los oídos, o el de la cama 5, que se pasaba la noche de rodillas en ella levantando infatigablemente una

punta del colchón para descubrir la bomba que suponía dejarían sus enemigos debajo de la cabecera.

—Y Daniel, pensaba que siempre sería así, que toda su vida estaría condenado a escuchar las confidencias de esos hombres que abrían en su conciencia callejones oscuros donde sentía que se perdería alguna vez. Y nuevamente se tapaba las orejas para no escuchar los aullidos del de la sala 8, que veía abrirse a sus pies un pozo liso y sin fondo; pero en el que el demente se resistía a dejarse caer.

—Y la única idea que ahora comenzaba a aliviarle de la persistencia de sus recuerdos era aquella de un sueño que no terminara nunca, un sueño blando en el que se abandonaría como en un almohadón de plumas, un sueño oscuro, sin ruidos, como el de aquellas salas de los hospitales de Francia donde se internaba a los hombres que habían enloquecido de “miedo al ruido”, en los horrores de la gran guerra.

¿Fue así?

¿Fue por ese camino por el que el celador se deslizó hacia el suicidio? ¿Lo sorprendería la idea dominadora alguna noche en que se paseaba por una sala donde le hacía muecas algún idiota?, ¿o el pensamiento de matarse advino en él una mañana en que todo el Hospicio de las Mercedes, soleado y verde parece el jardín del Miedo y de la Sonrisa? Quién sabe qué fuerza extraña lo llevó hacia el palo del lavadero, de donde se ahorcó, colgándose de una sogá de tender ropa.

Y lo trágico, lo espectacular, lo digno de la pluma de Andreieff, es ahora el círculo de locos en torno del ahorcado, riéndose unos, absortos otros, todos cabelludos como leones, y tirándole de las piernas para ver si el muerto se decide a caminar. Y el otro, con los ojos bien abiertos, mirando el vacío que ninguna hipótesis ha de llenar.

EL MUNDO — Jueves 5 de julio de 1928

CALLES ESTRECHAS Y GENTE QUE NO SABE CAMINAR

En las calles del centro, a la gente le crece la barba en el doble espacio de tiempo que en las calles de las parroquias de Belgrano o de Flores. Y se explica. Arterias estrechas como túneles, y gente que no sabe caminar, todo interrumpido por demoliciones, excavaciones de cloacas, carros estacionados y el diablo a cuatro.

Esmeralda, Corrientes y Pellegrini

Esmeralda, Pellegrini, Corrientes, Talcahuano, Cangallo, Suipacha, son las calles terribles de nuestra ciudad.

En Corrientes, agonizan de impaciencia los motormen del Lacroze. En Carlos Pellegrini, las mujeres amontonadas ante la vidriera hacen imposible una marcha regular.

En Esmeralda se confabulan tranvías, coches, camiones livianos de las tiendas y todas estas calles estrechas, pésimamente proyectadas, y donde los peones de las empresas de electricidad hacen túneles para las canalizaciones, dificultan el paso, además de los papanatas que abren la boca parados en medio de la vereda, además de los que caminan haciendo eses, además de esos otros caballeros apurados de manos y de pies, que de un manotón os volatilizan la cartera, mientras de un pechazo os envían al centro de la calzada. Eso sin contar las señoras de nuestro respeto, que atraillan un par de criaturas, tres bultos grandes como una casa, y un globo prendido del anular para que no se pierda y jueguen los pequeños en la casa.

Las señoras ante las tiendas

Las señoras nos merecen un excesivo respeto, lo cual no impide que nos hagan reflexionar estas cosas:

En Buenos Aires los maridos son es-

clavos de sus esposas, y las esposas esclavas de las modas y de consiguiente de los tenderos, hombres de melifluidad terrible, que absorben el sudor de todas las frentes masculinas.

No hay más que recorrer la calle Carlos Pellegrini. Por ésta hasta Lavalle están las casas de confección y modas, de Lavalle a Viamonte, las casas de lutos, de Viamonte a Paraguay las sederías de los turcos, judíos y árabes.

Los traficantes aguardan como arañas en su tela. Las señoras se deleitan en la vereda, frente a los escaparates. Forman grupos de tres o cinco. Señalan con el dedo las preciosas telas, mientras que los turcos orejudos, soban sus narices inverosímiles.

(Un día de estos nos ocuparemos de los árabes de esta calle).

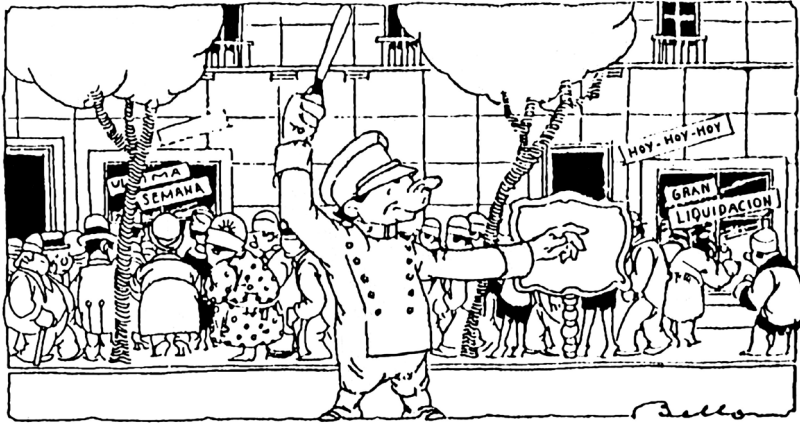
Las señoras, y no es una sola, sino muchas, frente a los muchos escaparates, ocupan la vereda ellas solas. Eso cuando no hay una "liquidación". Entonces tiene que intervenir la policía.

El peligro de faltar al respeto

Vd. va apurado, por cualquier cosa. ¿Pero cómo camina por allí? De pronto lo detienen, las más elementales consideraciones de prudencia. Vd. piensa:

—Si me apuro, voy a tener que andar a los codazos entre estas damas que se van a irritar como si me hubiera metido en un avispero. Y como Vd. no ignora que entre esa gente que por allí transita hay agentes de investigaciones que pueden hacerlo "pasar" por faltar al respeto, se contiene, hace buchecitos, traiga saliva y camina, pero camina despacio, sintiendo que cada una de las contempladoras de escaparates lo observa como a un posible enemigo.

Si baja de la vereda corre el riesgo de



que la rueda de un automóvil le rebane un costado del pie, y entonces maldiciendo a los árabes y a sus sedas de contrabando, se resigna furiosamente a caminar despacio.

Cinematógrafo de propaganda

Es por la noche. Vd. ve frente a una casa de comercio un tumulto de gente. Cree que se trata de un asalto espectacular o de un suicidio con firuletes, pero nada de ello. Es un comerciante astuto que proyecta pavadas en un lienzo colocado en la vidriera. Intentar cruzar por allí, es correr el peligro de que lo confundan a uno con un "lancero".

Vd. mira el tumulto de zampatortas que abren desmesuradamente la boca como ballenatos frente a la vidriera, y haciendo equilibrios sobre una zanja, que han dejado con un farolito colorado los de "las Sanitarias", farfullando malas palabras, soslaya el paragolpes de un automóvil, evita que un caballo restregue la nariz en su semblante, y furioso, con los botines embarrados, llega milagrosamente indemne a la vereda fronteriza, donde un desaforado charlatán embauca a modistillas y desocupados.

Esto en la calle [ilegible en el original] en Suipacha, en Esmeralda.

Los vendedores de diarios pasan vertiginosamente, dando pechazos que

harían trastabillar a un gigante. Vd. llega sano y salvo al subte, consigue un asiento, y de pronto una señora que se ha pasado la tarde frunciendo la nariz frente a los escaparates de las tiendas, lanza un suspiro y le dice a la amiga:

—¡Si supiera qué cansada estoy!

El tráfico tortuga

Caminando se llega alguna vez; en tranvía nunca.

Personas de nervios delicados, barrerían la calle a cañonazos. Otras más humanas la ensancharían cinco veces su largo, y arriba pondrían alambres carriles.

Caminar es más trabajoso que resolver a matarse. Son los automóviles, los mensajeros que andan en bicicleta, (hay que hacer una nota sobre estos héroes anónimos) los coches y los carricoches, en las veredas, son los vagos, los que piden, los paseantes, los desocupados, los mozos de limpieza, los porteros, los comerciantes al por menor, los lustrabotas, la gente que lee los programas de los teatros, los buscavidas en vacaciones, las señoras con toda la prole y un perro que no muerde pero se fija mucho, las parejas de novios que como se van mirando no miran a nadie, atropellan a todos y todavía se vuelven furiosamente porque les interrumpen el éxtasis, en fin... "mejor es no meneallo".

Dentro de diez años

Dentro de diez años, nadie podrá caminar por las calles del centro... salvo que tiren abajo todo lo edificado o se hayan ya inventado aeroplanos manuales, domésticos.

(Aclaración). A los únicos que no les molesta el tráfico de peatones es a los carboneros que van cargados con una "cuartilla" de carbón. Ante ellos ¡hombres felices!, todos se retiran, rápida y prudentemente.



EL MUNDO — Viernes 6 de julio de 1928

EL TRÁGICO FRAUDULENTO

La serie de robos que cometía el Jefe de Cuentas Menores, en perjuicio de la Caja Nacional de Ahorro Postal, ha sido completamente esclarecida. En sí es un vulgar caso de defraudación, que no alarma ni poco ni mucho y del que no todos los días, pero sí frecuentemente dan noticias las crónicas rojas.

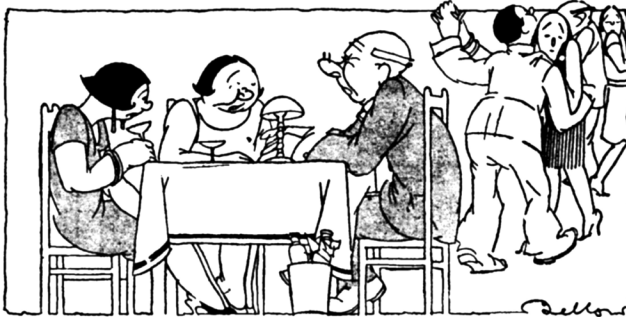
Lo anormal de este hecho

Lo anormal, lo trágico de este hecho, es la especie de categoría en que estaba colocado el acusado. Hacia dieciséis años que trabajaba en la repartición, gozando según todos los que le conocieron de un inmejorable concepto. Vemos entonces que hasta cierto punto, no nos encontramos en presencia de un delincuente vulgar. Más aún, Emilio Díaz Raffo, el fraudulento de referencia, es un hombre de edad, cincuenta y seis años, casado, padre de familia.

Estos antecedentes, no tienen un ca-

co de un cajero que roba, para sostener una pasión. El personaje se nos presenta allí, extraño, "dominado" siempre por una serenidad que intriga al que la sigue. Es el caso del hombre que cruza un abismo sobre una cuerda que puede aflojarse en cualquier momento y ya está resignado a todo. Pero se trata de un hombre joven, y entonces las maniobras del fraudulento, encuentran disculpa en las personas que siguen sus razonamientos. ¿Y qué razonamientos? Es la etapa de la pobreza del empleado porteño, que al hacerse un traje, sabe perfectamente que quedará endeudado durante diez meses, son las combinaciones del hombre que en un desdichado momento entró en relaciones con un usurero y se siente aplastado por el peso de los pagarés que nunca termina de renovar. El caso de Emilio Elías Raffo, presenta otras características.

A los cincuenta y seis años, mantiene



rácter sencillo como se les podría conceder. Evidencian, hasta una fecha determinada, una vida normal, un sentido de la existencia que de pronto falla de la forma más grotesca.

La falla grotesca

Roberto Mariani, en sus "Cuentos de la Oficina", narra el proceso psicológi-

relaciones con dos mujerzuelas que lo impulsan al robo, como se empuja a un fantoche hacia un pozo.

Y esta es la falla grotesca.

Durante muchos años

Durante muchos años Raffo hizo o realizó vida honesta. Y de pronto se descarrila, pero de qué modo, adulterando

libretas, libros, creando un mecanismo falso dentro de un mecanismo real.

Y lo trágico, es que él sabía que aquello podía descubrirse de un momento a otro. Pasaría un mes, tres meses, cinco, pero un día, una mañana, una tarde, sabía perfectamente, que de pronto cuando estuviera inclinado sobre las planillas de contabilidad, lo vendrían a buscar con una parsimonia extraña, para decirle:

—Es necesario que lo confiese todo.

¿Y en tanto, qué hace nuestro delincuente? Vive, vive frenéticamente, hundiéndose más en ese pantano que no tiene salida, que él sabe fatalmente, que no tiene escapatoria posible. ¿No es trágico esto? Y en tanto el hombre se divierte, trata de divertirse.

Proceso psicológico del fraudulento

Se divierte, más, de qué manera. Robando para dos mujeres, entre las que se mueve como un sonámbulo, olvidado de su hogar, de sus responsabilidades, aturcido como en un sueño, en el que debe continuar actuando por una voluntad ajena casi a su otra voluntad natural.

Es curioso, pero característico. El delincuente entra en el comienzo del delito, con la esperanza de salir de él “mañana”.

Así, los primeros cien pesos que defraudó le harían pensar:

—Bueno, los repongo la semana que viene. Y este pensamiento le tranquilizó, aunque llegado el plazo que él mismo se había impuesto para continuar siendo honrado, falló, puesto que en vez de reponer el dinero, volvió a substraerlo, y después otra vez, y otra, reflexionando que ese dinero ahora podía haber venido antes a sus manos, y asombrándose de la facilidad con que podía robarlo.

De esta manera se crea la “costumbre” del delito, costumbre, que termina por inutilizar la voluntad del que lo comete. No puede reaccionar. Sabe que está viviendo peligrosamente, cada noche en que medita un instante ve más difícil su salvación, y a pesar de ello continúa, como si su vida actual fuera artificial, de modo que por efecto de una esperanza de condenado a muerte, tiene la absurda ilusión de que algún día ocurrirá un prodigio que lo pondrá a salvo de todo.

El fúnebre placer

Dostoievski le hace decir al ebrio Marmelodoff:

—“En tu frasco de vino, ¡oh! tabernero, me bebo la sangre y las lágrimas de mi mujer y de mis hijos, y bebo porque tengo más sed de sufrimiento y de dolor”.

Esta constituiría la verdad fundamental que rige los placeres del fraudulento. Es necesario que “él” se olvide del desastre que se ha creado, y entonces aumenta con un engrandecimiento de vicios, las proporciones de la catástrofe que le espera.

Si no, ¿para qué roba? ¿para qué robaba Raffo? ¿Qué le quedaba a él, de esas enormes sumas que regalaba a las mujerzuelas?

Hundido, definitivamente hundido terminó por comprender que ya no le quedaba salvación. Y entonces, como el condenado que sabe que está definitivamente perdido, con su vejez amargada, con sus cincuenta y seis años tristes y grotescos, caladas las gafas, deshecha la voluntad, continuó falsificando libretas... con la misma impasibilidad del que levanta más hiladas de piedras para que más alta quede la picota en que será amarrado, para la infamia.



EL MUNDO — Sábado 7 de julio de 1928

DIVERTIDO ORIGEN DE LA PALABRA “SQUENUN”

En nuestro amplio y pintoresco idioma porteño se ha puesto de moda la palabra “squenun”.

¿Qué virtud misteriosa revela dicha palabra? ¿Sinónimo de qué cualidades psicológicas es el mencionado adjetivo? Helo aquí:

Su origen itálico

En el puro idioma del Dante, cuando se dice “squena dritta” se expresa lo siguiente: espalda derecha o recta, es decir, que a la persona a quien se hace el homenaje de esta poética frase, se le dice que tiene la espalda derecha, más ampliamente, que sus espaldas no están agobiadas por trabajo alguno, sino que se mantienen tiesas debido a una laudable y persistente voluntad de no hacer nada; más sintéticamente, las palabras “squena dritta” se aplican a todos los individuos holgazanes, tranquilamente holgazanes.

grave “squena dritta” se convierte por esta síntesis, en un jovial “squenun” que expresando la misma haraganería, la endulza de jovialidad particular.

Matices del “squenun”

En la bella península itálica, la frase “squena dritta” la utilizan los padres de familia, cuando se dirigen a sus párvulos, en quienes descubren una incipiente tendencia a la vagancia. Es decir, la palabra se aplica a menores de edad que oscilan entre los catorce y diez y siete años.

En nuestro país, en nuestra ciudad mejor dicho, la palabra “squenun” se aplica a los poltrones mayores de edad, pero sin tendencia a ser compadritos, es decir, tiene su exacta aplicación cuando se refiere a un filósofo de azotea, a uno de esos perdularios grandotes, estoicos, que arrastran las alpargatas para ir al almacén a comprar un



Nosotros, es decir, el pueblo ha asimilado la clasificación, pero encontrándola excesivamente larga, la redujo a la clara, resonante y breve palabra de “squenun”.

El “un” final, es onomatopéyico, redondea la palabra de modo sonoro, le da categoría de adjetivo definitivo, y el

atado de cigarrillos, y vuelven luego a su casa para subir a la azotea donde se quedarán tomando baños de sol hasta la hora de almorzar, indiferentes a los rezongos del “viejo”, un viejo que siempre está podando la viña casera y que gasta sombrero negro, grasiento como el eje de un carro.

Debilidad de las madres por los “squenunes”

En toda familia dueña de una casita, se presenta el caso del “squenun”, del poltrón filosófico, que ha reducido la existencia a un mínimum de necesidades, y que lee los tratados sociológicos de la Biblioteca Roja y de la Casa Sempere.

Y las madres, las buenas viejas que protestan cuando el grandulón les pide para un atado de cigarrillos, tienen una extraña debilidad por este hijo “squenun”.

Lo defienden del ataque del padre que a veces se amostaza en serio, lo defienden de las murmuraciones de los hermanos que trabajan como Dios manda, y las pobres ancianas mientras surcen el talón de una media, piensan consternadas ¿por qué ese “muchacho tan inteligente” no quiere trabajar a la par de los otros?

El “squenun” no se afilige por nada. Toma la vida con una serenidad tan extraordinaria que no hay madre en el barrio que no le tenga odio... ese odio que las madres ajenas tienen por esos poltrones que pueden enamorarle algún día a la hija. Odio instintivo y que se justifica, porque a su vez las muchachas sienten curiosidad por esos “squenunes” que les dirigen miradas tranquilas, llenas de una sabiduría inquietante.

De la importancia social del “squenun”

Con estos datos tan sabiamente acumulados, creemos poner en evidencia que el “squenun” no es un producto de la familia modesta porteña, ni tampoco de la española, sino de la auténticamente italiana, mejor dicho, genovesa o lombarda. Los “squenunes” lombardos son más refractarios al trabajo, que los “squenunes” genoveses.

Y la importancia social del “squenun” es extraordinaria en nuestras parroquias. Se le encuentra en la esquina de Donato Álvarez y Rivadavia, en Boedo,

en Triunvirato y Canning, en todos los barrios ricos en casitas de propietarios itálicos.

El “squenun” con tendencias filosóficas es el que organizará la “Biblioteca Florencio Sánchez” o “Almafuerte”, el “squenun” es quien en la mesa del café, entre los otros que trabajan, dictará cátedras de comunismo y “de que el que no trabaja no come”, él que no ha hecho absolutamente nada en todo el día, como no sea tomar baños de sol, asombrará a los otros con sus conocimientos del libre albedrío y del determinismo, en fin el “squenun” es el maestro de sociología del café del barrio donde recitará versos anarquistas y las Evangélicas del latero de Almafuerte.

El “squenun” como fenómeno social

El “squenun” es un fenómeno social. Queremos decir, un fenómeno de cansancio social.

Hijo de padres que toda la vida trabajaron infatigablemente para amontonar los ladrillos de una “casita”, parece que trae en su constitución la ansiedad de descanso y de fiestas que jamás pudieron gozar los “viejos”.

Entre todos los de la familia que son activos y que se buscan la vida de mil maneras, él es el único indiferente a la riqueza, al ahorro, al porvenir. No le interesa, ni importa nada. Lo único que pide es que no lo molesten y lo único que desea, son los cuarenta centavos diarios, veinte para los cigarrillos y otros veinte para tomar el café en el bar, donde una orquesta típica le hace soñar horas y horas atornillado a la mesa.

Con ese presupuesto se conforma. Y que trabajen los otros, como si él trajera a cuestas un cansancio enorme ya antes de nacer, como si todo el deseo que el padre y la madre tuvieron de un domingo perenne, estuviera arraigado en sus huesos derechos de “squena dritta”, es decir, de hombre que jamás será agobiado por el peso de ningún fardo.

EL MUNDO — Domingo 8 de julio de 1928

EL FACINEROSO GREMIO DE LOS MENSAJEROS

No hay gremio más facineroso, con perdón de los señores “correvidiles”, que el de los mensajeros. Obedecerá ello, a que su primer antecesor, el dios Mercurio, fue un perfecto pillete e intrigante, individuo celeste pero de malos antecedentes, y que se pasaba la vida llevando noticias de una parte a otra con olímpico descaro, y sin que le importara un ardite lo que la gente pudiera pensar de él.

Y el mensajero porteño, para no desmentir tan insolente abolengo, practica concienzudamente las virtudes de su antecesor.

Categoría de mensajeros

Desde el mensajero que gasta más entorchados que un general de brigada, el zaparrastroso muchacho que trae en la gorra una chapa de bronce completamente sulfatada, hay una serie de “specimen” como desde el pitecanto al “homo sapiens”.

Luego viene el mensajero de Correos y Telégrafos, individuo siempre de edad indefinida y a quien un caudillo de comité “acomodó” para que se dejara de perseguirlo con la petición de un empleo nacional. El mensajero de Correos y Telégrafos se siente distinto a los otros mensajeros, porque sabe que puede ascender a cartero y de cartero a auxiliar, es decir, que tiene toda una posible carrera por delante. Dicho personaje es enfático y grave como corresponde a un funcionario público que tiene una clara noción de sus responsabilidades.

Luego aparece el mensajero de Policía, mensajero que culminará su carrera como agente de investigaciones, y que es el confidente de los oficiales escribientes, el que comunica al comisario las anomalías del servicio, y el que se permite tutear a los ladrones en el patio de la comisaría, a quienes considera enormemente inferiores a él. El mensajero de Policía es erudito en re-



En Buenos Aires esta escala es extraordinaria.

Ocupa el primer lugar el mensajero de “cables”, mozo talludito ya, y que con una agilidad impropia de un hombre se desliza en bicicleta entre los estrechísimos callejones que dejan las filas de automóviles en la calle Corrientes o en la Avenida de Mayo.

doblonas, en direcciones de quinieleros, en hospedajes de vendedores de cocaína y en domicilios de prestamistas “para empleados de gobierno”.

El mensajero de agencia

Hemos nombrado a la aristocracia de los mensajeros. Ahora le toca el turno a la plebe, al gremio de los muchachos

con gorra “requintada”, chapa de bronce pegada a la visera, cascarrías de barro en los talones de los pantalones color borra de vino, y una bufanda de dudosísima blancura, arrollada al cuello de mala manera.

Son empleados, (podemos usar este eufemismo si el lector no se opone) son empleados de esas empresas de mudanzas que tienen el anexo de mensajería, son empleados en las casas de lustrabotas, y de agencias de colocaciones, cuyo dueño ha agregado ese “renglón” a su comercio para aumentar sus beneficios.

Tienen de trece a quince años, edad en que toda pillería que florece en el alma les sube a la cara, decorándose la de escrófulas prematuras y de esguinces que valen una mina de oro.

En la tierra simbolizan la insolencia, son algo así como el arquetipo del descarado. Cuando no tienen nada que hacer, estos bergantes ocupan un banco que está en la sucia agencia, y en coro silban algún tango que adornan con ribetes de su invención. Fuman como turcos y blasfeman como sarracenos. Trepan a un tren relámpago, y descienden en las estaciones del subterráneo donde el convoy no para, bailando en un talón y escupiendo por el colmillo para restablecer el equilibrio.

De las alegrías del mensajero

El sueño, la alegría más pura, el placer más casto, el deliquio más enternecedor que conturba el alma de estos facinerosos en semilla, es la propina.

Sueñan con la propina como el presidiario con la libertad, y el coolí con el opio.

No hay que verles sino cuando llevan un ramo de flores, que un joven deposita en sus mugrientas manos, para que lo trasladen a la dama de sus sueños. Si el joven tiene la precaución de agregar unas monedas al encargo, añadiendo que si las flores llegan “bien” y “hay contestación” les agregará más propina, estos bandoleros que serían

capaces de tirarle de la barba al Padre Eterno, se convierten en unos flexibles donceles, y todo el gremio pirático saluda al joven, tocándose la visera de hule con el canto de la mano, señal que implica devoción, pleitesía y obediencia.

¡Y qué obstinación entonces la de estos bergantes en preguntar si “no hay contestación” en la casa donde dejan el ramo de flores! ¡Qué de insinuaciones hacen para que la señorita que ha recibido el regalo, conteste! ¡Y qué sonrisa angelical se les pinta en el descarado semblante, si la señorita que ha recibido las flores, además de contestar con una carta, les da una propina!

Entonces más raudos que su antepasado Mercurio, cruzan la ciudad como reyes del mundo. Al trepar al tranvía, lo hacen trastabillar a un cojo y le mondan un callo a un viejo cascarrabias que es jefe de una repartición. Y en vez de disculparse ensordecen a la tripulación del tranvía con un tango disonante, que silban terriblemente.

Otras ocupaciones del mensajero

El mensajero que trabaja en las Agencias de Colocaciones es además el encargado de acompañar a las sirvientas brutas y “recién venidas” al domicilio de su futura patrona.

Las inocentes mocetonas acompañan con desconfianza mal reprimida a este pillete que les hace preguntas indiscretas, que les insinúa la conveniencia de que ellas le paguen el café con leche, de que le den la propina o de que en último extremo “sean novias de él”.

A su vez las patronas le tienen un fastidio cordial a este insolentito que atentando contra sus hábitos de economía doméstica les reclama la propina de mal modo, y que se retira del portal comentando en voz alta sus tacañerías, haciéndolas abochornar ante las criadas de las otras vecinas, que lustrando el bronce del pasamanos se recrean de esta nueva miseria con la que harán sonreír a sus amas.

EL MUNDO — Lunes 9 de julio de 1928

TODO JEFE TIENE UN AMIGO QUE ES EMPLEADO SUBALTERNO DE SU REPARTICIÓN

Cuentan los naturalistas que todos los peces grandes siempre son guiados en su marcha por un pececillo insignificante e inofensivo. Lo mismo ocurre, parece, en los animales terrestres, pues se ha comprobado que el cocodrilo es amigo de los pájaros, pues cuando él está con la boca entreabierta, tomando baños de sol, éstos penetran en su fierísima boca y le limpian los dientes con diligencia conmovedora. Y el saurio no los devora, sino los estima y los admite en la intimidad de sus fauces.

En el género del "homo sapiens" ocurre lo mismo. Todo primate que es pez grande o jefe de una repartición, tiene entre los empleados subalternos un amigo que es a él lo que el pececillo al tiburón o el pájaro al cocodrilo.

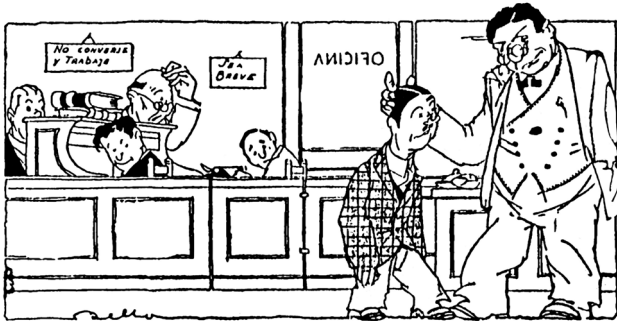
El amigo del jefe

Tan divertidos y profundos son los pozos de la conciencia humana, que el que se ponga a sacar tierra para encontrar agua no encontrará fondo jamás.

la oficina comprueban que el "jefe" conversa largamente con su empleado. Es una conversación deferente, el jefe sonríe y el subalterno, con dignidad respetuosa, exhibe todo su criterio, todos sus conocimientos; razona, no como un subalterno, sino como un hombre de carne y hueso. Los otros oficinistas cambian miradas entre sí, las plumas raspan el papel, hay sonrisas maliciosas, pero el jefe, imperturbable, como todos los tiburones y los cocodrilos, continúa charlando con su subordinado, que también se permite sonreír. Luego, el jefe da fin a la conversación y el subalterno sale de allí con el semblante pálido de alegría. Se inicia su amistad con el jefe.

De la actitud del subordinado

Cuenta una anécdota que Talleyrand, el formidable diplomático cínico y cojo, conversando cierta vez en un salón con el embajador de Austria, recibió un puntapié, pero su rostro no expresó la menor emoción, y continuó charlando



¿Cuáles son así, las leyes psicológicas que rigen la amistad entre jefe y "subalterno"? ¿De dónde arranca esta amistad? ¿Cómo se inició?

Por lo general, estos hechos grandiosos no tienen principio. Ocurren así:

De pronto, un día, los empleados de

como si nada hubiera ocurrido.

Análoga es la actitud del subordinado al salir de la oficina de su jefe. Su rostro se ha vuelto glacial, inexpresivo. Es ahora la efigie del hombre inabordable. Los otros intentan sonsacarle, pero inútilmente. El hombre no habla. Son-

ría, cuando mucho, con sonrisa enigmática de individuo que conoce el destino del mundo y cuándo sobrevendrá la aparición del Cristo, pero no suelta prenda ni por broma.

Y a la noche, el empleado subalterno, conversando con su mujer, le dirá:

—¿Sabes?; hoy el jefe me pidió una opinión sobre si conviene tener gallinas Orpington o catalanas. Creo que voy camino a un ascenso.

Y la esposa, emocionada ante esa prueba de confianza dispensada por el enorme jefe a su esposo, le contesta:

—Querido, esas amistades hay que cuidarlas. Decime, ¿no te invitó a almorzar?

A la otra tarde

De este modo ingenuo se inicia a veces la amistad entre el cocodrilo y el pájaro mosca. Y a la otra tarde, con un pretexto u otro, a la misma hora, el subalterno entrará a la oficina de su jefe. Y nuevamente se reanuda la conversación, charla lenta, siempre respetuosa, el empleado de pie junto al escritorio, el jefe jovial insinuando la conveniencia de emplear una incubadora, y el subalterno rebatiendo respetuosamente dicha opinión, apoyándola en datos que terminan por convencer al jefe de que su empleado es un genio ignorado.

A todo esto, ¿qué hacen los compañeros del “amigo del jefe”? Observan y no hablan. Piensan, piensan aterrorizados en las confidencias que mediarán entre el empleado y el jefe, meditan en las veces que maldijeron al tiburón en presencia de aquel que ahora, con sonrisa prudente, departe con su superior, y de pronto la oficina entera es cruzada por funestos presagios, y el subalterno que hasta ayer no tenía ninguna importancia recobra proporciones catastróficas, que él, con su silencio de inabordable,

contribuye a fomentar. Ya nadie en su presencia se atreve a conversar mal del jefe, y el subalterno, a su vez, adquiere un prestigio de semijefe, aparecen otros empleados que le adulan y se enorgullecen de su amistad, y que por la noche le dicen a sus respectivas cónyuges:

—¿Sabes?; me estoy haciendo muy amigo del amigo del jefe.

Claro está...

Claro está que esta amistad tiene caracteres particulares, singularísimos. Y son éstos: los defectos del jefe terminan por convertirse en las virtudes del subalterno. Todo jefe tiene una filosofía, y ésta será la de nuestro héroe.

El jefe opina que, por principios, no debe prestar dinero. Esos serán los principios del subalterno. El jefe opina que los intereses del empleo son superiores a todas las leyes de humanidad. Helo convertido a nuestro subalterno en una especie de Catón, del Catón llamado el Rojo, que fue el egoísta más desvergonzado que conoció la antigüedad. Trabajaré como un asno, hará horas extras, todo por el principio que rige la vida del jefe.

A su vez, el jefe le prestará pequeños servicios a su subordinado. Cuando éste tenga un hijo enfermo, le irá a visitar, recibirá el agradecimiento de la esposa del subalterno con la magnanimidad de un emperador, y entre estos dos hombres de alma seca, áspera y despiadada terminará por establecerse un afecto tierno, un afecto que no llega al préstamo de dinero cuando el otro lo necesite, un afecto que no excluirá un pequeño odio escondido entre los dos, pero un afecto al fin que, a falta de generosas obras, tendrá buenas palabras, y la cordialidad agrídulce que es la auténtica soldadura que une a las almas perfectamente egoístas.

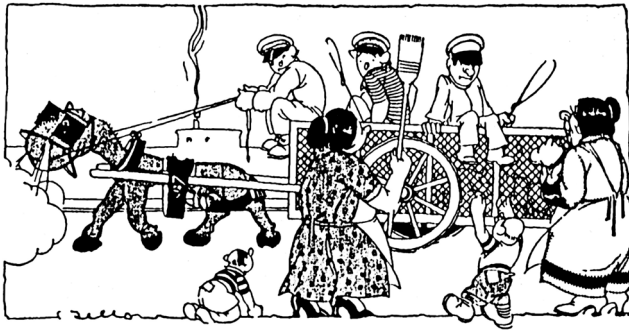
EL MUNDO — Martes 10 de julio de 1928

LA PRESENCIA DE LA PERRERA ALTERA LA PAZ DE LOS BARRIOS SUBURBANOS

Los mozalbetes de la antigüedad no conocieron el placer de la "perrera". Los libros antiguos tampoco la mencionan, de modo que el instrumento de tortura canino fue ignorado por nuestros respetables antepasados. Conocieron en cambio al esquilador de perros, esquilador que existía antes de la revolución francesa, pues según cuenta el inefable Anatole France, fue Rouquin esquilador de perros y su mujer la Rouquina, los que guardaron en un tiesto las reliquias de Santa Orberosa. Hysmans, que fue el cascarrabias más extraordinario que conoce la literatura, menciona también al esquilador de perros, y aquí termina nuestra erudición acerca de la materia.

mún, el de correr tras del carro de la perrera. Estos deleites juveniles, es conveniente fomentarlos, porque de ese modo los pueblos se hermanan en lo que les es substancial.

Demás está decir que la perrera como espectáculo, es de lo más apetecible que pueda pedirse. La guarnecen y defienden además de los dos agentes mulatos del Escuadrón de Seguridad, tres formidables bandoleros, que en pleno invierno van por la calzada en mangas de camiseta, escondida la facinerosa cara por una gorra cuya visera parece la falda de un monte. Esgrimen un lazo de cuero trenzado, y por las entrañas que tienen, en otros tiempos hubieran sido ayudantes de verdugos o terminarían



La perrera, producto porteño

Nos inclinamos a creer que la perrera es un producto porteño. Naturalmente, no nos hemos afanado en averiguar la autenticidad de esta hipótesis, porque la gente no nos agradecería tan sesudas investigaciones, pero continuamos admitiéndola. A última hora, un señor de la otra orilla nos informa que en Montevideo también se conoce la perrera hace veinte años, lo que nos regocija.

De modo que los pebetes argentinos y uruguayos han tenido un placer co-

adornando la fachada de un patíbulo.

El perrero como paisaje

El perrero como paisaje, es de lo más hermoso que pueda pedir la vista.

Oscila siempre entre los veintiocho y los treinticinco años. Cuando se afeita, su delicado semblante parece un mapa del estado mayor, tantas cruces y tajos lo orlan y cruzan. Tiene aspecto bandoleresco, y no sólo el aspecto, sino también la enjundia.

Musculoso y nervudo, gasta camiseta a rayas, pañuelo al cogote, pantalón

con más costurones que su descarada facha, y alpargatas floreadas, coquetearía de que alardea el pelafustán para engatusar a los perros.

Arriba en el pescante del coche infamante, lleva las riendas un diablo cascado que se entretiene en la jovial operación de derrengarlos a latigazos a los pencos esqueléticos.

El enemigo del perrero

El enemigo más sordo, más terrible, que más destrozos causa en la cosecha del perrero es el pibe de nuestro suburbio, el mocoso que va a la escuela, el atorrantito que callejea, el lustrabotas, el minúsculo vendedor de diarios, y todos los chicos en general.

Esto, lo sabe tan perfectamente el perrero, que en la actualidad para evitar mayores desastres económicos, los pillanes del lazo, salen muy temprano a la mañana, de modo de no tener que lidiar con las pandillas mínimas, que los persiguen a cascotazos, que les ahuyentan los perros a kilómetros de distancia, con sus vozarrones descomunales, y que les estropean el negocio en todo el sentido de la palabra.

La aparición de la perrera

El extranjero que no ha visto la aparición de la perrera en nuestro suburbio, es como si hubiera visitado a Jerusalem, sin conocer el Santo Sepulcro.

El arrabal yace tranquilo bajo el sol de la mañana. Alguna que otra vecina habla mal de su inquilina, "con la de al lado". De pronto, en la bocacalle se detiene el jaulón rodante, y dos malandrines avanzan por la vereda haciendo eses. Inmediatamente, espontáneamente, las dos chismosas gritan:

—¡Jasmin! ... ¿Dónde estará maldito perro?

—¡Negro! ¡Negro! ¡Nene, atá el perro... que está la perrera!

Descalzo y despeinado, jadeante de emoción, aparece el mocoso.

Quiere salir a la calle, pero la madre se lo impide ocupando todo el ancho de la media puerta. El chico asoma la cabeza desesperado por un resquicio, los ojos se le van detrás del jaulón, de pronto empuja y a duras penas elude el escobazo materno, que le grita:

—Pero vení, ponete las medias bandido.

El bandido hace oídos de mercader. Se incorpora a la pandilla de mocosos sueltos que vociferan en coro.

—Fueeeeeeera... fueeeeeeera... fueeeeeeera...

La cacería emocionante

Y de pronto se inicia una cacería emocionante, pues de una parte están los chicos que ahuyentan los perros desafortadamente, y de la otra los perreros, que en cuanto pueden hacen bailar a un mocoso mediante un sutil y feroz lazaso que le dan en las piernas, mientras los agentes de seguridad se hacen los que no ven, pues ellos también corren coima en la operación.

Y el carretón, seguido por una banda de criaturas, escoltado por los malandrines que, cuales nuevos Herodes, degollarían si pudieran a todos los párvulos, avanza en el arrabal entre los improprios de las comadres que amenazan con el puño a los bergantes que les arrebataron el cusquito.

Y saben ocurrir escenas conmovedoras. Ya es una señora que ruega la devolución de su can, ya es algún forajido que armado con un puñal, los pone en apuros a los del lazo, y más de una vez han ocurrido tragedias. Así se recuerda todavía en el gremio de los perreros el caso de aquél inglés, a quien uno del lazo le quitó el bulldog. El inglés desenfundó su revólver, y como el perrero se negara a devolverle el pichicho, el inglés sin gastar palabras lo tumbó de un tiro en el pecho. Pero estas cosas suelen ocurrir de tarde en tarde.

EL MUNDO — Miércoles 11 de julio de 1928

APUNTES FILOSÓFICOS ACERCA DEL HOMBRE QUE “SE TIRA A MUERTO”

Antes de iniciar nuestro grandioso y bello estudio acerca del “hombre que se tira a muerto”, es necesario que nosotros, humildes mortales, ensalcemos a Marcelo de Courteline, al magnífico y nunca bien ponderado autor de “Los señores Chupatintas”, y el que más amplia y jovialmente ha tratado de cerca al gremio nefasto de los “que se tiran a muerto”, gremio parásito e imperturbable, que tiene puntos de contacto con el “squenun”, gremio de sujetos que tienen caras de “otarios” y que son más despabilados que linceos. Y cumplido ya nuestro deber con el señor de Courteline, entramos de lleno en nuestra simpática apología.

Lo que significa “tirarse a muerto”

Hay una rueda de amigos en un café. Hace una hora que “le dan a los copepines”, y de pronto llega el ineludible y fatal momento de pagar. Unos se miran a los otros, todos esperan que el compañero saque la cartera, y de pronto el más descarado o el más filósofo da fin a la cuestión con estas palabras:

quilo como si nada hubiera ocurrido; los otros lo miran, pero no dicen oste ni moste; el hombre acaba de anticipar la última determinación admitida en el lenguaje porteño: se tira a muerto.

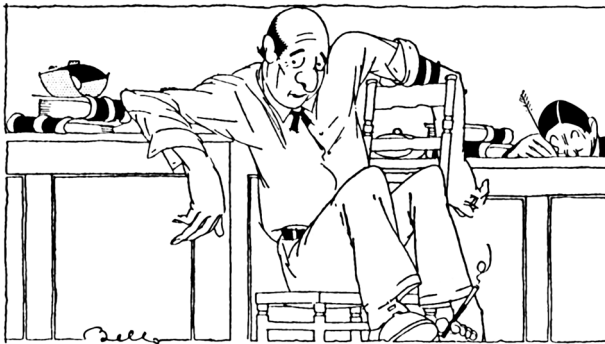
¿Quiere ello decir que se suicidará? No, ello significa que nuestro personaje no contribuirá con un solo centavo a la suma que se necesita para pagar los copetines de marras.

Y como esta intención está apoyada por el rotundo y fatídico anuncio de “me tiro a muerto”, nadie protesta.

Del que se “tira a muerto” y del “squenun”

Con meridiana claridad que nos enviaría un académico o un confeccionador de diccionarios, acabamos de establecer la diferencia fundamental que establece el acto de “tirarse a muerto”, con aquel otro adjetivo de “squenun”.

Hacemos esta aclaración para colaborar en el porvenir del léxico argentino, para evitar confusiones de idioma tan caras a la academia de los fósiles y para que nuestros devotos lectores



—Me tiro a muerto.

El sujeto que anunció tal determinación, acabadas de pronunciar las palabras de referencia, se queda tan tran-

comprendan definitivamente la distancia que media entre el “squenun” y el “hombre que se tira a muerto”.

El “squenun” no trabaja. El “hombre

que se tira a muerto” hace como el que trabaja. El primero es el cínico de la holgazanería; el segundo, el hipócrita “del dulce far niente”. El primero no oculta su tendencia a la vagancia, sino que por el contrario, la fomenta con sendos baños de sol; el segundo acude a su trabajo, no trabaja, pero hace como el que trabaja cuando lo puede ver el jefe, y luego se “tira a muerto” dejando que sus compañeros se deslomen trabajando.

Variedades del “hombre que se tira a muerto”

¿El que “se tira a muerto” es un hombre que después de tantas cavilaciones llegó a la conclusión de que no vale la pena trabajar? No. No se “tira a muerto” el que quiere, sino el que puede, lo cual es muy distinto.

El que se “tira a muerto”, ya ha nacido con tal tendencia.

En la escuela era el último en levantar la mano para poder pasar a dar la lección, o si le conocía las mañas al maestro, levantaba el brazo siempre que éste no lo iba a llamar, creyendo que sabía la lección.

Cuando más infante, se hacía llevar en brazos por la madre, y si lo querían hacer caminar, lloraba como si estuviera muy cansado, porque en su rudimentario entendimiento era más cómodo ser llevado que llevarse a sí mismo.

Luego ingresó a una oficina, descubrió con su instinto de parásito cuál era el hombre más activo, y se apegó a él, de modo que teniendo que hacer entre los dos un mismo trabajo, en realidad lo hacía uno solo, o tenía que hacerlo el otro aunque éste lo hiciera, porque tan lleno de errores estaba el trabajo del que se “tira a muerto”.

Y los jefes acabaron por acostumbrarse al hombre que se “tira a muerto”. Primero protestaron contra “ese inútil”, luego hartos, le dejaron hacer, y

el hombre que se “tira a muerto” florece en todas las oficinas, en todas nuestras reparticiones nacionales, aún en las empresas donde es sagrada ley chuparle la sangre al que aún la tiene.

Filosofía del que se “tira a muerto”

La naturaleza con su sabia previsión de los acontecimientos sociales y naturales, y para que jamás le faltara tema a los caballeros que se dedican a hacer notas, ha dispuesto que haya numerosas variedades del ejemplar del hombre que se “tira a muerto”.

Así, hay el hombre que no se puede “tirar espontáneamente a muerto”. Lo atrae el “dulce far niente”, pero este placer debe ir acompañado de otro deleite: la simulación de que trabaja.

Le veréis frente a la máquina de escribir, grave el gesto, taciturna la expresión, borrascosa la frente. Parece un genio, el que le mira se dice:

—¡Qué cosas formidables debe pensar ese hombre! ¡Qué trabajo importantísimo debe de estar realizando!

Pero la sabia naturaleza...

Inclinémonos ante la sabiduría del Todopoderoso. Él, que provee de alimentos al microbio y al elefante a un mismo tiempo, él que lo reparte todo, la lluvia y el sol, ha hecho que por cada 10 hombres que “se tiran a muertos”, haya 20 que quieran hacer méritos, de modo que por sabia y trascendental compensación, si en una oficina hay dos sujetos que todo lo abandonan en manos del destino, en esa misma oficina hay siempre cuatro que trabajan por ocho, de modo que nada se pierde ni nada se gana. Y veinte restantes hacen sebo de modo razonable.

Nosotros, cronistas imparciales, haremos más aún que el Creador. Mañana elogiaremos al “Hombre que hace méritos”. Así quedarán satisfechos unos y otros.



EL MUNDO — Jueves 12 de julio de 1928

LA PAVOROSA AGENCIA DE COLOCACIONES

Ayer se llevó a cabo en la Casa del Pueblo un mitin contra las Agencias de Colocaciones, mitin en el que estuvieron representados los diversos gremios de operarios que por razones de trabajo doméstico necesitan recurrir a ellas. Constituido el Comité representado por los sindicatos de Mozos, Biseladores, Sastres, Panaderos, Textiles y Fraternidad Gastronómica, quedó resuelto elevar una nota al Congreso solicitando la supresión de esas agencias, o en su defecto la aplicación de una patente que haga casi imposible su subsistencia.

El muestrario de la pobreza

El que haya recorrido la Avenida Leandro Alem, la calle Lavalle, Junín, Plaza Lavalle, habrá comprobado la abundancia de estas cavernas de la pobreza, donde languidecen los heteróclitos productos del viejo mundo, representantes de los países balcánicos,

yunan con un jarro de agua. Los bancos crujen de manera alarmante, el suelo está sembrado de colillas, y en el mostrador, con cara granujenta, descarado, impasible, lleva el registro un perdulario nacido vaya a saber en donde. Mujeres checas o polacas, alternan con sus maridos en la espera de trabajo.

Quién es el dueño

El dueño de estas ladroneras, es generalmente un hábil buscavidas cuyo único trabajo consiste en vivir de la necesidad de trabajo de los demás.

No es curioso este ejemplo de parasitismo. Vivir a costa de la necesidad de trabajar de los demás. Esto es sin duda alguna llevar la explotación a su más elevado grado metafísico, ya que otra mucha gente vive del trabajo de los demás, pero vivir de una necesidad de trabajar, esto sí que no lo soñaron los teólogos del siglo catorce.



súbditos de la Yugo Esclavia, baturros, lombardos, chinos, turcos, germanos...

¿Merece otro nombre de caverna este escaparate monstruoso? No.

Al entrar a ella, lo marea a uno el tufo de humo y hedores humanos. En los bancos se adormecen hombres que cenan una vez cada dos días y se desa-

El buscavidas de referencia es por lo general un sujeto gordo, con traje negro y chaleco blanco. Lo de blanco es una metáfora. El chaleco está convenientemente adornado de lamparones y manchas de café, aparte de esa ne-gruzca gratitud que es el adorno más elocuente de estas prendas.

Se engalana el buscavidas con un obscuro cuello palomita y un reloj de oro auténtico, más una medalla que casi tiene el diámetro de un salvavidas. Si es gordo su bonachería es alarmante. Le toca la barbilla a las criadas y palmea paternalmente a los gigantescos yugoeslavos que se fían de sus palabras melifluas. Los ojos de este cetáceo destilan aceite de mala pasión, y sus labios son gordos, belfudos y su frente más estrecha que la de un cinocéfalo.

El negocio del buscavidas

El negocio del buscavidas es de una sencillez alarmante. Se explica que los gremios citados protesten.

Todas las mañanas al despertarse, el buscavidas, se lava la cara con una toalla seca, y después de haberse adecentado así y tomar unos mates que le ceba el legañoso de su secretario, lee las columnas de avisos de los diarios. Su secretario busca en la "Guía Verde" el número de teléfono de los avisadores, y les habla ofreciéndoles el empleado o trabajador que necesitan. Como es lógico, éstos aceptan, ya que el agenciero no les pide comisión alguna. Él trabaja gratis.

Confecionada la lista de los que aceptan sus servicios, el bergante sale a la calle en pantuflas, pantuflas que generalmente están adornadas de juegos de naipes, y en su pizarra, con una ortografía digna de un genio espontáneo, escribe:

"Se nesecita Sirbiente bien renumerao".

"Se nesecita panadero para el campo, etc."

Luego como una araña, aguarda la llegada de los candidatos.

La comisión

Gil Blas de Santillana, cuenta que mediante una abundante propina, pudo conseguir por intermedio de un agenciero de esa España de los siglos pasados, empleo en la casa del canónigo

Cedillos, el cual, según se murmuraba dejaría mandas, antes de morir, a los criados que bien le sirvieran.

Exactamente ocurre hoy. El buscavidas no tiene tarifa fija. Según la cara del necesitado y la generosidad de su bolsa proporciona trabajo. Hay colocaciones que se pagan, la mitad de la comisión al contado, la otra mitad a plazos, tan elevadas son. Otras, las de menor importancia ascienden a tres, cinco y diez pesos. El buscavidas especula. Se deja agasajar por criados y menestrales, acepta desdeñosamente los homenajes de éstas, y si no se le muestra y después de mostrárselo no le entregan el dinero, el hombre no suelta prenda. Tiene alma de usurero al por menor.

La combinación del buscavidas

La mayoría de los agencieros tiene hechas combinaciones con criados y con patronos. Estas combinaciones son las siguientes:

El patrón se compromete a echar el sirviente que le proporciona el agenciero, dos días después que el criado o criada está a su servicio. En realidad dicho patrón es un socio del agenciero. Los que más intervienen en estas operaciones son los patronos de ciertos gremios no asociados.

La otra combinación es cuando el que necesita un trabajador es tan ingenuo que paga la comisión. Se le envía un inútil que a su vez pagará la tarifa y será despedido por aquel que ignora que está inconscientemente al servicio del agenciero, pues el buscavidas atrapa dineros por ambos flancos.

Como se ve, la profesión no puede ser más lucrativa. De acuerdo con contratistas del interior, estos explotadores envían operarios a puntos donde después de trabajar no perciben un solo centavo; en fin, sus actividades son tan tortuosas que más conveniente sería suprimir estos antros que imponerles una patente crecida.

EL MUNDO — Viernes 13 de julio de 1928

EL ELOGIO DEL EMPLEADO QUE HACE MÉRITOS

Escribió ese divino charlatán que se llamó Víctor Hugo, que una vez el conde de Vaiferos, (no recordamos si era conde, duque o diablo, pero para el caso es lo mismo) que el mencionado Vaiferos se puso a cavar un pozo y al llegar a cierta profundidad, escuchó una bronca voz que le dijo:

—Vaiferos, no caves más, porque vas a encontrar el Infierno.

Nosotros más temerarios que el dicho Vaiferos, según nuestra costumbre, hemos seguido cavando, y en vez de encontrar el Infierno, encontramos el Alma del Empleado que hace méritos.

La dulce infancia “del que hace méritos”

¿Cómo no recordar ante todo la dulce infancia del “empleado que hace méritos”?

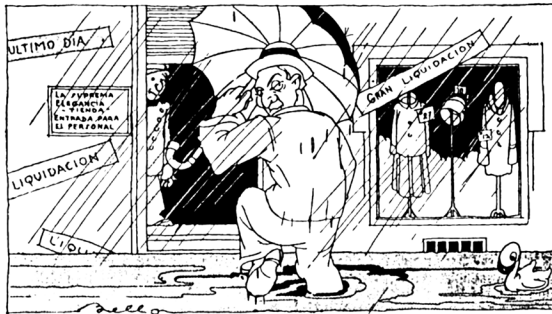
Fue generalmente un escolar gordito, de mejillas sonrosadas, aplicado, egoísta,

al caballo del coche estacionado en la esquina de la plaza, para que el caballo se diera a la fuga enloquecido de terror, desconocieron el deleite de robarle fainá al “fainero”, de romper los vidrios, de fumar en clase, de falsificar la firma del padre cuando la “libreta” venía anotada con conducta mala, en fin, mocitos ejemplares acapararon siempre el cuadro de honor, y el premio de ellos fue poder declamar en las fiestas “mayas”:

Era la tarde y la hora

En que el sol la cresta dora...

Odiosos a los desaforados y futuros perdularios que enriquecerían al país con su vagancia, estos alumnos modelos fueron la muletilla con que las maestras agriaban la burrería de sus escolares, y nunca se les vio sonreír ni leer las novelas de Salgari o de Ponson du Terrail.



ta, uno de esos escolares que le van con “cuentos” a las “señoritas” y que ni por broma se presentan a clase con las uñas sucias, los botines enfangados, ni el cuaderno manchado de grasa.

Alumnos modelos, párvulos sesudos, no conocieron el placer de la rabona, el gusto de romperse los dientes en una esquina con otro “compañerito”, ignoraron el goce de tirarle flechas de papel

A los catorce años

A los catorce años de edad, los padres los retiraron de la circulación escolar para lanzarlos a la circulación comercial.

Y estos escolares que fueron modelos, para suerte de la sociedad continuarán siéndolo también como empleados. Por lo general ingresan como cadetes en tiendas o negocios de otra índole; a los

diez y ocho años, cuando el patrón les ha tomado la suficiente confianza les quita el uniforme; y ya con pantalón largo, es decir con el atributo de la formalidad, entran a trabajar en garitas fecundas en tinieblas, frente a libros que miran con extraordinario respeto, pues son el Debe, el Haber, el Diario, Cuentas Corrientes, y el hombre puede equivocarse, pero el equivoco en un libro es casi una mancha indeleble.

Así trabajan hasta los veinte y siete años. Un sábado se casan y el lunes entran a su garita como si nada les hubiera ocurrido.

El fervor del empleo

Tienen el fervor del empleo, el santo fervor del trabajo. Se olvidan de la vida para que la sociedad marche mejor. No llegan nunca tarde al empleo. Es inútil que el tranvía se lleve por delante un camión, o que el ómnibus desmorone una casa, o que llueva a mares. Ellos, imperterritos, simbólicos, a la hora exacta estarán en la oficina. ¿Se les incendia la casa? Mejor. Ellos encontrarán en el incendio un motivo para demostrar su contracción al trabajo. ¿Se les muere un hijo? Pues enterrarlo al alba, que aviada estaría la empresa si sus operaciones dependieran de los hijos que se le mueren a uno. ¿Que se le enferma la mujer? Pues que se aguante, ya que las mujeres son iguales a los hombres. ¿Que él está enfermo? Paciencia, que para sufrir han nacido los varones.

Más exacto que una máquina de dividir, más insensible que un faquir a los climas y a las catástrofes, nuestro "empleo activo y honrado a carta cabal" no faltará a la oficina ni una sola vez durante el año, no llegará tarde ni una sola vez, y a fin de año... ¡ah, placer de los dioses!... tendrá la grande, inmensa satisfacción de que el patrón le diga ante el personal tímidamente reunido en torno de su persona:

—Señor X... la empresa está orgullosa de usted. Usted es un empleado modelo.

¿No es bello y emocionante esto? ¿No dan ganas de que se le mueran a uno todos los hijos, y de que se le incendien todos los cachivaches, y de que todos los días haya un diluvio para que el patrón, a fin de año, le lisonjee a uno con estas palabras exquisitas: "Usted es un empleado modelo. La empresa está orgullosa de usted"?

Jefe al fin

Y por fin un día, vistas las ejemplares e innegables condiciones de X, se le asciende a jefe.

Dicese que Sixto V se desmayó al tener noticia de que el Cónclave le había nombrado Papa. Lo creemos. El empleado moderno, más austero, más edificante como ejemplo de laboriosidad y de moral, no se desmaya como el famoso cardenal que arrojó las muletas, pero en cambio su encorvada espina dorsal se endereza, sus ojos renegridos echan lumbre por un instante, y él, que siempre sonreía, tímido como una violeta, él, que siempre estaba en actitud de escuchar ansiosamente la palabra del jefe, se transforma, y como ha adquirido las sabias normas que rigen el mecanismo del dinero, las implanta, y ¡guay! del empleado que "se le quiera tirar a muerto", ¡guay! del trasnochador que alegue enfermedad de los parientes para justificar su vagancia, desdichado del que falte porque el tiempo amenazaba lluvia. Todos los profetas de Israel claman por su boca.

De ahí que nosotros creamos conveniente para la sabia marcha de las empresas que se cultive y premie trimestralmente, como en las escuelas, las virtudes de contracción al trabajo. Y que a los empleados modelos se les regale anualmente un diploma con la firma del patrón. Dicho diploma en el humilde hogar del empleado será como un amuleto y estimulará a los hijos de éste a ser tan buenos ciudadanos y servidores de la patria, como su padre, "honrado y activo empleado a carta cabal".

EL MUNDO — Sábado 14 de julio de 1928

REFLEXIONES ACERCA DEL HOMBRE QUE NO SE QUITA EL SOMBRERO

En el año 1648 apareció en Inglaterra un loco lindo.

Se llamaba Jorge Fox, era zapatero y decía lo siguiente:

“El Señor me ha enviado a predicar, prohibiéndome al mismo tiempo que me quitara el sombrero ante chicos y grandes... que no diera nunca los buenos días ni las buenas noches a nadie...”

Este loco lindo, que pudiera tomarse por el antecesor de todos los mal educados que infestan la tierra, fue el fundador de la famosa secta de los “cuáqueros”, cuyos representantes no se descubrían ni ante la misma graciosa emperatriz de todas las Indias.

Los continuadores del zapatero

Nosotros no creemos que el Todopoderoso se entretuviera en dictarle semejantes pavadas a Fox, pero Fox era medio chiflado, y entonces se explica

el 90 por 100 de los remendones de portal usan un gorro que puede ser griego en París y de dormir en nuestra ciudad.

Los tales zapateros jamás se descubren al saludar sino que, cuando mucho, se tocan el gorro con el canto de la mano, sobre todo si se trata de sirvientas que se han hecho acreedoras a su simpatía por el número de botines descalabrados que le traen a remendar.

Dichos caballeros del portal tampoco se sacan la gorra al comer, ni al dormir.

Del efecto que causa el sombrero puesto

En las reparticiones nacionales, en los juzgados y en ciertas empresas cuyas oficinas están abiertas al público, de pronto, los empleados se quedan abortos, levantan las cabezas y se miran los unos a los otros con curiosidad no exenta de fastidio.



(Nota. El gremio de los zapateros ha sido el más fecundo en chiflados en cuestiones religiosas. Swedemborg, un zapatero holandés, también fue un loco por este estilo) que le diera por hacer metafísica en torno del sombrero. Lo cual, además, no tiene nada de extraño, porque nosotros, en sesudas estadísticas callejeras, hemos comprobado que

¿Qué es lo que ha ocurrido? Nada en apariencia y mucho en substancia:

Ha entrado un hombre, un hombre de carne y hueso, el cual, en vez de descubrirse como todos los que se encuentran en ese lugar, permanece con el sombrero puesto, concediéndose a sí mismo, con esa actitud, una patente de superioridad que lo revienta a cualquiera.

El señor, sin dar ni remotas señales de descubrirse, avanza, se detiene ante el mostrador, y dice:

—Vea, soy el diputado Fulano de Tal. Dígame al ministro que me reciba.

Este señor parece un perfecto discípulo de Jorge Fox, a quien el Todopoderoso le hubiera inspirado “que no diera los buenos días ni las buenas noches a nadie”.

Y dan ganas de preguntarle al mal educado:

—Dígame, señor, ¿no pertenece usted a la secta de los cuáqueros?

El que come con el sombrero puesto

Esta costumbre se justificaría, y en privado, si la comida se volviera más sabrosa para el paladar del que come con el sombrero puesto. Porque hemos observado en abundancia este caso, y sobre todo, en los restaurantes porteños.

Una mesa, a la orilla de ella un bípodo que traga por cuatro y atiende con igual imparcialidad al pan, a las viandas que humean, al vino y a un periódico, esto sin contar las miradas de satisfacción que dirige alrededor, como diciendo:

—¿Han comprobado ustedes la fortaleza de mi estómago?

Y el hombre está en la gloria. Todos le miran. Y le miran porque tiene el sombrero puesto. Puesto hasta las orejas. Incrustado en el cráneo. Lo único que le falta es que le pongan los bulones. Y que lo lleven a un pesebre.

Pero el primate devora imperturbable. Sabe que tiene el sombrero puesto, porque por momentos se lo quita, y como

quien se libra de un mal pensamiento, se enjuga la frente con un pañuelo rojo, pañuelo que antes de beber, para demostrar que está bien educado, se lo pasa por los labios untados de conserva.

Y su digestión es provechosa y todo le nutre.

Quiénes son los que tienen este hábito

Un filósofo dijo que el hombre era un animal de costumbres, y lo creemos. Por lo general, el que jamás se quita el sombrero en los lugares donde todo el mundo está descubierto, hace pensar que pasó su tierna edad y su laboriosa adolescencia trajinando de continuo en las calles, costumbres que terminaron por hacerle insensible al peso del sombrero, insensible a la conveniencia de quitárselo, insensible a esa hornalla de aire caliente que tienen sobre el cráneo, ya que todavía no ha prosperado el uso de ventiladores eléctricos y manuales para los señores que han adquirido esas lamentables costumbres.

Lo cual nos sugiere desde ya esta idea, que somos tan generosos en conceder al primero que quiera patentarla:

—Solicitar en la Oficina de Patentes de Marcas e Invenciones “brevet” para explotar un ventilador destinado a refrigerar el semblante de los que no se quitan el sombrero ni cuando van a dormir.

Y como el número de mal educados que existe en nuestra ciudad es crecido, el comerciante que se dedique a la fabricación de este aparato ganará mucho dinero.



EL MUNDO — Domingo 15 de julio de 1928

EL HOMBRE QUE SE AVERGÜENZA DE ALMORZAR CON CAFÉ CON LECHE

Hoy, el cronista de estas notas se encontraba en una esquina abriendo la boca y sin saber qué hacer, cuando de pronto le llamó la atención un individuo.

Era el tal, un sujeto alto, con saco de verano, una bufanda hasta las orejas para suplir el cuello de un sobretodo que no existía, y los botines abarquillados como los de los que saben harta economía doméstica. Se cubría el aludido con un sombrero roído en la cinta, en fin, catadura de empleado que pasa hambre.

El tal buen señor, se acercó al frente de una casa de comidas, de esas casas cuyas puertas están cubiertas de cortinas, y que en la vidriera exhiben la lista, mejor dicho, los precios del infame potage que allí despachan.

El hombre que calcula

Estuvo nuestro héroe cinco minutos frente a la vidriera, no era hora de meditar mucho, porque ya había dado la una de la tarde, pero el desconocido que no parecía tener mayor apuro, observaba la lista, mientras sus dedos, su mano, metida en el bolsillo hacía girar unas escasas monedas. Esta es la hipótesis del cronista.

En la vidriera había un lechón con las orejas ornamentadas de perejil, y en un cuenco se exhibía un simulacro de pulpo, pulpo con el cual se podía fabricar calzado. Tan correroso estaba. Pero al hombre no lo deleitaba la visión del lechoncillo de cera, ni el pulpo apócrifo, sino la lista, esa terrible lista cuyos precios escritos en números gigantes, establecían la tarifa de una económica pitanza.

Pero nuestro hombre no se movía de allí. Rascándose las mejillas con barba de tres días, reflexionaba tristemente al margen de la bazofia. El viento le pegaba a las flacas pantorrillas, el panta-

lón más delgado que la cáscara de una cebolla.

Nuestro hombre miró todavía un instante la fatídica lista, luego se apartó.

De cómo camina el hombre que no almorzó

Se apartó nuestro hombre, pero en vez de caminar rápidamente, lo hacía despacio, como si el tiempo no le apurara. A cierta altura de la calle sacó unas monedas (el cronista no pudo contarlas) y se puso a sumar nuevamente sus valores. Se detuvo, luego, quizá satisfecho de sus matemáticas, entró a una cigarrería, y pocos minutos después salía fumando.

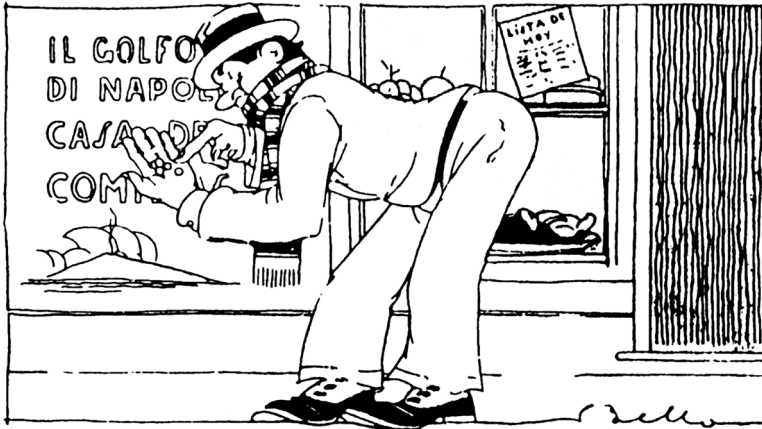
El cronista le seguía. De pronto comprendió que era uno de los tantos desdichados que a la hora de almorzar no tienen con qué sobrellevar la carga de una pitanza que desean llevar en el estómago.

Y nuestro hombre caminaba lentamente. Cuando frente a un restaurante que parecía económico había gente estacionada, no se detenía, sino que caminaba erguido, repentinamente malhumorado, y atreviéndose apenas a mirar de reojo la lista que colgaba entre el vidrio y la cortina.

¡Pero qué audacia en cambio la de nuestro hombre, cuando el frente de un restaurante está desierto! Entonces se detenía nuevamente, leía la lista, hacía cálculos mentales y sólo si veía que un transeúnte se acercaba, huía con gesto de ladrón sorprendido, el hombre que teme que sepan que aún no ha comido.

Tenía dinero

Sin embargo, no cabía duda de que ese hombre tenía dinero, ya que había comprado cigarrillos, y ya que tanto le interesaban las tarifas de los restaurantes.



Pero este dinero era insuficiente para permitirse un festín, o nuestro hombre quería levantar una estadística de los platos iguales que venden los restaurantes distintos. Sin embargo lo último nos parece problemático. No se levantan estadísticas con un traje roído y de verano, y con las manos en los bolsillos, haciendo girar las monedas que no por eso engordan.

Sin embargo, algo le ocurría a nuestro hombre. Y de pronto creímos comprender. Le avergonzaba entrar al restaurante, y tomar un plato de sopa con un pan. Le avergonzaba indudablemente la mirada canalla que el mozo dirige a los que almuerzan sin pedir vino, le molestaría, eso de que terminado de comer, el otro, socarrón, adivinando la ausencia de propina le dijera:

—Quiere un bife, el señor... unos espárragos... algo de lechón...

Sí. Indudablemente, era todo eso lo que pasaba por el entendimiento de nuestro famélico. Y luego el golpe, ese golpe que dan en la puerta los mozos cuando escoltan al hombre que no ha dado propina, más el rezongo del granuja que vocifera a media voz maldiciones incruentas.

En la plaza

El cronista pensaba qué es lo que haría este señor, pero el desconocido fue

a sentarse en la Plaza Lavalle, donde se entretuvo en mirar cómo giraban las manecillas del reloj que está en la esquina de Talcahuano y Lavalle.

No era el tiempo como para darse a esos menesteres cronométricos, pero nuestro galgo impasible a los desquicios atmosféricos, se recreaba alternativamente en fumar y en mirar a los transeúntes, hasta que el maldito reloj (el cronista estaba hartado ya) al marcar las dos menos diez, se levantó como un resucitado del banco, entró a una lechería y con severa prestancia, con una tranquilidad de hombre que almuerza a toda hora pidió “un café con leche, pan y manteca”.

Almorzaba lentamente, pero el enigma estaba aclarado:

Nuestro hombre no quería que nadie comprendiera que él almorzaba con café con leche.

Si esa operación la hubiera hecho a la una de la tarde inspiraría sospecha, a las dos menos diez, no. Parecía un hombre que almorzó a las once y toma su café con leche a las dos, para repetirlo a las cinco, como todo individuo bien nacido.

Terminó el sujeto su pan, sin dejar una miga en el mármol. Luego de terminado, con voz campanuda pidió la adición, y saliendo a la calle dejó cinco centavos de propina, pero el cronista

observó esto. Para poder dejar la propina el hombre que almorzó café con leche, no compró fósforos, y debido a ello tuvo que pedirle fuego a un barrendero. Luego tieso y satisfecho de haber deja-

do en salvo su prestigio ante el mozo de la lechería entró a la oficina.

Y así almuerzan muchos empleados en Buenos Aires.



EL MUNDO — Lunes 16 de julio de 1928

UNA HERMANA FEA Y OTRA LINDA NO DEBEN SALIR JUNTAS

El coche del subterráneo es escenario de pequeños sucesos que para el que sabe mirarlos son toda una fuente de psicología humana.

Y casi el cronista está tentado por decir que lo que no se vea en el subterráneo no se verá en ninguna parte. Lo que ocurre allí es, a veces, más elocuente que una novela. Y hoy hemos elegido como tema, delicado y hermoso, el de las hermanas que viajan juntas en el subterráneo, y que son empleadas.

Primera observación

Son empleadas, pero no van al coche de mujeres, que la empresa tiene destinado al sexo femenino durante las horas de mayor movimiento.

¿Por qué no van al coche destinado “a las señoras y niños”?

Nosotros pensamos que no van al coche de marras porque les agrada más ir en los mixtos, y ello nos sugiere esta

de indulgencia para las dos mocitas. Y a medida que el tren avanza en el subterráneo, el pasajero, algún pasajero, llega a pensar que a él no le desagradaría ser ese “novio buena persona”, y en efecto, como quien avanza por tierras vírgenes, el pasajero aventura miradas tímidas y prudentes.

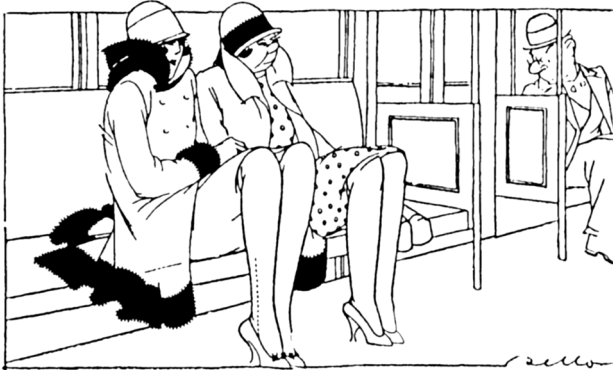
¿A cuál de las dos mirar?

De pronto la tierna alma de nuestro pasajero que viajaba confiado en el prestigio de su corbata y de su pantalón meticulosamente planchado, sufre una especie de zozobra alarmante. Y es que acaba de plantearse el primer conflicto.

—¿A cuál de las dos hermanas mirar?

Como quien no quiere “la cosa”, el hombre mira de soslayo a una y otra mocita. Hace su cálculo. Se dice:

—La primera tiene veinticinco años, la segunda veintitrés. ¡Grave!



otra pregunta, quizá indiscreta: ¿Tendrán novio las dos hermanas? Y creemos que no. Creemos que ellas desean tener un novio, un novio buena persona, honesto, que no juegue a las carreras, que no fume, que no beba. Pensamos todo esto y el corazón se nos llena

Las hermanas impasibles aguardan a que pase el tiempo. De pronto, lo miran al hombre que quiere ser novio, pero lo miran con el rabillo del ojo, es decir, con el rabillo de un solo ojo, pues al mismo tiempo la una ha mirado a la otra para ver si ésta se había dado cuenta

de que allí había un “candidato” y si la trataba de “desbancar”.

Y estos síntomas de observación mutua lo alarman al viajero. Comprende que las dos hermanas se vigilan.

La más fea o la más linda

Esta comparación no le impide darse cuenta de lo siguiente: la mayor es más fea; la menor es más linda; pero, ¿a cuál de las dos mirar? Porque el hombre se hace este cálculo:

—Si miro a la más fea, la más linda me va a tomar un odio mortal por haber despreciado su belleza. Si miro a la más linda, la más fea me deseará la muerte por no haber reparado en sus virtudes, porque es axiomático que las más feas siempre son más inteligentes y más virtuosas. Pero el caso es que yo no quiero un libro para hacerle el amor. Yo no quiero casarme con ningún manual de “Perfecta Casada”. Que es lo que hago. La fea debe tener un carácter feroz, pero la más linda debe ser más implacable que un beduino. ¿Qué hago? Me encuentro aquí como el burro de Maruf.

Termina el soliloquio el pasajero, y al levantar la vista las dos hermanas lo observan. La más linda estira el vestido sobre las rodillas, la más fea ensaya una sonrisa por el espejo. De pronto, la otra descubre el espejo y mira disimuladamente a la hermana, como diciéndole:

—¿Así que vos me hacías trampa por el espejo?

Grave problema

¿Cómo comprenden las dos hermanas súbitamente que el pasajero se “animaría” a hacer el novio? Misterio. Pero el caso es que ahora las dos lo miran recatadamente; la fea con cara de monstruo

jovial; la linda con una seguridad que lisonjearía a Rodolfo Valentino.

El pasajero se hace ahora el “precioso”. Mira, pero austeramente, como hombre que no puede perder el tiempo en pampinas. La fea adquiere una jovialidad pavorosa, parece una alcachofa, parece que se dispone a asaltar al indefenso pasajero, para llevarlo de un brazo al Registro Civil. Y el hombre piensa:

—No, no es posible. La linda es más feroz que un beduino y no me perdonaría jamás el no “haberle llevado el apunte”.

Y ante tal perspectiva de pejugueras, el candidato a novio mira más escasamente a las dos hermanas, pero ellas convencidas de que algo ocurre en él, lo miran, lo miran como diciéndole con los ojos:

—Anímese. Es tan lindo estar de novio.

Polos del mismo signo se anulan

Por fin, en una estación el pasajero se levanta y baja como si se lo llevaran todos los diablos. Las dos hermanas se miran rabiosamente como diciéndose:

—Vos tenés la culpa.

No, la culpa la tienen las dos. Las hermanas nunca deben salir juntas. En física hay un postulado que dice:

“Dos polos del mismo signo se anulan.” Y la física es una ciencia muy seria. Naturalmente, las mocitas no saben interesarse por la física, y allí está la razón de sus fracasos. Anulan sus más bellas condiciones, ignorando la fea que sonríe pavorosamente, que si estuviera sola, su sonrisa no sería pavorosa sino dulce y graciosa.

Y mirar a las dos hermanas a un tiempo no es posible sino siendo bizco, o perteneciendo al credo musulmán.



EL MUNDO — Martes 17 de julio de 1928

DE LAS DISTINTAS MANERAS COMO SE CANTA “LA TOSCA NEGRA”

Los aficionados al “bel canto” supondrán sin duda que nos referimos a la ópera de Puccini, a la ópera que todos los aficionados de parroquia han cantado alguna vez en su vida, cuando el almacenero terminaba de bajar la cortina y la calle quedaba a oscuras. Pero no, nosotros no nos referimos a esa “Tosca”, que más de un aficionado ladró en la noche, no.

Nosotros, devotos escudriñadores del léxico de esta población, nos referimos a la otra tosca, a “la tosca negra”, a la pavorosa y siniestra “tosca negra”, a la clásica tosca que hace lividecer al mozo más flemático, a la “tosca negra”.

Lo que es la “tosca negra”

Dos pelafustanes se sientan a la mesa de un café, y piden dos cafés.

Una hora después, en vez de dos pelafustanes, hay siete perdularios en torno de la mesa. Joviales como si siguieran los consejos de Amado Nervo, embuchan cada diez minutos una taza de café. Piden cigarrillos de “treinta”. Piden fósforos. Piden más café. Piden “otra jarra de agua”. Piden más café.

El mozo va y viene. Es un decir... el mozo resbala... tampoco, la metáfora no resulta, el mozo ronda sombrío. Eso mismo. Sombrío. Su facha monástica y enjuta se hace cada vez más grave. Mira la mesa y se siente asesino con premeditación y alevosía. Se siente asesino con todos los agravantes. Hace tres horas que los vagos están atornillados allí.

La cuenta sube a diez pesos setenta y cinco centavos.

Y los bergantes están cada vez más alegres. ¿Por qué están alegres los bergantes? Vaya usted a saberlo. Pero todos ríen, como recién nacidos en torno de la mesa donde una pirámide de ta-

zas immortaliza un elogio perentorio al “café negro”. Un kilo de colillas está al pie de los asientos y la ceniza decora de gris el mármol de la mesa.

Desaparecieron

¿Cómo? ¿De qué modo? Misterio. Desaparecieron, los siete pelafustanes desaparecieron, dejando diez centavos de propina... pero sin pagar la consumición”.

El mozo está petrificado. Tantas cosas se le ocurren al mismo tiempo, que está petrificado. Quiere matar a alguien con alevosía. Quiere matarse. Quiere morderle a la mesa. Quiere degollar la humanidad. No están, no están.

Como un bloque de piedra se queda el mozo allí. El coraje galaico le sube en borbotones a los labios: mataría a su mismo padre.

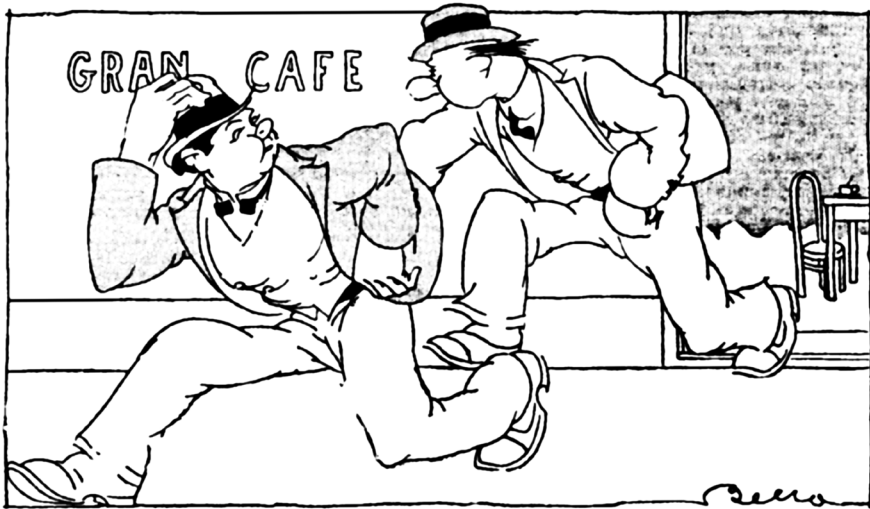
Torrentes de blasfemias brotan de sus labios. Se ha vuelto verde. Corre hasta la esquina, se vuelve, cruza la calle y se libra de milagro que lo aplaste un auto, se detiene jadeante ante un kiosco, vuélvese corriendo, pero es inútil: las tazas están allí atestiguando la catástrofe.

Por fin llorando, acude al “representante de la autoridad”. El “representante” saca su libreta y anota. Luego pregunta:

- ¿Cuántos cafés eran?
- Sesenta cafés.
- Así que usted vino y fue ciento veinte veces...
- Maldita sea...

La “tosca con estilo”

La narrada es la perfecta “tosca negra”. Por eso es negra, porque se compone de consumición pequeña y reiterada. Su negrura deriva del café sorbido



por los vagos, más la negra suma del cubo de la "bronca" del mozo. Todo esto elevado al cuadrado de las hipotenusas recorridas por el desdichado en busca de los desaparecidos. Como se ve, la negrura absoluta, la desesperación dosificada y de pronto estallando como un floripondio.

Los que cantan estas "toscas" son generalmente sujetos maleantes, individuos que encuentran saludable purgarlo al mozo de sus rabetas con una definitiva cuyo recuerdo le dure por mucho tiempo. Y estas "toscas" suelen cantarse más frecuentemente de lo que se cree. Días pasados la crónica roja daba noticia de una por doce pesos en café. Naturalmente, estas toscas carecen de estilo, de lo que podemos llamar el gran estilo, "tosca" que sólo la pueden cantar personas bien vestidas en un restaurant de lujo.

De cómo se "canta la tosca con estilo"

Se requiere ante todo, para cantar "la tosca de gran estilo" una prestancia de secretario de ministro, traje nuevo, voz autoritaria y un semblante de bronce al manganeso. Se elige un restaurant lujoso, si es posible una mesa junto a la puerta. Cuando el mozo se

acerca se lee la lista y se comienza por un "extra". Esto inspira confianza. Se encarga otro extra. Se desprestigia el vino y se pide "champagne". No es de mal tono rechazar un plato y pedir otro. El mozo va y viene. ¡Ah! de paso se pide un formulario de telegramas, y mientras llega otro "extra" se le hace un expreso recomendado a cualquier desconocido. Al mozo se le llama en voz alta "che, mozo". Luego más champagne y más extras. Para matizar un poco de caviar, luego el postre y un veguero que se fuma mirando el rayo de sol. Se pide café turco y un poco de licor, todo para desengrasar el paladar. Luego se deja un peso de propina sobre la mesa, se toma el sombrero y se sale.

Por el prestigio del restaurant

Esta "tosca" de gran estilo, se la llama así, porque el estilo consiste en que el mozo no puede abandonar su puesto ni protestar en voz alta, debido a que si los que almuerzan en las otras mesas se enteraran, el restaurant se desacreditaría en razón de ser visitado por gente sospechosa. De allí el "gran estilo". El mozo tiene que en silencio devorar su coraje, y no hay ni la más remota posibilidad de que el patrón le perdone

dicha pérdida. Aviado estaría el amo si tuviera que responsabilizarse de todas las “toscas”. Más le valiera entonces haber estudiado para barítono.

Se concibe ahora el sufrimiento del mozo, que ni en alaridos puede desahogar su furor, y que tiene que continuar tratando a los presentes con guante

blanco. Hay hombres que después de una “tosca” así, enferman de ictericia. La hiel se les derrama en la sangre. Se marchitan. Enflaquecen. Raro es el mozo que tolera tres toscas, en breve tiempo. Al llegar a la cuarta muere repentinamente.



* En el original dice “Consumación”.

Por contexto se deduce que la misma puede ser “consumición”.

EL MUNDO — Miércoles 18 de julio de 1928

EL ALMACENERO RETIRADO ES UN HOMBRE TRISTE

Quién no ha visto a la hora en que el sol calienta durante el invierno, esos grupos de honrados burgueses, que tristemente conversan en una plaza, rascando la arena con sus bastones nudosos. Son almaceneros retirados, hombres que han hecho ya una fortuna y que tienen el placer de tener hijos médicos e hijas que juegan al tennis, pero esto no satisface a nuestros buenos hombres que arrastran sus zapatones de paño por los caminos solos. No, no los satisface porque sienten la nostalgia del mostrador. Y ellos que hubieran podido vivir cincuenta años más trabajando, alejados del trajin cotidiano se mueren en cuanto vendieron la “llave” y el “boliche”.

La nostalgia del mostrador

Lo hemos observado detenidamente. Sienten la nostalgia del mostrador, la nostalgia de la dulce caja donde de continuo entraban moneditas y monedones, sufren acordándose de la época en que lozanos, con una blusa blanca atendían el escritorio a la vez que vigilaban el pollo “a lo spiedo” que circulaba entre alegres llamas.

Sufren recordando los días de pago, esos días en que ellos en la caja se mostraban como dioses clementes, recibiendo los saludos de todos los cobradores que para halagarlos les decían:

—¡Ah, ojalá la compañía tuviera clientes como usted! — Frase ésta que como la repetían todos los cobradores acababan por convencerlo de que eran los más honrados comerciantes de la tierra, y a la noche, mientras cenaban le repetían la frase a la mujer. Frase que como la escuchaba el dependiente, que comía en una mesa cercana, hacía que ambos cónyuges se pavonearan en la delicia de ser honrados.

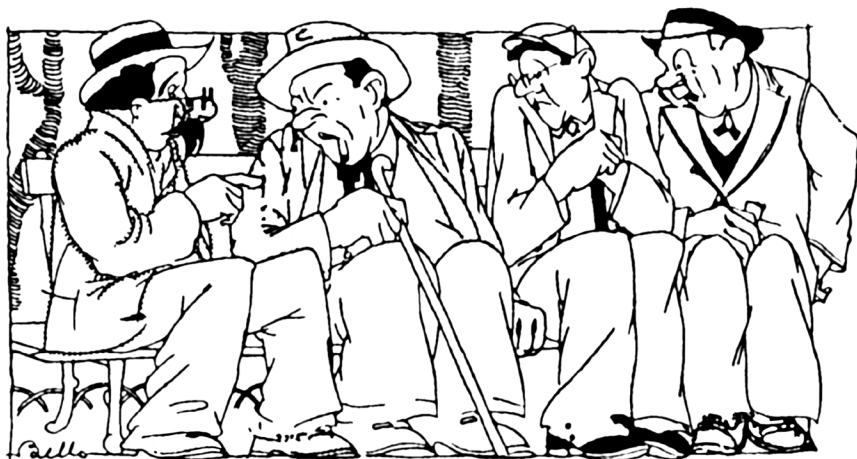
Estos recuerdos son los que ensombrecen la memoria de los comerciantes retirados... Y también sus bodas de plata con el Centro de Almaceneros al por Menor.. Y las otras bodas con el Centro de Corredores... Y la Presidencia Honoraria de...

Mientras arrastran sus botas de paño por la arena de los parques, estos hombres meditan en el pasado, en las hermosas horas del “reparto” cuando atendían sin confundirse siete dependientes a la vez, sin que se les escapara ni una caja de fósforos ni una libra de chocolate de las canastas repletas de mercadería.

Vuelven al almacén

Y no pueden resistir ese impulso superior a sus fuerzas. Como el morfinómano vuelve a sentir atracción de la embriaguez en presencia de “la prava”, ellos no pueden resistir al impulso que los lleva hasta el mostrador del almacén que vendieron.

Entran con la timidez del que no tiene nada que hacer allí, miran sus antiguos e inertes conocidos: el estante, el mostrador, la garita. Saludan al dueño, y tristemente, aburridos, enfermos de inacción se quedan mirando todo eso que no les pertenece, con la misma soterrada angustia de un hombre que mira retratos de novias que ha tiempo murieron. Algunos se sientan en una mesa en el despacho de bebidas y bebiendo una “bebida sin alcohol” se pasan la mañana o la tarde contemplando los antiguos clientes, cambiando saludos melancólicos con los viajantes que vienen a ofrecer su mercadería, sonriendo a los cobradores a quien nada tienen que pagar..



No se pueden acostumbrar a no trabajar

Y es inútil que el hijo, la mujer, o la hija, le digan:

—Pero vos tenés que pasear, tenés que distraerte. Has trabajado mucho ya.

Es inútil. Tratar de convencerlo de que vague a un hombre que ha trabajado cuarenta años desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, es pedirle peras al olmo.

¿Cómo se va a acostumbrar a estar con las manos cruzadas o mirando como los albañiles levantan hiladas de ladrillos a un hombre que entre sus brazos se levantaba un tonel de vino? ¿Cómo se va a acostumbrar a la vagancia un señor cuya existencia es la negación de toda holgazanería? Pero el hombre, para que no le recriminen sale, sale a las plazas. Toma baños de sol que le sientan como baños de veneno a él que estaba acostumbrado a la sabrosa obscuridad de la garita. Conversa con personas a las que en su candidez de ex-enclaustrado, supone estafadores que quieren robarle el reloj o hacerle firmar un pagaré por procedimientos violentos, y el verde de los árboles, y el canto de los pájaros que tanto le apetece cuando no había vendido el almacén, le enferma ahora de tristeza.

Entabla entonces diálogos con los guardianes del municipio, recrea la vista o trata de recrearla en la arquitectura de los edificios públicos, se apabulla viajando en tranvías donde la gente lo hace respingar a pisotones, y día a día el sufrimiento que alberga su pecho almaceneril se hace más intenso y doliente.

Y aquerenciado entonces, se vuelve hacia el almacén, del que era dueño. Saluda con afecto a sus ex dependientes, y qué alegría la suya si alguno de ellos le dice:

—Don Fermín, quiero establecerme por mi cuenta... ¿Qué le parece?

El hombre renace

Qué alegría entonces la de nuestro ex almacenero. Resucita, su melancolía se disuelve en agua de rosas y florecido, jadeante, lo invita al futuro almacenero a su casa, almuerzan solos en la cocina después de haber visitado el comedor, y como si se tratara de un hijo, el ex almacenero lo aconseja a su ex dependiente, le explica todas las tramoyas de que se valdrán algunos para venderle un almacén que jamás dará “un cobre”, y luego juntos, salen a buscar, juntos investigan todos los boliches de extramuros, juntos regatean con los vendedores, y el ex almacenero lucha por un

centavo y por una cláusula de “contrato ad-referendum”, como si se tratara de arriesgar su capital y no el de otro. Y luego, ¡oh, alegría! es la visita cotidiana y paternal, del ex almacenero a su protegido, los consejos acerca de las compras... el paraíso recobrado... hasta que un día, el protegido se aburre, lo

recibe con cara agría a su ex patrón, y cuando éste comprende que ha perdido su hijo adoptivo se muere, se muere, se muere de alguna de esas enfermedades raras que los médicos no comprenden cómo un hombre de esa edad pudo “resistir las trabajando tanto”.



EL MUNDO — Jueves 19 de julio de 1928

LOS CHOQUES DEL SUBTERRÁNEO FOMENTAN LAS AVENTURAS DE AMOR

Como es del dominio público, ayer por la tarde, en la estación Mayo del tranvía subterráneo, el descarrilamiento de un tren (que no originó desgracias) paralizó durante una hora la circulación del tráfico en el subte.

Como en los hormigueros inundados

Según el señor Leopoldo Lugones, no hay placer más intenso que “escupir al río desde la baranda de un puente”. Ello es cierto, si a este placer se adjunta la casualidad de que en ese preciso instante pase gente por debajo.

Después de este placer tan contrario a las recomendaciones de “se ruega no escupir en el suelo”, no conoce el cronista otro placer más intelectual y divertido que el de inundar un hormiguero. Sobre todo si las hormigas le estropean los rosales.

¿Quién no ha visto lo que ocurre alrededor de un hormiguero que hace una hora traga infatigablemente agua?

Las hormigas salen despavoridas, pero no se resuelven a abandonar sus cavernas definitivamente, y rondan con una constancia de días en torno de la entrada obturada por el caño de goma que lanza chorros de agua.

Van, vienen, miran, retroceden, tornan a convencerse de que es imposible entrar, hasta que la dueña de casa, harta de ver su jardín inundado y los chicos que le llenan de barro las habitaciones, cierra la canilla y se resigna a que nuevamente se posesionen de su subterráneo las hormigas.

El mismo fenómeno ocurrió ayer por la tarde en las entradas a las estaciones del subterráneo.

Va llegando gente

No era la “hora en que el sol la cresta dora de los Andes el poniente”, sino la

hora en que la gente, aburrída de trabajar, se lanza a la calle a recrear la vista, mientras que los que no trabajan, felices de estarse todo el día con los brazos cruzados, salían a la calle para bostezar más a gusto y darle a su vagancia un carácter oficial y recreativo.

Y todo el mundo, con naturalidad, se acercaba a las puertas del subte, donde la gente, detenida por las verjas corridas, decía:

—Una pareja de novios se tiró bajo un expreso.

—No es posible, porque los novios no se suicidan de esa forma absurda.

—Al menos, yo no me suicidaría así— reflexionaba una señorita que posiblemente jamás encontraría acompañante para tal aventura macabra.

—Pues yo sí — intervino un mozo desenvuelto.

—¿Cómo —la misma— usted se suicidaría así?

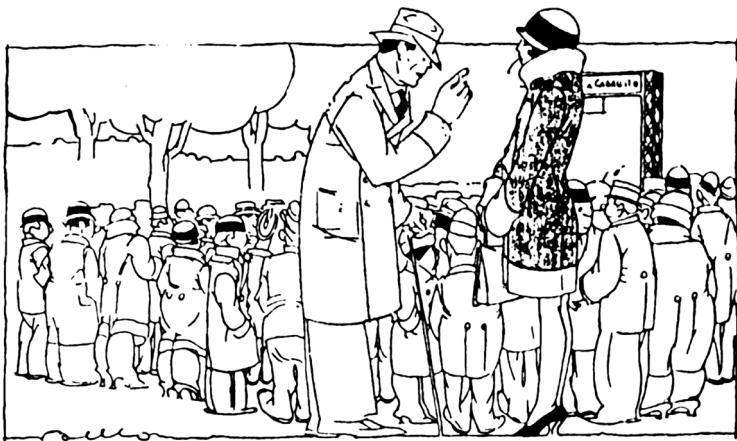
—Por usted, sí, señorita.

Las pavadas son pavadas. ¿Pero qué mujer no acepta en su homenaje una pavada así?

De cómo se establecen relaciones

El cronista estaba amostazado. Las puertas cerradas y la gente que iba llegando, en vez de enojarse, quedábanse mirando los unos a los otros como los batracios en el campo, que hacen un perfecto círculo en torno de una lámpara eléctrica encendida.

Y el cronista observaba este síntoma grave. Todas las mocitas, ya que no tenían nada que hacer, se entretenían en mirar a algún mocito, el cual, a su vez, la miraba con patética mirada. Y para dar a entender el mocito que estaba muy apurado, sacaba de minuto en minuto el reloj de bolsillo, para que la



mocita de referencia se diera cuenta de estas dos cosas:

1° De que tenía reloj.

2° De que él era una persona tan ocupada, tan prodigiosamente ocupada, ¡qué quizá cuántas desgracias ocurrirían en breve tiempo si él no tomaba el tranvía o la empresa no restablecía el tráfico, para que él, en especial, no se demorara!

De cómo los mocitos y las mocitas hacían amistad

Indudablemente, si un individuo termina por sacar en diez minutos veinte veces su reloj, ocurrirá algo muy parecido a esto.

Que la gente que lo rodea fijará en él la atención, y sobre todo la doncella que lo mira, y que se pregunta:

—¿Ese tipo será tan “caradura” que me mira a mí, mientras espera a otra?

Y de pronto se observaba este fenómeno. A medida que llegaba la gente y ésta se amontonaba, y el joven continuaba mirando a la doncella, la mocita, convencida de que ella era el exclusivo objeto de las miradas del desconocido, se humanizaba, y terminaba por hacer un ¡psich!, con el exclusivo objeto de lucir los dientes, y para que todos se dieran cuenta que era linda en todo, hasta en eso, en los dientes.

Lo cual emocionaba a nuestro mozo, que sacaba diez y siete veces el reloj en cinco minutos. Y al fin, la doncella accesible terminaba por comprender... e iba a esperar el tranvía a otra cuadra... donde hubiera menos gente.

Lo que oyó el cronista

El cronista es un ser humano, un hombre de carne y hueso. Por eso desea que no haya choques en el subterráneo. Y lo desea por este motivo. Porque fue testigo de lo siguiente: había echado a caminar el cronista, cuando junto a él, ¡oh casualidad!, pasó primero la joven del bostezo y después el mocito del reloj. Y el cronista oyó lo siguiente:

—Señorita, permítame que la acompañe, porque las calles están muy solitarias.

—Querrá decir llenas de gente...

—Sí, eso mismo... y como van a venir todos los tranvías completos hasta el tope, es mejor ¿no le parece? esperar lo acompañado que sola. Yo soy muy respetuoso y no pasaremos un mal rato conversando.

—¿Y usted, joven, no sabe lo que ha pasado en el subterráneo?

—Vea, por el placer de verla a usted, me agradecería que todos los días a esta misma hora hubiera un accidente.

—¡Por Dios!

—No, por usted.

Muchas amistades nacieron del choque

Muchas amistades nacieron del choque. El cronista ha visto con estos ojos suyos innumerables parejas que

se aprovechaban del accidente para solazarse. Y si no hizo lo mismo, fue porque el imperioso deber de ir al diario a comentar la actualidad se lo impidió. Pero ya se producirá un choque en buena hora.



EL MUNDO — Viernes 20 de julio de 1928

EL JUEZ Y LOS USUREROS

El juez Rodríguez Ocampo nos es muy simpático. Nos es muy simpático por su razonable nariz, y por su aspecto de cascarrabias modosito. Además nos refocila verlo, porque en invierno usa una bufanda de color café sin leche, la cual unida a su sombrero paradójico le da un aspecto de juez silvestre. Nosotros opinamos que la Suprema Corte de Justicia debía prohibirle el uso de la bufanda, y obligarlo con severa amonestación a usar una galera de tres pisos y cuello palomita.

Bueno, este joven juez que tiene el aspecto de un personaje de Pío Baroja, o del “buen” Magnaud es el que ha puesto en vereda a los usureros. Mejor dicho, usando un término náutico, perfectamente adecuado: ha trincado a los usureros.

Unos fallos del juez

Nuestro juez y esas inspiraciones deben provenir de su bufanda, de un tiempo a esta parte la ha emprendido con los pobres usureros. Los persigue despiadadamente. Les hace vomitar lo que estos cetáceos tragaron en mala ley. Y por una de esas fatalidades providenciales se ha convertido en la obsesión de todo “mercader” que ronda por el Palacio de Justicia. ¿Quién lo iba a decir? Un juez que usa cuello flojo, bufanda color café, y un sombrero jovial.

Sin embargo, como quien no quiere la cosa, los ha trincado a los “chupasangre”, sembrando espantosa alarma en el gremio que había inventado una hermosa treta para engordar a costa de la necesidad de los desdichados que a ellos recurrían.

Y ello hacía falta. Mucha falta. En medio de tanta podredumbre, nuestro juez de bufanda y hongo, viene a dar un poco de lustre a la ennegrecida an-

torcha que decora con su mal gusto el siniestro caserón de la calle Tucumán y Lavalle.

El apeadero de los “chupasangre”

Parece mentira y no lo es. Cuando usted necesite los servicios de un usurero dirijase a cualquier portero del Palacio de Justicia. Así como los enfermeros de los hospitales reciben una propina de las empresas fúnebres por cada aviso que les pasan de un muerto que “no irá a la Morgue”, los porteros de este establecimiento tienen a veces tarjetas con la dirección de estos “chupasangres” que los remuneran por si acaso usted necesita de sus servicios.

Gordos y lucios como mulos, esta gente que apesta la tierra, ronda por los oscuros callejones del Palacio, en busca de su granjería.

Allí donde hay una deuda, se tramita un concordato, o un conato de quiebra, salvadores, lustreros, melifluos y feroces, con la bolsa abierta, están ellos, los usureros, ofreciendo su dinero. Amigos de escribanos, de diablos y de abogados, estos deplorables gorditos, con los ojos escondidos detrás de los espejuelos de sus lentes, acechan la presa con la sa-gaz miopía del tiburón.

Y en todas partes

¿Quién no ha leído esos avisos que ya uno se conoce de memoria? “Prestamos dinero en condiciones liberales”. Las condiciones liberales es el diez por ciento mensual.

La usura se ha convertido en el mejor negocio de la actualidad. Talcahuano, Lavalle y San Martín, son las arterias más llenas de estos escritorios oscuros donde sólo se lee un maldito nombre en chapa de bronce y donde fumando vegueros, con sus cataduras groseras,



aguardan los bandidos, la llegada del viajero incauto.

Todos ellos están bien nutridos, y a pesar del erróneo concepto de que el gordo es un sujeto indulgente, ellos son los más implacables individuos que espantan al orbe. Embargarían a su más querido pariente, y lo enviarían a la quiebra a un hermano por no levantar un pagaré, mejor dicho, un cheque... negociéjelo del que queremos hablar.

Se presta plata con cheques

Nuestro juez acaba de meter en la cárcel a dos de estos sujetos prestamistas por una inocente tramoya, que dará la magnitud de la ferocidad de estos "nenes".

Los usureros prestaban dinero, pero en vez de aceptar un pagaré, exigían al deudor un cheque con fecha adelantada. Llegado el día si el deudor no pagaba, estos prudentes bandoleros, se presentaban al Departamento de Policía, sí, al Departamento, al mismo Departamento que está en la calle Moreno, y hacían su denuncia:

—Que fulano de tal, a quien habían prestado dinero, les había entregado un cheque sin tener fondos, y exigían su detención, de acuerdo a lo establecido

por el nuevo Código, que considera la presentación de un cheque sin fondos como una estafa.

Como es lógico, la policía tomaba sus medidas, y el infeliz deudor comenzaba por ir a parar al cuadro 1°.

De este modo, los usureros de nuestra ciudad comenzaron a implantar la prisión por deudas.

Interviene el juez de la bufanda

Algunos de estos asuntos fueron a parar a manos de nuestro simpático juez, que como tiene una razonable nariz, comenzó por olfatear la ilegalidad bajo esos cheques, interrogó entonces a los detenidos, y llegó a la conclusión de que los "chupasangre" añadían la injuria al insulto, pues, después de burlarse del deudor, se burlaban de él, pretendiendo que condenaran a inocentes.

Porque es indudable: éstos no habían entregado ningún cheque sin fondos, sino que el usurero para extorsionarlos más adelante, les había obligado a firmar cheques sin tener fondos, es decir, el "chupasangre" era el único culpable de dos delitos:

1° El de obligarlo por la necesidad a un desgraciado a cometer un delito futuro;

2º El de extorsionarlo en el futuro a un desgraciado, para no denunciar un delito que había provocado.

El juez inició entonces diversas investigaciones que dieron la prueba supuesta, y a estas horas son varios los bandoleros que por gracia del juez Rodríguez Ocampo duermen en un calabozo de portland.

Y ahora lo único que es de desear es que nuestro joven e inflexible juez continúe desinfectando la ciudad de sus parásitos.

Y para el futuro le prometemos un poema dedicado exclusivamente a su sombrero jovial y a su bufanda color café.



EL MUNDO — Sábado 21 de julio de 1928

“SOMOS ÚTILES A LA SOCIEDAD”, NOS ESCRIBE UN USURERO

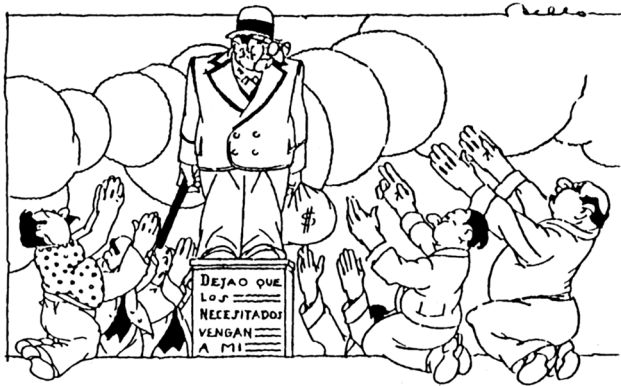
La desfachatez de cierta gente no tiene límite. Con motivo de nuestro artículo aparecido ayer sobre los usureros, uno de éstos nos ha escrito una carta, que reproducimos en atención exclusivamente a la poca vergüenza que revela, y a cierta jovialidad que no dejará de divertir a nuestros lectores.

Señor director de EL MUNDO:

El que escribe, usurero y no bandido, gracias a Dios y a la buena gente, se dirige a usted para que tenga la bondad de publicar la presente, donde en representación del gremio de usureros, protesto de todos los conceptos vertidos por el cronista en esa página. Más aún, protesto contra el dibujante que ha

le haga un juicio político al dicho juez, doctor Rodríguez Ocampo, por su poco respeto por el capital y por las sociedades bien constituidas, de las que nosotros los prestamistas constituimos el elemento más útil y prestigioso. Pero no nos extraña. El juez ese es un hombre joven, y como todos los hombres jóvenes, carece de esa filosofía práctica que establece con toda claridad y eficiencia “que una mano lava la otra y las dos lavan la cara”.

Sí, el juez Rodríguez Ocampo no se quiere “acomodar” con nosotros. ¿Y por qué no se quiere “acomodar”? Pues porque debe de ser o pertenecer a esa categoría de jueces que leen libros de teoría, cuando si nosotros habláramos le podría-



ilustrado la nota, presentando a un cofrade de nuestra santa hermandad con más barba que un profeta silvestre. Se conoce que el dicho dibujante no ha tenido jamás relaciones comerciales con un usurero o prestamista, que ese es el verdadero término, pues si no habría visto que nosotros los prestamistas nos afeitamos todos los días, y además nos ponemos fomentos. Esto, sin descontar y advertirle a usted que nuestro gremio ya está haciendo gestiones para que se

mos nombrar jueces que son tan buenos o mejores que él... pero me callo... no sea que vaya el caldero tras la soga...

Nosotros queremos convencerlo al juez

Nosotros queremos convencerlo al juez de la bufanda de que ser prestamista no es un delito, y menos garantizarse de lo que uno presta. Vamos por partes:

—Un prestamista es un hombre honrado. Es honrado, porque antes de tener

dinero ha tenido el talento de adquirirlo, y después de conservarlo, lo cual es ser doblemente honrado. De esto se desprende que nosotros somos dos veces más honrados que un señor que no tiene dinero, y cuatro veces más honrados que un señor que pide dinero, ya que le faltaron cuatro virtudes. Tener dinero. Adquirir dinero. Conservar dinero. No pedir dinero. ¿Se da cuenta, señor director de EL MUNDO? Nosotros, los prestamistas, no somos prestamistas, sino santos casi. Merecemos que nos llamen, cuando menos, beatos.

Ahora, es natural, el dinero es dinero, y el dinero hay que conservarlo, y engordarlo, porque la plata, si no se engorda, enflaquece; eso es fatal. No ocurre como con las otras cosas de la naturaleza que se estacionan. No señor. El dinero, el capitalito, engorda o enflaquece. Y todo hombre honrado está obligado a hacer que sus faltriqueras engorden.

Cómo conservamos y engordarnos la plata

¿Cómo podríamos prestar dinero, si no engordáramos nuestro dinero? ¿Y cómo conservarlo rollizo y sonrosadito si no tomáramos ciertas precauciones? Quién es el que no necesita plata hoy. Todos los días me visitan en mi escritorio de la calle Lavalle numerosas personas. ¿Cree usted que me vienen a regalar algo? No, señor. Vienen a pedirme. Y yo no soy Dios que puede satisfacer a medio mundo. Tengo que seleccionar, seleccionar, ¿y para qué? Para cobrar un miserable interés de 10 por 10 mensual. ¿Le parece mucho eso? Cómo se conoce que el señor Rodríguez Ocampo no ha leído a "Gil Blas de Santillana". En "Gil Blas de Santillana", tomo I, aparece un prestamista a quien todo el mundo abraza y regala con el debido respeto, por prestar dinero al 25 por 100 mensual. ¿Se da cuenta? Y ese usurero, cuando le explican que hay otros

que no lo prestan menos del 35 por 100 mensual, le dice a los galanes:

—Ahora me explico por qué la profesión está tan desacreditada. ¿Se da cuenta el juez de la bufanda qué honrados y decentes somos nosotros al prestar dinero al 10 por 100 mensual? Pero, no; él no se quiere dar cuenta. Amenaza de exterminio a nuestra timorata cofradía. Enluta nuestros hogares, ahuyenta las huérfanas y las viudas que venían en busca de nuestro socorro. Espanta la clientela que teníamos, la despabila, la insurrecciona. ¿Se da cuenta? Y yo, honrado prestamista, yo, hombre decente y pulcro, que se afeita todos los días, tengo que aguantar las consecuencias de esta tremolina. Más aún, renunciar a cobrar ciertos cheques, porque los acreedores me han amenazado con denunciarme a este nuevo Herodes del préstamo. ¡Qué diferencia, en cambio, con el procedimiento del Juez Ortega! Él no innovaba nada, aceptaba el orden de los hechos, y guay del que no nos pagara. En cambio, este mocito de la bufanda se ha propuesto modificar la ley, hacer el Quijote con los galeotes. Pero, pierda cuidado; ya encontrará él su Ginesillo de Pasamonte, o de Paramonte o de Parapillo.

Somos útiles a la sociedad

Y convéznase de ello, señor director. Somos útiles a la sociedad. Nosotros, mediante un papelito firmado, entregamos dinero, lo cual es invertir el orden de las cosas. Pedimos garantías, ¿pero quién no las pide en estos tiempos que corren? Exigimos un cheque adelantado, pero ya ve usted cómo nos va con las precauciones; hasta ésta ha fallado, y en vez de cobrar el dinero nos estamos jugando la libertad. No, las cosas así no pueden seguir, de ningún modo pueden seguir... Tendremos que levantar la tarifa y cobrar el 50 por 100 mensual de intereses, para no perder plata.

EL MUNDO — Domingo 22 de julio de 1928

LA CARIDAD BIEN ENTENDIDA. . .

Al salir de mi casa, poco antes de llegar a la esquina, me detiene la carbonera, que está en compañía de la planchadora y de otra dama que atrailla siete chicos:

—Usted que trabaja en EL MUNDO, ¿no nos podría decir...?

—¿Lo qué señora?

—Eso del robo de la Sociedad de Beneficencia.

—¿Qué Sociedad?

—¿Cómo? ¿Usted está en el diario y no sabe?

—Señora, yo no estoy obligado a saber todo lo que ocurre en el planeta.

—¿Es eso lo que desean saber?

—Sí, porque si fuera un pobre...

—Vean mis distinguidas señoras — les digo. —Yo no soy el juez que entiendo en la causa, primero; segundo, no sé de esos asuntos, y tercero, no me explico cómo puede interesarles tanto a ustedes que la pongan o no presa a esa señora.

—Pero es una estafa.

Yo estoy por preguntarle a la carbonera las veces que me estafa en una cuartilla de carbón; estoy por decirle a la dama que atrailla los siete jabatos, cuántas veces me ha estafado en la me-



El escándalo de la semana

Entonces la planchadora, que tiene en la mano la novela “Rina o el Ángel de los Alpes”, me alcanza un recorte de diario donde puedo leer, el “affaire” de la Ayuda Social de Beneficencia, y donde el nombre de doña Dolores Lascano de Doblás anda metido en unos belenes poco edificantes.

La carbonera, la planchadora y la dama que atrailla los siete purretes, me miran de hito en hito:

—¿Y qué le parece a usted? — me preguntan. ¿La condenarán?

—¿La “meterán” presa?

dida de la leche, y estoy por preguntarle, a la señorita que se deleita en “Rina o el Ángel de los Alpes”, cuántas veces me anotó varios cuellos almidonados de más. Pero, como plantear estos graves problemas sería esponerme a perder el crédito y la amistad de esa gente, me callo, mejor dicho, les digo del modo más filosófico que puedo:

—En toda sociedad bien constituida, deben ocurrir escándalos.

El asunto en sí

Después que me aparto de la lechera, la planchadora y la carbonera, me digo: Efectivamente: en toda sociedad bien

constituida deben ocurrir, de vez en cuando, escándalos que proporcionen a la ferocidad de la gente el placer de uno de esos comentarios que sacramentalmente se comienzan con estas palabras: “No es por hablar mal... pero, ¿quién lo hubiera dicho?...”

Porque, ¿qué es lo que ha ocurrido? Uno de esos pequeños asuntos que hubieran servido al señor Alber Hermant, para confeccionar una novela irónica de costumbres parisienses, nada más. Una novela irónica. Esa es la frase. Una señora que —y no está probado que sea directamente la culpable— distrae los fondos de una de esas ambiguas sociedades, llamada Ayuda Social de Beneficencia. La secundan dos caballeros; Juan Felipe Gallo y Anibal Scartabellatti; mucho apellido para tan desinteresada beneficencia.

¿Qué hacía esta trinidad? Ayudarse a sí mismos en vez de beneficiar al prójimo. Con un poco de elasticidad ética, se llega a comprender semejante procedimiento. Una señora que tiene mucho apellido para poco dinero. Unos señores que como Gallo y Scartabellatti, corren y vuelan; ausencia de socios a quienes interese la marcha de las finanzas de la sociedad; el gobierno que entrega subvenciones anuales... Son tantas las cosas humanas que se agrupan en este “affaire”, que no se puede menos de comprender lo ocurrido. Un día los presidentes y vicepresidentes de la sociedad necesitan plata. En la caja hay. La retiran, para reponerla más tarde; pero, como más tarde necesitan más dinero, vuelven a sacar. La sociedad, ¿no es acaso de Ayuda Social? ¿No son ellos miembros de la sociedad? La caridad bien entendida ¿no empieza “por casa”? Y así, un día, y así, otro, los socios se convierten en pobres vergonzantes. Se dispensan una ayuda que necesitan. Y claro, cuando el asunto llega al conocimiento del público, lo infla el prestigio

de los nombres que danzan en él. Esa es la verdad. Y nada más. Esto ocurre todos los días. No hay mes, casi, que el presidente de un centro recreativo no se fugue con la caja social. En los centros ácratas el fenómeno ocurre con frecuencia. Naturalmente, no trasciende, porque está en interés de los socios no echar una sombra sobre la “ideología” por exclusiva causa del “individuo”.

Lo cómico del asunto

Lo cómico y lo feroz del asunto, reside en que esta gente, por un plato de lentejas, se ha echado a cuestras un extraordinario descrédito. Y lo cómico, también, es la preocupación de “si los meterán presos”, preocupación que se traduce, en el diálogo con que comienza esta nota, y que se oye en todos los lugares.

Y es que en realidad no estamos acostumbrados al escándalo. Nos ahogamos en un vaso de agua. En Europa no ocurre tanto. Un pariente del rey Alfonso XIII es un perfecto pillete. Eso lo sabe hasta el zapatero de la esquina. Sin embargo no indigna a nadie, porque de todo debe de haber en la viña del Señor. En París todo conde tronado y llovido se burla de un millón de acreedores, y el asunto no escandaliza a la gente, sino que la divierte, y hasta los poetastros del barrio Latino y los ciegos de Batiznolles escriben coplas alusivas al escándalo, que enorgullecen y constituyen un timbre de honor, para la familia del timador.

En nuestra ciudad es necesario que la civilización avance, es decir, que nos acostumbremos a ver como biblioteca de presidio a un señor que puede descender de un “héroe de la independencia”. ¿O es que sólo los pobres tienen derecho a cometer malas acciones? No señor... En una república democrática todos los ciudadanos tienen el derecho a la práctica de la pillería.

EL MUNDO — Lunes 23 de julio de 1928

EN ÓMNIBUS DE EXTRAMUROS

Hoy el cronista se ha despertado con furor profético. Augura males infinitos, prevé que cualquier día de estos habrá una degollina de guardas de ómnibus... Sí, tiene ese fatal presentimiento. El de una carnicería que diezme por completo el gremio forajido y temible. ¿Y por qué el cronista alberga este fatal presentimiento? Pues porque ha descubierto, la "parrilla criolla" a bordo de los ómnibus de extramuros.

¡Era lo único que faltaba! Que en los ómnibus se instalaran cocinas portátiles, donde se fríen chorizos y chinchulines.

Viaje extramuros

¿Quién ha viajado en el ómnibus de extramuros? ¿Quién ha tenido el coraje de recorrerse éste circuito que se llama Lope de Vega y Jonte o Liniers y San Justo? ¿Quién ha tenido el coraje de efectuarlo? ¿Dónde está ese magnánimo héroe para que el cronista lo felicite e inmortalice?

en pleno ómnibus quisiéramos verlo a Héctor o Aquiles, o Hércules. Sí, aquí, a bordo de un ómnibus y entonces se acabaría la Iliada, a manos de un barbudo boletero cuyo infatigable grito de guerra es siempre: ¡Córranse más adelante! ¡¡A ver ese primero si se corre!! ¡¡¡Corrannsenennn!!!

Sí ¿qué héroe griego hubiera resistido el circuito Lope de Vega - Rivadavia por Jonte, o Liniers - San Justo - Haedo.

De lo que ocurre en los ómnibus

Admitamos que "eso" sea un ómnibus. Lo admitimos aunque la teoría lo niega. Lo admitimos. Eso es un ómnibus. Un cajón pintado de color chocolate o sangre de toro. En el interior una ringlera de asientos. Llamémoslos asientos, porque sino ni Dios nos entiende. Pero son asientos de teoría. Por entre las roturas de los "cueros de cartón piedra" salen brulotes de alambre de púa. Más que asientos parecen aparatos destinados a tormentos inqui-



Aventura ardua y peligrosa. No conoció nada peor Ulises llamado el Odiseo o el Sutil. ¿Qué quieren los griegos con sus Caribdis y Scila, y con su Quimera de chafalonía, y con sus medusas de papel pintado? Aquí, en Buenos Aires,

sitoriales. El piso está rajado en largas hendiduras, lo cual es un beneficio que le dispensa la compañía al cliente, para que no se asfixie. Cierto es que por esa hendidura entran "raudales de polvo", como diría un poeta de parroquia, pero

no siempre se puede “hermanar el arte con la industria”. Un facineroso que se roba la mitad de los boletos oficia de boleterero. Pertenece a la escuela estoica.

No habla, sino que a empujones introduce al pueblo en el carricoche. Esgrime el aparato boleteril como Hércules su clava. ¡Guay del que se le insolente!

Conduce el ómnibus un sujeto pro-
fecto, embufandado hasta los ojos, catadura de misántropo y escéptico en todo lo que se refiere al motor de su coche. Y decimos escéptico porque este hombre a mitad del camino detiene el vehículo, levanta el capot del motor y se queda mirando el esperpento como quien asiste a un prodigio. Luego “le da” a la manivela y el arca arranca otra vez. Así dos cuadras. Luego el mismo juego. ¿Qué es lo que pasa?

¡Pues que el hombre está asombrado de que el motor funcione!

Los que suben

Suben. Sube una señora. La señora es gorda, pero en los brazos trae un bulto. La señora es pantalonera. El bulto es negro y grandote. Como el pasillo es estrecho, la señora apoya su bulto en la crisma de sus semejantes y creen que se les viene una casa encima. El facineroso de los boletos se ríe graciosamente y a empujones enfarda la señora en el coche. Viene otra señora a dos cuadras de distancia. Hace más señales que un semáforo. El coche aguarda. Sube la señora y sube un perro. Un perro que después que subió se asustó. Y hay que echarlo al perro. Y echarlo al perro es un problema. El perro muestra los dientes y gruñe razonablemente. El guarda toca repetidas veces el timbre y el Arca de Noé arranca con perro y todo. El guarda quiere cobrarle boleto de perro a la señora y se arma allí una disputa de los mil diablos. Pero al pagar la se-

ñora su boleto se le caen diez centavos al suelo. Y la señora comienza a buscar los diez centavos. “Permiso señor”, “permiso señora”. La maldita vieja molesta a todo el mundo. Y sube un manicero. Un manicero con el cachivache que echa más humo que una locomotora. Nos asfixiamos todos y no se entiende nadie. El perro inicia un conato de tarascón en la pantorrilla de una mocita y se produce una algarabía infernal. Por fin desciende del coche maldiciendo a todo el mundo la mujer del can, y el can mostrando tremendos dientes. Un anarquista silba “El barquero del Volga” y lo acompaña el manicero con el cornetín. Dan ganas de implantar el fascismo.

Y ahora es la parrilla criolla

Y esta mañana, amén de un naranjero que se disputaba la clientela, el cronista ha descubierto a bordo de ese “piccolo navío” a un soberbio granuja con una parrilla criolla portátil. Y el hombre, junto al motor, con su cocinilla minúscula hacía freír chorizos y chinchulines, preparaba emparedados de ubre y los ofrecía a los tripulantes del Arca. Un rico olor de grasa se desparramaba en poéticos bucles de humo por el carruaje de satanás. Y como hacía frío, y el olor a comida incita a alimentarse, pronto ocurrió que el ómnibus estuvo convertido en un restaurante automóvil. ¿Se dan cuenta ustedes? Un naranjero también hacía correr la mercadería, mientras un ruso vendía cinturones y carteras.

¿Dónde ocurre esto? — nos preguntará el lector. Pues nosotros le contestamos: esto ocurre en Buenos Aires a 20 minutos de la Plaza de Mayo, y a 20 cuadras de Rivadavia, ya tome usted por el Norte o por el Sur.



EL MUNDO — Martes 24 de julio de 1928

DEL HOMBRE AL QUE NO LE COBRARON BOLETO EN EL TRANVÍA

Hoy el cronista ha asistido al juego del gato y del ratón en un tranvía; el gato era el boletero y el ratón el pasajero, a quien el boletero se había olvidado de cobrar el boleto. Juego siniestro y emocionante, tan emocionante como una cacería de leones en el corazón del África, ya que las emociones no pueden rebasar un límite de sensibilidad, estableciéndose entonces la lógica, ese chiste chino que encierra toda la sabiduría del caso. El tal chiste dice así:

—¿Si a usted lo condenaran a muerte, si de un salto no llega a la luna o al sol, qué planeta preferiría para dar el salto?

De cómo ocurre el suceso

El guarda miraba para otro lado en circunstancias que el pasajero subió. Ese acontecimiento nimio e importante lo han previsto las empresas, por eso tienen inspectores. Si el guarda no sufriera esas distracciones, las empre-

pronto la tranquilidad de que gozaba el pasajero se trocó en angustia. Se dio cuenta de que el guarda se había olvidado de cobrarle boleto. Había perdido su inocencia prístina, como Adán que según cuentan las sagradas escrituras se avergonzó de comparecer desnudo ante Jehová después de comer la manzana. El pasajero no se había comido una manzana, cosa para la que el tranvía no es un vehículo adecuado, pero en cambio se había “tragado” un boleto. Y para el caso es lo mismo.

Y apretó convulsivamente la monedita entre sus yemas. Sin embargo no la necesitaba porque no estaba ni mal, ni bien vestido. Era un sujeto mediocre. De pronto sintió el sabor del pecado, lo gustó ampliamente, gozó la perspectiva de defraudar un boleto a la empresa, y esos diez centavos que no hubiera reparado en darlos de propina al mozo de un café se convirtieron en su tormento singular.



sas no tendrían inspectores. Bueno, el caso es que el guarda no se fijó. Y el pasajero sentóse tranquilamente. Una monedita de diez centavos se calentaba entre la yema de sus dedos. Así pasaron dos cuadras, quiero decir, así el tranvía recorrió dos cuadras, cuando de

De la táctica del viajero

El cronista lo observaba al hombre. Lo miraba con esa curiosidad con que asistiría a un crimen sensacional que le sirviera para confeccionar una nota, o a un experimento destinado a ilustrar

el cacumen de la humanidad.

Perfectamente. El hombre tenía la moneda de diez centavos en la mano, pero por un espejo observó que el guarda miraba al interior del coche, y entonces, la mano que tenía apoyada en el respaldar se le quedó inmóvil, pues había iniciado el movimiento destinado a echarse los diez centavos al bolsillo. Y lo curioso es que ese movimiento natural en otra circunstancia, le pareció sospechoso, y entonces, afectando un aspecto de individuo distraído por el trajín de la calle, quedóse como si nada le ocurriera, pero estaba sufriendo.

Cómo se sufre por diez centavos

Sí, nuestro hombre estaba sufriendo, sufriendo visiblemente por diez centavos. Se había iniciado el grotesco juego de la monedita, ¿quién ganaría? ¿La empresa o él? ¿Se daría cuenta el guarda de lo que ocurría? ¿Subiría algún inspector?

En esas circunstancias avanzó el guarda por el pasillo.

—¿Tiene boleto, señor?

—¿Tiene boleto, señora?

Indudablemente el guarda no la acertaba. Se dirigía a todas las personas que habían contribuido como antes de subir a la barca de Caronte.

Y sin embargo el guarda estaba escamado. Porque, él mismo no lo sabía, pero tenía la certeza de que alguien le había pasado gato por liebre. Y sereno, imperturbable el coche avanzaba por los rieles.

Ahora menos que nunca el pasajero se atrevía a echarse los diez centavos al bolsillo. Estaba ardiendo entre sus dedos, y adivinaba que el guarda presentía la “mula” sin poder localizarla. Era como si una enfermedad se hubiera apoderado repentinamente de estas dos

conciencias. Y más que nunca nuestro hombre miraba a la calle con la mirada enneblinada de la preocupación. Estaba violento porque otro también se había dado cuenta de que no había pagado boleto. Y presentía el “papelón” que haría si en esas circunstancias subiera un inspector.

Por fin la cara de nuestro hombre se serenó. Miró cordialmente alrededor y por el desparpajo con que llevó la mano al bolsillo pudo comprenderse que había llegado a destino. Ahora no le preocupaba nada. Levantóse y bajó por la plataforma, no sin dirigirle una mirada socarrona al guarda, que se volvió furioso a mirarle. Aquel era el pasajero que no había pagado boleto.

Una escena notable

Un caballero que no sabe pagar boleto, debido a su especialidad en “escurrir el bulto” nos ha contado la siguiente anécdota:

En el número de los que no pagan boleto, se cuenta desde el tímido que antes de dar a conocer su juego se da vuelta todos los bolsillos del traje, hasta el cínico que provoca la indignación de todos. Tal fue este hecho.

Cierto mediodía subió un inspector a la plataforma, y le pidió boleto a un caballero de mucha prestancia y empaque. Este volviéndose indignado hacia el guarda le dijo:

—Ya van diez cuerdas que he andado en el tranvía y usted no me ha entregado boleto. ¿Para eso le paga la empresa?

Entonces un mirón, cínico y fornido exclamó:

—Vea, si usted ha contado diez cuerdas, quiere decir que no pensaba pagar el boleto. La risa de todos los circunstantes, hizo que el furibundo caballero se alejara rojo de vergüenza.



EL MUNDO — Miércoles 25 de julio de 1928

EL ESPÍRITU DE LA CALLE CORRIENTES NO CAMBIARÁ CON EL ENSANCHE

Es inútil, no es con un ensanche con el que se cambia o puede cambiar el espíritu de una calle. A menos que la gente crea que las calles no tienen espíritu, personalidad, idiosincrasia. Y para demostrarlo, vamos a recurrir a la calle Corrientes.

La calle Corrientes desde Río de Janeiro

La calle Corrientes tiene una serie de aspectos a los más opuestos y que no se justifica en una calle.

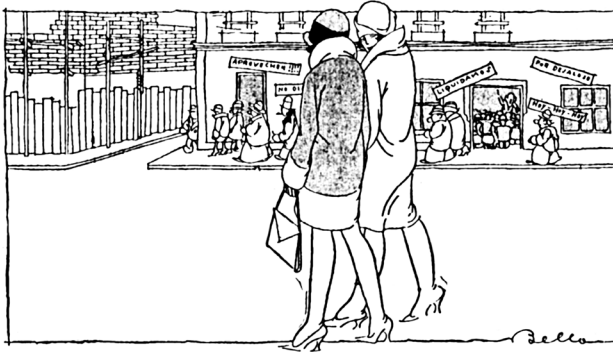
Así, desde Río Janeiro a Medrano, ofrece su primer aspecto. Es la calle de las queserías, los depósitos de caseína, y las fábricas de molinos. Es curiosísimo. En un trecho de diez cuadras se cuentan numerosas fábricas de aparatos de viento. ¿Qué es lo que ha conducido a los industriales a instalarse allí? ¡Vaya a saberlo! Después vienen las fundiciones de bronce, también en abundancia alarmante.

cuidado por la esposa, la abuela, o la suegra, mientras el hombre trota calles buscándose la vida.

De Pueyrredón a Callao

De Pueyrredón a Callao ocurre el milagro. La calle se transfigura. Se manifiesta con toda su personalidad. La pone de relieve.

En este tramo triunfa el comercio de paños y tejidos. Son turcos o israelitas. Parece un trozo del ghetto. Es la apoteosis de Israel, de Israel con toda su actividad exótica. Allí se encuentra el teatro judío. El café judío. El restaurante judío. La sinagoga. La asociación de Joikin. El banco Israelita. Allí, en un espacio de doce o quince cuadras el judío ha levantado su vida auténtica. No es la vida de la calle Talcahuano o Libertad, con su ropavejero y sastre como único comerciante. No. Israel ofrece a la vista todo su comercio abigarrado y fantástico. Comerciantes de telas,



De Medrano a Pueyrredón la calle ya pierde personalidad. Se disuelve ésta en los innumerables comercios que la ornamentan con sus entoldados. Se convierte en una calle vulgar, sin características. Es el triunfo de la pobreza, del comercio al por menor,

perfumistas, electricistas, lustradores de botas, cooperativas, un mundo ruso - hebraico se mueve en esta vena de las que las arterias subyacentes son desahogos y viviendas.

El turco domina poco allí. Su sede son ciertas calles laterales, y más en la

proximidad de Córdoba y Viamonte que en la de Corrientes.

La verdadera calle Corrientes

La verdadera calle Corrientes comienza para nosotros en Callao y termina en Esmeralda. Es el cogollo porteño, el corazón de la urbe. La verdadera calle. La calle en la que sueñan los porteños que se encuentran en provincias. La calle que arranca un suspiro de los desterrados de la ciudad. La calle que se quiere, que se quiere de verdad. La calle que es linda de recorrer de punta a punta porque es calle de vagancia, de atorramiento, de olvido, de alegría, de placer. La calle que con su nombre hace lindo el comienzo de ese tango.

Corrientes... tres cuatro ocho.

Y es inútil que traten de reformarla. Que traten de adecuarla. Calle porteña de todo corazón, está impregnada tan profundamente de ese espíritu "nuestro", que aunque le poden las casas hasta los cimientos y le echen creolina hasta la napa de agua, la calle seguirá siendo la misma..., la recta donde es bonita la vagancia y donde hasta el más inofensivo infeliz se da aires de perdonavidas y de calavera jubilado.

¿Por qué es lindo este pedazo?

Y este pedazo es lindo, porque parece decirle al resto de la ciudad, sería y grave:

—Se me importa un pepino de la seriedad. Aquí la vida es otra.

Y lo cierto que allí la vida es otra. Es otra específicamente. La gente cambia de pelaje mental en cuanto pasa de una calle muerta, a ésta donde todo chilla su insolencia, desde el lustrabotas que os ofrece un "quinto" hasta la manicurera que en la puerta de una barbería conversa con un cómico, con uno de esos cómicos cuyas flácidas mejillas tienen un reflejo azulado y que se creen genios en desgracia, sin ser desgraciados por ello.

Linda y brava la calle.

Entre edificios viejos que la estrechan, se exhiben las fachadas de los edificios de departamentos nuevos. Edificios que dejaron de ser nuevos en cuanto fueron puestos en alquiler, porque los invadieron bataclanas y ex actrices, y autores, y gente que nada tienen que ver con los autores y que sin embargo son amigos de los autores, y cómicos, cómicos de todas las cataduras, y cómicas, y damas que nada tienen que hacer con talma ni con la comedia, ni con la tragedia, como no sea la tragedia que pasan a la hora del plato de lentejas.

Y qué decir de sus "orquestas típicas", orquestas malandrines que hacen ruidos endiablados en los "fuelles", y de sus restaurants, con congrios al hielo y pulpos vivos en las vitrinas y lebratos para enloquecer a los hambrientos, y sus cafés, cafés donde siempre los pesquisas detienen a alguien, "alguien" que según el mozo, es "persona muy bien de familia".

Calle de la galantería organizada, de los desocupados con plata, de los soñadores, de los que tienen una "condicional" y se cuidan como la madre cuida al niño, este pedazo de calle Corrientes, es el cogollo de la ciudad, el alma de ella.

Es inútil que la decoren mueblerías y tiendas. Es inútil que la seriedad trate de imponerse a su alegría profunda y multicolor. Es inútil. Por cada edificio que tiran abajo, por cada flamante rascacielo que levantan, hay una garganta femenina que canta en voz baja:

Corrientes... tres cuatro ocho...

segundo piso ascensor...

Esta es el alma de la calle Corrientes. Y no la cambiarán ni los ediles ni los constructores. Para eso tendrían que borrar de todos los recuerdos, la nostalgia de:

Corrientes... tres cuatro ocho...

segundo piso ascensor...

EL MUNDO — Jueves 26 de julio de 1928

EL ORIGEN DE CIERTAS FRASES PINTORESCAS

¿Quién por cultiparlante que sea no ha dicho alguna vez?:

—Ese tiene un “berretín”.

Y claro, a fuerza de pronunciarlo chicos y grandes, y grandes y chicos, la frase ha tomado carta de ciudadanía, se ha infiltrado en nuestro idioma a pesar de la desesperación de los académicos, y hoy no hay persona que se respete un poco, que en presencia de un caso de demencia obsesional, no diga:

—Ese tiene un “berretín”.

Del origen del melodioso “berretín”

Salvo algunas palabras que son de origen gitano y español, la mayoría de las frases de uso común, derivan de la bella parla italiana.

le llama “berretto” a un sombrero redondo que usan los dueños de librerías y de comercios que no son librerías. Es algo así como el gorro griego que usan invariablemente los personajes grotescos del “vaudeville” parisien. En cambio la “berretta” es la denominación con que se designa a las gorras en forma de torta que usan los escolares italianos. Por diminutivo, llegó a llamársela “berrettín”, o sea, gorro chiquito.

De cómo prosperó el término

El término prosperó por la falta de educación de los chicos porteños. Ocurrió así. Fue hace años. A los padres de los mencionados mocosos les molestaba que éstos al entrar a la casa no se saca-



Yendo a las gitanas, en una novela de Valle Inclán, no recordamos el título, una dama muy linajuda, ¡ah! no, un caballero muy pimpante le dice a una dama del reinado isabelino:

—Tú “chamuyas” el inglés como una lady. De allí deriva luego el bronco y áspero “chamuyo” y su lógico derivado: la “chamuyó de prepo”, síntesis admirable de la palabra prepotencia.

Bueno. La palabra berretín, deriva de “berretta” o “berretto”. En italiano se

ran la gorra. Citaban a propósito de esa falta de consideración, ejemplos de los abuelos, y de ellos mismos, que tenían treinta años y no se hubieran atrevido a fumar en presencia del padre. Y así se divulgó la frase entre los padres, sobre todo a la hora de comer, en que el “purrete” se sentaba a la mesa con la gorra puesta:

—Sacate el “berretín”.

Claro, de escucharla una y otra y otra vez, a los chicos se les quedó en el

oído la frase. Sabían que al sentarse a la mesa tenían que quitarse el “berretín”. Y no hay cosa más dolorosa para un menor que se ha pasado la mañana vagando y haciendo travesuras por los hornos de ladrillos que sacarse la gorra, símbolo de su masculinidad, como lo era la toga con que investían al mozalbete romano al tener la edad reglamentaria.

Y un día...

Y un día..., un día un pebete, en presencia de algún fenómeno mental que no acertaría a comprender en el cerebro de un compañero, lanzó la frase:

—Sacate ese “berretín”.

Y ese día nació una nueva palabra que fue más tarde una nueva frase para nuestro idioma.

Circuló, la oyeron otros y les gustó, y así día a día la palabrita fue imponiéndose y cuando un individuo veía a otro preocupado con algo que no tenía una posible solución, queremos decir una solución razonable, le decía:

—Sacate ese “berretín”.

Y la frase se aplicó de inmediato a los enamorados contumaces, a las mocitas que a despecho de las cóleras de la madre sostenían relaciones con un “joven”, se aplicó a los reformadores de barrio que peroraban en la esquina, a los autores de los centro-filodramáticos, en fin, alcanzó su plena prosperidad como ejecutoria de filosofía popular, y de locura particular.

En vez de apelar a una serie de frases que explicarían un proceso mental ridículo o absurdo, prescindiendo de la asociación de ideas o razones, se simplificó el procedimiento, y ya bastó el

clásico “está emberretinado” para comprenderlo todo.

¡Tiene un “berretín”!

Anatole, cuenta que el cantito de:

Aunque nos cubras bien el riñón
no elegiremos a Chatillón
fraile frailuco, fraile frailón,

hizo caer en el ridículo y en el descrédito la revolución que proyectaban los realistas de la pingüinia. Nosotros lo creemos.

Análogamente ocurre en nuestra ciudad. En cuanto se dice de un individuo: “tiene un berretín” la gente no pide ya más explicaciones. Sonríe, se encoge de hombros, compadece.

“Tiene un berretín”, es decir tiene una “cosa” metida en la cabeza, idea que es inútil tratar de extraerla por los métodos corrientes de lógica y reflexión.

Encierra también una especie de despectivismo, de ironía, de burla. Cuando no expresa lo dicho, este pensamiento se expresa de esta otra forma:

—“Está engrupido”. Esto es, está equivocado, obsesionado de algo que sólo existe en su imaginación. En cambio el “berretín” asegura una intensidad de ridículo, de burlesco, y por lo general el que la dice, arroja la frase con un poco de compasión y desprecio: “dejate de berretines, hombre”.

Como se ve, el caló es un idioma de matices, de matices tan sutiles como los que pueden enriquecer el idioma más antiguo de la tierra. Y hablarlo con la debida perfección, requiere un profundo aprendizaje de vagancia que así nomás no se adquiere.



EL MUNDO — Viernes 27 de julio de 1928

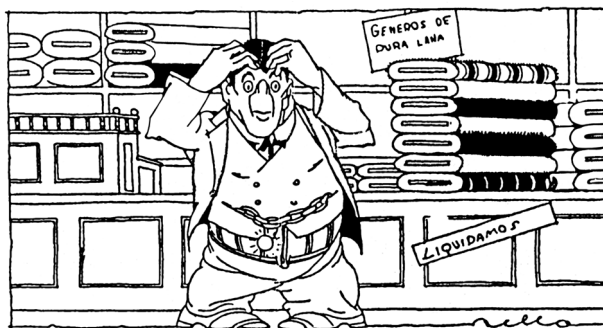
¿EN QUÉ QUEDAMOS? ¿HACE FRÍO O HACE CALOR?

Sí. ¿En qué quedamos? ¿Hace frío o hace calor? De esta manera no se puede vivir. El invierno se ha vuelto loco y la gente no sabe qué hacer. Conocemos a un comerciante que estuvo por suicidarse. Conocemos a un hombre que pasa los días reflexionando si empañará o no su gabán. Los fabricantes de estufas están por declararse en quiebra, y por último los lectores de los periódicos amenazan con un fárrago de preguntas todos los días, preguntas que pueden concretarse de este modo.

“Señor director: Soy un modesto lector de su diario. Quisiera me aconsejara si puedo o no llevar mi sobretodo al Banco Municipal. ¿Qué informes tiene de la Oficina Meteorológica?”

dómine Cabra. Algunos de mis amigos dicen que es impermeable, otros que es sobretodo, algunos lo llaman “parramus”, varios, macferlán, y en fin, ya ni el fabricante podría establecer si lo que yo llevo es un producto de la industria sastreril, o la piel de un cocodrilo muerto en ayunas.

“En vista de las numerosas insinuaciones que de todas las personas recibí, de tirar el mencionado perramus a la basura, (consejo que no seguí) este invierno, mejor dicho el mes que, según el almanaque, comienza científicamente el invierno, con una platita que tenía guardada me compré un sobretodo de 150 pesos y al contado rabioso. Recuerdo que el vendedor de la sastrería



Una carta divertida

Así, entre las consultas que hemos recibido, figura ésta que publicamos para regocijo de nuestros lectores.

“Señor director de EL MUNDO: Soy un modesto ciudadano, modesto pero honrado.

Hace cinco años me compré un perramus. En esa época tenía un hermoso color verdín, pero de esos verdines de hoja seca, es decir, casi oliváceo. Hoy día no tiene color. Es un perramus milagroso, milagroso como la sotana del

al firmarme el recibo tuvo que tomar un vaso de agua. Casi se desvanece de la emoción. El dueño, al acompañarme hasta la puerta me invitó a almorzar a su casa, y eso que era la primera vez que me veía.

Elogio del sobretodo

“¿Usted, señor director, se da cuenta lo que es un sobretodo de \$150 m|n. al c|r.? (Esta inicial es un invento mío. Quiere decir contado rabioso). ¿Ha tenido usted, señor director, alguna vez un sobretodo que cueste \$150 m|n. al c|r.?”

“Bueno, si lo ha tenido se dará cuenta usted lo que es un sobretodo de ese valor.

“Es el sobretodo elevado al absurdo. El sobretodo convertido en quinta-esencia. El sobretodo absoluto, no relativo. ¿Se da cuenta usted? Bueno; yo compro el sobretodo, ¿y qué ocurre? Deja de hacer frío. El invierno me estafa, me defrauda, me inutiliza. Yo compro el sobretodo de la leyenda, el sobretodo en el que está permitido soñar a muy poca gente y de pronto se larga un calor de los mil diablos. Nubes, vientos, lloviznas que no valen una mala garúa, pero frío no hace y, ¿qué ocurre entonces? Que mi sobretodo no se justifica. Que mi sobretodo, que pudiera servir para irse al Polo Norte, me cubre de ridículo. Que los que no tienen ni un mal gabán me miran irónicos, gozando de la lujosa inutilidad de mi formidable sobretodo. Hay gente que al verme se detiene como si yo fuera el hijo de Don Hipólito Irigoyen, o el presidente del Banco de la Nación. Pero en tanto mi sobretodo no se justifica. ¿Qué hago? Volver a usar mi ignominioso perramus, mi perramus que, según algunos, parece la sotana del dómine Cabra. Espero que usted pueda aconsejarme debidamente. Yo entretanto he pensado esto: ponerme el sobretodo y el perramus a un mismo tiempo.

Saluda a usted atentamente. — Un lector”.

El comercio seriamente perjudicado

Parece de broma, pero no lo es. La estación presente no puede haberse presentado más histórica y variable. Hay tenderos que enflaquecen día a día. Sastrés que piensan muy seriamente en incendiar el boliche. ¿Y por qué? Porque la gente no lo ha tomado en serio a este invierno. Los perjuicios que viene sufriendo el comercio son sencillamente enormes. La mayoría de los negociantes en paños y telas las tienen casi todas estibadas en los estantes. No venden ropa de invierno sino

en una proporción insignificante. Y se explica. Los ciudadanos de esta ciudad están desconcertados. Piensan que no hará frío, que no falta mucho para que termine este conato de invierno, y entonces claro, los económicos ciudadanos no quieren saber de historias. Se aguantan, palpando amorosamente los pesitos que pudieron gastar en un sobretodo y en otra indumentaria de abrigo exterior e interior.

Y a esta hora hay más de un melancólico comerciante tirándose de los pocos pelos que le quedan con gesto filo-dramático.

El fracaso de los “pull-over”

Hasta fracasó la venta de los policromos y divertidos “pull-over”, esa especie de camisolín de lana estilo incásico y piel roja. Hasta la venta de ese modesto adminículo fracasó. Y ello se explica:

Recién llegados, los comerciantes pusieron el “pull-over” a precios que tocaban las nubes, pero como nadie los compraba, para hacerle tren al artículo, se los dieron a bajo precio a sus peones de limpieza, y entonces se apreció el bello espectáculo de un hombre, con zapatos abarquillados, pantalones color de chocolate, saco verde y sombrero negro, enfundado en un “pull-over” que hacía más ostensible con sus franjas indígenas la franciscana pobreza del traje ciudadano. Y como los usaban gente que ponían en exhibición un mal gusto en el vestir la mercadería no “entró”.

Pero queda una esperanza

Sin embargo queda una esperanza. Y es que así como el invierno ha sido de cálido, que ocurra lo contrario con el verano. Y entonces no parecerá mentira aquello de:

“si será chulo, señores, mi amigo Cayetano”

“que se viste en invierno con la ropa de verano”.

O al revés; que es lo mismo.

EL MUNDO — Sábado 28 de julio de 1928

COMERCIANTES DE LIBERTAD, CERRITO Y TALCAHUANO

Mordecai, Alphon, Israel, Levi, estos son los nombres sonoros y bellos de todos los judíos que en Talcahuano, Cerrito y Libertad, toman el sol durante la mañana, esperando a la puerta de sus covachas la llegada de un necesitado de ropa barata o de un "reducidor" que les traerá mercadería.

Y la parte comprendida entre Cangallo y Lavalle, de estas tres calles, está casi exclusivamente ocupada por israelitas sastres o compraventeros.

Un simulacro de "gheto"

Vinieron de Polonia, de Varsovia, de Serbia, de la Croacia, trayendo en los ojos endurecidos de angustia, la visión de los "progroms". Vinieron estibados, peor que bestias en los transatlánticos, hablando su dolorosa jerga, tiranizados por todos los "goin" pateados por el Destino, dejando en la tierra de Sobieski o de Iván el Terrible, parientes que no los verían más. Vinieron a esta ciudad como quien va a la libertad. Sabían que allá en la Argentina no había "progroms". Muchos vinieron con los padres, con la mujer pálida y los hijos despavoridos por el recuerdo indeleble de una matanza o un saqueo.

Y tras ellos vinieron otros, y después

otros y después otros. Vinieron los parientes, los hermanos, las madres.

Y se instalaron así en la calle Corrientes, en Lavalle, en Talcahuano, en Cerrito, en Libertad. Los que conocían el oficio de sastres o de peleteros, o de la compraventa.

Habilitaron un zaguancito

Cambiaron sus rublos o sus mizcales, y en un zaguancito se instalaron. Adentro en el conventillo, conventillo judío, en una pieza vivían la madre, la abuela, el abuelo, los siete hijos, el pariente, y ellos bajo el mostrador.

Después el viejo se fatigó de ser una carga para los hijos. Y salió a la calle cargado de cajas de fósforos. O con un cajón que instaló en la esquina. Y silenciosos aún se les ve con una gorra de visera de hule y un gabán milenario.

Por la mañana, cuando el sol entibia el lomo de los canes que se espulgan, ellos los primeros, los viejos, los que conocieron el sable del cosaco, y el "knout", los que conocieron el terror del funcionario ruso que los trataba a puntapiés, cansados, sonámbulos de recuerdos, de malos recuerdos, con su cajoncito se instalan en la esquina y abriendo una silla de tijera se sientan



a esperar al cliente con la paciencia del que espera al Mesías. Leen el diario judío, o dejan perder la mirada en un sueño lejano.

Y ahora

Y ahora es el espectáculo compuesto. Vidrieras tras vidrieras, portales tras portales, un colorido de entoldados, un carnaval de trajes colgados, de trajes de colores absurdos, de trajes color violeta y borra de vino y café con leche claro y si no son las otras vitrinas las cargadas como un bazar de "Las Mil y una Noches", de artefactos raros, alfanjes y teodolitos, revólveres de calibres extraordinarios y máquinas de escribir del tiempo de Nauquin. Y en la puerta, gordo, imperturbable, rasurado, granujiento y rojo, un mercachifle hebraico. Otros usan barba, pero por lo general son viejos ya.

Todos aguardan en las puertas de sus comercios. Un muchacho judío limpia la vereda, y un "sefardí" da vuelta a un traje en la trastienda. Candelabros de siete brazos se distinguen a veces encima de las cómodas. Mil olores brotan de la covacha.

Los hijos, mugrientos y gordos pululan en el interior, o van a la escuela. Es aquello un hormiguero humano. Y el emigrado en la puerta, habla en "idisch" con un compinche, o un casamentero.

Y la calle es otra

Han transformado las tres calles. Les han dado una vida ficticia, una vida oriental. El que no ha viajado se imagina que así debe ser Gaza o Jerusalén. Entoldados, trajes que aguardan un comprador, viejas mercando pepinos en las puertas, chicos desgredados que se insultan en una jerigonza infernal, viejos leyendo el Talmud o la Thora,

mientras los piojos les hacen cabriolas en las barbas, "schemil" (hombre de poca suerte), arrastrando una bolsa y departiendo con un rabino grasiento acerca de las mercedes que hace Jehová, casamenteros recomendando a un dependiente hebraico la conveniencia de casarse con la hija de un peletero... todo un mundo maravillosamente exótico se mueve en este pseudo ghetto injertado en el corazón de la ciudad.

Porque aquí es el lugar del judío mediocre, del judío de poco capital. Los grandes judíos, los señorones que observan el "sábado", esos están más lejos, en Cangallo, en Avenida de Mayo, en Corrientes..., en fin, no constituyen barrio, como ellos los pobretones que se han olvidado de la "Ley" y que venden y viven del "goín".

Y los días de fiesta

¿Quién no ha recorrido estas calles los días del "año judío"? Entonces no hay casi balcón en donde no flamee la bandera con el simbólico pentágrama de Salomón, cuyos triángulos invertidos, según un israelita escéptico significan que "arriba" es igual que "abajo" y que el judío pobre sufrirá en la otra vida como en ésta.

Y quizá sea cierto, porque la base del culto ya falla entre el israelita argentino. Observan el sábado, pero con ironía, sin esa religiosidad de sus mayores, que en el sagrado día no tocaban ni levantaban nada. Comen jamón como cualquier "goín". Y la raza se pierde, se pierde en las bocacalles que miran a todas las caras de la ciudad.

En tanto, pero no como antes, Cerrito, Talcahuano y Libertad, son el más puro y auténtico barrio judío que se haya aferrado a la ciudad. Y la nota de color que ponen en el gris ciudadano, es como un perpetuo carnaval.



EL MUNDO — Domingo 29 de julio de 1928

EL GREMIO DE LAS CURANDERAS Y SANTERAS

¿Quién no ha tenido entre sus manos una de esas clásicas tarjetitas que dejan tiradas en los zaguanes de las casas los propagandistas de las curanderas?

Siempre rezan lo mismo:

“No sea usted infeliz. Cure sus sufrimientos. ¿Lo han traicionado en el amor? ¿Una mujer no lo quiere? ¿Su esposa le es infiel? ¿Quiere ganar la lotería? ¿Quiere saber dónde se encuentra el ser que puede hacerlo feliz? ¿Quiere poner remedio a sus desdichas? Acuda a Doña Juanita, que acaba de llegar de Europa y trae la auténtica clavícula de Salomón, y la piedra talismán legítima. Cuidese de las imitaciones. Doña Juanita C., calle Sarandí... Se atiende los domingos y días feriados.”

Dónde se reparten las tarjetas

Claro está que estas tarjetas no se reparten por la calle Juncal, ni en Arenales. Pero en cambio se distribuyen profusamente en Villa Luro, en Villa Soldati, en Villa Lugano, en el Sur de Flores, en el Oeste de Chacarita, y por ciertas partes de Caballito en las proximidades de avenida San Martín.

Por lo general, la tarjeta está estéticamente decorada de una piedra imán, o de un bergante con gorro turco que lanza rayos magnéticos por los ojos. Esto conturba a las lavanderas y estremece a las planchadoras que sufren mal de amores.

Las modistas las leen de reojo. Las que se emocionan con Luis de Val se burlan de esas trapacerías. En cambio, otras señoras guardan celosamente el papel y, riendo con risa falsa, piensan en el marido, y en las múltiples recetas que ofrece el talismánico impreso.

Un día el chico se enferma

Un día el chico se enferma y la vecina

le cuenta su caso a la carbonera.

La carbonera reflexiona un rato y dice:

—¿No tendrá mal de ojo?

—¡Ave María Purísima!

—¿No le habrán echado sal en el umbral de la puerta? ¡Vea señora que hay cada mujer!

—¡Pero si yo no le hago mal a nadie!

—Le envidiarán el marido. No es por hablar mal, pero la sinvergüenza esa de enfrente...

—¿La que le debe las dos cuartillas?

—Sí, y que se da tanto corte, no se por qué me parece que lo mira mucho a su marido.

—¡No me diga!

—No me extrañaría que le hubiera echado sal, para que se le muera el chico, y que él se fije en ella.

—Si habrá gente... ¿pero será posible?

—Yo conozco a una señora que cura por “afición”. No cobra nada. Eso sí, si quiere puede dejarle una limosna, para los pobres. Todo lo que le dan a ella, ella se lo da a los pobres. Fíjese que la visitan señoras ricas, de esas copetudas; en auto la visitan.

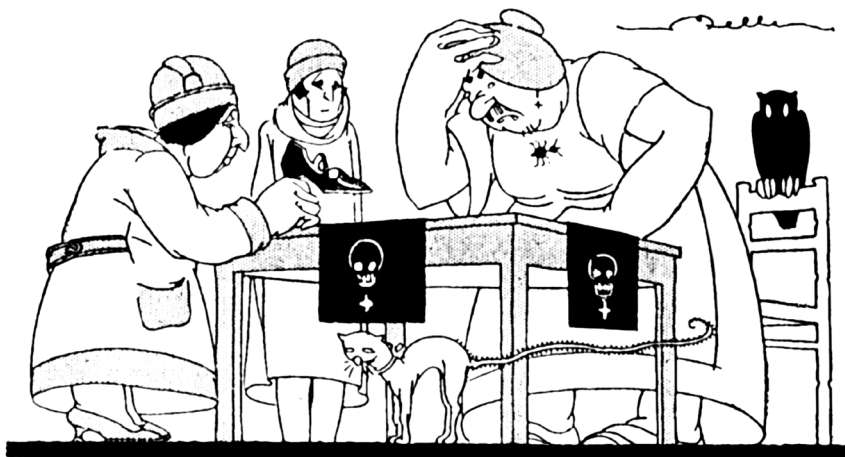
—¿Y me atenderá a mí?

— Espere, ahora le voy a dar la dirección.

Y así, la santera adquiere una nueva cliente.

La curandera

Las curanderas son casi siempre unas “furbas” de más de treinta años. Gastan lutos y en la garganta una cinta de terciopelo negro, que agrisa el polvo de arroz y la natural grasitud de sus pescuezos de gallina. Generalmente son amigas del comisario seccional. Dicen ser profesoras de ciencias metafísicas, y hacen más visajes hablando que



un arlequín. Nunca hablan de hombres sin posponer: “El doctor tal”..., ni nunca nombran a una señora que no sea “mi amiga Arialos Olmos de Portezuela”. Se restregan las manos con suavidad y son “conqueridoras” intermeditarias y otras cosas peores. Tienen la cara blanca y el alma negra como el fondo de una olla. Allí adentro se cuece de todo... hasta “habas... y por calderadas”.

Reciben a determinada hora, y siempre son viudas. Cuando hablan del esposo dicen: “que en paz descansa el bendito”. Conocen más nombres de santos que el mismísimo martirologio y más milagros que los propios bolandistas. Hablan del ectoplasma y del periespíritu. Hacen confidencias de revelaciones, y tienen un gato negro con una cola que parece alambre de púa.

Cuando conversan con una desdichada tienen siempre preparada una criadita que entra a decirles: “Señora, allí está el doctor Tal que dice si usted puede recibirlo”.

Y la “furba” contesta:

—Ya te he dicho que cuando estoy con gente no me interrumpen — y la desdichada se deshace en agradecimientos, hacia la santera que lo “hace esperar a todo un dotor”.

Trafican con:

Trafican con el agua químicamente

pura, con la cera virgen, con los pastos, con los escapularios, con los dientes de los asesinos, con las sogas de ahorcados, con sapos, y con todo lo creado y por crear.

Tienen una lechuzca embalsamada en su consultorio tapizado de paños negros y hacen cruces con sal en el piso.

Para curar el mal de amores recomiendan clavarlo con agujas a un sapo; para atraer a un novio esquivo piden una prenda de él, envuelven con ella su retrato y a la damnificada le dicen que entierre el bultito en el suelo y que arriba haga una fogata donde arrojará algunos cabellos. El novio tiene que volver.

Conocen recetas para mal casadas y mal casados, descubren la infidelidad conyugal en el corte de la uña y en la rotura de los botones, conocen cuando una amiga le es infiel a otra, y cuando un chico ha sufrido el mal de ojo, o el mal de la sal, o el mal de envidia. Dan consejos y preparan las futuras grescas conyugales, y las terribles pejugueras que los maridos se encuentran al volver a sus casas. Lanzan amenazas ocultas y siempre piden para los “pobrecitos de Dios”.

Cuando la desdichada consultora está por retirarse dice toda agradecida:

—¿Cuánto le debo señora?

Y la “furba” responde; señalando

una bandeja sobre la que vela la Virgen
de Luján:

—Lo que usted quiera dejar para los

pobres señora.

Y la damnificada, deja cinco pesos
“para los pobres”.



EL MUNDO — Lunes 30 de julio de 1928

ELOGIO DEL LAVACOPAS

Quiero hacer hoy el elogio del lavacopas, del lavacopas como elemento de progreso nacional, del lavacopas como ejemplo de honestidad, de contracción al trabajo, del lavacopas cuya filosofía se la enseñaron los borrachos al borde del mostrador, y cuya feroz y dulce pasión por el dinero se la enseñó la miseria del terruño y la ejemplar conducta del patrón, del patrón que como los antiguos patronos griegos sentaba a su mesa al esclavo y le zurraba cuando hacía falta.

En el 80 por ciento de los casos, el lavacopas del almacén porteño es español. Vino de Mondoñedo, de Alcalá de Henares, de cualquier rincón perdido en la montaña. Con pantalón de pana y saco de terciopelo, y una gorra pesada con orejeras, cubriéndole la salvaje cabeza greñuda. Unos duros anudados en la punta del pañuelo, y un deseo infinito de llegar a esa América, a esa América tan linda, tan rebonita a través de la gordura de los indios, y de los señorones que salieron hechos unos miserables y volvieron con la familia después de cuarenta años de ausencia a darle un banquete a todo el pueblo.

Acurrucado en la cala de un barco espantoso, enfardado entre mil pobres como él, entre mil soñadores como él. Con una carta en el bolsillo para un pariente o un paisano que tenía almacén.

Y dejó la aldehuela con tristeza y alegría, llevándose en la retina la estampa de la madre lloriqueando entre los almendros, y la de la torre de la iglesia que quizá no vería más.

Y jugado su destino a los catorce, a los trece años, trató de olvidar en cuanto subió a bordo, que su vida estaba salvada o deshecha. Había que triunfar.

Cómo empieza a triunfar el muchacho español

Al segundo día de desembarcar en América, ya su pariente o su paisano que lo ha recibido pagándole “para empezar \$15 mensuales casa y comida”, lo ha puesto al mostrador a lavar copas. Ese será el trabajo de nuestro muchacho durante meses y meses. Se levantará a las cinco y media de la mañana y se acostará a las doce de la noche, tiempo suficiente para descansar según Napoleón.

Nuestro muchacho trabaja. Sus ojos siempre están fijos en un panorama que se empequeñece a medida que transcurren los días.

Cada dos meses recibe carta de la madre. Y él le cuenta, le cuenta lo que gana, les escribe “que ya tiene plata en el Banco” y esa noticia surca la manse dumbre del pueblo como un rayo que inflama e incita a otros mocitos a ir a esa fabulosa América donde un muchacho puede tener “plata en el Banco”.

Y la plata que tiene en el Banco nuestro héroe son treinta pesos.

Asciende a mozo de mostrador

Y un buen día, el paisano o el pariente, asciende al lavacopas a mozo de mostrador. Ese es un gran día para nuestro recluta. Mira al amo con los ojos enternecidos de emoción, le agradece esa deferencia de convertirlo en mozo de provecho y ahora el amo siempre justo, siempre equitativo le aumenta el sueldo a 30 pesos mensuales, amén los consejos, esos consejos que son los que engordan el almacén.

Y aprende entonces a pesar sigilosamente, aprende a entretener las parroquianas con un chiste manido para



que no se den cuenta de la falla de la balanza, aprende a robar de ese modo dulce e indispensable a todo perfecto mozo de almacén, y él, que cuando vino de la aldea tenía en las mejillas el rojo de las manzanas reinetas, es ahora pulido y pálido como un señorito. Trabaja como siempre de cinco de la mañana a las doce de la noche. A la mañana barre, friega, prepara las “libretas”, llena las canastas, sale a recibir los pedidos, vuelve, sale con una canasta que da espanto de verla tan cargada, y así meses, meses y meses. Cada final de trimestre, nuestro muchacho va al Banco a depositar su dinero y a ver a cuánto ascienden los intereses.

Quiere al patrón, al patrón que le aconseja, que le dice que hay que apartarse de las malas compañías, que le amonestó el día que le encontró fumando, lo quiere al patrón que le enseña las virtudes de la economía, y que desprecia a todos esos vagos que en el mostrador tiran ignominiosamente la plata de su jornal. Y viviendo entre viciosos es perfectamente virtuoso. Tiene un “traje de confección”, que cepilla respetuosamente todos los domingos y un cuello palomita que hace planchar una vez cada dos meses.

Y el retrato que se hizo sacar en el Jardín Zoológico lo ha enviado a la madre que allá, en el pueblo, está loca de contenta de ver que tiene un hijo tan “señurito”.

A encargado de mozos

Y un día el amo, convencido de que su mozo es incorruptible, de que no se quedará con una moneda aunque el mismo diablo lo tienta, lo asciende a capataz de los mozos.

Desde entonces usará cuello, se interesará en todas las quejas que puedan tener las clientas, vigilará estrechamente a los demás dependientes, y su alma, su bella alma de sacrificado nace para la vida. Tiene ya ahorrados tres mil pesos, y trata a los corredores de las casas comerciales con esa envidia que conviene a todo hombre que es el hombre de confianza del patrón.

Ahora se permitirá el lujo de tomar un chop los domingos de fiesta, de fumar cigarrillos de treinta los domingos únicamente, y tendrá novia, sí, novia; una novia seria, una mucama que también ha hecho sus ahorros, y con la que conversará en el Botánico, del almacén que pondrán juntos el día que se casen. Y ella, se emocionará al pensar

que un día estará el frente de la “caja” y esta bella y dulcísima turbación les decorará el domingo de un inolvidable recuerdo.

Veinte años después, ¡cuánto tiempo!... veinte años después, nuestro lavacopas tiene un almacén con siete dependientes. La esposa por costumbre, atiende a la caja en el mediodía, cuando el movimien-

to del negocio decrece. Los hijos están en la Escuela Militar, en la Facultad de Medicina o en la de Ingeniería.

Pero ellos trabajan, trabajan por la costumbre adquirida. Hicieron un viaje a España pero no pudieron resistir la nostalgia. Tuvieron que volver a esta América, tan linda y rebonita donde “la plata se gana como se quiere”.



EL MUNDO — Martes 31 de julio de 1928

“CON AUTORIZACIÓN DEL SUPERIOR GOBIERNO NACIONAL”

“Con autorización del Superior Gobierno Nacional”. ¿Quién no ha visto esta leyenda debajo del cartel de una profesora de Corte y Confección, cuya casa es una tapera perdida en el arrabal? O si no: **“Profesor de guitarra y mandolín. Con autorización del Superior Gobierno Nacional”**.

¿Qué tiene que ver el gobierno?

Es ridículo y divertido, ir leyendo estos letreros que a falta de buena arquitectura decoran el frente de una casa de inquilinato en el arrabal.

Se ve en el interior la sucesión de las piezas y las cocinitas, pero la “sala” ocupada por un ambiguo profesor, ostenta el sacramental: **“Con autorización del Superior Gobierno Nacional”**.



Y el caminante se pregunta qué es lo que tiene que ver el “superior” en este asunto, pues ni buscando con linterna, se le encuentra el justificativo.

Pero si uno pregunta, mejor si entra y le inquiere afectando interés, le contestarán:

— “Se entregan diplomas, autorizados por el Superior Gobierno Nacional”.

Ese es el motivo de la intervención del gobierno, en los asuntos académicos arrabaleros.

Así hay academias de baile con la mencionada autorización, productos farmacéuticos que para nada sirven y que en los avisos ostentan la engañadora muletilla, inventos que maldita la cosa en que pueden ser empleados y todos los galimatías de reconocida inutilidad se expenden con el mencionado permiso, mejor dicho, con la mencionada autorización.

Porque la gente...

Porque la gente es en modo general optimista de las facultades del gobierno. Para una lavandera, el hecho de que el Superior Gobierno Nacional, autorice la venta de un específico destinado a curar callos, reumatismo, tuberculosis, locura y otras enfermedades, es el

máximo de garantía que podía ofrecerle el medicamento.

En efecto, se dice:

— “Si eso no fuera bueno, el Superior Gobierno Nacional no lo autorizaría”.

Y es claro, el énfasis de la palabra Superior Gobierno, la certifica e ilusiona de que el medicamento curará todo lo que dice la propaganda y más aún.

Sin embargo esa autorización se presta a negocios dudosos. ¿Qué tiene, por ejemplo, que ver, un profesor de gui-

tarra con el Superior Gobierno Nacional? ¿Qué injerencias tiene la guitarra con los altísimos poderes? ¿Qué diablo se le da al Gobierno de que un maleante ponga academia de vagancia con música? Sin embargo, aquel que entiende su negocio pillará la oportunidad por la calva, y no pierde oportunidad de decir:

—Mi academia no es como las otras. Yo únicamente puedo dar diplomas con autorización del Superior Gobierno Nacional.

—¿Pero qué tiene que ver el gobierno?

—Es que el Superior Gobierno Nacional está enterado de que yo enseñé la guitarra como nadie.

Y helo aquí al Superior Gobierno medido en las andanzas de un pillete, autorizando las despotricadas de un buen señor.

Academias de corte y confección

Nosotros hemos conversado con numerosas modistas amigas y enemigas. Y a todas les hemos preguntado:

—¿Qué tiene que ver el corte y la confección de un vestido con el Superior Gobierno Nacional? ¿Influye el Superior Gobierno en que un “beige” tenga mejor calidad o en que una puntilla esté mejor colocada?

Como es lógico las modistas se reían de nuestra ingenuidad, y hemos terminado por comprender que lo del Superior Gobierno Nacional era el cebo con que se atraían a las muchachas de familia, para iniciarlas en el arte de estropear un corte.

En efecto, lo misterioso de ciertos profesorados, profesor de serrucho, profesor de tango, profesor masajista, está en que uno no puede saber en qué se apoyan esos profesorados honorarios. No hay manzana cuadrada en Villa Crespo o de Villa Madero, que no ostente en una casilla de madera este letrado: “**Profesora de Corte y Confección. Con autorización del Superior**

Gobierno Nacional”.

Empecemos porque la profesora no es profesora ni cosa que se le parezca. Muy de nuestro respeto por sus estimables prendas de laboriosidad y honradez y virtuosidad, la profesora de corte y confección sabe ser una analfabeta que ha encontrado productivo y cómodo enseñarle a las mocitas de su barrio, el arte de cómo se corta un figurín y se adereza una falda. Así también salen los vestidos, y eso que las que los cortan, tienen diploma con autorización del Superior Gobierno Nacional. Pero maldito para lo que les sirve la autorización, el gobierno y el diploma. Está visto que los vestidos no se hacen con diplomas.

De la academia de mala muerte

Uno de esos hombres a quienes en nuestro hermoso léxico popular se llama “furbos” encontró un día que más cómodo que trabajar, era hacer como que se trabaja, y buscándose un socio, compró tres máquinas de escribir de milésima mano, una resma de papel, tres escritorios cojos, unas sillas, tinteros y lápices, y con unos cuantos libracos de contabilidad en un estante puso este letrado:

“Con autorización del Superior Gobierno Nacional. Se preparan alumnos para la Academia Militar, Naval y de Mecánicos. Cursos de taquígrafía, contabilidad, inglés, etc.”

El “furbo” contrató luego tres profesores, tan profesores como el que escribe, y helo allí trampeando a medio mundo, preparando de “grupo” a algunos asnos y embolsándose algunos pesitos mediante la complicidad engañadora del consabido: “Con autorización del Superior Gobierno Nacional”.

Y así se prospera y trafica en nuestra ciudad. Suerte es que medie la autorización del Superior Gobierno Nacional que si no, vaya a saber lo que ocurriría.

EL MUNDO — Miércoles 1 de Agosto de 1928

DIVERTIDA Y ADMIRABLE DISPOSICIÓN POLICIAL

Vale un poema, vale una mina de oro... en fin... un “plato”, como se dice hoy día. El cronista no sabe por dónde empezar. No sabe si sentar el principio de que en la Jefatura de Policía se han vuelto locos o santos. No sabe si comenzar a narrar las formidables grescas que se “armarán” en los cabarets de la ciudad, o si describir la desesperación melodiosa de uno de los dueños de estos “antros de perdición”.

La disposición policial

Vale un poema... vale una mina de oro... y consiste en lo siguiente:

Antes, cuando un buen señor concurría a un cabaret y encontrábase sin el suficiente dinero para abonar una cuen-

habian tenido la mala humorada de entrar en un cabaret con poco dinero.

Pero al fin la Jefatura de Policía encontró el remedio para aplicárselo a estos comerciantes que unen la profesión de usureros a otras que no se pueden nombrar y esta disposición celestial, equitativa y digna de todo elogio consiste en lo siguiente:

Todo aquel que en un cabaret encuentre en el acto de pagar la cuenta demasiado elevada, y se niegue a hacerlo, no podrá ser detenido por la policía, sino que ésta se limitará a tomar constancia del fenómeno y el dueño del cabaret tendrá que seguir una “acción judicial para cobrar lo que él cree justo”.

Esta disposición regirá también para



ta de copetines, ocurría que el dueño llamaba a un vigilante, acudía éste, lo tomaban al infractor de un brazo y lo llevaban a la comisaría donde, o pagaba la cuenta, o en su defecto se le procesaba por estafa.

El negocio era una “papa” para los dueños de cabarets. Más de un buen hombre que entró allí para divertirse honestamente, salió a la calle sin sobre todo y otros indumentos que tuvo que dejar como garantía al dueño para que no lo hiciera meter preso. Y claro, todos los días había incidentes. Y los únicos perjudicados eran los desdichados que

los restaurantes y otros lugares públicos de consumo, donde los propietarios saben apretar la “clavija” a los ingenuos que allí penetran.

La medida hacía falta

Demás está decir que la medida hacía una falta extraordinaria, pues no pasaba una noche que no hubiera uno o varios detenidos en las seccionales donde están instalados los cabarets. Naturalmente, con su bonachonería infinita, los comisarios hacían la “vista gorda”. No queremos insinuar nosotros que los señores comisarios recibieran “coimas”

de los dueños de los cabarets, no queremos dar a entender que recibieran quinientos pesos mensuales de subvención de los mencionados propietarios para hacer la “vista gorda”. No. No queremos ni sospecharlo ni admitirlo tan siquiera, pero los comisarios hacían la vista gorda. Había circunstancias en que comprendían que el detenido, por no haber pagado por completo el consumo, no había procedido con dolo, sino por desconocimiento de la ladronera en que cayó, pero procedían enérgicamente, porque la cuerda se corta por lo más delgado. Y aquí el gordo, el hombre de bolsa gorda, de faltriqueras rollizas, de cartera cebada, era el dueño del cabaret. No es que les diera “coimas” a los comisarios, no; pero ellos...

Y la Jefatura se extrañó

Y la Jefatura, o nuestro inefable señor Wright, a quien el Diablo Cojuelo le susurra historias de interés policial, acabó por alarmarse ante esa estadística de detenidos que ofrecían ciertas seccionales, que tenían cabarets en su jurisdicción. Se alarmó con razón, pues no era posible que siempre los detenidos procedieran de mala fe, al negarse a pagar cuentas griegas, tan vastas y terribles eran. Y se alarmó, porque el desinterés de los señores comisarios apoyaba siempre a los propietarios, individuos todos clasificados en los prontuarios policiales de “personas de dudosa moralidad”, y de pronto, del día a la noche, cuando menos se lo soñaban, los señores tratantes... de copetines reciben el mazazo en pleno testuz. Y muy bien hecho.

Como es lógico, la medida debe haber sorprendido extraordinariamente a los sujetos aludidos, y también debe alegrar inmensamente a los comisarios de las seccionales aludidas, puesto que se librarán del enorme trabajo de tener que llenar sus calabozos de señores, cuyo único pecado consiste en negarse

a regalarle dinero al gordo y lustroso dueño de uno de estos antros.

Cómo deberán proceder los dueños de cabaret

La conducta que deberán seguir los señores dueños de cabaret, será de hoy en adelante la siguiente:

Cuando en su comercio se ofrezca el caso de que un cliente se niegue a abonar una suma espantosa por una botella de cerveza o una taza de té, el mencionado propietario, con buenos modos, le insinuará la conveniencia de arreglar el asunto al consumidor, y si el consumidor se niega a pagar la exorbitancia, llamará a un agente de policía. El cual agente se limitará a tomar nota del negocio que se ofrece a su atención, pero no podrá detener al consumidor.

¿Qué tiene que hacer entonces el dueño del cabaret?

Iniciarle un pleito al consumidor, un pleito de orden civil o criminal, pero un pleito, en fin. O aceptar lo que le quiera pagar razonablemente el consumidor.

Ahora bien: como siempre “vale más un mal arreglo que un pleito bien ganado”, por fin los respetables tratantes de copetines tendrán que entrar en vereda, y dejar de explotar ignominiosamente al público como lo han hecho hasta ahora.

Como se puede apreciar por esta medida, que merece elogios a granel, ha terminado la época en que un señor dueño de cabaret se permitía cobrar dos pesos por una botella de cerveza que vale cuarenta centavos ganando plata. Y si en el precio de los dos pesos quieren cobrar la cerveza y una especie de derecho de entrada al público que concurre a tales lugares, que abonen religiosamente ellos a su vez a la Municipalidad los derechos que con dicha artimaña le han venido defraudando hasta ahora.

Y si no que inicien pleitos por el cobro de un copetín. La gente se divertirá.

EL MUNDO — Jueves 2 de Agosto de 1928

ENTIERRO POR MENSUALIDADES

Las empresas de pompas fúnebres pasan por graves crisis económicas. La gente está obstinada en no morir-se en la proporción necesaria, para que los funebreros puedan hacer el negocio que les conviene.

Y un muerto es objeto de las luchas más arduas que imaginarse pueda el público de los vivos, ya que son numerosas las empresas que se disputan el enorme honor de enterrarlo lo más pronto posible.

Una anécdota

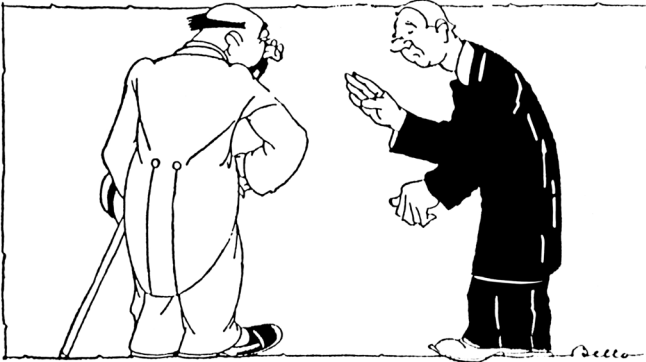
Un caballero que nos merece la más completa fe nos contaba días pasados la siguiente anécdota:

—Cuando recibí a las cinco de la mañana la noticia de que había fallecido un pariente mío, me trasladé en automóvil a su domicilio, y no tardé quince minutos en llegar, cuando al bajar frente a

—Entierro con seis coches, cajón, libreta para cinco años en el cementerio, 150 pesos en tres o cuatro mensualidades. ¿Quiere firmar? Y en las tinieblas me alcanzaba los pagarés.

No pude menos de echarme a reír. ¿Cómo había adivinado aquel hombre que la familia no gastaría más de ciento cincuenta pesos?

Arreglamos trato, y no terminaba de salir de la casa el listo funebrero, cuando llegaron otros tres en automóvil, desalados, haciendo el elogio de la mercadería, insinuando que el muerto quedaría más satisfecho en el cajón que ellos vendían que en el de su rival, arguyendo que ellos disponían en el cementerio de tierra de mejor calidad, y que no había noticias de que ningún muerto se hubiera quejado de los procedimientos de ellos como empresarios de pompas fúnebres.



la casa me ataja un individuo. Era más bien alto que bajo, y más bien delgado que grueso, como diría Méndez Calzada, ocupándose del señor David Peña.

Este señor me tomó del brazo; yo creía que sería algún pariente ignoto, pero no, el desconocido, que era un funebrero, me lanzó a boca de jarro:

De la casta de los funebreros

Hay una casta de funebreros, como hay una casta militar. Y ciertos oficios, si no se maman, no se aprenden.

Una empresa de pompas fúnebres es el negocio más vidrioso que hay, pues la sociedad cruza por crisis, en la que los hombres están satisfechos de vivir,

y nadie muestra el menor apuro para abandonar la tierra. De allí que se imponga, más que en ningún otro oficio, la “carpeta” y la “cancha”.

Ante todo, para ser funebrero se necesita cierta catadura patibularia, que sólo se adquiere tratando larga y frecuentemente con enterradores y cocheros de funerarias.

Luego se necesita ser flaco, alto, melancólico en apariencia, ya que todas las estadísticas comerciales demuestran que los quebrados en funerarias son sujetos obesos y propensos al optimismo.

Y luego se necesita tener más paciencia que un chino.

De cómo se consiguen los muertos

Otro noble caballero de nuestra amistad, y funebrero para más autenticidad en las disquisiciones científicas que damos, nos contaba lo siguiente:

Al dedicarse al oficio, comprendió que los muertos no se consiguen como clientes sino una sola vez, ya que un señor no se hace enterrar varias veces, y entonces, para adquirir la parroquia, comenzó a recorrer todos los almacenes del barrio, del distrito de F..., dejándole su tarjeta a los almaceneros. Si a esto sólo se limitara su trabajo no prosperaría; pero en cada almacén hacía como que bebía varios copetines, y mediante la promesa de una propina le dejaba encargado al almacenero que en cuanto supiera de un enfermo grave le avisara.

Y en cuanto nuestro hombre tenía noticia de que en un barrio existía un caballero con intenciones de morir, se instalaba en el despacho de bebidas. Vigilaba el movimiento de la casa, iba a informarse por la salud del enfermo, y cuando por la sirvienta se enteraba de que el hombre estaba en las últimas, daba un aviso a su comercio que tuvieran preparadas las “pompas”, y en cuanto el hombre moría, el carro ya llegaba con todos los adminículos.

En fin, dominó de tal modo el arte de enterrar de prepotencia, que nunca le falló un cadáver.

Y es que nuestro hombre dominaba la psicología de los parientes. ¿Quién va a devolver las pompas que llegan tan oportunamente? ¿Quién va a entrar a devolver un “cajón” y otras bagatelas?

Actualmente nuestro hombre tiene una magnífica clientela y una espléndida empresa de pompas fúnebres. Cuando el bergante se encuentra con el hijo de alguno que sepultó, dice siempre:

—¡Qué entierro le hicimos a su señor papá! Yo soñé con él la otra noche y sentía que me daba las gracias por haberlo atendido tan decentemente.

Los cómplices del funebrero

Los cómplices del funebrero son siempre, infaliblemente, fatalmente, los:

Empleados de hospitales, como ser porteros, enfermeros, etc.

En el gremio civil:

Ciertos médicos, muchos porteros de médicos, almaceneros apurados por enriquecerse, al extremo que hasta ese “renglón explotan”, peluqueros de los cuales algunos tienen para ayudarse una sucursal mortuoria en la casa y que están al tanto de esos asuntos, porque son los encargados de afeitar al cadáver, y los borrachos de barrio, de los borrachos que toman posesión de un despacho de bebidas, y que están enterados de todo por las conversaciones que escuchan desde la mañana a la noche.

Pero a pesar de ese regimiento de ayudantes, subayudantes y meritorios, el gremio está de capa caída. Y es que la gente no quiere morir y esto ha llegado a tal extremo, que los pocos que se les ocurre morir son víctimas de un combate recio y fuerte, donde las condiciones comerciales de rigor son:

—Se entierra en tres o cuatro mensualidades a gusto del cliente.

EL MUNDO — Viernes 3 de Agosto de 1928

APUNTES SOBRE EL PIROPO

El piropo, como todas las expresiones de la inteligencia, puede ser dividido en diversas categorías. Nosotros tomaremos las más inmediatas, que son el piropo simple y el piropo compuesto.

El piropo simple corresponde, por lo general, a las expresiones corrientes que son producto de un entusiasmo rápido, pero sin inteligencia. En cambio, el piropo compuesto tiene la virtud de enternecer a las mujeres al ser llamadas con adjetivos que corresponden a seres de substancia angélica. Aunque finjan incomodarse terminan por sonreír.

El objeto del piropo

En nuestra ciudad se cultiva el piropo, y muchas veces se han hecho encuestas entre hombres y mujeres para

que le digan que “es una preciosura”. Ni tampoco puede molestarle que le observen que “es un encanto”.

Y tampoco puede privarse a una persona bien intencionada de exteriorizar su entusiasmo por una bella obra de la naturaleza. En el piropo hay un fondo de culto a la naturaleza, el entusiasmo, si se quiere pueril, pero entusiasmo al fin por todo lo que halaga los ojos.

El piropo en sí es el elogio de lo bello femenino. Hasta las madres, las furibundas madres, sonrien cuando un bien educado acierta con un piropo adecuado a la hermosura de su párvula. No se pueden olvidar que ellas también fueron mocitas, y que el que fue el padre de la muchacha que ha merecido el elogio, también le dijo piropos en su juventud.



saber si el piropo debía suprimirse o no, pero las respuestas siempre llegaban a igual conclusión:

Debe suprimirse el piropo indelicado. El piropo bien expresado puede admitirse en ciertas circunstancias. Como se puede apreciar, el piropo entra entonces en la categoría de los elementos artísticos que pueden embellecer por un momento la vida de las mujeres. Porque a ninguna mocita puede desagradarle

El piropo bien dicho

El piropo bien dicho halaga siempre a la mujer. Es como un espejo verbal que un desconocido coloca ante ella por la calle. Aprecia su belleza a través de las expresiones que lo motivan. Sólo una incomprensiva al grado sumo puede irritarse porque le digan que sus ojos... o que sus cabellos... o cualquier otra cosa... es un encanto.

El único piropo que jamás debe decir-

se a una mujer, el piropo que siempre la ofende es el siguiente:

—¡Qué lindo vestido que tiene!

Este piropo parece implicar una burla, parece exaltar las excelencias del traje para deprimir las del físico, y las mujeres no lo perdonan jamás.

Quiénes no deben decir piropos

Una cosa sumamente importante en el piropo es, además de su calidad, la fuente de origen:

Así, un individuo extremadamente gordo, con pañuelo al cuello y botines rotos, no debe decir piropos ni por broma a las mujeres, pues si no corre el riesgo de que lo denuncien al primer vigilante que pase.

Tampoco debe decir piropos el que ande con barba de tres días, pues a las mujeres le desagradan los elogios de los pelafustanes.

Tampoco deben decir piropos más de tres individuos que pasean juntos, porque a las mujeres les agrada el secreto, y secreto de tres les parece guasa, y saben irritarse con muy justa razón.

Menos deben lanzar piropos los carteros, los empleados municipales que

hacen la limpieza de las calles, pues a pesar de su importante cargo no son santos de la devoción de las mujeres.

Los únicos autorizados a decir piropos y únicamente a las sirvientas, son los vigilantes. Ellos acaparan el gremio menestral, y es necesario que el público les reconozca amplia jurisdicción sobre la colectividad del delantal blanco y del plumero.

La tristeza de no recibir piropos

Y es una obra de caridad decirle a una muchacha fea un piropo gentil y doliente, como de enamorado sin esperanza. Porque no hay mujeres más tristes que las que nunca reciben un piropo.

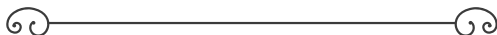
Y nos han contado la siguiente anécdota:

Una muchacha, al volver de la calle, se dirigió al espejo, quedóse luego mirando largo rato en el cristal, y volviéndose luego al hermano que la miraba asombrado, le dijo:

—¿Sabes que debo estar muy fea?

—¿Por qué?

—Pues he caminado treinta cuadras y nadie, pero nadie me ha dicho un piropo.



EL MUNDO — Sábado 4 de Agosto de 1928

DEL HOMBRE QUE CANTA GRATUITAMENTE

Juro como cronista de un diario humanitario, que no soy enemigo de la naturaleza humana, pero también juro que si pudiera encerrarlos a todos los que cantan gratuitamente lo haría de inmediato. Y no los soltaría sino bajo la severa y muy formal promesa de no volver a cantar para el público, y sí en sus casas, siempre que no molesten a un vecino.

Del aficionado al “bel canto”

En todo barrio hay un aficionado al “bel canto”. El aficionado al “bel canto” es un ejemplar tan típico en nuestras parroquias, como lo es el poeta de calle, el genio de café, el hombre “que tiene un drama” a quien nadie se lo quiere representar por “envidia” o porque “no lo comprenden”.

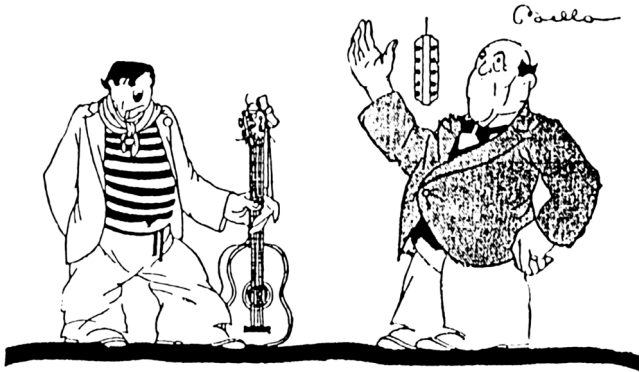
do la acción de cometer un robo.

A veces el aficionado trabaja; trabaja de florista, de empleado en una tienda, de cualquier cosa. Sabe que triunfará y ello le ayuda a sobrellevar provisoriamente las penurias de esta lamentable vida.

Lo que gana, no se lo gasta en juergas, como no sean las juergas de garganta, que no son tales juergas, sino lecciones en lo de un “profesor”. El profesor por lo general es un sujeto jubilado de la banda municipal que ha encontrado cómodo y nutritivo infiltrar las aficiones del “bel canto” en los ilusionados que un día se le presentan con un gorgorito en la garganta.

El profesor, ipso-facto comienza por asombrarse y decir:

—¡Ah, es usted el hombre que yo es-



El aficionado al “bel canto” se dedica exclusivamente a la ópera italiana. Por condescendencia se aprende alguna barcarola, y alguna canzoneta, pero es para darle gusto a la familia, nada más. Él, él personalmente está por el gran arte, por los aullidos que espantan a los perros y a los gatos, y ni por broma cantará un tango. Para el aficionado al “bel canto”, el tango es como para un hombre honra-

peraba! ¡Es usted la salvación futura del “bel canto” “Vérgine Santa”! Yo me decía: ¿tendré que morir sin haber encontrado un genio? ¡Deje que lo abrace, “figlio mio”!

El aspirante a reemplazarlo a Tita Ruffo y a Sagibarba, se emociona, y primero le cuenta la novela a su familia, y después confidencialmente a los amigos en el café de la esquina.

Los amigos se divierten

Los amigos al principio se divierten y se dicen entre ellos que el otro está creído en su talento, pero como al año de ocurrir esto, el aficionado ha intervenido en varios festivales de los centros de cultura recreativa; los amigos empiezan a respetarle el "gaznate", y luego aparece aquí un admirador, allá otro, los tibios se enfrían, y los que estaban fríos terminan por echar chispas, y un día en la mesa de café, con motivo de una disputa sobre si el otro es o no un genio, los tipos se lían a puntapiés, y la tragedia tiene que interrumpirse por la llegada de un vigilante y el patrón que pone paz entre los contendores.

Y al otro día el aficionado al "bel canto", marcha como si fuera un doble genio. Está satisfecho, y dice sonriendo vanidosamente:

—Yo no sé si valgo o no. Pero mi genio se discute ya. Y así empezaron todos los que llegaron.

Y un día canta en el almacén del barrio, otro en el café, más tarde frente a un cómico del teatro de barrio, que le dice por amabilidad que "va a llegar" y las muchachas modistas, las que todavía lo leen a Evaristo Carriego, al verlo pasar con tan buena estampa, se dicen:

—¿Por qué no ha de llegar? ¿No llegaron otros también?

El aficionado en la broadcasting

Y después no quieren que uno proteste.

El aficionado al "bel canto" hace diez años no tenía otra ubicación que el café, o la esquina, y si uno se aburría de escucharlo, con ir a otra parte el asunto estaba resuelto, pero hoy..., hoy todos estos malos sujetos se han metido en las broadcastings y quiera usted o no tiene que escucharlos.

A las broadcastings el asunto les conviene, porque hay aficionados que pagan para que los dejen aullar frente al micrófono, pero usted hará lo que

hizo un buen señor que terminó por romper su aparato de dos puñetazos, al dejarse dominar por la indignación que le produjo uno de éstos el abocarse a la Traviata.

En efecto, usted busque una estación, u otra, siempre el "speaker" le anunciará una obra clásica cantada por el señor Rapatalata. Acompaña el maestro "X". Por lo general el maestro no suele ser maestro, sino un buen hombre, que pasa las de Dios es Cristo, frente a ese asesino de óperas. Pero el aficionado no se intimida. Canta, canta siempre. Hay algunos que si los dejaran llevarían la cama a la broadcasting. Y hay que verlo cómo empiezan. Primero se "afilan" y lo adulan al "speaker", luego, le hacen la corte al gerente, un día aventuran una opinión sobre el "bel canto" y una noche, una de esas noches de tormenta espantosa, en que no fue nadie a la broadcasting, como no sea el "maestro" y el electricista de guardia, esa noche, cuando el patrón está que se da a todos los diablos, porque no tiene quien cante y toque frente al micrófono, nuestro aficionado al "bel canto" que esperaba ansiosamente esa oportunidad, dice:

—Yo canto un poco, ¿no quiere ver?

El patrón lo escucha, comprende que entre las descargas eléctricas, los "estáticos" y otros fantásticos fenómenos de radiotelefonía, la gente no se va a enterar de que el energúmeno canta que es un desastre, y obligado por el vacío que lo rodea, acepta.

Desde ese día, el aficionado al "bel canto", no se desprenderá de allí ni aunque lo echen. Y una vez cantará a las ocho de la noche, otra a la una de la tarde, y así hasta que se muera. Y siempre sin cobrar nada, e indiferente a las cincuenta personas que a cada audición del aficionado, hablan por teléfono recomendándole que se vaya a cantar a Madagascar o a la China.

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE QUE BUSCA EMPLEO

La persona que tenga la saludable costumbre de levantarse temprano, y salir en tranvía a trabajar o a tomar fresco, habrá a veces observado el siguiente fenómeno:

Una puerta de casa comercial con la cortina metálica medio corrida. Frente a la cortina metálica, y ocupando la vereda y parte de la calle, hay un racimo de gente. La muchedumbre es variada en aspecto. Hay pequeños y grandes, sanos y lisiados. Todos tienen un diario en la mano y conversan animadamente entre sí.

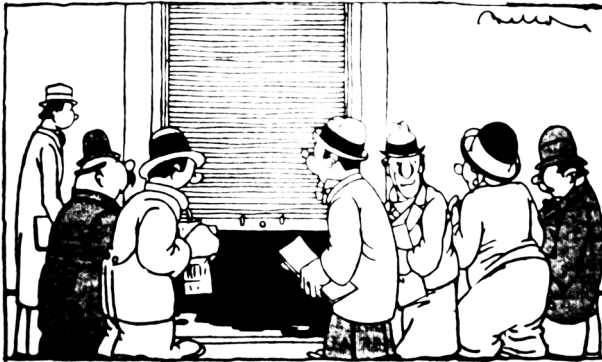
Buscan empleo

Lo primero que se le ocurre al viajante inexperto es de que allí ha ocurrido

tienen el aspecto de haber sufrido una decepción, pues irónicamente miran a todos los que les rodean, y contestando rabiosa y sintéticamente a las preguntas que les hacen, se alejan rumiando desconsuelo.

Esto no hace desmayar a los que quedan, pues, como si lo ocurrido fuera un aliciente, comienzan a empujarse contra la cortina metálica, y a darse de puñetazos y pisotones para ver quien entra primero. De pronto el más ágil o el más fuerte se escurre adentro y el resto queda mirando la cortina, hasta que aparece en escena un viejo empleado de la casa que dice:

— Pueden irse, ya hemos tomado empleado.



un crimen transcendental, y siente tentaciones de ir a engrosar el número de aparentes curiosos que hacen cola frente a la cortina metálica, más a poco de reflexionarlo se da cuenta de que el grupo está constituido por gente que busca empleo, y que ha acudido al llamado de un aviso. Y si es observador y se detiene en la esquina podrá apreciar este conmovedor espectáculo.

Del interior de la casa semiblandada salen cada diez minutos individuos que

Esta incitación no convence a los presentes, que estirando el cogote sobre el hombro de su compañero comienzan a desaforar desvergüenzas, y a amenazar con romper los vidrios del comercio. Entonces, para enfriar los ánimos, por lo general un robusto portero sale con un cubo de agua o armado de una escoba y empieza a dispersar a los amotinados. Esto no es exageración. Ya muchas veces se han hecho denuncias semejantes en las seccionales sobre este proce-

dimiento expeditivo de los patrones que buscan empleados.

Lo que dicen los patrones

Los patrones arguyen que ellos en el aviso pidieron expresamente “un muchacho de 16 años para hacer trabajos de escritorio” y que en vez de presentarse candidatos de esa edad, lo hacen personas de treinta años, y hasta cojos y jorobados. Y ello es en parte cierto. En Buenos Aires, “el hombre que busca empleo” ha venido a constituir un tipo sui generis. Puede decirse que ese hombre tiene el empleo de “ser hombre que busca trabajo”.

El hombre que busca trabajo es frecuentemente un individuo que oscila entre los diez y ocho y veinticuatro años. No sirve para nada. No ha aprendido nada. No conoce ningún oficio. Su única y meritoria aspiración es ser empleado. Es el tipo de empleado abstracto. Él quiere trabajar, pero trabajar sin ensuciarse las manos, trabajar en un lugar donde se use cuello; en fin, trabajar “pero entendámonos... decentemente”.

Y un buen día, día lejano, si alguna vez llega, él, el profesional de la busca de empleo se “ubica”. Se ubica con el sueldo mínimo, pero qué le importa. Ahora podrá tener esperanzas de jubilarse. Y desde ese día, calafateado en su rincón administrativo espera la vejez con la paciencia de una rémora.

Del hombre que sabe cinco idiomas

Lo trágico es la busca del empleo en casas comerciales. La oferta ha llegado a ser tan extraordinaria, que un comerciante de nuestra amistad nos decía:

—Uno no sabe con qué empleado quedarse. Vienen con certificados. Son inmejorables. Comienza entonces el interrogatorio:

—¿Sabe Vd. escribir a máquina. —Sí,

150 palabras por minuto. —¿Sabe usted taquigrafía? —Sí, hace diez años. —¿Sabe usted contabilidad? —Soy contador público. ¿Sabe Vd. inglés? —Y también francés. —¿Puede usted ofrecer una garantía?. —Hasta diez mil pesos de las siguientes firmas.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Lo que Vds. acostumbren a pagar.

—Y el sueldo que se les paga a esta gente —nos decía el aludido comerciante — no es nunca superior a ciento cincuenta pesos. Doscientos pesos los gana un empleado con antigüedad... y trescientos... trescientos es lo mítico. Y ello se debe a la oferta. Hay farmacéuticos que ganan ciento ochenta pesos y trabajan ocho horas diarias, hay abogados que son escribientes de procuradores, procuradores que les pagan doscientos pesos mensuales, ingenieros que no saben qué cosa hacer con el título, doctores en química que envasan muestras de importantes droguerías. Parece mentira y es cierto.

Hay que ir al campo

La interminable lista de “empleados ofrecidos” que se lee por las mañanas en los diarios es la mejor prueba de la trágica situación por la que pasan millares y millares de personas en nuestra ciudad. Y se pasan éstas los años buscando trabajo, gastan casi capitales en tranvías y estampillas ofreciéndose, y nada... la ciudad está congestionada de empleados. Y sin embargo, afuera está la llanura, están los campos, pero la gente no quiere salir afuera. Y es claro, termina tanto por acostumbrarse a la falta de empleo que viene a constituir un gremio, el gremio de los desocupados. Sólo les falta personería jurídica para llegar a constituir una de las tantas sociedades originales y exóticas de las que hablará la historia del futuro.

EL AUTOR CUYO DRAMA NO SE REPRESENTÓ

Los barrios de Buenos Aires viven desde el punto del chisme divertido, la vida más intensa que pueda imaginarse. No hay calle, donde no ocurra un pequeño drama que Pirandello intensificaría en la esencia para convertirlo de realidad mediocre, en ficción admirable.

Y entre los tipos que forman esta escuela de futuros "personajes teatrales" está el hombre de carne y hueso que se ha escrito un drama.

Primer fenómeno: El hombre de barrio

El primer fenómeno que puede comprobarse es el siguiente. El hombre que ha escrito un drama irrepresentable, permanece adherido al barrio que lo vio pasar, como una lapa a su roca.

Frecuentemente los amigos están convencidos de que es un genio. Y él también. Y si hay alguno que lo duda los demás si no le pegan le pasan raspando.

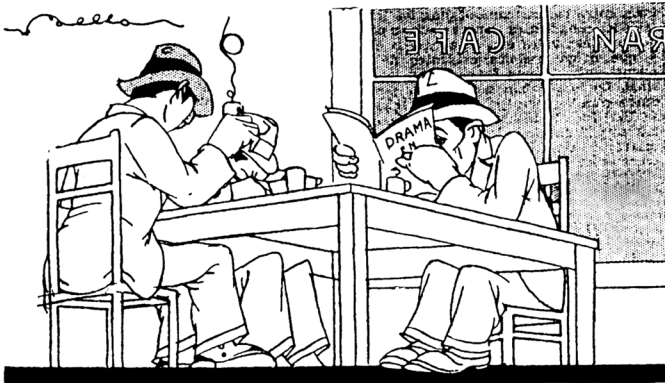
"Hay que renovar el teatro nacional"

La muletilla del autor teatral de barrio es la siguiente:

—Hay que renovar el teatro nacional. El teatro nacional es el infundio de cuatro patanes. Ya la gente está harta de sainete, etcétera.

¿A quién comienza por infundirle semejantes buenos principios el autor teatral de barrio? Pues como es lógico, a los amigos.

Los amigos por lo general son unos analfabetos. Saben leer y escribir, pero



No migra hacia el centro como los que han tenido un éxito. No. Él permanece fiel al "terruño" de Almagro, de Flores, de Belgrano, de Villa Crespo. Porque no hay barrio donde no se ostente meditativo, incomprendido y profundo un autor teatral... el autor teatral a quien ningún teatro ni por broma representó una obra que ha recorrido todas las "secretarías".

es lo mismo que si no supieran. Tienen profesiones modestas, y le pagan el café al autor que no tiene ninguna profesión como no sea la de autor incomprendido.

¿Cómo consigue hipnotizarlos nuestro "autor"? Pues del modo más fácil.

Reglamentariamente gasta melena, chambergo estilo Palacios, y chalina de tres picos.

Durante un tiempo, habla en la rue-

da de amigos del drama que está escribiendo. “Es un drama social” dice. Y los otros se quedan perplejos mirándolo, pues sospechan que el día que nuestro hombre estrene su drama, la sociedad se reforma en seguida. El autor sigue hablando. Se refiere a los males de la sociedad con frases que le darían envidia a un coplero del “Alma que Canta”. Y que Vacarezza y los otros encomienden su alma al diablo, pues el día que estrene él, se acabó con ellos el negocio.

“Sos un genio. No hay vuelta”

El mozo del café está enterado de que ese parroquiano ha escrito un drama. El patrón del café también. El vigilante de la esquina ha prometido estar alerta el día de la lectura. Las señoras del barrio están enteradas también de que ese que tiene un aspecto tan... tan raro es autor teatral, y hasta los perros lo saben. Las mocitas que sueñan con las cartas de Príncipe Azul, un prodigioso pelafustán que colabora en “El Picaflor”, cuando pasa el nombre del esperpento, se dice:

—Che... no sabés... ese ha escrito un drama.

O sino:

—Fijate que en el drama ha puesto el nombre de la novia. ¿Te das cuenta el corte que ella se va a dar el día del estreno?

—De veras.

—Sí, la protagonista principal se llama Amanda.

Y un día ocurre el drama — queremos decir — la lectura. Es por la noche. En la vereda del café, para que los envidiosos se enteren y los que no lo son también. El autor lee, y un círculo de amigos hace la rueda. El vigilante permanece en la parada con los ojos extraordinariamente abiertos. Él no entiende de literatura pero sí de dramas, y la noticia de que allí está ocurriendo

uno lo despabila. Pero el drama termina sin tragedia y de pronto el autor que vociferaba se queda callado, y entonces en la amplitud de la calle se escuchan estas voces reiteradas.

—¡Sos un genio, che, no hay vuelta!

A la novia que está parada en la puerta del conventillo de la media cuadra se le caen las lágrimas de emoción al escuchar las voces de los amigos. ¿No se llama ella Amanda? ¿No ha puesto el autor su nombre en el drama? Será inmortal y la pobre chica llora al pensar en el victorioso día del estreno. En tanto los otros entusiasmados reiteran:

—¡Sos un genio, che, no hay vuelta!

Y el estreno no llega nunca

Y el estreno no llega nunca. De un teatro le rechazan el aparato porque dicen que la “sociedad no está preparada para esas revoluciones teatrales”, de otro se lo devuelven porque “carecen de actor que pueda encarnar con fidelidad ese papel”, de un tercero le argumentan que “si cambia el tercero, segundo y primer acto, algo quizá se pueda hacer”, en otro teatro, el secretario confidencialmente le comunica que “el empresario que también es autor, se puso pálido al leerlo y dijo que se lo devuelvan inmediatamente”, lo cual le hace sospechar a él, el secretario, de que “el empresario le tiene envidia”.

En cada barrio hay uno

Y en cada barrio hay un autor teatral que nunca representó. Son los Aristarcos de la parroquia. No hay drama que les guste. Sólo les parece bueno lo extranjero, lo escrito al otro lado del mar. Lo de aquí es una bazofia. Pero no importa... “no hay que afligirse, el teatro nacional evolucionará... entonces ese día... el día que entren con su drama, la gente verá...”.

¿SOY FOTOGÉNICO?

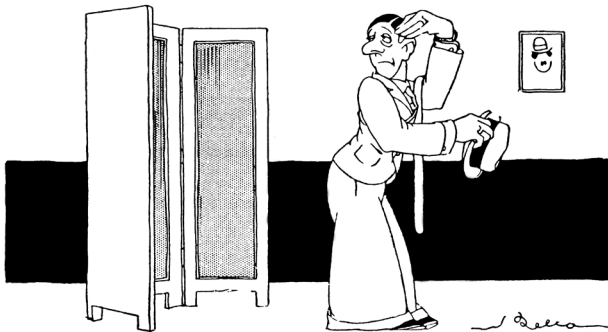
En Buenos Aires la vagancia pseudo artística florece que es un contenido. Quizá sea ésta una de las ciudades americanas más ricas en semejante fauna. Aquí se nace vago, como en otros países se nace “activo y honrado a carta cabal”. ¿No lo son así acaso, todos los extranjeros, “empleados jóvenes de buena presencia”?

¿Por qué este amor al “dulce far niente”? ¿por qué este apasionamiento por el baño de sol, por la gloria y por la plata que viene sin hacer nada? Las causas no nos las explicamos, pero el fenómeno es evidente. Y tan evidente que el treinta por ciento de nuestra población no trabaja, o hace como que trabaja y va bien vestida, regularmente alimentada, pero toda con la frente descubierta, y el empaque de los antiguos hidalgos, lustrosos y famélicos.

de vagos. Tienen el berretín de ser fotogénicos. ¡Hágame el favor! Es lo único que nos faltaba. Ser fotogénico.

Yo, cronista anónimo y burlesco, tengo una extraordinaria afición por los vagos. Me son personas simpáticas, sobre todo si saben vivir. Concibo el “squenun” en todas sus fases. Admito todas las chifladuras, hasta las de los dramaturgos. Me deleito en un café escuchando la charla vacua y filosofante de varios hijos de familia, y mi sonrisa pondera indulgentemente el charlatanismo jovial.

Pero no las voy con los fotogénicos. Los fotogénicos son sencillamente ridículos. Si yo fuera gobierno los enviaría a cavar tierra. Les haría acarrear bultos en el puerto. Descargar bolsas en las estaciones. ¿Por qué? Pues porque son la desgracia de las honradas fami-



¿Soy fotogénico?

Mi director me ha pedido que no emplee la palabra “berretín” porque el diario va a las familias, y la palabra “berretín” puede sonarles mal pero yo pido respetuosamente licencia a las señoras familias para usar hoy esta dulce y meliflua palabra “berretín” ¿Por qué? Pues porque es la única frase que puede definir la manía de cierto escalafón

lias, y los chiflados más peligrosos y enfáticos que apestan la tierra.

Las fotografías de los fotogénicos

El fotogénico es por regla general un admirador de Rodolfo Valentino. Yo concibo perfectamente que Rodolfo les guste a las mujeres. Para eso son mujeres. Más aún, ellas al admirarlo a Valentino demuestran tener un excelente buen gusto. Pero que un hombre

se pase los días y las noches frente a un espejo frunciendo los labios y las cejas para parecerse a Rodolfo... ¡hágame el favor!...

No hay nada más que registrar las colecciones de fotografías que estos "valentinistas" envían a las revistas que organizan el concurso de "¿soy o no fotogénico?". Es para reírse a gritos. Hay señores que se hacen retratar en traje de baño para demostrar su fotogénesis físico completa. Y dan ganas de emplearlos de bañistas. Otros están reclinados en un alféizar, la melena revuelta, la cara empolvadita, la mirada melancólica. Otros desempeñan una tragedia, tienen la pelambre revolucionada, los ojos saltados que parecen huevos pasados por agua, y un puñal de cartón en la mano.

Los sentimentales de la fotogenia

Pero el plato, el verdadero plato, son los que padecen de un romanticismo de relojero alemán. Una papa, como decía el lorito. Estos románticos de barbería, antes de retratarse alquilan un frac, y en compañía de alguna hermana, se van a lo del fotógrafo para representar el drama:

Ella de pie, tiesa como si en vez de ser una mujer de carne y hueso lo fuera de madera, él, el fotogénico, con un pie estirado para atrás, la cara a lo ecce-homo, ladeada, y un brazo estirado hacia el gabinete de revelado del fotógrafo. Un plato.

Y los otros, los que se ponen un dedo en el vértice de los labios y hacen un dengue sentimental. ¡Si es para fusillarlos sobre el tambor!... quiero decir sobre el aparato fotográfico.

Y todos los patilludos, el pelo con ondulación Marcel, chaleco de fantasía y las uñas sucias para despistar.

Los buscavidas y los fotogénicos

Y durante un tiempo este gremio de fotogénicos no tenía quien lo explotara,

hasta que los buscavidas repararon que la ciudad había sido enriquecida por un nuevo "berretín" que podía ser un filón de oro, y enseguida apareció la clásica, la novísima, la bella invención de los buscavidas:

"¿Quiere ser actor cinematográfico? Concurra a nuestra academia. Garantizamos empleo a quinientos dólares semanales".

Nosotros los compadecemos a los honrados padres de familia. Compadecemos a las madres beneméritas que remiendan los calcetines. Comprendemos el drama, el profundo drama doméstico, suscitado por el fotogénico que un buen día declara que no trabajará para asistir a la academia, o que más sencillamente manifiesta que se irá a Norte América a ganar quinientos dólares semanales.

Comprendemos... sí comprendemos ese impulso que tiene el padre, honrado albañil o carpintero de coger una estaca y romperla en las espaldas del fotogénico. Lo comprendemos.

El negocio de los buscavidas

Y hoy día funcionan varias academias para fotogénicos. Los gastos para instalarla son escasos. Se necesita un elenco de "profesores" carasduras, un megáfono que sale barato haciéndolo fabricar de hojalata por un estañador, un aparato fotográfico descompuesto, varias bambalinas, y unas viseras de hule verde y los correspondientes arcos voltaicos en el "estudio".

Los alumnos accionan como locos frente al profesor. Los hay que se sienten con vocación de "apaches" y entonces el profesor les enjareta una cofia, un pañuelo y un puñal, y a ganarse la vida frente al espejo. Otros hacen de galanes jóvenes y aunque curtidos en los espectáculos grotescos, los buscavidas tienen que hacer arduos esfuerzos para no reírse y echar a perder el negocio que prospera viento en popa.

ABSURDO RESULTADO DE LAS INDUSTRIAS CASERAS

Si usted quiere saber cuándo un hombre está al margen de la ruina, observe si piensa dedicarse a las industrias caseras.

Ya hablará encomiásticamente de los resultados que da instalar una fábrica de jabón casero, ya una de engorde de gansos para preparar el "paté de foie". El hombre divaga, está al margen de la tragedia y lo único que lo puede salvar según sus propias ideas es el negocio en pequeña escala, ese negocio que para iniciarlo no "necesita más que un pequeño capital".

na, le escribe al que quiere aconsejarlo. Y el que quiere aconsejarlo le contesta enviándole un prospecto.

Mediante la literatura de ese prospecto se puede enriquecer cualquier hijo de vecino al cabo de cinco años y un día. Se enriquece uno matemáticamente, automáticamente.

Es inútil que aparezcan guerras, crisis y pestes. Según el prospecto o el autor del prospecto uno se enriquece quieras o no quieras. Lo único que hay que hacer para alcanzar la fortuna es comprarle ciertos artículos a él. Nada



Quiere ganar 10 pesos diarios

Basta registrar las columnas de los diarios, que enriquecen con el aviso. Entre la lista gris, de pronto los ojos del interesado descubren este aviso:

“¿Quiere ganar diez pesos diarios? Tenga iniciativa. Vendemos en mensualidades aparatos que le permitirán redondear una modesta fortuna. Escribanos. Le aconsejaremos”.

El hombre que está al margen de la ruina, piensa largamente. Diez pesos diarios, son trescientos pesos mensuales. ¿Quién gana hoy trescientos pesos mensuales? Ni el presidente de la República. Y el hombre al margen de la rui-

más que eso. Como se ve el problema de enriquecerse en nuestro país es de lo más sencillo. Y después la gente se queja de la vida.

Fábrica de muñecos

¿En qué consiste la pequeña industria que ha de enriquecerlo a usted? Pues, en lo siguiente:

En adquirir de ese generoso comerciante una docena de modelos de acero para fabricar muñecos con pasta de papel. Él, el comerciante, se encarga de suministrarle a bajos precios los ácidos necesarios para convertir el papel en una papilla modelable, y luego también se encarga de comprarle los menciona-

dos muñecos. Tan generoso es el hombre. Y con ese trabajo puede ganar usted 10 pesos diarios, y enriquecerse al cabo de cinco años y un día.

Nosotros hemos conocido desdichados que se habían metido en esta industria. Los muñecos no les producían ni para morir de hambre. Y eso que para morir de hambre se necesita muy poco. Pues ya lo decimos, ni para eso les producía la industria.

Fábrica de medias

Otro de los negocios que ahora está en franca decadencia pero que tuvo un momento de apoteosis entre los desdichados, fue la fabricación de medias.

Hombres que se habían pasado diez años buscando trabajo y que no lo encontraban, cayeron un día en que su robustez podía alimentarlos, y se dedicaron a fabricar medias como Hércules a dar vueltas a la rueda de Onfalia. Las familias en pobreza manifiesta se dedicaron colectivamente a la fabricación de medias. Chicos y grandes. La ciudad en el término de pocos meses se vio inundada de calcetines. Fue la apoteosis de la media, y las fábricas de máquinas de fabricar medias no daban abasto al pedido de aparatos. Se vendían por mensualidades. Pero el crac se produjo.

La gente bien nacida no quería saber absolutamente nada con las medias de fabricación nacional que costaban más caras que las extranjeras. Y los cambalaches de compra y venta se vieron amenazados de máquinas de fabricar medias. No había día en que no llegaran tres o cuatro sujetos con cara de suicidas a vender un artefacto de estos que llegaron a valer menos que los primitivos aparatos de radio.

Otra racha que cruzó la ciudad como un "hálito pestífero", que diría Almafuerte, fue la industria artística del pirograbado.

Se habilitaron academias. Aparecieron profesoras de repujado. Las ferreterías hicieron acopio de cueros, láminas

de metal. etc., etc., para la labor artística, pero esta enfermedad duró poco tiempo. Las damnificadas llegaron a comprender que con el arte industrial había menos posibilidad de ganarse la vida que cosiendo camisas o chalecos, y el arte que prometía dinero a granel fue reducido a un renglón de cultura femenina.

Fotógrafos ambulantes

Y aquí aparece ante nuestros ojos el verdadero aristócrata de la industria casera.

Superior en categoría social al manicero y al vendedor de "ricotta fresca", el artista a que nos referimos embellece hoy por hoy todo lugar público donde la gente se recrea magnánimamente.

Pantalones raídos como conviene a todo adepto a las bellas artes, barba de tres días, cuello sucio, corbata desflecada, sombrero color ratón, el fotógrafo ambulante es el único sujeto que alcanza a sacarle algún provecho a la industria casera.

El hombre se metió un día de fotógrafo como podía haber tomado la carrera de relojero o la de remacha calderas. Se echó a cuestras la máquina del tiempo de Niepce y Daguerre y orillando la vagancia sentó sus penates y su trípode en una plaza o en Palermo.

Él es el inmortalizador de los amantes dominicales, a él acuden las modestas mamás para que eternice en la placa una "monada del nene", y nuestro hombre, vive, va tirando.

Cierto es que sus fotografías son ignominiosas, cierto es que su falta de higiene es tan absoluta que toda vez que tiene que entregar una placa antes de hacerlo le pasa concienzudamente la lengua para que la foto quede más artística, pero la gente no se fija en eso, y los novios asturianos, y las modestas señoras siempre quedan encantadas del parecido que tiene en el papel, la fotografía de sus caras.

UNA CALLE DE TURCOS, EN FLORESTA

Según la Guía de Calles y Tranvías, la calle Cuenca nace en Rivadavia al 7700, y corre de N. a S. Lo cual es exacto.

Pues bien, la calle Cuenca es una calle de turcos. En ella prosperan las tiendas de los libaneses, las carnicerías de los sirios, los almacenes de los árabes, las carbonerías de los arameos.

El dominio de los turcos

El comercio turco comienza en la calle Cuenca desde Bacacay, y se extiende hasta Virgenes.

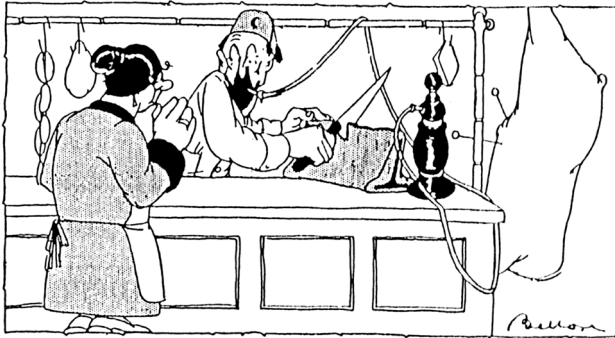
La calle es más bien estrecha que ancha, y sórdida en toda la expresión

resecos y colmados de basura.

La calle es triste en el invierno. La luz eléctrica aventura un modernismo ciudadano que no cuaja en realidad.

Tras de los cristales convenientemente sucios siempre se ven caras barbudas y melancólicas, o siniestros conciliábulo de turcos que parecen estar preparando un crimen alevoso y que no hacen otra cosa que ultimar los detalles de una modesta reventa de telas en su pavorosa jerga infernal.

El cielo, azul de metileno, se extiende arriba de la barriada más azul que en el Yemen o en el Bósforo.



de la palabra. Los cristianos que edificaron sus propiedades, deben haber pensado previamente que estaban destinadas a turcos, y entonces para que éstos no sintieran la nostalgia de sus barrios orientales y el del Cuerno de Oro, construyeron sus casuchas bajas de frente, reducidas, sin arquitectura, con puertas de tablas, y "salones" que no son salones, sino cavernas de techo bajo, húmedas y oscuras.

Algunas casas de familia intentan inútilmente poner amabilidad doméstica en este barrio de novela. Los jardines son jardines malhumorados, de serlo, y los chicos pisotean en los canteros

La calle Cuenca a la mañana

La calle Cuenca se transfigura por la mañana. Turbas de turquitos sucios hasta la más completa impermeabilización de su epidermis juegan revueltos entre perros y cáscaras de naranjas en la acera de los comercios. Ensimismados y amarillos meditan los proféticos padres. Se estiran las barbas de tres pulgadas de largo, y miran jactanciosamente la mercadería apilada en los estantes de tablas.

Algunos fuman en un narguile cuyo tubo de goma forrado de escamas de bronce viene desde muy adentro, o leen

el diario libanés, que parece salpicado de patitas de mosca. Un desorden espantoso reina allí. Los almacenes presentan el aspecto que debe ofrecer un comercio después que ha sido sometido a una convulsión sísmica. La yerba aparece revuelta con las alpargatas, los cuadernos con las lonjas de tocino. Porque este desorden es la negación de la estética española en el arreglo del almacén. No lo sabemos. Pero nos atrevemos a aventurar esta hipótesis. Que el comerciante turco espera siempre una catástrofe judicial, es decir una quiebra o un embargo, y que entonces considera que tan inútil es para hacer fortuna tener el boliche ordenado como en el más absoluto desorden.

Sí; esta debe ser la auténtica e innegable razón científica. Y además la espera de un incendio, de uno de esos incendios casuales que siempre lo enriquecen al damnificado. Porque a los turcos a cada dos por tres se les inflama el tabuco. Ellos lo saben, aseguran el antro y luego con esa resignación musulmánica se cruzan de brazos y esperan las llamas purificadoras de sus bolsillos. Alá lo quiso así.

Las carnicerías turcas

Tienen una habilidad infinita para lavarse la cara sin limpiársela. Lo mismo se observa en sus carnicerías. Guardan todas las reglamentaciones municipales, pero allí uno sin saber por qué siempre espera comprar carne de hombre muerto... ¿Por qué? Pues porque el carnicero del barrio es un gigantesco barbián, con los mostachos grandes como manubrio de bicicleta, las manoplas de verdugo y unas piernas del coloso de Rodas, calzadas en unos zapatazos amarillos, que lo hacen parecer un rey degollador. El carnicero turco si no es un gigante, es por contraste y siempre, un ente pequeño, anguloso, lívido como

una cera, corcovado, inexorable para rebajar o regalar un pedazo de bofe, y que vive deleitosamente en la mugre, como el pez en el agua. Sobre todo el carnicero de la calle Cuenca.

Ahora bien, si el infrascripto es grande, tiene unas alegrías bestiales, sus carcajadas le ponen la piel de gallina a las comadres y su cuchillo es más espantable que el alfange de un beduino. En la calle Cuenca estos bergantes al mediodía se sientan en el umbral de sus cavernas, mientras un muchacho cristiano les ceba mates amargos.

La triste alegría turca

Las noches más tristes de la calle Cuenca son las de los domingos. Por la arteria obscura se ven pulular infinitos árabes trajeados de fiesta, mientras que del interior de los caserones sale como la música de una chirimía o una flauta gigantesca, que parece la de un encantador de serpientes, por los sonos tristes que lanza. Se sienten en los intervalos los redobles de un tamboril, como si estuviera allí refugiada una tribu de canibales que está asando a un misionero, y de pronto aullidos que corean parsimoniosamente:

Ajajaaa... ja... aja... jaja... jajajaja...

Oyendo la infernal musiquita dan ganas de suicidarse. Y eso dura toda la noche. De los caserones parecen escapar llamaradas, la flauta resuena melancólicamente, los golpes en el siniestro tamboril se hacen más furiosos y melancólicos a la par, un zapateo de hipnotizados surge en la covacha, y así hasta el amanecer, hora en que muchos se ponen a hacer las "zalemas" en dirección a la Meca, mientras que un sacerdote maronita que pasa por la calle, decora el rosado alborear de la calle Cuenca, con su cónico gorro negro, la barba en forma de collar y el manteo lustroso de grasa.

DE LAS DISTINTAS FORMAS DE DORMIR EN NUESTRA CIUDAD

Dormir es el acto más sencillo de la creación, cuando no se padece de insomnio o se tienen ganas de trasnochar. Más no para todos los hombres de nuestra ciudad, tal hecho natural, es realizable. Para algunos, dormir es un problema, problema que durante el verano no tiene casi importancia, pero que durante el invierno adquiere todos los caracteres de una tragedia a plazo fijo.

El durmiente de ómnibus

Daremos a este estudio, el admirable orden que caracteriza nuestras elucubraciones científicas, y comenzaremos por el durmiente del ómnibus, es decir, por el caballero que en el ómnibus o en el tranvía se sienta a nuestro lado y a los cinco minutos está durmiendo a rienda suelta.

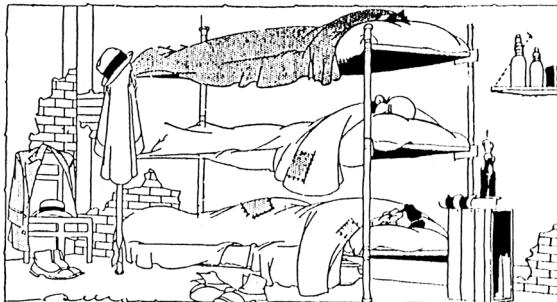
Digamos categóricamente, que cuando a uno le ocurre tener que compartir el asiento con semejante compañero, a los diez minutos de dormir el otro, uno se siente con veleidades de verdugo o de inquisidor.

El que duerme en el ómnibus, es el sujeto más mal educado que uno haya encontrado en su camino. Comienza por estirarse cómodamente, es decir por ensancharse en el asiento, mientras su cabeza se desploma a un costado. Es inútil que el ómnibus frene tan brusca-

mente que todos se sientan precipitados hacia adelante. Es inútil que usted discreta o indiscretamente le de codazos en el brazo al durmiente. El paquidermo ronca que es un disgusto para Vd. y lo menos que hace es aplastarlo a uno contra el tabique del coche. Y a medida que el hombre duerme, el sacrificado va sintiendo en sus entrañas el despertar de una fiera. Lo menos que se haría con ese grosero es tirarlo por la ventanilla, o precipitarlo de un empujón al pasillo del coche, pero como no se pueden hacer tales cosas, el cronista de estas notas ha descubierto un método admirable, para despertar a esta gente a quien se le importa un pepino el molestar a su prójimo.

Y el procedimiento es este:

En invierno, las ventanillas están cerradas. Pues bien, ábrase la ventanilla del ómnibus. A los pocos segundos el durmiente se despierta sobresaltado. Es el viento frío lo que lo despabila. Cierto es que Vd. también sentirá fresco, pero como la sangre hacía rato le estaba hirviendo por culpa del dormido, la frescura del viento le parecerá miel sobre hojuelas, sobre todo si se deleita en contemplar la cara malhumorada del recién despierto, que recobra su posición en el asiento.



Dormir por cincuenta centavos

Por cincuenta centavos se puede dormir cómodamente bajo techo, sin compartir con nadie la habitación desierta, y rodante. Nos referimos al tranvía. Mediante ese procedimiento puede reposarse a cuarenta minutos por diez centavos.

Porque el que tiene cincuenta centavos no puedo ir a dormir a ningún hotel. Y los hoteles de un peso, son el antro más espantoso que pueda concebir la imaginación humana. El derroche de personajes siniestros que allí pernocitan es incalculable. Las pulgas que se recrean por los muros son innumerables como las olas de bárbaros o el ejército que enumeraba don Quijote. El Hotel de Un Peso, es la casa del espanto, y la antesala del hospital. Es preferible dormir en la vía pública a guarecerse en él.

Pues bien, con la mitad de lo que cuesta dormir, o hacer como que se duerme en ese antro, donde si uno se descuida hasta los botines le roban, se puede dormir bastante discretamente en un asiento del tranvía.

Naturalmente, hay que saber elegir la línea.

Nosotros por experiencia propia, recomendamos el tranvía número 2 de la línea del Anglo y el que va a Núñez de la línea Lacroze.

El primero, va hasta el diez mil de la calle Rivadavia, o sea Liniers, y es aquello un viaje eterno. Saliendo del centro, con dos idas y vueltas, o sea cuarenta centavos se puede descabezar un sueño admirable. Hasta la barba le crece a Vd. durante el viaje y a la segunda vuelta la única molestia que tiene que soportar es la de un inspector trasnochado

que le pide el boleto por pura fórmula.

Comisarias, estaciones y plazas

Ni por broma insinuamos ensayar a dormir en una plaza o banco de plaza durante el invierno. Hay el peligro de convertirse en un fiambre a lo Nobile. Las estaciones de ferrocarriles tampoco se prestan para estas aventuras, porque aunque Vd. trate de despistar haciendo creer que espera el tren, nadie lo va a creer, o únicamente el vigilante, que al verlo tan tarde merodeando por allí, lo tomará por un criminal que trata de fugarse, y lo conducirá detenido. Lo cual no sería nada, si ello no trajera aparejado una serie de inconvenientes más.

Lo más práctico es dirigirse directamente a la comisaría, exponer ante el auxiliar de guardia, que se pasa las de Caín, y el hombre no puede oponerse a que Vd. se duerma en un calabozo, previa instalación de unos bancos que harán más cómodo su duro reposo.

Camas de cuatro pisos

Pero fuera de todas dudas, los únicos que han resuelto el problema con una claridad meridiana, son los individuos de credo musulmán.

Quince sujetos alquilan una piecita por diez pesos mensuales, y duermen en ella cómodamente. El secreto está en la cama, o en el conato de cama. Con algunas tablas y tirantes construyen estanterías que apoyan a los muros. En cada anaquel duerme un respetable turco, y como la estantería tiene cuatro pisos, si los cuatro muros están revestidos de estos jergones alados, pueden dormir allí diez y seis vendedores ambulantes.

Y viven, mejor dicho, duermen...



SU MAJESTAD EL QUINIELERO

El juego de quinielas y redoblonas ha adquirido en nuestro país la importancia de una institución nacional. Y es inútil que las pragmáticas gubernativas traten de desterrarlo del alma tierna de nuestra población. La gente juega, y jugará, aunque para ello sea necesario inventar otro azar. Conste que no elogiamos el fenómeno sino que lo evidenciamos, nada más.

El disfraz del quinielero

Naturalmente, el oficio requiere su disfraz, y este reviste comúnmente el de un salón de calzado, o de peluquería. Las librerías también estilan sus cascabeles de quinielerías, pero el más frecuente es el apuntado antes.

Puede establecerse casi como regla axiomática, que librería, salón de lustrado y de peluquería que en sus ventanillas exhiban quintos de lotería, son sucursales de capitalistas de la quiniela, y agencias de corredores.

Naturalmente hay sus excepciones, pero... es raro el patrón de peluquería que resista a la tentación de "levantar quinielas". La quiniela es para el peluquero como el vino fuerte para el trabajador a destajo. Tiene sabor de aventura y deja ganancias enormes. Cuanto más enérgica es la pena, más poderosa es la seducción. La quiniela y la redo-

blona son las sirenas fantásticas y dominadoras que duermen en el fondo del juego legalizado. Los gobiernos quieren combatir estos monstruos que sangran la faltriguera de sus impuestos, pero es inútil, por un billete de lotería que se vende, hay diez anotados para una quiniela.

Y se explica. La quiniela es barata. Para jugar no se necesitan nada más que diez centavos. ¿Quién es el que no puede malgastarlos? Naturalmente, se empieza por diez centavos, diez centavos a cada jugada, luego, si la casualidad hace que el cliente acierte, el quinielero se convierte en el amigo del ganador, amigo que a cada jugada se presenta afable y dicharachero, para insinuar la conveniencia de jugarle un peso al número X porque tiene "el pálpito" de que va a ganar. Y el tentador de la suerte va entrando en el juego por los "pálpitos" y ya no hay jugada en la que él no tenga un pálpito.

El que sangra al quinielero

Hoy, el autor de estas notas, vagando por el arrabal, entró a una de esas peluquerías espantosas, donde se afeita con serrucho y se corta el pelo con tijera de esquilar.

No había tiempo de retroceder, porque avanzó hacia el infrascripto un



señor amable que le prometió afeitarse decente y humanamente. No había otro remedio que sentarse y lo hice resignado a todas las catástrofes. Mientras mi verdugo preparaba el agua caliente y el jabón, yo recorría con mirada temerosa la caverna, al igual que Ulises en el antro del ciclope. Y en un estante, de pronto vi la fotografía de una magnífica peluquería, y sentado frente al mostrador, el desarrapado que iba a afeitarme ahora. El hombre observó mi sorpresa y dijo:

—Esa peluquería era mía antes... pero la mala suerte...

—¿Qué le pasó?

El hombre hizo un gesto ambiguo, y yo, intuitivamente, pregunté.

—¿La quiniela?

—Sí, señor, la quiniela es la que me arruinó.

—¿Jugaba mucho?

—No, levantaba. Era corredor y de pronto con el entusiasmo con que un atleta enumeraría sus campañas triunfales, o con el empaque de un poeta que narra las veces que fue coronado en los juegos florales, el zaparrastroso me dijo:

—Yo tengo veinte “entradas”, caballero. ¿Se da cuenta? Veinte entradas... pero absuelto de culpa y cargo en todas. ¿Se da cuenta?

—¿Y qué es lo que le arruinó, entonces?

—La coima señor... la coima que no lo deja vivir a uno.

—¿Con qué capital trabaja?

—No tenía capital, pero era corredor... corredor al quince por ciento de las entradas por cada jugada. No sé si Vd. sabrá que las comisiones que pagan los capitalistas a los que juegan son de 10 y 15 por ciento. Cuando el corredor cobra el diez, las coimas las paga el capitalista, pero cuando cobra el quince, las coimas las paga uno, y lo menos que se paga cuando la parroquia es buena

son quinientos pesos mensuales. Con plata, en este país, se puede asesinar hasta al Presidente de la República.

Yo miraba asombrado al descarado zaparrastroso. Él continuó:

—En la zona donde estaba había cuarenta quinieleros... a 500 pesos mensuales... calcule Vd...

—¿Y por qué dejó la zona?

—Y, la llegada del nuevo jefe de Policía arruinó el negocio.

Hay comisarios que no transigen

El ex quinielero continúa.

—Pero hay comisarios que no transan. Y eso es lo que me arruinó. Fíjese — y aquí salta un nombre — que un capitalista que anda por el mercado Spineto, en representación de otros, fue a verlo al comisario X, y a ofrecerle cien mil pesos para que cerrara los ojos. El comisario no aceptó. ¿Se da cuenta? ¿Si usted se encontrara en el lugar de él no aceptaría?

—Dígame y ¿qué ganancias deja la quiniela?

—Vea, yo, de comisión me ganaba 5000 pesos mensuales más o menos.

—¿Y el capitalista?

—Se calcula así. El año tiene doce meses. Pues de los doce meses, tres meses de ganancia completa le corresponden al público, y nueve meses al capitalista.

—Pero entonces ¿es el gran negocio?

—Era... Ahora está muy mal... muy mal.

—¿Y por acá se hace algo?

—Eh, poca cosa... nada más que darle gusto a la mano... pero ganancia... ganancia ¿sabe dónde se hace? Por el lado de...

No queremos complicaciones y omitimos circunscripciones. Nosotros no somos propagandistas de zonas explotables.



LA DECADENCIA DE LA TARJETA POSTAL

Muchas veces, callejeando por esas calles de Dios, me he detenido frente a los escaparates de mala muerte, de las librerías que comparten la mitad del salón con un taller de zapatería o con una tiendita.

Y en esas jugueterías, a medias librerías y taller de calzado, siempre, fatalmente siempre, entre el Epistolario de los Amantes y una novela de Carlot Braemé, he descubierto la postal de un fácil romanticismo alemán, la postal que se sucede implacablemente a los dueños que mueren o quiebran en el boliche, la postal que el sol destiñe lentamente verano tras verano, sin que aparezca comprador.

Y me he detenido a contemplarla con emoción sonriente, con una mezcla de ironía y de pena, ya que la tarjeta postal es el recuerdo de los tiempos que se fueron y no volverán, la tarjeta postal es el más sentimental residuo de la época en que se cantaba “La loca del Bequeló” y el vals “Sobre las olas”, vals que hacía delirar a las modistillas de entonces.

El apogeo de la tarjeta postal

El apogeo de la tarjeta postal se inició en el año 1906, época en que no había

persona que no enviara a sus relaciones una de estas acuarelas portátiles. Dicha manía podía denominarse furor. La gente se gastaba capitales en las cartulinas. No había hogar bien constituido donde no se tuviera uno de esos álbumes monumentales, donde las tarjetas hacían colección, colección que se mostraba a las visitas cuando llegaban como hoy se les muestra el automóvil de última adquisición.

Con motivo de cualquier fiesta familiar se enviaba a las amistades torrentes de cartulinas. Las había de todos los malos gustos. Pero en esa época la gente no entendía de estética, y las postales eran el motivo de la selección más ardua que haya podido conocerse.

Y costaban desde diez centavos a dos y tres pesos.

El magnífico mal gusto

Las postales costosas eran un horror como muestrario de mal gusto. No eran postales sino aparatos, de cartón, terciopelo y sedas. Tenían palomas desarmables como los modelos de los aparatos mecánicos que se hacen en cartón, y cuando se abría una de esas máquinas aparecían en perfecto orden.

Primero dos palomas besándose en



los piquitos, con las alas desplegadas; más atrás una pareja: ella las polleras hasta los tacos; él galera de felpa auténtica, y pasando un brazo por el talle de la doncella que era novia, su novia, porque más atrás de este complicado conjunto aparecía una criatura con los ojos vendados y un arco estirado entre las manos, y más atrás aún un lago, unas cigüeñas, un templo, y arriba de una ventana un ángel, simbolizando la pureza que había en el corazón del mozo del frac y de la doncella de la pollera kilométrica.

Las chicas que entonces estaban de novias deliraban con estos armatostes. Los había tan extraordinarios que ya no parecían tarjetas postales sino acordeones, que empezándolos a abrir no se terminaba nunca con la serie.

Los restos del mal gusto

Luego pasaron los años, y la decadencia se inició visiblemente. Más tarde la guerra europea barrió con esta costumbre, y durante un tiempo, nadie se acordó de la tarjeta postal. Sin embargo quedaron toneladas de estos cartones, y entonces los que tenían el clavo comenzaron a distribuirlo metódicamente en todos los lugares donde había posibilidad de venderlos.

Así, hoy, el cronista en un salón de lustrado se divierte examinando estas declaraciones impresas que deben de haber provocado más de un matrimonio. Las tarjetas asomaban entre ristras de cordones y entre avisos de pomas para el calzado, y se podía leer al pie de un jarrón que ostentaba un ramo de violetas y pensamientos, esta idea magistral:

“Tú eres el alma de mi vida”. En otra, en cambio, se podía apreciar el magnífico espectáculo de un corazón inflamado

que para mayor claridad tenía impreso a un costado: “Mi amor crece por ti”, y en otra: “Como el sol alumbró la tierra así tus ojos alumbran mi alma”.

El simbolismo del mal gusto

¿Qué diremos del simbolismo del mal gusto, de esas postales donde aparece un caballero con el cabello rizado, cara de porcelana, cuello palomita, inclinándose deferente hacia una coqueta, que con un peinado de pastel, lo mira abriendo la boca y entornando los ojos?

¡Ah!, hay postales que sólo un inefable pudo haber enviado a su novia. Postales que son la apoteosis del ridículo con claro de luna y escalas de seda y mandolines en las góndolas, postales que dan ganas de pegarle al que las hizo, cartulinas donde la sensiblería aparece hermanada a la bobaliconería, y ¡juy!, en las que el amor se reviste de toda la tontería germánica, que trascendió al mismo tiempo en los vales vieneses. ¡Y qué imaginación estrecha la de los dibujantes de esas postales! Era siempre lo mismo: dos jóvenes de distinto sexo en el primer plano, y en el fondo una cabaña, como si la gente se resignara a vivir en cabañas, y un angelito orlando un vértice, y la damisela con un pañuelo, estrechando las manos de su galán de peluquería.

La postal grotesca

La única postal divertida es la grotesca, la postal de tres colores, canallesca, bufonesca, absurda, con sus hombres de patas de alambre y sus comadres con un candado en la boca, y sus furias enjauladas, mientras absurdos ciclistas se pierden en el confin. Pero eso es el tema de una nota. No nos entusiasmemos.



IMPORTANCIA DE UNA GALLINA EN LA CALLE CUENCA

Días pasados nos ocupábamos de la calle Cuenca y su elemento árabe. Ahora, como para justificar nuestra nota, un árabe y un ruso dieron anteayer la nota roja y divertida por el motivo trivial, en la calleja de referencia.

Aludimos al drama ocurrido entre Tobías Berslel, ruso, y Alejandro José, árabe, con intervención de la esposa de este último, que mató a tiros al ruso Tobías que se negaba a devolverle una gallina perteneciente a su musmilímico marido.

La gallina como origen de la tragedia

A Nietzsche nunca se le hubiera ocurrido que el origen de la tragedia pudiera estar en una gallina. Para él la tragedia tenía su asiento en el culto de los helenos a los dioses, y no hubiera admitido jamás, que nosotros pudiéramos establecer el principio de que una gallina es el motivo más real para justificar una tragedia que todas las danzas de esos vagos griegos.

Y sin embargo en el hecho que nos ocupa, el agente, el "pathos" (no confundir con el ave pato, ni con el hombre sin plata), el "pathos" es una modesta gallina, ¿se dan cuenta ustedes? Una modestísima y trivial gallina.

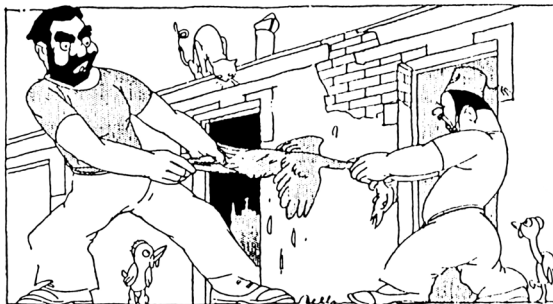
La gallina era de exclusiva y absoluta propiedad del musmilímico José. Éste

había alimentado y criado la gallina en compañía de su seráfica esposa María. No esa gallina, sino otras muchas más. Lo cual dio como resultado teórico y práctico, de que el musmilímico José fuera propietario de un respetable gallinero. Gallinero que él atendía como la madre atiende al niño. Además de gallinas tenía pollitos, y en ese sector de la calle Cuenca, era reputado como el más hábil criador de aves comestibles. Además vendía huevos, huevos para comer y huevos para empollar, cosa que no es lo mismo, pues a los huevos destinados para la alimentación se los pasa previamente un minuto por agua hirviendo para evitar que los vecinos por un peso, tengan una docena de huevos que pueden empollarse. Son precauciones que respeta todo buen comerciante. Y José más que nadie. De este modo prosperaba Alejandro José, bendecido por Alá y su profeta Mahoma.

El ruso y las gallinas ajenas

No lo niego. No puedo negarlo. No hay puchero más sabroso, ni "rissoto" más deleitoso que aquel que se confecciona con una gallina robada. Comerse una gallina del vecino, del vecino al que se le tiene rabia, es un placer digno de los dioses.

Es un poema, un poema que comienza



de esta altisonante y recreativa manera:

El vecino al que le falta una gallina, o la vecina, comienza a grito pelado:

—Pi... pi... piiiii... pi... piiiii... pi...

Todas las aves concurren al llamado de la patrona, menos la gallina robada la cual, por elemental prudencia ya están desplumando en la cocina herméticamente cerrada. Por fin, la damnificada se convence plenamente de que ha perdido su gallina, y entonces en voz bien alta, “para que la oigan todos”, exclama:

—Pero es una vergüenza este barrio. A cada dos por tres falta una gallina. En esta manzana hay una punta de muertos de hambre. Ya me imagino yo quien debe ser la grandísima ladrona. Debe venirle de casta a la muy sinvergüenza, que ahora no se deja ver.

A estas palabras continúan otras de imposible reproducción. (¡Ah, si en los diarios se pudiera escribir como se habla! ¡Qué notas sabrosas se dirían!).

La que está pelando la gallina, y que es la vecina, no se deja ver y si se regocija, se regocija pensando en el espantoso fastidio que pasa la otra. Y esto es lo que ocurrió con el ruso Tobías. Este se apropió de una gallina del musmilímico José y cuando fue a buscarla, Tobías se negó rotundamente a entregársela, mejor dicho a dejar entrar a José a su casa, para comprobar si estaba o no allí la gallina. En esta circunstancia fue cuando los dos hombres se tomaron a golpes de puño, y la mujercita de José que estaba en el interior de la casa temblando de indignación por la poca sangre de su marido, salió a la calle armada de un revólver hiriéndolo mortalmente al ruso de dos tiros.

Consejos al Juez del Crimen

Yo le daría un consejo al Juez del Crimen que va a entender esta causa interesante. Y este consejo es el siguiente:

que el señor Juez del Crimen se lea antes de condenar, un cuento de Guy de Maupassant, titulado “La Hoya”. Y después que reflexione. En “La Hoya”, aparece el caso que tratamos, al revés, es decir, el delincuente es un hombre y el motivo un rincón de agua abundante en peces gordos. Y los protagonistas dos matrimonios de “burgueses de París”.

Bueno, después que el Juez del Crimen se haya divertido leyendo ese magnífico cuento, le recomiendo que se aburra leyendo estas reflexiones de un cronista sobre las gallinas de arrabal.

Las gallinas en el arrabal porteño son un importante medio de vida. Hay gentes que gana sus buenos pesitos cuidándolas y explotándolas. Y estos cuidados requieren una serie de trabajos sucios, que le ponen la sangre en el ojo al damnificado, cuando un vecino, se las roba, sencillamente, porque la maldita gallina tuvo la mala ocurrencia de saltar la tapia para ir a conocer el mundo en otro “fondo”.

Y esta rabia crece y se multiplica cuando el damnificado o damnificada piensa que su vecino que le ha robado la gallina, está allí al otro lado, regodeándose con el ave a quien ya le retorció el pescuezo, mientras que el producto de sus sudores y arduos trabajos queda en el estómago ajeno.

Y si esto ha ocurrido no una vez, sino varias veces, la cólera del damnificado que no cuenta con la protección policial (porque la policía no interviene en los robos de gallinas) sube de tono hasta convertirse en el furor que podríamos parangonar con el del furibundo Aquiles. Y entonces ocurren las tragedias. Y ocurren porque en nuestro arrabal, una gallina es tan importante como en el campo el acto de cortar los alambres de un cerco. Y definitivamente, porque al fin y al cabo “no es por el valor de la gallina, sabe, sino por el acto, ¿entiende?”.

ÍNDICE

Las señoras ancianas se asustan de los perros que procuran casa y comida	21
Radiotelefonía pestosa	23
Anatomía, fisiología e higiene del gracioso	25
En todo café de barrio hay un hombre que mira con tristeza jugar al billar	27
Las baratijas inútiles y el alma del hombre honrado	29
El filósofo de las diez de la mañana es el terror de las familias bien constituidas	31
El oficio de contrabandista que ayer requería coraje se hace hoy a base de capital	33
¿Para fabricar bombas es necesario ser especialista o aficionado?	35
El Dr. Marston demuestra que las morochas son más sencillas a las emociones que las rubias ..	37
Motivo por el que los maridos abandonan transitoriamente el hogar	39
Los paraísos de opio prosperan en Buenos Aires	41
Fue trasladado al Museo de Ciencias Naturales el pez Luna	43
El hombre del quiosco es un fenómeno del mercantilismo porteño	45
Cremonessi, anarquista sentimental y enamorado	47
Buenos aires asistirá en breve a un proceso que será célebre	49
El hombre que cena en el restaurante es un caso típico de misantropía	51
Un regocijante caso del Departamento de Policía	53
Cada ladrón porteño gana trimestralmente 1487 pesos con 25 centavos	55
El terror de los inquilinos es el hombre de la portería	57
El señor Wright y el Diablo Cojuelo	61
La mendicidad en la Avenida de Mayo	63
La influencia del bigote en la lucha por la vida	65
Junto al Palacio de Justicia prospera el testigo falso	67
Los peluqueros porteños efectuarán un concurso original	69
La mujer porteña parece insensible al frío	71
\$3.650.000 malgasta anualmente en propinas la población porteña	73
¿Cuándo se levantará una estatua a la muchacha porteña que se gana la vida?	75
¿Quiere ganar dinero?	77
Instale una academia para anarquistas	77
Ciertas mujeres han puesto en práctica un nuevo y sutil método de estafa	79
En Rosario las ratas se han aficionado a las encomiendas	81
Un cuidador de locos se ahorcó en el Hospicio de las Mercedes	83
Calles estrechas y gente que no sabe caminar	85
El trágico fraudulento	89
Divertido origen de la palabra "squenun"	91
El facineroso gremio de los mensajeros	93
Todo jefe tiene un amigo que es empleado subalterno de su repartición	95
La presencia de la perrera altera la paz de los barrios suburbanos	97
Apuntes filosóficos acerca del hombre que "se tira a muerto"	99
La pavorosa agencia de colocaciones	101
El elogio del empleado que hace méritos	103
Reflexiones acerca del hombre que no se quita el sombrero	105
El hombre que se avergüenza de almorzar con café con leche	107
Una hermana fea y otra linda no deben salir juntas	111
De las distintas maneras como se canta "la tosca negra"	113
El almacenero retirado es un hombre triste	117

Los choques del subterráneo fomentan las aventuras de amor	121
El juez y los usureros	125
“Somos útiles a la sociedad”, nos escribe un usurero	129
La caridad bien entendida	131
En ómnibus de extramuros	133
Del hombre al que no le cobraron boleto en el tranvía	135
El espíritu de la calle Corrientes no cambiará con el ensanche	137
El origen de ciertas frases pintorescas	139
¿En qué quedamos? ¿Hace frío o hace calor?	141
Comerciantes de Libertad, Cerrito y Talcahuano	143
El gremio de las curanderas y santeras	145
Elogio del lavacopas	149
“Con autorización del Superior Gobierno Nacional”	153
Divertida y admirable disposición policial	155
Entierro por mensualidades	157
Apuntes sobre el piropo	159
Del hombre que canta gratuitamente	161
La tragedia del hombre que busca empleo	163
El autor cuyo drama no se representó	165
¿Soy fotogénico?	167
Absurdo resultado de las industrias caseras	169
Una calle de turcos, en Floresta	171
De las distintas formas de dormir en nuestra ciudad	173
Su majestad el quinielero	175
La decadencia de la tarjeta postal	177
Importancia de una gallina en la calle Cuenca	179



Roberto Arlt era un hombre lleno de ternuras interiores y un “intuitivo” nato. En la redacción lo veía siempre a mi derecha, tecleando con fiebre su máquina de escribir. De pronto me dirigía sus ojos claros y me preguntaba: “Che, Leopoldito, ¿hombre se escribe con hache o sin hache?”. Yo le aclaraba la duda y volvía él a su tecleteo. Al leer sus obras, siempre me dio la idea de un Miguel Ángel tallando un tronco de quebracho con un cortaplumas, porque tenía mucho que decir y medios expresivos rudimentarios. ¡Mejor para vos, Roberto! Hay otros que manejan complicados recursos expresivos y no tienen nada que decir.

Leopoldo Marechal.



Universidad Nacional de Lanús